



Francisco A. Sicardi

Libro extraño

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco A. Sicardi

Libro extraño

Méndez

- I -

Dolores del río

Este se va sin prólogo; porque para entrar en el silencio, donde duermen los hermanos, no ha menester tañido de campana, que anuncie al peregrino, ni trompeta de heraldo, o mensaje de pregón... -porque si han de ser varones e hijos de altiva prosapia intelectual, marchar deben sin quebrar los músculos en reverencias, ni la palabra en lisonja, frentes solitarias, siempre adelante, aún en medio de la sombra, serenas y fuertes, ¡como que llevan misión!...

Que si el desdén lo acoge y la fría sordomudez de la indiferencia recibe los dolores, que a través de sus páginas quedan grabados, no olvide el libro que lo más excelso que se ha creado yace tal vez bajo el escombros que el tiempo desmenuza en los siglos, en la infinita soledad del olvido, bajo los monumentos rotos, entre cuyas grietas la gran Naturaleza arroja el efluvio de la primavera inmortal. ¡Pobres mártires, labrados por la concepción, muertos para la vida perpetua!

Y si tal sucedió con ellos que tuvieron numen y violencia de hombría, no cumple a sensatos el grito lastimero y el importuno rezongo, si eso con los libros de uno sucediera, porque pequeños y porque lo que se escribe tiene hondo deleite y el arte es pasión formidable que vive de su propia sangre, sin más visiones que el amor mismo, sin más pensamiento, que vivir idólatras de la obra, contemplativos y es vestal que ha de guardarse en cripta de oro, lejos de lo humano banal y frío para que sea casta y eterna. Y se irá, porque los varones tienen polen bravío y buscan el aire abierto, enamorados de la lucha, ángeles alegres de las tormentas; pero así... cuajado de la emoción de la casa donde ha sido escrito, lleno del silencio de las noches invernales, calientes sus páginas del fuego de la estufa cercana y trémulas por el aletazo prepotente del alma del escritor.

Será el poema de un hogar, la revelación de un microcosmos... Cada casa tiene su armónium y las sinfonías que ruedan por los cuartos y constituyen su alma, romper, de repente fuera de las puertas y el poeta que pasa revela sus quejumbres, sus nenias, el crujir de las cunas, la algarazca de la niñez sana. Son lamentaciones que vibran del instrumento melancólico, como suaves historias de ternuras inefables y besos de madres que sufren y padres que caminan pensativos por los comedores alfombrados, en la noche alta, cuando no

vuelven los hijos. Suenan de cuando en cuando gritos estridentes, formidables sollozos de las pasiones sin esperanzas, amarguras de almas juveniles enamoradas, que buscan el eterno silencio del sepulcro. Son melodías a veces que narran la santidad del amor filial y escriben la historia de niñas gentiles, votadas a los padres para siempre, a pesar de los derechos de la juventud, vestales que rezan y cuidan el templo, lo asean y lo perfuman. Y al lado de ellas ancianas temblorosas, que aman la caridad y encuentran en todas partes hijos a quienes besar, hambres para dar de comer y desnudeces para vestir y abrigar -ancianas que son como la leyenda de nuestra tierra, que han visto sus glorias, sus agitadas y sangrientas turbulencias, desbordes del atavismo, signos de una raza enferma de heroísmo y de demencia y que la vieron crecer a pesar de todo y hacerse gigante sobre los escombros de épocas que están muriendo. Y recogieron en el corazón, como en urna de púrpura todos sus dolores y bendijeron al vigor de la raza nueva y a las elegantes alegrías de la civilización que se apura en esta tierra y se consolida. Pasan envueltas en sus rebozos de espumilla, con relieves de negras rosas y mórbido fleco y el aroma de alhucema que tienen las viejas cosas cuidadas, y al lado de ellas las grimas de los filósofos, el grito de la protesta contra la vida, las psicopatías amargando la existencia de los hereditarios. Pasan en los hogares alegres, llenos de luz y de esperanzas, como sombras enfermas, sospechando lo mismo en los hijos, que se sientan sobre las rodillas para jugar con ellos. Enamorados del hogar encuentran la poesía de las chimeneas, prendidas en las noches de invierno, entre el regocijo del comedor iluminado, entre el perfume de las flores recién cortadas, mientras el frío cuaja la humedad en los vidrios y escarcha la arboleda desnuda y el armónium suena en los comedores y escribe en melancólicas estrofas la odisea de las familias -¡el ascenso hacia la virilidad lleno de júbilos y el descenso hacia la vejez lleno de tristezas! Sobre cada casa retumba el estampido formidable de la ciudad, con el rodar rumoroso de sus tráfigos; poblando los aires de una colosal orquesta, que se entra por puertas y ventanas, asperezas brutales del sonido que vuelan en todas direcciones, como chasquidos de músculos ciclópeos contraídos en la faena, como estentóreo resoplar de pulmones en el cansancio vertiginoso del trabajo, mientras con todo el fragor entran los dolores colectivos, las alegrías gloriosas del progreso, las zinguizarras de las revoluciones, la pobreza con su mal olor, la caridad con su lábaro augusto y las casas se conmueven, se alegran, sufren, se irguen, se deprimen, emprenden luego de nuevo la senda de la resurrección, modificadas a cada paso por el ímpetu de la síntesis, ¡que sigue poblando los aires de su colosal orquesta y escribe así las páginas de su inmortalidad!

En uno de esos comedores sentado estaba Méndez esa noche. Escribe detrás de los vidrios empañados de frío bajo la luz del gas, que echa de cuando en cuando el esqueleto oscuro y tembloroso de la araña sobre el cuaderno.

Escribe en aquella misma casa de anchos corredores, tan lejos ya del suburbio, desaparecido con el prodigio de sus cercos floridos con los ombúes y la trama tenebrosa de moras, pitas y sina-sina.

Los hornos se han ido. Sobre sus socavones y sus charcos cuajados de limo y de podredumbre se ha edificado la ciudad nueva y las casitas de dos piezas se han cuajado en manzanas donde ya no hay solares vacíos. En pleno sol, en las mañanas de invierno se calientan parados en los umbrales los viejos dueños, los trabajadores de antaño que tienen la piel enjuta y arrugada, blanco el cabello y el cuerpo flaco y sano, mientras la anciana

asea con la escoba los patios y mira a la puerta a cada rato. Espera a los hijos que ya se han ido a formar fuera otros hogares y la visitan todos los días. Así mismo esa calle era un poco solitaria. En aquel comedor se sentía un lejano bullicio, como un sordo zumbido, mientras el médico escribe y Dolores trabaja con la costura sobre su regazo. Hay viento en el patio. Las hojas que tapizan el suelo, secas y ennegrecidas se arremolinan debajo de los árboles desnudos. Son los viejos perales, cubiertos de musgo en su grueso cascarrón rajado. Dos han muerto y cuando llega la primavera, ellos permanecen sin florecer con sus agudas chuzas y el tronco dividido en grietas y hondas hendiduras. Enfrente la yedra cubre el cerco de ladrillos con su opulento colchón verdinegro, exuberante al lado del esqueleto de la arboleda. Hay tibieza en el ambiente y un olorcillo de humo y en medio del silencio se siente el raspar de la pluma del médico sobre el papel. El reloj da la lora. Son las diez y la estufa con un gran esplendor rojo, que ilumina la alfombra contesta chisporroteando, mientras el cristalero, -un gran mueble de roble, que tiene columnas dóricas y el color de la hoja mustia y seca brilla y la plata bruñida de las bandejas sobre la mesa de trinchar reverbera de viva luz. Cuelgan de las paredes pocos cuadros, pero hay muchos estremecimientos y muchas memorias en ese comedor. Faltan los muchachos. Angélica se había retirado a su dormitorio. La chiquita de los cuentos tiene ahora veinte y dos años, dirige la casa y cuida a los padres y la única que sabe de la vida de Ricardo es la pobre madre, que piensa en él en ese momento. Por eso había dejado la costura como abandonada sobre su regazo y cuando levantó la cabeza, Méndez la miraba sonriendo.

-Parece que estuviéramos peleados. No hablas nada, Carlos, dijo Dolores. ¿Estás contento?

-Sí estoy.

-Has trabajado mucho. ¿Por qué no descansas?

-Déjame escribir, Dolores, contestó el médico. No tengo más horas que estas de la noche. Es mi salón. Vivo en sociedad y converso con todas las quimeras que cruzan por mi cabeza. Me da mucha alegría escribir.

-Todos los días, te hará mal, agregó Dolores, tomando entre las suyas la mano izquierda del médico.

Carlos deja hacer y se agacha de nuevo sobre su cuaderno. Hay un profundo silencio en el comedor. El reloj sigue sonando su tic-tac y se siente crepitar la leña de la estufa. Una mariposa de alas grandes de terciopelo oscuro revolotea al rededor de la luz y del rincón se eleva una canturía triste y monótona, el lamento de un grillo escondido no lejos del fuego. Es una nota un poco estrídula que no cesa y aturde, mientras afuera grazna una lechuga y ondula por el aire frío el tañido del reloj de a Iglesia, que mira la noche con su enorme ojo brillante y amarillo. Algunas moscas rezongan al descansar sobre la mesa y la pluma de Carlos raspa el papel a saltos. Dolores coloca dos trozos de sauce en la estufa, que se llena de humo, después de lengüetas luminosas que revientan aquí y allá desatando chispas que vuelan a miríadas, hasta que la llamarada muere y devora la leña, fulgurando dentro la cuenca roja y el caño resopla a sacudidas con graves tonalidades. Llegan al comedor muy apagados los ruidos de la calle, como lejanos ecos; tramways que ruedan, cornetas que

suenan y el lento estampido de la carreta a barquinazos sobre la comba desigual del empedrado. La casa se estremece un poco, hasta que la carreta pasa, mientras como perdido muy lejos se siente el berrido de una locomotora y el fragor de un tren que corre ligero. Hay un pájaro que canta en la huerta. Es la ratona que se desliza volando, el niño noctámbulo de la yedra, ese canoro de infantiles gorjeos y el canario del comedor trina en voz baja su nocturno de esclavo de la jaula dorada. Está tranquilo, con los ojos abiertos y las alas recogidas. Escucha el arpegio apurado de la ratona, como tal vez algún prisionero desde la mazmorra las cantinelas callejeras y sueña las alegrías del alma libre en el sendero abierto siempre. Alegra al comedor que sabe a humo y a cosa honesta y huele por las flores frescas que adornan al centro de mesa. ¡Cuántos años hace que los muebles de roble asisten al diálogo de Carlos y Dolores! ¡Qué dulces coloquios y qué ráfagas de dolor han pasado delante de ellos! Se han ennegrecido un poco; la polilla los ha llenado de agujeritos negros. Algunos arabescos adornos del cristalero han caído y la piedra de mármol cenicienta perdió un enorme fragmento. ¿Estarán por irse y pasarán como todo pasa esos compañeros que brillaron en el comedor grande con la chispa alegre de sus cristales?

De pronto Dolores en el medio del silencio, partido por el tic-tac del péndulo y el chisporroteo a intervalos de la leña, dejó su costura sobre la mesa y acercándose al oído de Carlos, dijo:

-¿Quién es Werther? Carlos.

-¿Werther? preguntó el médico sobresaltado. ¿Por qué me preguntas?

-Porque si es un libro malo, se lo quitaré a Ricardo.

-¿Y que Ricardo lee eso? añadió Méndez en medio de la mayor emoción. ¿Cuándo? ¿y por qué Dolores lee eso? Sí. Es un libro malo; pero no se lo quites. Lo volverá a comprar, para leerlo a escondidas y se irá de nuestra casa, como hace a menudo. Ese no es el remedio Dolores. Es preciso acariciarlo mucho y vincularlo a la vida y hacerle entender que vivir es necesario para los padres, para la patria y para la hermana que se puede quedar sola algún día. ¡Oh Dolores! Exclamaba Méndez, si tú pudieras enseñarle a rezar... Si conociera a Dios y tuviese fe... Werther no tiene la culpa. Era un espíritu enfermo, un débil...; pero su lectura es ponzoñosa y contamina. Pero ¿por qué suceden estas cosas, por qué labra tanto el alma de ese inconsolable vacío?

-Carlos, tú te afliges demasiado. Ricardo es bueno, contestó Dolores.

-Es muy violento; agregó Méndez. Yo tengo mucho miedo. Tal vez oculta alguna pasión contrariada. ¿Por qué lee Werther entonces?

-Ricardo lee todos tus libros, Carlos y todo lo que encuentra.

-¿Quién sabe? dijo el médico como si hablase consigo mismo. Tal vez sea esto fatal -y enseguida dirigiéndose a Dolores, agregó:

-Ojalá le hubieras entregado las dulzuras de tu alma, tu ecuanimidad y toda tu resignación de santa: Así amaría la vida y no se iría de nuestra casa. ¡Si fuera como Angélica que canta como los pájaros y es alegre como el Sol! Pero ¿qué diez y siete años son estos Dolores que tienen sombra en la frente? ¿Por qué es retraído y huraño? ¿Por qué es así tan tenebroso? Cuando yo tenía la edad de él...

El médico se interrumpió y cuando Dolores le preguntaba lo que iba a decir, éste replicó enseguida:

-¡Nada, nada! Y contrajo la frente como con ira.

-Yo te entiendo. Yo sé, Carlos, el porqué de tus reticencias. Tú crees que él también...

Dolores tuvo como un sollozo.

-¡No, no! Agregó enseguida, porque yo le diré que tú eres un fuerte, que has educado tu voluntad, que eres virtuoso porque has querido serlo.

El médico, sin contestar, movía la cabeza melancólicamente.

-Por qué tú, le dijo enseguida Dolores sonriendo con las lágrimas en los ojos, tú has construido este hogar de la nada y eres santo como tu madre y lo que ha pasado, ya ha pasado y el Dios de misericordia es nuestro Dios de bondad y no ha de querer que nuestro hijo se pierda... ese grande amor nuestro, por lo mismo que es tan desgraciado... ¡Oh Virgen santa, madre de mis hijos!

A saltos le salían a Dolores las palabras de la garganta mientras el péndulo sigue arrancando su tictac y se oyen de cuando en cuando los cuartos de hora del reloj de la Iglesia. El viento ha cesado. La arboleda del patio calla. La estufa ya no chisporrotea, ni resopla el caño y la brasa roja se extiende quieta en el fondo, mal cubierta por una ligera película de ceniza. A ratos estalla una chispa en una violenta y corta parábola de luz, se pierde bruscamente en el resplandor de la cuenca, mientras de afuera siguen llegando algunos rumores de la calle empedrada; tableteos apagados y lejanos de carros, sordo y monótono rodar de tramways y fragor de locomotoras en fuga. Algunos aullidos, como lejanas protestas hienden el aire y llegan al comedor. La luz del gas más viva brota en un largo chorro por encima de la bomba de vidrio, que vibra a veces en un gemido largo y argentino como un retintín prolongado. Los cristales refractan luz y las bandejas de plata exhiben en el esplendor sus abigarrados y extraños dibujos, que narran alegres cuentos. Son las fantasmagorías elegantes de algún artista vagabundo, que ha incrustado allí su elocuencia. Un espejo rectangular y grande inclinado sobre la estufa, refleja todo el vasto salón como a través de un relámpago y una araña pequeña a una cuarta de la mesa, se mueve de aquí para allá lentamente sostenida por una hebra invisible, hasta que empieza a subir, pasa como una manchita cerca de la luz y se desvanece. A los costados, ocultando las puertas, caen los cortinajes y en la jaula dorada duerme el canario con la cabeza debajo de un ala, amontonado en un pelotoncito amarillo. Sobre la mesa, donde Carlos ha vuelto a su cuaderno pende la araña de cuatro brazos de cristal diáfano. Encorvados hacia el techo sostienen la bomba en forma de ancha copa y a través de la luz se distinguen sus

opacidades que amortiguan el fulgor. Retahílas de prismas y octaedros, donde los rayos hechos pedazos pintan vivísimos los colores del iris, forman brillantes caireles, envueltos en un tul azulado. Esa araña vio los ímpetus juveniles y las esperanzas del eterno amor de Carlos y Dolores. Asistió a los coloquios tranquilos de la noche, mientras los niños corren por la alfombra roja, desazonados e inquietos en el crecimiento sano. Había iluminado más de una vez la cara tormentosa de Méndez por las fatigas profesionales, cuando trabajador y héroe tiraba su inteligencia y su vida a cuerpo perdido en medio de todos los contagios y el beso de Dolores sobre su frente y la dulzura de su mirar suavísimo. ¡Sol de la noche de aquel comedor! ¡Iluminó muchas horas felices! Ella le hacía confidencias en voz baja, los labios cerca de los labios. Le dijo a él sólo la trémula poesía de sentirse madre, las vagas inquietudes de la germinación silenciosa, la trepidación de la yema que brota, el susurro de la linfa que se apresura, crea y pinta la hoja y el estallido de la corola que abre enorme los pétalos húmedos y aromados. Le reveló su largo ensueño tan lleno de sensaciones extrañas, la nerviosa fantasmagoría de lo que ya a suceder después, apasionada y delirante a veces, fosca y huraña, como una histérica sublime que tiene miedo por la salud del hijo que se mueve en la cripta fecunda. Así bajo la araña entre los chispazos de sus prismas le decía todo en voz baja para hacerlo temblar y sonreír, mientras teje batitas de lana y amontona sobre la mesa camisas y pañales blanquísimos que huelen a violetas, atados con cinta de seda azul. Iluminó también la sombra de la cuna de paso para el dormitorio y el grupo de la madre sentada en las noches primaverales en la silla de hamaca, meciendo al niño dormido con el pezón húmedo y pardo en la boca pequeña, mientras ella lo mira con luz de éxtasis, entre los párpados apenas abiertos, la cabeza hacia abajo y lánguida de angélico arrobamiento y toda la persona abandonada en el embeleso del profundo soliloquio. Allí se sentó muchas veces en medio de su esplendor Catalina, la gran abuela de ochenta años. Sobre sus faldas durmieron los nietos, arrullados por los cánticos maternales que ella no había olvidado. Sonaban en el silencio del comedor los aires sencillos y tiernos tan llenos de ingenuidad, como encontrados al acaso, como las armonías de la naturaleza que nadie ha escrito. Invadían el patio, penetraban el éter azul oscuro, cuajado de estrellas las nenias apasionadas, casi tristes, como el amor de madre, siempre iguales como que son gritos del corazón, cítara doliente que rebosa de amor y de sangre y no ha aprendido sino una nota tic-tac-tic-tac, donde está todo el sentimiento, como en un símbolo formidable. Cuántas veces la abuela se durmió con los nietos, sobre cuyo cuerpo resbalaron las cuentas del rosario, ¡como si quisiera colocar el sueño inocente bajo el divino amparo de la plegaria! Esa araña había mirado con las chispas verde-azuladas de sus cristales la cabeza turbulenta del médico escritor. Vio sus cabellos sacudirse y agitarse su cuerpo y el ímpetu de la pluma brutalmente echada disparando sobre el papel y observó su cara levantada hacia el techo en la contemplación del cosmos de adentro y sus ojos grandes, abiertos y fijos, con la siniestra brillazón de la tragedia a veces, la puñalada en el rayo oblicuo de la pupila y otras la gota de llanto, acumulada en el ángulo interno de los párpados y resbalando por la mejilla a disolver la tinta y borrar alguna palabra escrita.

Ella era la adoración de la familia, la antorcha del templo, de cuyas paredes cuelgan los retratos de los muertos, sombras adoradas que cuchichean en las fiestas de la casa y vienen en esas noches con sus caras sonrientes, con sus grandes caras de abuelos alegres, que dejan lejos la blanca mortaja y traen en brazos las muñecas rubias vestidas de seda, con la cabeza cubierta de sombreritos de paja primaverales; porque antes de morir, a los nietos les prometieron juguetes del cielo y maravillosos, cuentos... ¡Oh pulcras memorias! ¡Vicios

caballeros, nobles idolatrías de los hogares que se quedan solos! ¡Cuántas veces llegáis a sentaros en los sillones de marroquí, al lado de la chimenea prendida oh viejos caballeros, nobles idolatrías de los hogares que se quedan solos! A veces los niños se detenían en sus juegos. Eran guitarras que pasaban o acordeones que marcan por las calles el paso alegre de los trabajadores, y la sombra de Genaro cruzaba calladita como una tristeza y se perdía lejos con los sonidos en lo hondo, de los callejones. Allí mismo a menudo don Manuel de Paloche, el soñador de la panacea universal, el poeta revolucionario del masaje se sentaba a conversar con su amigo, mientras las luces retozaban de aquí para allá coloreadas en los prismas de cristales, saludando con su esplendor al empedernido visionario, ufanos de alumbrar las arrugas de su tez vieja. Pero esa noche el ambiente estaba triste. No había alegrías en la estufa. Dolores miraba a la araña como si fuera una fúnebre lámpara. Parecía el comedor de una ermita, donde no llegaría tal vez nunca más el alma de la gran ciudad con el fervor de su vida, el estruendo gigantesco de los trabajadores que la construyen, ni las carcajadas de la hermosa sultana derrochadora y opulenta, ¡una funesta ruina donde el señor tenía en la frente una cicatriz suicida y el hijo a Werther sobre la mesa de noche!

Así que cuando Dolores levantó la cabeza de su costura, vio que el médico la miraba, con el codo izquierdo apoyado en la mesa y la mejilla en el hueco de la palma.

-Yo sentía que me mirabas, Carlos, dijo Dolores.

-No te quería interrumpir, agregó el médico.

-Interrumpir ¿y por qué?

-Ni yo sé. Me parecía que los dos pensábamos en Ricardo. Yo decía para mí que tal vez no era él sombrío, sino yo, porque a veces nos parece que nuestros lutos los tienen los demás.

No se sale tan fácilmente de su propio microcosmos.

Él tiene diez y siete años. Tiene salud. Debiera ser un muchacho alegre. ¿No te parece Dolores?

-Debiera ser Carlos, contestó ella.

-Pero la verdad es que no tiene paz, ni sosiego. Se va de nuestra casa. Es un turbulento.

-Como todos a la edad de él, dijo Dolores con dulzura.

-Así creo, agregó el médico, tanto más que esta ciencia que marcha de aforisma en aforisma y tenta suprimir de paso el raciocinio humano, no ha dicho la última palabra todavía sobre la herencia. ¿Son los más los que heredan o son los menos? ¿Dónde está la regla? ¿Dónde la excepción? Son las preguntas que yo hago. ¿Quién ha reunido

estadísticas? ¿Por qué han de echar sobre los hijos fatalmente el alma de los padres enfermos? ¿Hasta la séptima generación acaso?

-Eso no puede ser, contestó Dolores con animación. Dios no permite que haya reglas tan dolorosas. Lo que hay son excepciones.

-Así me parece, añadió Carlos, estrechando la mano de la mujer. He vivido mucho entre las familias. He observado mucho. Lo que tú dices es cierto. Por eso no debe uno creer demasiado en los libros y para cuando nuestros hijos marchen en la vida, es menester enseñarles que se vive más dentro del juicio observando que leyendo. Estos sabios eruditos que pronuncian sentencia única para todos los casos son majaderos y perniciosos.

Yo sé bien si lo que pasa después, seguía Méndez con violencia.

Yo conozco todo lo imbécil que son estos eruditos. Aquí tienes lo que sucede, Dolores. ¡Pobres de los hogares donde haya habido un loco! La sociedad los señala y los condena al ostracismo. Los hijos no pueden ser generosos, ni tener pasiones, ni ser heroicos, ni caer envueltos en la desventura que aflige periódicamente a nuestro país. Tienen pasiones, son generosos y heroicos, porque son locos, ¡se han empobrecido porque son locos! Son hogares marcados a hierro por la fatalidad. Ellos saben que son observados. Marchan titubeando, caminadores sin alegrías bajo el aforisma de los sabios híbridos. ¿Por qué no consuela la ciencia, Dolores? ¿Por qué las niñas, que todas las mañanas rezan sus oraciones y tienen la virtud de Dios y son el encanto angelical de la casa buena, han de pensar en que tal vez más tarde la inteligencia se les extravíe y el corazón se les pierda? ¿Por qué los adolescentes vigorosos y honestos han de vivir perseguidos por la idea de ese futuro siniestro?

¡Si tú supieras toda la iniquidad, Dolores! A cada rato dicen: ¡Tenga cuidado con esa gente! ¡Es familia de locos! ¡Las muchachas no deben enamorarse! ¡Que queden para vestir santos! ¿Y los hombres? Esos no deben dirigir nada, ni formar familia, ni deben ir al gobierno. ¡Tengan cuidado! ¡Es familia de locos! Yo he visto estas familias y sé el efecto del anatema brutal. Husmean la mala nota, porque las otras las alejan de sí. Observan las reticencias, las desconfianzas y la oposición a establecer parentesco con ellas. Entonces como no pueden vencer al anónimo infame, se retiran silenciosas a protestar contra la ofensa inmerecida, se agrupan alrededor de los padres para cuidar el hogar incontaminado donde se reza, se trabaja y se ahorra...

-¡Qué grandes injusticias son estas, exclamó Dolores, como si fueran leprosos!

-Sí, Dolores. Como si fueran leprosos. Y eso no sucedería si la ciencia dijera toda la verdad y los eruditos se convencieran que así como a cada rato se reciben sorpresas de las enfermedades del cuerpo, las del espíritu también pueden darlas y más las que se pretende pasen de generación en generación. Yo no puedo negar la verdad de la herencia; pero yo pregunto de nuevo: ¿es la regla o la excepción? ¡Ese es el problema!

-Ya te he dicho Carlos, que Dios no puede permitir esas reglas dolorosas, interrumpió ella enseguida.

-¡Yo siento eso en el corazón, Dolores! ¡Tu Dios debe saber que hay madres! Y después la observación que es la más alta cualidad de la inteligencia no serviría para nada y si no fuese así, habría una fúnebre procesión de desgraciados y de locos que no concluiría nunca...

-Tú eres un espíritu excelso y bueno, exclamó Dolores, enternecida de alegría. ¡Eres una gran mente, Carlos!

Sus últimas palabras se perdieron en un beso, que solamente Dios oyó. Siguieron hablando en voz baja, cerca el uno del otro; en el silencio del vasto comedor. Sonreían. La esperanza los cobijó con sus grandes alas de ángel tranquilo y fuerte, mientras el reloj seguía su tic-tac. Ya era muy tarde. Había mucha quietud en la calle, interrumpida a largos trechos por algún paso de hombre que se aleja ligero y el rodar violento de algún coche sobre el empedrado. A lo lejos el bufido apresurado de una máquina, el chasquear rítmico del humo en el hueco de la chimenea y el raspar interminable de los vagones. La estufa callaba. La brasa había desaparecido casi bajo un montón de ceniza y entre los fulgores vivísimos de los picos de gas se distinguía apenas en el fondo del cuarto su vislumbre rosada. El gas apurado resopla y aletea por encima de las bombas, mientras los cuadros y el cristalero se destacan con relieves de estereotipia. Carlos le decía en ese momento:

-Yo creo, Dolores, en la educación. Las caricias de la madre hacen amar la vida. Así yo fui salvado. Yo tengo una que es una santa. Me entregó a la tierra otra vez. Creo en la influencia del deber. Así tú y mis hijos me conservaron luchador y fuerte y pienso que todos los espíritus enfermos debieran tener una madre que los salvara.

-¿Y religión, no te parece? Carlos. Y fe y el temor de Dios, y aprenderá rezar como la nena, agregó Dolores en medio de la mayor emoción.

El médico la miró en silencio. Sus ojos brillaban. Tuvo como una cosa impetuosa en toda su cara. Al rato le dijo:

-Eso, Dolores, es una fuerza. Yo carezco de ella. Es una grima que me atormenta. La religión es el valor para el deber. Yo sé que Ricardo cree en Dios y ha aprendido a rezar. Así lo has vinculado a tu corazón. Tu buen Dios de los cielos lo hará vivir.

En medio del diálogo se adivinaba un pensamiento doloroso. Era el temor por Ricardo. Se sintió en ese momento un rodar crepitante y grave en el hueco del reloj. Iba a dar la hora. Son las doce. La campana suena lentamente y la onda sonora se difunde en el comedor. La estufa abre su boca oscura y fría, ya sin brasa y los rumores de la calle llegan hasta allí raramente y cada vez más cansados. Una quietud profunda reina en los dormitorios, mientras la noche afuera envuelve la casa en su gasa negra, llena de silenciosos fantasmas. Detrás de los vidrios empañados se pararon los dos dándose el brazo. Carlos enjugó uno con un pañuelo. Las estrellas chispeaban arriba en el azul, tan diáfano y limpio en ese momento. El bosque de perales enfrente era una mancha y se veían las baldosas del patio húmedas de rocío. Hay sosiego afuera. Las ramas desnudas están fijas. De repente en aquel silencio se sintió un grito estridente.

-Es Ricardo, dijo la madre enseguida.

-Estará herido, Dolores, preguntó el médico agitado. Vamos, agregó con violencia.

-No, Carlos. Ricardo sueña. Así hace siempre.

-Te digo que no, dijo Carlos impaciente. Algo grave sucede. Siguen sus gritos. Vamos.

El comedor se abalanza unas varas fuera de la línea de los cuartos. Cuadra el patio y divide el dormitorio de Ricardo de los otros dormitorios.

Méndez abre impetuosamente el batiente. Entran los dos. El esplendor del gas atropella adentro en toda su gloriosa alegría y la luz estalla por todas partes, mientras la sombra a montones hechas trizas por aquel fulgurante relámpago se azota en todas direcciones y desaparece. Hay claridad. Sobre el rectángulo de luz que se dibuja en la alfombra rosada caminan los dos en puntitas de pié, sosteniéndose de la mano en la marcha callada, sin respirar casi, paso a paso, levemente... En el espejo que da frente al comedor muy lejos brilla la araña; la palangana de plata bruñida vibra rayos luminosos y blanquea el candelero sobre la mesa de noche llena de libros. La vela está prendida. Su llama cónica se levanta tranquila, mientras los muebles de tuya iluminados ostentan, entre los listones y las columnas de jacarandá negro, la roja sangre de sus fibras salpicadas de grumos en los anchos tableros bermejos.

Los padres caminan hacia la cama. Parecen dos espectros al pasar frente al espejo grande del lavatorio. Los pasos rozan. Se acercan a los pies y ven a Ricardo enfrente tirado sobre la cama. Está vestido. La vela alumbraba su pechera de hilo blanquísima muy abierta arriba y una corbata de raso dibuja en la camisa dos negros festones. Su cara trigüeña y flaca reposa sobre la palma izquierda. Su dormir es tormentoso. De cuando en cuando se mueve con violencia y salen de su garganta sonidos inarticulados.

-Está inquieto, susurró el médico en voz baja. Parece que sueña. ¿Y eso qué es? preguntó al rato, indicando un libro desencuadernado sobre la cama.

-¡Es Werther! ¡es Werther! Repetía sobresaltada Dolores.

En eso Ricardo empieza a hablar. Su voz tiene algo de pavoroso. Se agita y entre el crujir de los elásticos y después de la violenta farfulla del principio se oyen algunas palabras claras. Su voz es hueca y cascada como de hombre que tiene miedo y frío, ecos tal vez de extrañas sonoridades, escuchadas en el lúgubre ensueño. Los padres no se atreven a moverse. El terror los clava en el sitio. Recién entonces habían visto sobre el mármol de la mesa de noche los agujeros oscuros de la pistola, ¡conque Méndez se había partido la frente! Ricardo decía con voz sofocada:

-¡Oh Hamlet! ¡alma humana! ¡oh siniestro!

Méndez se comprimió el corazón. Su cabeza se movía con gran tristeza. Ricardo seguía soñando. Hablaba.

-¡Ojalá el Eterno no señalara con sus rayos la frente del suicida!

Carlos oyendo esto, miró a Dolores que con un pañuelo enjugaba dos grandes lágrimas. Entonces ella le dijo:

-Yo le voy a quitar eso -y señaló la pistola.

-No se la quites, agregó Carlos. Él va a saber que hemos conocido su intención. Le va a dar vergüenza. Entonces se irá por ahí y buscará un hueco cualquiera, ¿entiendes? No se la quites.

-Entonces las balas, Carlos, añadió Dolores. Él no se va a fijar.

-Yo lo voy a hacer; pero no es el remedio este desgraciadamente, dijo Méndez. Hay que despertar en él el amor a la vida. Su espíritu tiene una negra ponzoña.

Se desliza entonces el médico a lo largo del borde de la cama y sin hacer ruido desvía la lámina de hierro que sostiene los cañones de la pistola. Estos se inclinan lentamente hacia abajo y en la luz de la vela brilla la base del tubo de bronce amarillo, que contiene las balas. Carlos las hizo resbalar hacia atrás con pequeñas sacudidas y las guardaba en momentos en que Dolores se había acercado a él bruscamente.

-Vete, Carlos, le dijo al oído. Se despierta. ¡Vete!

El médico se retira al comedor. Cierra la puerta y Dolores cae de rodillas y reza con la frente apoyada sobre los colchones de la cama. La vela sola alumbraba el cuarto. Dentro de los espacios paralelos se refleja el dormitorio. Es una serie de imágenes sucesivas, una seguidilla de camas, de candeleros de plata, de llamas cónicas aleteando apenas, de palanganas y jarras de plata, de roperos que se miran con el ojo grande y rectangular de los espejos, frente a frente de uno en fondo, cada vez más lejos y más pequeños en medio de claridades que se van apagando en los cuartos sucesivos hasta desaparecer todo en los misteriosos claroscuros de una lontananza infinita. Son los dormitorios de todos los hijos pródigos que no entienden o desdeñan las caricias del hogar paterno y tristes vagabundos tienen sed de afectos ajenos. En cada dormitorio hay una madre. Tiene como Dolores, a persona cubierta de un largo batón de terciopelo negro. Están de rodillas todos al lado de las camas, donde duermen los hijos que han vuelto deshechos por las pasiones hondas y desordenadas, azotados a la ventura, almas sin sosiego en el borrascoso despeñadero. Han llegado tarde de las noches orgiáticas. Se han acostado vestidos, borrachos de vino y de

cansancio, con la pechera abierta, la corbata de raso a un lado y los guantes de cabritilla aquí y allá por el suelo.

Ellas los esperan siempre. Rezan cuando no llegan los hijos y escuchan los pasos de los noctámbulos que buscan su hogar. No se detienen: al contrario, lejos se desvanecen en el cauce silencioso de la calle. Entonces siguen orando. Es la plegaria para todos que rezan como Dolores esa noche.

Conversa con Dios. ¡Le llama infinita bondad, inmenso amor! y le dice que ese es su niño, ¡su esplendor y su orgullo!

¿Por qué cuando los otros juegan y el vigor de la vida retoza a través de la ardiente sangre, él huye y se retira lejos, como un alma solitaria? Derrama, ¡oh, Señor! En su corazón la paz de los cielos y la benignidad de tu gloria, para que su inquietud tenga paz y su mente alegres horizontes, tu que consuelas el dolor, perdonas los pecados y porque hasta el delito que siente horror se cobija arrepentido bajo tu ala todo poderosa. El hogar está consternado y él es un niño que recién despierta, Dios de mi adoración. Yo te le ofrezco, ¡oh Virgen madre! Sálvalo. ¡Que juegue y ame la vida, porque tú sabes, como los hijos tristes hacen doler el corazón!

Ricardo ya despierto ha oído las últimas palabras. Se sentó bruscamente y entre el crujir de los elásticos, inclinados adelante busca la mejilla de la madre escondida para besarla. Los dos se abrazan en silencio. Ella de rodillas apoya la cara, sobre el hombro del hijo y la mejilla de Ricardo acaricia su mejilla. ¡Era un dúo de adoraciones calladas, era el amor supremo! Ella tiene canas en la cabeza dulzuras y cariños en los ojos. ¡El alma de Ricardo está de hinojos, pidiéndole perdón! En los espejos paralelos se reflejan las madres en la penumbra de esa interminable lontananza abrazando a los hijos vagabundos y las dos cabezas se mueven de aquí para allá en los sollozos de la ternura profunda. ¡Era un dúo de adoraciones calladas, era el amor supremo!

-Hijo de mi corazón, le decía Dolores a cada rato. ¡El Señor te bendiga!

-Pero ¿qué tiene? exclamaba el joven. ¿Qué te he hecho yo? Tú lloras por mí.

-Por ti no Ricardo. Estaba rezando y lloré no más porque me nació llorar.

-Estás incómoda mamá. Siéntate aquí, y Ricardo extendió la mano y acercó una silla. Dolores obedeció.

-¿Por qué no estás en tu cuarto a estas horas? preguntó Ricardo.

-Llegué a ver si habías venido y de alegría de verte me arrodillé a rezar, dijo Dolores.

-¿De alegría, dices?

-Sí. ¿Por qué? hijo mío.

-Entonces no es cierto lo que yo estaba pensando, murmuró él, como hablando consigo mismo.

-¿Qué has pensado?

-Que yo he nacido para entristecer a todos los que se acerquen a mí.

-Así son todos, repetía Dolores con tristeza. Se les educa, se les cuida en todas las horas. Cuando se enferman vive uno sollozando noche y día al lado de sus camitas y de noche en sus sueños nos acercamos en puntitas de pié a besarlos. Y los seguimos en los juegos infantiles; asustadas y orgullosas de estos hijos temerarios y cuando son grandes y llega la hora de que nos den el brazo para sostenernos, y acaricien la vejez, ellos se van por ahí con el corazón tormentoso sin saber dónde, ni por qué...

-¡Oh mi madre santa! exclamó Ricardo con ternura. ¡No! ¡No! Así no son todos.

-Ustedes son unos incautos, contestó Dolores. No saben. El mundo es como Saturno. Tiene hambre de carne juvenil. Les abre a ustedes las puertas de oro, que guardan el sepulcro. Les indica la orgía con sus embriagueces, con la danza que marea, con la mujer deshonrada que deshonra. La mente se llena de esas visiones y dentro de la tiniebla, que oscurece vuestras cabezas, vagan las desnudeces procaces, el harem y la culebra, y para eso se van... para que la madrugada los encuentre en los tugurios estrechos, entre el dejo hediondo de los puchos tirados por el suelo y del humo encerrado, alrededor de las mesas de juego con los ojos enrojecidos y la cara lívida.

-No mamá. Eres injusta, replicó Ricardo con energía y dulzura. El dolor te extravía. Así no son todos. Yo no soy así.

-¿Por qué te vas tú entonces? replicó Dolores con ímpetu. ¿Por qué te vas tú? -y tomó entre sus manos las mejillas del hijo, mirándolo con inmenso dolor. ¿Por qué te llevas a trozos las alegrías de la casa de tus padres? ¿Por qué me lastimas el corazón?

-Es cierto que me voy, murmuraba Ricardo como si se hiciera un reproche, pero no por lo que tú dices.

-Y a ese hombre que está allí -y Dolores señalaba el comedor- ese trabajador que tiene un alma afectuosa y grande; ¿por qué lo haces sufrir?

-¿Quién? preguntó el joven con gran emoción.

-Tu padre.

-¿Despierto? insistió Ricardo.

-Sí, despierto.

-¿Y por culpa mía sufre?

-Una de las causas eres tú, Ricardo.

-Con razón te decía que yo he nacido para entristecer a todos los que se acerquen a mí.

-Yo te voy a decir, Ricardo, lo que sucede cuando te vas, replicó Dolores con vehemencia.

Un gran temblor agitó todo su cuerpo. Parecía que un escalofrío la horripilara.

-Esta es una casa llena de luz, henchida de virtud y de alegrías, dijo en una exaltación casi mística. Los perales y las flores los hemos plantado para regocijo de ustedes. ¡El sol entra a raudales para que se calienten los cuerpos de mis hijos! ¡Todos trabajamos para que haya júbilos en ella, y tenemos honor para que suenen alegres festivos! Pero cuando tú te vas, agregó más lentamente, interrumpiéndose como si quisiese contener las lágrimas -la tristeza desciende con su toca gris. Tu hermana no sonrío. Tu padre se sienta meditabundo y hasta Adela que no es de nuestra familia, sufre.

-¿Adela? dices, ¡Bah! exclamó Ricardo palideciendo. ¿Dices que sufre? ¡Mentira! ¿Qué tiene que sentir ella? ¡Miente! ¡No quiere sino a Dios! ¡Sufrirá el día que Dios se le vaya!

-Ricardo, tú eres irrespetuoso y descortés con Adela.

-Y ella malvada conmigo, interrumpió bruscamente el joven.

-Me asustas. ¿Por qué malvada?

Yo sé. Yo sé, gritó Ricardo en medio de la mayor agitación y mordiéndose los labios.

Dolores adivinó detrás de la frase mordaz e iracunda la congoja de una pasión formidable y dobló la cabeza sobre el pecho. Su alma triste empezó a recordar. Vio la vieja casa Del Río cuando era niña y toda la angélica alegría de su cariño por Carlos y el jardín cuajado de primaveras, cuando ella regaba los jazmines, que le mandaba en bandejas de plata, cubiertos con papel de seda. Recordó la noche del baile y el brutal apretón de su muñeca dolorida. El alma del hijo tenía aquel mismo desierto frío del abandono, el miedo de quedarse sola y la crucifixión de su amor desdeñado. Se levantó para estrecharlo contra su corazón. Le acariciaba el cabello y lo besaba en la frente.

-Déjeme, mi madre querida, le decía Ricardo. Yo soy un perverso. Te hago sufrir.

-No Ricardo, contestaba la madre, estrechándolo de nuevo contra su corazón.

-Es inútil, mamá, No quiero que nadie tenga dolor por mí. Me iré para siempre.

-¡No quiero que te vayas! repetía Dolores. ¡No quiero!

-Una cosa sola le voy a pedir, mi madre querida, añadió Ricardo con voz dolorosa. No piense que me voy por lo que ella ha dicho antes. Yo no juego, ni bebo. ¡Yo soy un honesto, mi madre santa! Te voy a hacer mi confesión, para que sepas... Yo tengo aquí adentro -y el joven puso su mano abierta sobre el pecho- tengo un hondo desierto y un abrojal inhospitalario que me lastima. Miro mi corazón y lo encuentro sin objetivos, lleno de hastío... Soy un salvaje y un zonzos... Ando por las calles como un duende con la cabeza perdida en un abismo lóbrego y sin fondo. No tengo alegrías. A veces creo que no soy joven. Veo como los otros viven en perpetua fiesta. ¿Y yo por qué no puedo ser como ellos? Me parece todo, mi madre, tan sin elocuencia. ¿Por qué se agitan, se apuran y caminan todos hacia alguna cosa? Yo observo esto. ¿Y qué es eso? me pregunto. ¿Es el dinero? ¿son los placeres? Solamente yo no tengo rumbo. A veces creo que este desaliento deriva de alguna enfermedad oculta, que me llevará en cualquier momento...

-Los hombres deben ser varoniles, interrumpió Dolores.

-Ya lo sé.

-Y desde que se nace hay deberes con Dios y con la familia.

-Yo los cumplo mi madre. ¡Cómo los adoro tiernamente a todos ustedes!

-¿Y tu porvenir? ¿Y la patria? Ricardo, este bendito pedazo de tierra, el amor de los amores en el corazón del hombre, insistía Dolores.

Entonces Ricardo la abrazó y le dijo al oído con voz vibrante:

-Yo he pensado que algún día para conservarle incólume y grande fuese necesario morir por ella.

-¿Y por qué no trabajas, por qué no estudias si piensas eso? proseguía la madre, en medio de la mayor emoción.

-Porque el tedio me taladra el espíritu. Esta inconsolable desolación quiebra mis propósitos y me encuentro débil sin haber hecho esfuerzos y deshecho sin haber combatido.

Oh mi madre, yo no tengo secretos para ti. El otro día estuve en un baile. Me llevó un amigo. Me senté en el salón. Aquello era espléndido. Cuánto perfume. Muchos ramos de flores y mucha luz. Todas las arañas estaban alegres y chisporroteaban en el extraño cabrilleo del iris. Estaba solo en medio de ese mundo. Sentía como un largo fragor como si todos los diálogos se hubieran unido en una sola nota formidable. Veía pasar las parejas animadas y parieras, las blondas, los tules, los escotes de mármol arrastrados en el vértigo

del vals y caras juveniles y rosadas girando siempre en medio de risas argentinas. Yo era un mudo y un indiferente. Oía la música como una armonía lejana, como si los violines tuvieran sordina. Miraba los espejos, que reverberaban todos esos fulgores, las colgaduras de terciopelo, la alfombra llena de rosas pero así, como estático, como quien no ve y la oleada de los que bailaban que seguía pasando en un gran círculo, mientras en el centro muchos jóvenes ostentaban su frac y sus pecheras con brillantes. Gesticulaban y reían. Mis ojos eran como una máquina fotográfica que recibía la impresión y se borraba para dar lugar a otra impresión, también fugaz y deleznable. Pero en el alma no me quedaba nada; ni sonrisas, ni ojos negros, ni tules, ni nada... Me parecía inútil todo aquello. ¿Por qué y para qué bailaban? Y veía como un crespón extenderse, alguna cosa fúnebre... ¿Qué quedaría después de eso? ¡Qué tedios! ¡qué cansancios! Vino mi amigo. Me sacudió de un brazo y me dijo:

-¿Qué haces aquí solo?

-Nada, le contesté.

-Como un sonso.

-Es cierto.

-Ven. Te presentaré a una niña.

-¿A una niña? ¿y para qué?

-Pero que embromar. Para que bailes.

-¿Y después? pregunté.

-Eres un incorregible, me dijo. Vete al diablo.

Me presentó. Estuve paseando un rato. Decían que la niña era bonita. Yo no vi eso. Se acabó la pieza y ella me dijo que la sentara, después supe que había formado un juicio acabado sobre mi ser moral. Se lo manifestó a todos. Les dijo que yo era un imbécil. Bueno; y es esto mi madre que se apodera de mí en los bailes, que me persigue en el paseo, que se tira con su glacial efigie sobre el libro que estoy leyendo y se sienta en la mesa al lado mío, este desgano de todo, esta soledad es la que me impide trabajar. Entonces huyo de ella, como un loco y ella atrás, a todas horas me echa la zarpa al pescuezo y me empuja día y noche lejos de mi familia, de mis amigos, como si yo fuera un cenobita y el mundo un claustro siniestro. Y después yo no te quiero ocultar nada mi madre. Tengo una brasa aquí y Ricardo se estrujaba el pecho con violencia -una pasión bárbara que me desgarrar todo y me azuza y me agujijonea y me saca sangre. Tengo iras brutales contra esta pasión. Me dan ganas a veces de incinerarla. Quiere subyugarme... A mí que soy un indomable salvaje.

Ricardo hablaba con voz sofocada y estridente, con brascas atropelladas en la palabra. Su cara tenía algo de fiera.

-¡Pobre hijo mío! exclamó Dolores con tristeza.

-Y después seguía el joven, con violencia como si no hubiera oído a la madre, y después como si no bastara esta desolación enferma -esto de que me ha de parecer inútil todo, helado todo- una estepa el mundo, es Dios ahora el que se mete al medio... Dios... Es claro... ¿Y cómo no? Tiene el cielo... Es rey... y yo un gusano vil... un imbécil... un pordiosero... El Dios el que se mete al medio... Adela está enamorada de Dios... ¿Entiendes ahora? ¿Entiendes?

Ricardo dirige una mirada oblicua a la pistola. Hace un brusco movimiento hacia la mesa de noche, pero Dolores ya se había erguido delante de él; toda su alta persona da la espalda a la luz. Su figura se proyecta sobre la alfombra y quebrada en el ángulo que la pared forma con el piso se levanta casi hasta el techo. Allí arriba se mueve su efigie llena de pesadumbre. Había algo de solemne en aquel martirio y en las medias tintas de los espejos paralelos muchas madres extendían la mano benéfica para detener a sus hijos. No se sentían sollozos, pero de los ojos de Dolores caían las lágrimas grandes y cristalinas, formando surcos en su mejilla, gotas silenciosas que golpean su bata negra mientras otras se atropellan entre los párpados y cuelgan de sus pestañas. No decía una palabra. Miraba al hijo a través de la cortina de sus ojos húmedos, porque las lágrimas son el rocío que mitiga la llama que devora el corazón de los hijos. ¡Oh divinos raudales! Rompen las brutales furias y se difunden como bálsamo. ¡Despiertan las ternuras escondidas y suscitan en los labios trémulos el lenguaje del arrepentimiento! ¡Los hombres entregan todo a las madres que lloran y el sonido de las gotas que caen los adormece! ¡Piden perdón! ¡Están en paz! ¡El azul de los cielos serenos descende con su sosiego religioso sobre la borrasca que huye en derrota! ¡Benditas lágrimas! Ricardo le besa las manos, la abraza de las rodillas con los ojos agrandados de ternura y de pasión. Su cuerpo se estremece todo. Dolores se ha inclinado sobre su frente. El llanto de la madre ha humedecido los ojos del hijo y su palabra le acaricia el oído como una melodía tranquila y santa.

-Tanto que te quiero, Ricardo, le decía la madre. Yo te perdono.

-Oh mi madre santa, exclamaba el hijo enternecido.

-Ven conmigo, arrodillémonos delante de esta Virgen de Dolores, que te ha cuidado desde chico.

El joven obedeció.

-Quieres rezar el rosario, Ricardo, preguntó ella.

-¡Yo quiero, mi madre santa, todo lo que tú quieras!

Rezaron.....

Horas malas

Méndez en el comedor se había sentado en el gran sillón de marroquí negro. Apoyó el codo sobre los gruesos brazos que parecía se hubieran abierto con más cariño esa noche, más blandos sus resortes, más abrigado su hueco. Allí fumaba él su cigarro después de comer, rodeado de la familia, en medio de la luz como esa noche y narraba las vicisitudes de su vida de médico. La chiquita de los cuentos, su alegre Angélica era la poetisa de las pequeñeces del día en el hogar, la bulliciosa alondra, que cantaba y sonreía en los placenteros cuentos, mientras Catalina y Dolores, no muy lejos sentadas, formaban grupo en la atmósfera tibia del comedor. Dejó caer su mejilla derecha sobre la palma y sus ojos empezaron a mirar con la vaga fijeza de los que recuerdan. Tenía más de cincuenta años. Ya era un fatigado con muchas canas en el cabello, con mucho esplendor en la inteligencia. El hogar lo atraía con su misteriosa dulzura de amor y de perdón. Hubiera deseado quedarse siempre allí y sentir hasta la muerte el paso de sus muchachos a través de las piezas lejanas, el roce del traje de Dolores y los golpes de tos que sacudían de cuando en cuando el pecho de la madre, calentando su piel envejecida al lado de aquella chimenea. Pensó en el primer tiempo de su profesión, pobre vagabundo, destinado a consolar, el que necesitaba que lo sostuvieran como esos edificios llenos de grietas que inclinan las paredes pavorosas. Entró en el rancho pobre para ver enfermos acostados en los catres de lona, sobre delgados colchones sucios de grasa, cubiertos por sábanas mugrientas o por alguna frazada hecha tiras, cuando no encontraba los cuerpos enfermos arrojados sobre el piso de tierra iluminado a trechos por el sol que dibuja allí los agujeros y las hendiduras del techo de paja. En los días helados, cuando el cierzo tuerce las ramas y entra con su racha húmeda al rancho, cuando el cielo tapa el sol con su tolda cenicienta y se oyen gemidos lejanos de las rachas en fuga, él veía las familias reunidas alrededor del brasero, donde ardían las últimas leñitas recogidas por las zanjas, la familia aterida sin par y sin abrigo, mientras la tuberculosis muerde el pulmón de alguno de los hijos, ¡porque ha trabajado mucho y ha comido mal! ¡Oh! ¡la miseria horrenda que tiene el vestido negro lleno de manchas verdosas, sin botines para calzar los pies de los chicos, chatos, ennegrecidos de barro y de porquería y que come y escava la mejilla de los adolescentes!

Así supo de muchos cuentos dolorosos; vírgenes desdichadas que entregaron la honra por un pedazo de pan, tal vez para los padres agobiados en la vejez prematura por la enfermedad y que ven la sonrisa amarga del sacrificio en los labios de las hijas; ¡porque la casa pobre está cerca del lupanar y los miserables de la ergástula! Él entraba con la cara seria y su corazón bueno y generoso. Tenía caricias en la palabra y dulzura en los ojos y después cuando volvía a su casa, descontento de todo, con el alma vacilante y llegaba a sus cuartos solitarios sentía a veces como un gran ruido de alas, el eco tal vez de la bendición de algún enfermo salvado. Recordaba su vida de médico en invierno. Entonces llueve a menudo. El agua azota los cercos de pita y sina-sina. Golpea el techo del carruaje con un rumor sordo y grave y salpica los vidrios de gotas y de regueros. A través de la humedad del cristal se distingue el camino lleno de fango donde chirría la rueda, entre el limo que ensucia los rayos y mancha la caja del coche, aventando a los costados agua sucia y bosta. De repente el agua de un charco despedazado en el trote violento estalla por todas partes en

largas lenguas de barre que se adhieren y chorrean los vidrios. Así vio muchas veces al suburbio bajo la lluvia. Metido en su coche a pesar de los chaparrones con las manos yertas y los pies entumecidos cruzaba los pantanos divididos bruscamente por el ímpetu de sus oscuros, arrastrando la caja por el engrudo tenaz y hediondo... Hay un enfermo que espera desde la mañana, tiende el oído y escucha todos los ruidos de la calle. Adelante. El horizonte está brumoso; el aire frío. Pasa una mancha que se confunde con el horizonte. Es un monte de eucaliptus o un bosque de sauces y en medio de las perspectivas cenicientas a través de los vidrios empañados contempla un rancho o un ombú solitario que se desliza con rapidez. Adelante una carreta de bueyes hunde las ruedas y escava la huella honda. Los animales marchan al paso, chapaleando con las patas aglutinadas y el vientre sucio de lodo y en el momento en que su coche se detiene un poco para pasar al costado, oye los rumores de los riachos cenagosos que buscan las pendientes y las zanjas. Más lejos hay una carreta encajada hasta la masa. Muchas yuntas de bueyes inclinado el encuentro adelante clavan para tirar, la pezuña en el suelo en medio de blasfemias, de gritos y de picanas que se hunden como lanzas en las nalgas que manan sangre. Las cuartas dan brutales cimbronazos y cuando la carreta no sale, con picos y palas, cavan alrededor de la rueda un hoyo profundo y se renueva la algarabía de gritos que suenan en esas soledades y se confunden con el ladrar furioso de los mastines de las chacras cercanas. Él veía entre la niebla toda la mole, ocultada por una nube densa que se desgarraba a medida que el coche se acerca y los hombres, que de lejos semejan espectros que vagan de aquí para allá, aparecen entonces con las caras sudorosas, los brazos desnudos y llenos de mugre y se ve la fila de bueyes inmóviles en el fangal con largas cuartas embarradas mientras por todas partes la lluvia sigue cayendo e inunda las praderas. Son lagunas que tardan en secarse, espejos en cuyo fondo se contemplan los cercos, los ombúes y los nubarrones que hinchan el cielo plomizo. Otras veces bajo el cielo azul y quieto, barrido por el pampero, él pasa en la mañana en medio del sol frío, por la escarcha que se rompe crujiendo en los caminos. El hielo penetra en su coche y lo arruga en un rincón. Una nube de humo salía de su boca entonces, mientras al lado de él pasa la arboleda desnuda que arroja en todas direcciones la aguja de sus ramas blancas de cristales helados, tristes vivientes con la linfa sosegada y yerta que espera el corazón ferviente de la primavera para agitarse en sus entrañas. Son esqueletos erguidos en la atmósfera como un ejército de larvas, que silban en los huracanes del suburbio. Surgen de la tierra árida y seca que se contrae y se endurece de frío, mata los gérmenes de los pastos escasos y rastreros y apenas dan sombra a los montones de hojas rígidas y amarillentas. Estas son la alfombra, que tapiza la pradera en invierno en los días quietos, arrojadas allí como fragmentos de una naturaleza muerta, como una cohorte de vencidos, que acostara sus miembros despedazados en el sitio de la lucha, para entregar todavía a la tierra, ¡donde crecieron lozanos, carnes, vigor y gérmenes! A veces las sacude el cierzo con violencia, las arrebató en vértigo, las azota en remolino, las rompe, las amontona y las dispersa de nuevo hasta que poco a poco la madre tierra las disuelve y las digiere en su seno fecundo.

Seguía su camino por los callejones, contemplando aquí y allá osamentas podridas, arrojadas sobre un montón de huesos, de gusanos y betún hediondo y veía caballos desfallecidos de hambre y de frío, apoyados a las zanjas mientras otros sin vida yacen con las patas rígidas como cuerdas de maroma y el vientre hinchado a reventar.

Muchas veces pasaban al trote al lado de su carruaje perros sucios descarnados y pulgientos con el lomo pelado a trechos, llenos de úlceras y de sarna con la lengua de fuera y el hocico arriba Husmean el animal muerto que exhala una mefítica pestilencia y se les ve después morder los tendones sacudir furiosos la cabeza a tirones con los músculos entre los dientes engullendo gusanos y porquerías y huir al fin con un pedazo de carne en la boca, o arrastrar arameles de trapos grasientos. En los días siguientes los encontraba muertos, con la calavera en el suelo, con un hervidero de vermes en las órbitas, y los dientes blanqueando en una horrible mueca. Todas las mañanas bajo el temporal su coche corría por los lodazales y en su marcha solitaria a través de los inviernos melancólicos estudió las penas de la naturaleza que pierde su ropaje, el frío que dobla las plantas y marchita las hojas y vio la tristeza de los cielos plumizos. No hay gorjeos en el suburbio en los días ásperos que se envuelven en su sábana de escarcha. Los pájaros pían apenas, inmóviles de hambre y de frío se acercan a las casas a implorar piedad y a veces dejan bajo los corredores sus cuerpecitos rígidos. Han muerto cerca de los nidos que tejieron en primavera, al lado de los chicos que ellos conocían y que sin mirarlos y sin acordarse de ellos, calientan sus manos en los fogones. En esos días se busca el sol, sin encontrar su calor. De balde su disco brillante corre por el cielo azul. Los rayos no llegan hasta la tierra. Los pies duelen de frío y la reja se corta en el cierzo.

Más de una vez en sus correrías se bajó del carruaje para ayudar a alguno de esos que no tienen techo y duermen en las zanjas del camino. Tienen la cara abotagada, la nariz y las orejas violáceas y las manos yertas. Son los borrachos a quienes el frío adormece y mata y aparecen como montones de trapos sucios, hediondos de alcoholes venenosos y de inveteradas roñas. Están rígidos como momias, como si quisieran narrar en esa lóbrega estupefacción de los rasgos demacrados una historia de dolorosos descensos, hasta la imbecilidad o la indiferencia. Son una muchedumbre de buenos, a quienes la vida amarga, la deshonra o las miserias silenciosas han hecho buscar consuelos en la copa verdosa de ajeno, una cohorte de tristes que beben para aliviar penas y olvidar. Méndez se detenía mucho rato delante de esos cadáveres. Los había conocido con vida. Eran sencillos y trabajadores, algunos heroicos cubiertos de cicatrices, soldados de las viejas guerras por la patria grande y honesta y pensaba que muchos de los que se creen mejores, no habían sido pobres nunca, ¡ni habían sido heridos nunca en las batallas gloriosas, ni eran buenos, ni eran heroicos! ¡Perdón para ellos! ¡En vez del vilipendio y del escarnio poco generoso sería bueno acordarse de los hijos que quedan! Las gentes los ven pasar con sus grandes sombreros donde el polvo y la grasa han cuajado un esmalte ceniciento, rajados en anchas grietas, por donde asoman mechones de pelo gris. Con la cara untuosa, la nariz roja y mojada y la tez lívida de miseria contemplan al caminante con ojos sucio, y pupila turbia. Su mirar es tímido y esquivo. Extienden la mano para pedir limosna y con ella se mueve el armazón de un saco lleno de remiendos, abultado abajo en los grandes bolsillos donde guardan pan y zoquetes. Su mano tiembla a veces y el cuerpo se tambalea. Están borrachos, rezongan y bajan la cabeza bajo el insulto y las maldiciones que reciben a cada rato. ¡Atorrantes! ¡Dénle garrote no más! En las afueras de cuando en cuando ellos contestan acomodando el cuerpo encogido y muerto bajo una helada, mientras al lado la hortaliza agachada y escueta yace ardida en la nieve y muestra sus hojas carcomidas por el frío y pintadas de manchas negras. Por esos callejones bajo la garúa, entre el vendaval, del invierno, o entre las cerrazones húmedas buscaba Méndez sus enfermos dejando aquí y allí sangre de su corazón. Eso fue abono fecundo. Retoñó su fama vigorosamente, levantándose

en un corpulento y frondoso árbol, que cobijaba con su sombra a muchas casas enfermas del suburbio. Era un viejo ángel tutelar, sin mas interés que ganar para comer, casi sin rumbo, caritativo sin apercibirse. Recordaba sus grimas intelectuales, torturado por el diagnóstico difícil con su cabeza en la sombra muchos días apurado por descifrar el enigma, con la cruel pesadumbre de un error probable. Era un luchador enfrente del misterio, un sonámbulo en todas las horas por desgarrarlo. Aparecía una hebra de luz, un nuevo signo revelador y la verdad centelleaba poco a poco en su inteligencia. Eso era el diagnóstico, su alegre triunfo sobre el Dios ignoto y recién entonces el alma del médico se llenaba de una severa tranquilidad.

Más tarde la lucha con la enfermedad, todos los días observando la alegría que produce su entrada en las casas y que salta como un relámpago a los ojos del enfermo que lo espera hace tiempo. Su examen, las preguntas minuciosas, el ojo ávido y pujante que quiere descubrir alguna esperanza, la mano escudriñadora y el oído volcado sobre el tórax escuchando las notas inarmónicas y brutales de su patología. La familia lo observa. Está parada detrás de él y lo rodea. No pierde una palabra, no olvida un movimiento y recuerda el gesto más imperceptible del rostro del médico y cuando éste se da vuelta y sale afuera todos le siguen en silencio, llenas de interrogaciones las miradas. Es necesario desgarrar el misterio. Para el médico no hay esfinges. La familia quiere saber si curará el enfermo. ¡Qué torturas entonces para el espíritu de Carlos, cuando, a pesar de su extraordinaria púa de pronosticador lo asaltaba así mismo la duda del futuro! ¡Cuántas injusticias en esas casas temblorosas donde no se come, ni se duerme! ¡Qué sensibilidades exaltadas! ¡Cuánto júbilo a veces sin motivos! ¡Qué profundos terrores! ¡Qué recelos contra el pobre médico; qué iras sordas, qué desconfianzas y qué odios! ¡Suelen en algunos ser eternos y resucitar en sus labios cuando ya ha pasado mucho tiempo sobre alguno de sus muertos! Él había visto en su larga vida de médico estallidos de dolor formidable y desesperadas cuitas, alrededor de la cama donde alguien cerraba los ojos para siempre y esas lúgubres resonancias lo acompañaban en su noche solitaria. Madres misérrimas que se arrojan sollozantes como a querer detener el alma de los hijos que huyen y abrazan sus cuerpos yertos, ¡porque no es posible, y no debe ser y todavía respira y tiene el pecho caliente porque no ha muerto ¡no! ¡no ha muerto y el cuerpo lánguido se bambolea como una cosa inerte entre los brazos amantes y viejos de rodillas que besan las manos juveniles y frías abandonadas en el borde de la cama por los hijos tronchados en flor!

Había visto las casas de luto; la mesa cubierta por el negro paludamento, el ataúd negro encima, a los costados los candelabros de bronce y las gruesas velas de estearina llenas de estalactitas que destilan y manchan a guadrapa y en todas partes un profundo sosiego, entre la luz melancólica, como si ese que está allí estirado y que no habla, hubiera arrebatado consigo todos los recuerdos de la casa y todas las esperanzas.

En su paso, a tras es de los hogares, había visto abnegaciones y crímenes, vicios y virtudes; familias que fueron ricas y gloriosas antaño y que escondían entonces sus pobrezaas en el suburbio; gentiles así mismo en medio de tanto grosero, idólatras del nombre y de las pocas reliquias arrebatadas al naufragio. ¡Ellas viven mucho en el pasado y acarician las viejas sedas, que todavía duran, y guardan los pocos recuerdos como una religión!

Así en algunos años asistió a la metamorfosis del suburbio. Vio desaparecer el rancho y surgir las casas de dos piezas y cerco de rojo ladrillo y llegar hasta la calle como un crecimiento de su cuerpo sano y robusto la sala alegre e iluminada protegida por esas grandes rejas, que ostentan el adorno de sus óvalos de hierro. La vereda de ladrillo o de piedra se echa sobre el colchón de tierra, mientras enfrente hacen los trabajadores el empedrado. Aquí y allá las cuadrillas descansan al lado del pisón enorme. Se inclinan a un tiempo todos aferran, el grueso brazo de madera y lo levantan. Oscila un monto en el aire y se desploma luego sobre las aristas, y las combas de los fragmentos de piedra burda, que se hundén bajo la mole pesada y se aplanan en el temblor del piso. Los trabajadores se miran un rato y conversan. Mojan con saliva la palma de la mano trasformada en áspera, negruzca, y agrietada suela, las frotan un rato y se inclinan de nuevo sobre los brazos extendidos en cruz y continúan la ruda labor hasta la noche. Entonces, en grupos con el cuerpo lleno de sudor y de tierra y el saco al hombro, los ve Méndez marchar hacia sus casas. Tienen hambre. Delante de las puertas, en ollas de barro sobre el trípode de los braseros, hierve y humea la sopa fraganciosa y succulenta. El aroma se difunde. Alrededor de las mesas de pino, sin mantel, hacen la frugal comida al lado de los hijos y de la mujer que como ellos han trabajado el día entero. Están sanos y duermen después el sueño hondo. El silencio y el olvido cobijan en la noche las casas de los pobres virtuosos con sus grandes alas llenas de blandas caricias. Los músculos descansan. El cerebro duerme sin ensueños y el corazón se acuesta con menos latidos y suena en la gran caja de música del tórax como una lira adormecida, sin sobresaltos, lentamente sonando sus ritmos. Por ellos pensó Carlos en los que viven en casas de muchos pisos, donde no hay un solar vacío; en las casas llenas de alfombras y de espejos, en cuyos dormitorios también se busca el reposo. Pero en el de la noche, la cama cruje; los labios suspiran con inquietud, el corazón salta y el sueño no viene. La cama cruje. Son los cuerpos que se dan vuelta para todos lados; es la respiración ansiosa, es el esfuerzo y la desazón de todo el organismo que quiere dormir. Pero el sueño no viene y los relojes de las iglesias siguen tañendo las horas en la atmósfera quieta y muda...

Él tampoco dormía. El insomnio era su enfermedad. Cuántas veces tuvo envidia de esas almas bravías de trabajadores que bregan de sol a sol para que los hijos sean mejores que ellos y tengan el pan y el abrigo que ellos no tuvieron.

Él observaba con dolor que aquellos tenían hijos sanos en el espíritu y robustos en el cuerpo, mientras los suyos habían heredado las tormentas de su corazón y la lóbrega mente suya. ¡Dios injusto! ¡Él había trabajado también para que sus hijos fueran más felices que él! Entonces el alma del pensador dio un salto y se entenebró toda su inteligencia...

Allí en el comedor solo y frío sintió que un crespón tétrico lo rodeaba y se hundió ya como perdido en la pavorosa espelunca del alma humana. Encerrada en la urna de carne vaga en la niñez como una mísera larva, como una inconsciente sombra. Come y duerme como si no fuera más que sangre y músculos, instinto y apetito. Abre los ojos azulados, mira los panoramas que pasan y no ve y escucha indiferente todos los ruidos de la naturaleza. Lo que más conoce es la ubre que lo alimenta y la nenia que lo adormece.

Engorda el cuerpo que le sirve de vestidura, no porque lleve misión alguna en robustecerse y crecer, sino porque ya está establecido así, porque hay luz que vivifica su célula, porque hay ozono que vivifica su sangre. Crece como la planta, con la raíz viboreando entre el humus, sin conciencia de su yo humano, ya dominada desde entonces la mísera larva por las angurrias del bruto. Desde entonces cuida el cuerpo y ama la vida -lo único que no merece amarse. Y cuando después crece, cuando la niñez la encierra en su desazonado organismo, mancha desde ya su blanca vestimenta, se tiene lejos del bien y desarrolla su perversidad nativa. Es cruel. Piensa en hacer mal siempre, en romper y en herir. Es mala. No obedece a los padres y se complace en hacerlos sufrir. No entiende el cariño del beso, no sabe del dolor de las lágrimas. No las ve nunca de noche rondar inquietos al rededor de las camas, ni que los abrigan en invierno ¡y si se despierta alguna vez rezonga y grita al chanchito! Quiere dormir. Déjenlo porque ama la vida, lo único que no merece amarse y si no nacieran malos tal vez sentirían los padres alguna vez alrededor de sus cuellos el tacto mórbido de los bracitos blancos y pequeños. Es sucia. Idolatra el barro, se encharca en el limo de los patios con la piel negra de cieno y de mugre. Enséñenle el aseo. Lloro de rabia, se tira como loca por las calles para levantar la bosta del camino. ¡Así nació la mísera larva! Déjenla porque ama la vida.

Crece. La juventud lozana y vigorosa la envuelve. Sus sensaciones se desarrollan. Huele la carne. Busca con la mente enloquecida el otro sexo y tiene meditaciones que no son castas. Entonces yo que he visto perderse en la sombra el alma de Ricardo, que lo he visto azotarse con su cuerpo fuera de nuestra casa sin saber dónde, ni para qué como arrebatado por una loca furia, yo le he repetido muchas veces que es necesario rezar, que Dios es bueno y ha hecho del hogar de uno un templo... Pero sin duda él comprendió que yo no tenía fe y ha contestado huyendo y me he apercebido que el amor filial no es más que un pretexto para tener mesa donde comer y cama donde abrigarse. Así como él todos aunque más no sea con la intención, abandonan el hogar paterno. Quieren la vida no por los deberes que ella impone sino porque la pasión les calienta el cerebro con sus espectros lujuriosos, con las promesas de la fruición física; viven soñando en las flores del mal, para embriagarse con su ponzoña y porque lo desconocido tiene hondas fascinaciones y en pos de ellas se dejan arrastrar como dementes, manoteando quimeras, burbujas de jabón que se repiten y se rompen al menor contacto.

Fue entonces que Méndez sintió un escalofrío que le horripilaba la piel. Una cosa helada le batió la frente y una cohorte de fantasmas le susurraba al oído:

-¡Ha hecho lo que tú y hará lo que tú has hecho!.. Estaba solo en el comedor y tuvo miedo, mientras el diálogo de Ricardo y Dolores llegaba hasta él como un lamento y el soliloquio blasfemo no lo abandonaba. Le había agarrado el cerebro con su manopla helada de cadáver... Tuvo la visión del alma en la virilidad -el alma sucia del perverso que ha conseguido acumular en la trama lóbrega de sus hebras más de treinta años. Allí está. Camina por la calle, perseguida por la idea del lucro, acariciando el áureo esplendor del tesoro futuro. No tiene amigos sino para robarlos, no tiene hermanos sino para la traición y la trampa. Se va a apoderar de su herencia y no respetará la tutela. ¡Qué importa que los niños se mueran de hambre y crezcan como los animales sin luz de educación, sin bálsamo de buenos sentimientos. Se harán vagabundos. Tendrán el saco roto y los botines rotos y el rostro macilento y si han heredado de sus madres un poco de ternura, inclinarán los ojos

turbios sobre a copa de caña en la taberna inmunda, entre el humo de las pipas, sobre las mesas mugrientas. ¡Pobres borrachos que ahogan en el alcohol venenoso la pena de no haber sido amados, que arrastran la carne miserable hasta dar con ella entre las rejas de una mazmorra! ¿Y las niñas? ¡Oh! ¡A esas hay que dejarles el paso! Yo las he visto por la calle descalzas, con el vestido de zaraza desgarrado, flacas, con la mano extendida para pedir limosna, paradas en las esquinas con el rostro enjuto y sucio, temblorosas y sin amparo, flores entristecidas, mustias delicadezas, hasta que encuentran un bandido cualquiera que las tumba de un empujón sobre una cama y les roba la honra, ¡para que más tarde sean las diosas pálidas y llenas de lacras de los gineceos! ¡Oh! y ¡qué le importa al que ha arrebatado los bienes de sus pupilos de esos putrúlagos que se mueven como fantasmas de aquí para allí, atónitos y dementes, si él ha sido sacrílego porque ama la vida que es lo único que no merece amarse! Y al lado de estos a quienes se les da la mano porque son ricos y cuyos crímenes se perdonan porque son ricos, camina el alma ambiciosa. Tiene visiones siniestras y marcha pugnando siempre. Vence los obstáculos riendo fríamente, súbdolo y astuto con blandicie felina y es tranquila y feroz a veces en sus concepciones y en sus actos. La batalla contra el adversario es cruel e inhumana y se le ve espionando el momento en que pasa victorioso para aferrarlo por la nuca y derribarlo pisoteándolo sin piedad. No se detiene ante el crimen, ni esquiva la calumnia con las manos llenas de lodo que arroja a puñadas al rostro del enemigo. Es paciente dentro de la violencia comprimida y ama la emboscada para caer más seguro sobre su víctima. Ha acariciado sordamente sus rencores que se han agigantado en las humillaciones de sus primeros pasos y vencedor después soberbio y malo, ha puesto el taco de su bota sobre alguna frente augusta para retirarla llena de sangre. Ama la vida el ambicioso lo único que no merece amarse -¡la vida desde la altura conquistada para servir la pasión perversa, con la genuflexión de la humanidad cobarde! Entonces la patria se viste de luto y arrastra su pesada cadena; los hogares no tienen luz, ni pan, ni calor, porque los padres y los hijos a quienes el cadalso no ha desnucado, marchan de tierra en tierra cantando la soberana belleza del sol que calentó sus cunas, embriagada la memoria de las hazañas de sus gloriosos, fulgurantes las retinas del azul divino del cielo que se encorva como un lienzo funerario sobre las muertas libertades. ¡Oh inicuos! ¡oh brutales! ¡Puede vuestra casa cubrirse de vergüenza! Sean vuestras mujeres las rameras de las ciudades esclavas, Mesalinas con sus desnudeces al aire abierto, señalando en las esquinas cuantas veces fueron impúdicas, bacantes borrachas de la noche satiriásica y vuestros hijos tahures nefandos, os escupan el rostro y mueran tuberculosos, delirantes de alcoholismo, para que el estertor de la tos suene por mucho tiempo en vuestras orejas como un lamento, como un hueco y lóbrego redoble de tambor que marche a la tunerala... porque Dios creó con el Universo la dignidad humana y vosotros habéis transformado al nacido en bestia de carga, a la patria en feudo y a la religión de los sepulcros en un osario impío donde se pudre el honor y la carne... ¡Oh brutales!

Así en la última noche, cuando la vida os abandone, uno por uno los espectros de los sacrificados rondan vuestras camas y os muestren las sombras de sus calaveras, la negrura de sus dientes cariados y la horrible mueca de sus mandíbulas os persiga y os muerda en el viaje eterno... ¡oh brutales!

Y fue entrando el pensamiento de Méndez en el alma adúltera en el siniestro soliloquio. Vio los hogares risueños santificados por el trabajo seguir el camino virtuoso y los padres llegar en la noche cansados para sentar sobre sus rodillas a los chicos y besarlos, mientras

camina por ahí ella pálida y llena de hastío, sin cariños, fría de mármol con el corazón inquieto por la ponzoña lasciva. Está triste y meditando. Tiene las calientes fascinaciones del delito, aburrida de ese trabajador que llega siempre lo mismo y con el mismo abrazo ridículo y sudoroso y recuerda los perfumes acres con que la embriaga ese otro pálido de piel seca, ese noctámbulo victimario que marcha pisoteando cadáveres de mujeres desnudas y vencidas y ha abierto a su imaginación las puertas de un paraíso voluptuoso y desconocido. Y vive así el día entero pensando en el macho que está lejos, irritada y celosa, hiriendo con la mente a las otras que han caído por ahí como ella hasta que el hombre una vez sintió que una tenaza helada le trituró la paz de su vida.

Llegó y ella no estaba. Vino la noche y extendió la mano al sitio en que ella solía acostarse y aquel hueco en que acomodaba su persona estaba frío y levantado. Entonces se arrimó a la puerta del dormitorio y le pareció sentir el chasquido de un largo y húmedo beso y el roce de un traje de seda que entraba crujiendo ligero y vio después su alto cuerpo desordenado y suelto el pelo de las sienes, los ojos brillantes dentro del marco de las grandes ojeras azuladas. Entonces la luz de su alma serena se perdió, fue un insensato y con los dedos de la derecha feroces le mordió la garganta. La derribó y cuando había alzado el cañón de níquel del revolver para fracturarle el cráneo de un tiro, salieron los chicos de sus camas, así casi desnudos, saltando por la alfombra, con la camisita a la cintura y los ojos llenos de lágrimas y de sollozos el pecho y lo abrazaron de las piernas y le contuvieron el brazo homicida... Entonces el hombre vistió de luto a sus hijos y él se retiró lejos con ellos, llevando en el alma el recuerdo de la insidia nefanda -un mártir contemplando en todas las horas la amarga desolación de su deshonra, mientras el alma adúltera, vaga todavía anhelante y ávida al rededor del verdugo que la ha vencido... Porque el alma humana ha nacido mala o desventurada, larva misérrima, Luzbel o espectro doliente. Y así viven los que heredan el dolor, al lado de los canallescos que heredan la perversidad. ¡Dadme un ecuánime y yo me reconcilio con la obra de Dios!

¡Pero es inútil! ¡La observación enfría los entusiasmos y la verdad amarga el espíritu humano! ¡Oh doloridos, o perversos! ¡Esa es la síntesis! Todo lo demás podrá tener la fantasmagoría de lo ideal y la clarividencia de la utopía, pero no es la verdad. ¡Oh doloridos, o perversos! ¡Esa es la síntesis! Por lo demás si habéis sido observadores, habréis tropezado por ahí en las casas con el alma adúltera aquí y allá -aburrida, meditando el crimen y enfrente a los costados la tez sombría del jugador y su corazón inquieto, cansado de latir en la emoción de las noches enteras pasadas en vela- las noches tramposas de los garitos húmedos y escondidos.

Y por ahí caminando los traidores a la patria, los ladrones de sus dineros, truhanes de frac que venden sus secretos y contaminan su honra olvidados de las glorias inmaculadas de la tierra donde nacieron -así por treinta dineros como Iscariote sin que sus cuerpos ahorcados y pendientes de un árbol cualquiera se hamaque de aquí para allá con el rostro azulado y los ojos en arco fuera de la órbita sucia la lengua sangrienta mordida entre los dientes. Y todo porque es necesario comer, porque se ama la vida lo único que no merece amarse... como esa madre que va por allí, deslizándose a lo largo de las paredes y que acaba de dejar en la cama de un corrompido el cuerpo virginal de su hija. La ha vendido por treinta dineros en vez de enseñarle a trabajar o precipitarse con ella antes bajo las ruedas de

una locomotora para que la doble, la quiebre y le triture los huesos y le quite la vida, tirando a los costados el picadillo de sus carnes.

Esa es el alma viril; la envidia que asoma su máscara para husmear la felicidad del vecino, porque esa diosa siempre está en la casa de al lado; la malignidad que afila la lengua para el chisme y la calumnia; el triunfo y la saña de la maldad sobre el débil y el bueno; la conciencia prostituida ¡y por todas partes el lodo! ¡El lodo! ¡El lodo! Y cuando llega a vieja, raquítica y cobarde se arrastra implorando un día más de sol, un día más de tibieza, para que cuando abra por la mañana los ojos sienta que su corazón late y sus pulmones respiran. Todavía la vida, siempre la vida -aferrados como garfios, para salvar los girones del cuerpo hecho pedazos, ¡con tal que les quede la conciencia de no haber muerto! ¡Oh, ese hielo del cadáver! ese viaje desconocido así al tanteo entre ignoradas sombras - ¡ciegos y caminando sin saber para donde! ¡Oh, esa caja estrecha de ébano, toda cerrada, para guardar su cuerpo con el vaho hediondo de las zahúrdas que no se abren nunca! ¡Y ese antro frío del sepulcro, donde no hay luz, ni aire, ni carinos, ni flores! ¡dónde no llegan sino las salmodias del miserere y los golpes del sepulturero que engasta y reboca en el hueco la piedra y lo tapa para siempre! ¡No! ¡No! ¡La vida! ¡La vida es el grito del alma humana envejecida! ¿Qué importa que uno tosa y tire sobre la salivadera que está en la mesita de noche a trozos el pulmón esfacelado, la salivadera donde se sangolotea el pus? ¿Qué importa que se le hinche a uno el vientre, que se llenen las piernas de edemas y que hieda todo el cuerpo moribundo, si por la mañana entra todavía por la ventana el sol que nos ilumina los ojos? Con el dolor, con el delirio, con la fiebre que seca la piel, con todas las tristezas que hacen tétrico al hogar, venga alguna hora -unas horas más, todavía un poco de sol... ¡que podamos ver más tiempo nuestro dormitorio de muerte! Y para eso trabajamos, para que después de ser luchadores en la vida larga, lleguemos a la hora suprema, sin el valor tranquilo de la resignación -y somos virtuosos, ¡creadores de un hogar para que los que en él viven no escapen a las leyes fatales! ¡No era mejor, Dios eterno, que aquel tiro me hubiera deshecho el cráneo antes que asistir al espectáculo de los hijos que no heredan de uno sino sus desastres! ¿Para qué nacer? Vivir, ¿para qué? ¡Ser poetas! Endiosar al hogar, poblarlo de visiones angélicas, perfumar de flores sus patios y que la madre selva adorne sus paredes y las flores del aire colgadas embriaguen con el aroma delicado las diafaneidades de la atmósfera tranquila y entregar ese templo, lleno de inmaculada nobleza... ¿a quiénes? ¡A los hijos para que lo hagan triste y sombrío! Prender la chimenea en invierno, sentarse allí cerca todos, escuchar el poema de la brasa roja, los madrigales de la llama fugitiva, condensar en la conversación de la noche el alma de la familia, ser el atleta orgulloso y bueno, que ha creado todo ese amable encanto, para que los hijos tirados en los dormitorios de adentro con la pechera desabotonada y el labio sarcástico mordido en el beso de la orgía, le digan al trabajador:

-¡Te has equivocado! Tu esfuerzo será inútil, híbrida tu hombría, estéril tu virtud, inerte el deseo de perpetuar lleno de honesta memoria tu nombre. ¡Ah! ¡Vida! ¡Vida! ¡Eres hija del instinto! La necesidad de lo brutal te agita y tu alma humana una necia quimera, una piadosa mentira, tan lejos de haber sido creada a imagen y semejanza del Dios de la sabiduría eterna, como la verdad del réprobo, ¡lo casto de la lascivia y de la felones el amor a la patria!

Méndez tuvo miedo. Toda esa visión pavorosa corrió como un relámpago frío a través de su cuerpo. Fue violenta la asociación de ideas y ese ateísmo final lo encontró sentado con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las palmas. Una tristeza profunda -como si aquel soliloquio le hubiera muerto las últimas ingenuidades, invadió su espíritu enfermo. Ya no iba a trabajar. Todo era inútil; la virtud una quimera y el mundo una cosa desierta y lóbrega, y no sintió el roce de un batón de seda sobre la alfombra, ni crujidos, ni el ruido de un paso leve que se acercaba a él, como una alegre visión llena de amable sonrisa que entrara al comedor entristecido.

Era Angélica. Ella se sentó a sus pies, sobre la alfombra, y sus labios besaron el cabello encanecido del padre.

-¿Por qué te has levantado? dijo Carlos con amable reproche.

-No, papá. No me he levantado. Hace tiempo que no tengo sueño. No me había acostado todavía. Me pareció que había alguien en el comedor; por eso vine. ¿Y tú, papá, por qué no te acuestas? Este frío te hará mal.

-¿Yo? preguntó. Méndez sorprendido, yo no me acuesto por lo mismo; porque no tengo sueño y después, añadió el médico titubeando, tantos enfermos preocupan mucho...

-Qué papá, este dijo la niña moviendo la cabeza con gracia y sonriendo; siempre eres así... pensativo y hablas tan poco y conmigo sobre todo que soy una charlatana incómoda...

-No, absolutamente, interrumpió Méndez.

-Como no, papá; y una coqueta...

-Una adorable criatura, dijo el médico, acariciándole la mejilla.

-Sí; pero coquetuela, y alegre como la alondra del cuento de Isabel de Insuriz.

-¿Qué dices? ¿de Isabel de Insuriz?

-Por qué tiemblos. ¿Te ha hecho algún daño ese cuento?

-No, absolutamente.

-Bueno. Yo lo he leído. Se lo quité a abuelita. ¡Lo tiene sobre su mesa de noche! Qué vicio libro ese con tapas de pergamino, ron papel grueso y borroneado y unas eses que parecen jotas. ¿Quieres, papá, que te diga cómo fue eso?

-Ya lo conozco, Angélica. Mi madre quiere mucho a ese libro.

-Ya lo creo. Siempre me dice que cuando ella se vaya, me lo va a dejar de herencia y le contesto que no quiero herencias, y que ella debe quedarse siempre, porque la vida es hermosa.

-¿Hermosa? ¡Hum! Interrumpió el médico.

-Y un bien, inestimable, papá...

-¡Oh! ¡Oh! Exclamó Carlos. ¿Un bien inestimable? ¿Qué filosofías son esas?

-Y en cambio de ese bien que Dios nos da, nosotros sufrimos un poco a veces, para merecerlo, añadió la hija. Ya sabes, papá, que soy una locuaz. No hagas caso. Ahora recuerdo que el Evangelio dice que la vida es una prueba y nosotros somos peregrinos.

-Pero yo también sé eso.

-Sí, pero no sabes todo, papá.

-Muchas gracias.

-¿Te has ofendido?

-Fíjate que me has dicho ignorante.

La niña le dio un abrazo con una sonrisa llena de gracia.

-Yo quería decirte, agregó, que la vida es alegre, que el sol hermoso. ¿Ves, papá? Yo me he puesto este batón celeste con encajes de Inglaterra. A ver. Dime tu opinión. ¿Cómo me sienta? ¿Es bonito, ¿No? Y después yo corté esta rosa del jardín. Es de las de otoño. ¡Mira qué pétalos lozanos y frescos! ¡Qué rico aroma!

La niña colocó la rosa cerca de la boca del padre.

-Para regalártela. agregó.

-¿A mí, o algún otro?

-No, papá; no hay otros, ¡no admito bromas! Para ti era.

-Me someto entonces.

-Y harás bien, porque sino ¡guay!

-¡Guay! ¿Por qué?

-Porque sino tu chiquita de los cuentos se va a entristecer mucho, papá querido -y la niña toda temblorosa rodeó el cuello del padre enternecido.

-Así era, dijo el médico al rato tomándola de las manos; cuando tú tenías cinco o seis años. Yo te sentaba en mis faldas, de noche, y te adormecía con el eco de mis palabras

cariñosas. Sabía entonces muchas leyendas infantiles... Yo era trabajador y bueno; pero ahora ya estoy viejo y no saldría más de aquí. La vida es un poco triste porque los hijos empiezan a tejer fuera de casa sus novelas. Tienen razón. Es ley humana...

-No, papá. Nadie ha pensado en irse, contestó la niña, porque los padres están antes que nadie.

-Eres muy buena. Dios te bendiga, contestó Carlos, besándola en la frente, pero yo sé también que el corazón tiene sed y quiere sufrir, y más los que son, como el tuyo, angelicales. ¡Así sean felices!

La niña turbada sintió una sacudida en el pecho y le pareció que la sangre había volado toda a su cabeza. Era un ímpetu vigoroso de amor filial, una inmensa ternura llena de piedad y de lágrimas. Sin duda el padre conocía su secreto, pero también era cierto que ella no había pensado nunca en dejarlo. Era una caricia silenciosa la suya, una casta y suave adoración de su mente; pero así, sin que ella lo buscara y recordando el día entero todas sus gentilezas de caballero. Es cierto que cuando con regaderita dorada echaba agua a las flores del jardín, es cierto que habría cortado para él los jazmines más frescos para que los desparramara sobre su escritorio al lado de sus libros de medicina... porque él era tan pobre y tan amable en medio de su alegre resignación de estudiante. Pero así mismo, ese cariño, que pudo haber sido un canto de amor, lleno de jovialidades, con sonrisas y eternas promesas tenía el luto de la casa entristecida por el hijo vagabundo. Ella sabía todo y esa noche el terror de alguna cosa trágica la tuvo despierta porque leía en el alma de Ricardo todas las desesperaciones que allí estaban escritas. Ella sabía todo y a pesar de la trepidación de todo su cuerpo, entró en el comedor, sonriente, porque quería suavizar la vida de los suyos con el encanto de su corazón angelical. ¡Almas divinas, alegres ruiseñores de los hogares mustios! Pobres las casas donde no haya una que ablande el choque brutal de los odios fraternales... para después cuando las madres ya se hayan ido en sus féretros, acostadas largo a largo con sus castos semblantes tranquilamente dormidos para siempre y mirando todavía a los hijos reconciliados... Por eso ella esa noche tuvo las gárrulas alegrías y abrazó al padre y le acarició el cabello gris -allí sentado en el comedor grande bajo la araña, brillante de luz, entre las chispas verde-azuladas de los caireles en el silencio de la noche sombría y le decía palabras afectuosas...

-¡Tanto que te queremos todos, papá!

-No sé si todos, Angélica; no sé, contestaba el padre.

-Yo te aseguro que sí, repetía la niña y el mismo Ricardo...

-Ahí está, exclamó Méndez, ese es el punto negro.

-El otro día, papá, yo me fuí al cuarto de él. Siempre está leyendo y lo reté. Tenía unos manuscritos en la mano. Empecé a tirar de una punta y él de otra como asustado.

-No los vas a romper, me dijo.

-Por lo mismo, los voy a romper, le contesté yo, riéndome.

-No, replicó. Son manuscritos de papá y debes saber una cosa...

-¿Qué cosa? alguna soncera tuya.

Entonces se acercó a mí, con todo el cuerpo vibrante, lleno de orgullo y de pasión, y me dijo al oído:

-¡Papá es un hombre venerable y un gran escritor!

-Eso te dijo Ricardo, interrumpió el médico.

-Sí, papá.

El médico no contestó.

-Y después, agregó al rato la niña, me dijo también que no hace mucho un poetaastro de esos que esmaltan sus versos, como las mujeres feas su cara, se permitió hablar mal de ti. Entonces lo buscó y le apretó con la mano derecha la garganta y lo zamarreó, así, ¿ves? -y la niña agitaba el puño con violencia. El otro creyó que era loco porque la cosa fue de callado no más. Tú sabes que no habla nunca. Es el modo de él. Lo apretó casi hasta ahogarlo. Qué barbaridad. Ricardo, le dije entonces.

-¿Barbaridad? me contestó. Hubiera sido el caso de exclamar:

-Gracias a Dios. Uno menos.

-Pero Ricardo, le observé, ¿qué herejías estás diciendo?

-Te aseguro, me replicó, que le apretaba las rodillas sobre el pecho y tenía una fuerza salvaje en las muñecas y le golpeaba la cabeza contra las piedras y casi lo mandó al Parnaso antes de tiempo.

-¿Y qué manuscrito leía? preguntó el médico sonriendo.

-Tus pequeños poemas, papá, esos que tú escribiste para mí cuando yo tenía diez años.

-¿Te acuerdas?

Pequeños poemas -contestó el médico pensativo. Se habrán perdido.

-¡Qué esperanzas! dijo la niña sacando un legajo del seno, aquí están. ¿Quieres que te los lea?

Méndez, sin hablar, bajó la cabeza asintiendo. Angélica leyó:

-Un nido de torcazas redondo, sobre el durazno en flor, refrescado por su hoja verde más tarde, acariciado el sueño de los pequeños por la orquesta de las bandadas -un nido de torcazas redondo sobre el durazno en flor...

-Esta es mi nena. Tiene los ojos castaños, las rosas del jardín perfuman su paseo vespertino. Veo su vestido de percal azul entre las flores de una margarita de pétalos blancos y botones amarillos. Ella ha cortado un jazmín y sonrío de lejos y después... yo la besé en la frente. Toda su persona exhalaba aromas y se movía llena de amor y gentileza en el éter cristalino, bajo el límpido azul. ¡Oh, naturaleza! ¡Oh, divina madre! ¡Esta es mi nena! Las rosas del jardín perfuman sus paseos vespertinos.

-Esta es mi nena. Tiene la persona alta y delicada como los nardos. Es la pequeña madre de los jilgueros que traen una ramita en el pico y vuelan, corren y saltan gárrulos y juguetones alrededor de ella... Su mano blanca se abre para arrojarles migas de pan y alpiste. ¡Oh los gorjeos de regocijo! ¡Y la alegría de los nidos que reciben el pan bendito! ¡Oh naturaleza! ¡Divina madre! ¡Esta mi nena, tiene la persona alta y delicada como los nardos!

-No te asustes. El relámpago cruza la noche con su centella de fuego y se entra al cuarto relumbrando en el espejo con brillazón pavorosa. Ven. Siéntate en la sillita de mimbre al lado mío. No temas al trueno que sacude las alturas. Es la voz de Dios eterno que dice a los hombres: ¡yo velo por los que duermen! Yo soy el grande ojo negro que veo el amor y el delito y doy el sueño tranquilo a los buenos, como tú hija mía que eres un ángel amable. Ven. Acerca tu boquita rosada y bésame. No temas, aunque el relámpago cruce la noche con su centella de fuego...

-Cómo duerme. Acostó su muñeca al lado de ella, una muñeca rubia que cierra los ojos para dormir. Han trabajado mucho en el día. Han paseado por el jardín y recibido visitas de niñas imaginarias. Han conversado de sus trajes lindos de seda. Han encorvado sus cuerpecitos para cortar flores del jardín. ¡Cómo duerme! ¡Qué celestial beatitud la de su cara pequeña! Yo la besé en la frente y tan suave fue el beso que el ruido desapareció en la quietud de su cuarto, como el hálito de la respiración en sus labios. Qué suerte. No se ha despertado. Yo no deseo que sepa que la quiero tanto. Tengo miedo que presienta el dolor horrendo si yo la perdiese... Duerma mi chiquita y acueste todas las noches su muñeca al lado de ella -la muñeca rubia que cierra los ojos para dormir...

-La otra noche estaba sentada en su camita, rezando sus oraciones. Tenía las manos juntas a la altura de su cuello. Miraba al techo y reflejaban sus ojos una unción celeste. Hablaba como estática y tenía una luz suave en la mejilla sana y rosada y mientras yo pensaba porque ya más tarde no podemos rezar, sonaban en el místico crepúsculo de su cuarto iluminado por la lamparita de noche las palabras aquellas «angelito de mi guarda, dulce compañía. Y yo repetí mentalmente: ¡no la desampares, Señor! Y estuve por decirle que iba a pasar toda mi vida, tirado sobre la alfombra al lado de su camita... pero entonces sentí ese hielo, que le estruja el corazón a uno, cuando piensa que va a morir y abrazarla no pude, no fuese ella a saber que la quiero tanto y presintiera el dolor horrendo si yo la perdiese. Entonces me llamó y me dijo:

-¡Qué contenta estoy!

-¿Por qué? ¡mi chiquita!

-Porque he rezado y los angelitos van a venir para acompañarme en el sueño. ¿Y tú? papá.

-¿Yo?

-Si, ¿tú por qué no rezas?

-¿Por qué no rezo? No sé.

-Yo te voy a enseñar, me contestó.

Entonces me tomó la mano y colocó sobre mi frente la punta del índice y del medio extendidos y dijo:

-En el nombre del Padre.

Y yo repetí sin querer: en el nombre del Padre del Hijo, siguió con su dulce voz, mientras yo murmuraba como un eco lejano: «y del Hijo» y cuando levanté los ojos para mirarla, sus últimas palabras: «y del Espíritu Santo, amén» morían en lo más hondo de mi corazón y se perdían en el movimiento casi imperceptible de mis labios que le besaban la frente.

-Ayer ha estado enferma. Tosía. Yo no quise escuchar lo que sus pulmones decían. Tuve miedo. Vino la noche y estuve sentado mirándola dormir. Hacía frío; los vidrios del dormitorio estaban húmedos y cuando sentí silbar el viento en el patio yo me incliné sobre ella y le abrigué bien el cuello con su manta leonada. En eso pasa una carreta y la rueda lenta y pesada produce estampidos en el silencio. La casa entera pareció sacudirse y yo de miedo que se fuera a despertar, volví a inclinarme sobre su cabecera... Dormía. Entonces sentí una alegría inefable, porque solamente los sanos duermen tranquilos... No se despierte, mi chiquita, porque el viento silba en el patio y estride la arboleda desnuda en la ráfaga helada.

-Llega la primavera. Ella tiene un sombrero de paja de ala ancha que le sombrea los ojos. Los senderos del jardín por donde pasea están húmedos y la zozobra y el tripudio del humus que se calienta hace nacer la hierba y brotar la yema con su botón verde a un costado de la rama. El almendro está cubierto de su flor cándida y del durazno pequeño han caído corolas rosadas. Ella las recoge en dos cartuchos de papel de seda.

-Este para ti, papá, me dijo.

-Gracias, mi chiquita.

-Y este, siguió ella con su voz dulce, para la virgen...

Yo me quedé pensando entonces por qué estas chiquitas son tan angelicales y por qué nacen así tan llenas de gracia exquisita y no me acordaba que son vivaces como las primaveras, frescas como los renuevos, alegres como los nidos, para que el amor a la vida retoñe en los corazones viejos y se llenen de savia -como si uno fuera igual a las praderas en invierno, con el pasto ardido por la helada y con la tierra dividida por hondas grietas, y fue entonces que ella puso en un florerito delante de la virgen su cartucho de papel de seda...

-¡Qué linda noche! La luz del gas del zaguán llega hasta el fondo del patio. Ilumina las rosas de los canteros, y el pardo ropaje de hojas de los perales, mientras la parra desnuda todavía encorva en la penumbra casi la bóveda de sus sarmientos retorcidos y gruesos. Alrededor del farol, revolotean insectos a millares; la flor del aire arroja sus pétalos cerca de la pared donde está colgada y el ambiente está impregnado de moléculas olorosas como si fueran de aromas o de azahares. Se sienten las emanaciones de la tierra negra, que ha sido regada en la tarde. Por arriba el cielo está cuajado de estrellas -un cielo azul oscuro, tranquilo y manso- un dosel lleno de chispas en el éter sereno. Tengo a la chiquita sentada en mis faldas y pienso en esas maravillosas creaciones que asoman todas las noches para mirar hacia la tierra fatigada y así a un costado veo un arco fúlgido y detrás como hundida en el firmamento y desvanecido casi su esplendor, ¡toda la circunferencia de la luna la vestal que derrama en el universo las místicas suavidades de su luz pálida! ¿Por qué caminas así tan solitaria ¡oh melancólico enigma del éter! E iluminas las pampas de mi patria como tú tan infinitamente solitarias? Tal vez eres el alma de los astros -errante y desvalida como en la tierra los hombres- dolorosa peregrina y buscas como ellos en el camino eterno de las alturas, a través del sendero que nunca concluye, ¡alguna cripta funeraria donde haya paz! ¡Oh melancólico enigma del éter! Y miras la congoja humana y el vértigo de las pasiones y ves cómo se desgaja el cuerpo en la vida y encuentra -más feliz que tú- su sarcófago frío. Y marchas siempre -hasta el fin de los siglos sin cansarte nunca- como el hombre y cuando ya no haya pupilas, tal vez tú sigas todavía con tu dolor a cuestas, iluminando escombros y osarios, muertas naturalezas y plúmbeos firmamentos ya fenecidos, mártir y condenada a marchar perpetuamente -¡fúnebre astro y búho inmortal!... Pero mientras yo pensaba todo esto, las notas del piano vibraban en divina melodía; tal vez la historia de alguna alma en pena -inconsolable vagabunda como la vestal solitaria de la noche y sentí que el corazón de mi chiquita sufría, como si estuviera leyendo aquella balada y maldije al arte que escribe lágrimas, a las notas donde suenan dolores y pensé también que mejor fuera callar... -no vayan a saber los hijos que el espíritu de los padres tiene lutos, para que no adivinen sino muy tarde las sombras de las almas que viven moribundas de penas...

Fue entonces que la chiquita me echó los brazos al cuello y me dijo:

-¡Tanto que te queremos todos, papá! ¡Tanto que te queremos!

Méndez había inclinado poco a poco la cabeza sobre el hombro de la hija, como embelesado en aquella lectura. La luz del gas iluminaba el afectuoso grupo.

Ella estaba sentada sobre la alfombra a sus pies, y con el codo apoyado en su rodilla, sostenía en la izquierda los manuscritos que estaba leyendo, mientras el padre había poco a poco inclinado su cabeza. Conversaron todavía en voz baja los dos.

-Entonces, Angélica, es cierto que ustedes cuidan mis cosas y mi nombre, le decía Méndez.

-Es cierto, papá, contestó la niña.

-Y que Ricardo guarda con religión lo que yo escribo y que él ha sacado de mi escritorio.

-¿Cómo no? y bajo llave, y cuidado con que nadie se arrime.

-Entonces yo estaba equivocado, añadió el médico, como si hablase consigo mismo. Me imaginé que todo había concluido y que sería estéril ya seguir adelante.

-¡Estéril! ¡estéril! repitió una voz detrás de él -una voz solemne, como si estuviera llena de reproches.

Méndez dio vuelta. A unos pasos de su silla estaba parada Catalina, toda temblorosa. Sus canas tenían reflejos verdosos y lucientes en el esplendor del gas. Tenía la tez blanca como el alabastro y surcado de arrugas el rostro. Los ojos habían perdido su brillo y había alguna cosa turbia en la esclerótica envejecida que terminaba en un arco óseo casi que rodeaba la córnea. Vestía un traje de seda negro y cubría su cuello y su pecho un pañuelo de espumilla con relieve de negras rosas y mórbido fleco. Tenía como ochenta años y caminaba hacia el hijo extendiendo las manos trémulas, cubiertas con la piel pálida y diáfana, en pliegues, casi sin vida. Algunas manchas cobrizas pintaban el dorso y se dibujaban allí venas azuladas y chatas... Méndez y Angélica la abrazaron.

-Pero ¿por qué ha venido, mi madre?, le decía el médico en medio de la mayor emoción, así con este frío, ¿por qué ha venido?

-Sí, abuelita, replicó Angélica abrazándola. Hay mucho frío. Yo la voy a acompañar hasta su cuarto. Venga.

-No, contestó la anciana. Véte tú, y le indicó la puerta con tal energía, que la niña desapareció retrocediendo.

-Siéntate en el sillón, agregó enseguida con el tono de una orden.

-¿Yo? ¿En el sillón? mi madre, preguntó el médico.

-Sí, tú, contestó la madre; tú porque eres más viejo que yo.

-¿Más viejo que tú? ¿Cómo? añadió Carlos, con mirada escudriñadora y desconfiada.

-Sí. Acabas de decir a los cincuenta años que todo había concluido y que sería estéril seguir ya adelante. Eres más viejo tú, y a ella -agregó Catalina indicando la puerta por donde había salido la niña- a ella yo le he dicho que se vaya a acostar, porque sin duda tú no sabes lo que está sucediendo en tu casa.

Carlos levantó la cabeza, la miró y le dijo:

-¿Qué está sucediendo?

-Ella se levanta todas las noches, siguió la madre.

-¿Y dónde va? interrumpió el médico, temblándole la voz.

-¡Ah! Tú quieres saber dónde va, ¡no! Contestó la anciana acercándose más al hijo. Bueno. Fíjate lo que hace. Se pone su batón blanco de seda, tus poemas en el seno, abre despacio la puerta de su cuarto y sale en medio del frío de la media noche. Cruza la oscuridad y se acerca a tu puerta y allí se está.

-¿Despierta? mi madre, exclamó el médico, tomando entre las suyas las manos de la anciana.

-Sí, Carlos, despierta.

-¿Y todas las noches dices?

-Sí.

-Entonces me espía ella.

-No. Te cuida.

-¿Cuidarme? ¿y por qué?

-Y a Ricardo también.

-¿A Ricardo? mi madre. Entonces ella sabe... ella ha comprendido todo...

-Sí, Carlos. Ella sabe todo y ha leído en tu corazón. Te conoce y teme. Lo conoce a tu hijo y teme.

-¡Oh Angélica! ¡Oh la querida de mi alma! ¡Pobre mi nena! exclamó el médico.
¿Entonces esta noche también?

-Sí, Carlos. Estoy segura. Atravesaba el comedor para ir al patio y te vio.

-¿Y hasta cuándo se queda? Preguntó Méndez.

-Hasta muy tarde y cuando piensa que están dormidos, cuando ya no siente ruidos, cruza otra vez la noche para su dormitorio.

-¿Y está despierta? Estás segura.

-Cuántas veces, Carlos, yo la he tomado de una mano y la he traído a su cuarto -yo que la siento a menudo levantarse y ella me ha abrazado sollozando y me ha dicho: ¡Pobre papá! ¡Abuelita!

-¡Pero hija! Está durmiendo y está contento.

-No, abuelita no está contento, me ha contestado, y te aseguro, Carlos, que camina tan suavemente sobre la baldosa que sus pasos no se sienten, como si fuera un ángel. Y ahora, Carlos, es necesario estar contentos para que ella tenga horas alegres, porque no las tiene.

Carlos tembló de miedo y al rato preguntó:

-¿Tú crees que no las tiene?

-No, Carlos.

-Pero si canta y juega como los niños.

-Cuando sabe que tú la oyes, porque es inteligente y santa.

-También ella, también ella, repetía el médico con tonos desgarradores. ¿No se ha salvado entonces? ¿Tiene el estigma doloroso y brutal? ¿Adónde vamos, pues? ¡Estamos locos o es necesario que los hombres imprequen para que Dios sea menos injusto! ¿Por qué tanto dolor aquí? ¿O todo lo satánico se ha aglomerado entre estas paredes? y yo entonces soy un reptil, un facineroso que pago yo solo la pena de muchas generaciones de contaminados y entonces ¿por qué no me destruyen a mí? por qué no entro como ellos en el inmundo putrúlagos de sus delitos; para que mi sacrificio sea suficiente y mis hijos tengan juventud, candores, fiestas y goces infinitos. No ha bastado, mi madre, que yo fuera un triste y que haya vivido hasta ahora con este verme sordo y melancólico que me roe las entrañas, que mi alma haya vestido de luto siempre y que no haya visto delante de mí hasta ahora sino el desierto y que cuando de repente -un cuarto de hora- asomaba a mi corazón la sonrisa de la adolescencia, viniera el búho de adentro y me estrujase todo con la garra, no ha bastado todo eso, ¿no? Ahora es necesario que sufra esa gentileza, esa virgen ideal de mi casa, oh mi madre, que sufra y que esté inquieta y tal vez lllore sentada en algún rincón y que tenga como yo su gusano. ¡Oh es inicuo! ¡Inicuo! ¡Inicuo! Repitió Méndez levantándose.

Parecía un espectro. Todo su cuerpo estaba rígido y terrible, el ojo fijo y pavorosa la pupila. El surco de la frente se hundía en una arruga oscura y sus músculos parecían

temblar. El esplendor del gas iluminaba su alta persona, rodeada de una aureola lúgubre de demencia.

-Y tú, siguió Carlos, sin detenerse, tú, mi madre me vas a decir ahora quiénes han sido mis antepasados -y avanzó bruscamente hacia ella con cuatro pasos impetuosos. Nunca has querido hacerlo. ¡Nunca hablas de mi padre, tú, ni de mis abuelos! Tú guardas un secreto, mi madre, agregó con violencia.

-Yo soy una señora, replicó Catalina, con voz tranquila y fuerte -y las señoras no contestan a los caballeros irrespetuosos.

-Lo de siempre, repuso el médico enseguida. Pretextos, evasivas, nada de franquezas y porque entonces si no habías de satisfacer esta curiosidad legítima, ¿por qué me has dado tu corazón y he heredado tus ternuras y quiero a mis hijos y amo ese gran espíritu de Dolores, tan excelso como el tuyo? ¿Por qué? ¿por qué? Una peña tuviera aquí yo -y Carlos se golpeaba el pecho vigorosamente- una fría víbora y fuese un indiferente y un cínico -¡yo el heredero de muchos siglos de corruptela mental, el nieto de todos los truhanes, el corolario de una cohorte de borrachos muertos! Ese soy yo... y siquiera en vez del impulso y de la violencia hubiese yo recibido la imbecilidad por patrimonio...

-Desventurado te creía, interrumpió la madre levantando amenazadora la mano derecha, pero no blasfemo y malvado. Tengo ochenta años. Mi vida ha sido inmaculada dentro del trabajo y de la virtud. Con mi brazo y mi consejo te he sostenido ya demasiado. Te abandono a tu suerte. Yo no puedo consentir que se manche la memoria de mis padres y que se llene de lodo la frente del único hombre, que ha recibido besos de mis labios. Ya está bueno y no quiero desde que todo está perdido ya -perder el ciclo también. Ahora me voy de aquí -agregó la anciana con palabra lenta- me voy, después de haber perdido la fe en el cariño de mis hijos y para siempre a morirme por ahí como una pordiosera solitaria. Pocos días me quedan... pero la tierra ya no ha de entrar en mi alma. No quiero besos, ni cariños. No quiero ocuparme de leer en el corazón de los ingratos, ni quiero perder tiempo. Buscaré un claustro donde no haya sino tinieblas, frío, cilicios y salinos. Pero ten cuidado, Carlos. Tu padre era un honesto y más que tú... y los dolores que yo me llevo ahora escondidos en lo más hondo de mis entrañas no os sufrirás tú; porque no mereces; eres cobarde y malo, pero si esos niños, esas tus criaturas ¿entiendes? Yo les voy a decir a todos lo que es este vigoroso. ¡Es un falso enérgico! Él afirma que quiere con violencia y no tiene inconveniente ninguno en lastimar el corazón de los que le rodean, de sus hijos, de la madre y de su mujer. ¡Afirma que es un virtuoso y vive con el espíritu lleno de rugidos y el labio de blasfemias! ¡Un femenino con espaldas de gigante, ese es el Dr. Carlos Méndez!

La anciana se había erguido. Tenía alta la cabeza. Su cabello blanqueaba lleno de reflejos en el esplendor del gas y en el silencio sonaban sus palabras, como ecos de un salmo lleno de iras. Se había acercado al hijo y lo miraba de frente. Carlos no contestaba y cuando ella daba vuelta la fayebe para retirarse y la luz enrojecía las baldosas del corredor, el médico le dijo casi con frialdad:

-Como Vd. quiera, mi madre, ¡Adiós! De todos modos está escrito. Lo que ha de suceder, sucederá. Muy feliz este femenino ¡que sean pocos los que se entristezcan

después! Pero antes que se vaya, no olvide que es bueno acordarse de cuando en cuando de los dolorosos, que suben la cuesta, a pesar de caer heridos a cada paso en los conos filosos de la escharpa. No olvide que hace veinte años que el deber y la caridad por el hogar luchan en el alma enferma contra la herencia del mal y que si al fin desfalleciese la fibra y se perdiera en la muerte, otros también han caído -en a misma forma- otros que tienen mucho que ver con este femenino...

¿Qué dices, Carlos? preguntó la madre, mientras un escalofrío de terror volaba a través de su cuerpo.

-Dijo que una noche mi madre, contestó el hijo acercando sus labios a la oreja de la anciana, que una noche, mientras tú rezabas el rosario -porque aunque tú dejes mi casa, yo te he de decir que eres una gloriosa mártir -mientras tú rezabas- una noche oscura - tambaleándose entre los relámpagos vino a caer a tus pies el cuerpo de un hombre con un agujero negro en el corazón y sangre en la pechera y ese hombre era mi padre.

-Eso nunca te lo he dicho yo -replicó con voz sofocada la anciana.

-No; por supuesto. Pero todo se sabe al fin; porque ese hombre se había inclinado sobre la cuna del hijo un momento antes y había besado tu retrato. Él sabía que tú eras una santa. Y cuando lo viste caer te arrodillaste al lado de él para abrazar su cadáver, así empapado no más sobre la alfombra de tu cuarto. Después recogiste todos sus recuerdos en un cofre que no te abandona nunca, y has vivido venerando su memoria, siempre fiel y casta, como si fuera otra divina religión esa tuya. Entonces adoraste toda tu vida el sillón en que él se sentaba, su biblioteca, su cama de nogal, la mesa del comedor en que él apoyaba sus antebrazos en a noche y el reclinatorio en que se arrodillaba para rezar contigo -pero siempre así- como un ángel tristísimo -vagando por la casa. Y ese chal que tienes puesto, él te lo había regalado en el día de tu santo y algunos días antes de suceder eso -una noche sentado al lado de la estufa, él te pidió que si alguna vez se muriese, no abandonarás nunca a tu hijo, porque el amor de las madres, te dijo, es el palio sagrado que protege el alma de los hombres y el lábaro que los alienta. Luego, tú has cumplido tu promesa y has vivido al lado mío siempre y yo te he querido con esta ternura mía tan infinita, mi madre... ¡oh mi madre!...

El médico se detuvo. La emoción le impedía continuar. Al rato siguió con acento apasionado:

-Por eso en unos papeles, a quienes el tiempo ha puesto amarillentos, tú escribías que si él hubiera tenido una cabeza blanca de viejita adorable para estrechar contra su corazón, tal vez no hubiera... una cabeza blanca así como esta que está aquí tan cerca de mis labios y hubiera sentido sus pasos cortitos por la alfombra de la casa y la tos de sus pobres bronquios enfermos; pero que no se fuera nunca y de noche sobre todo que no llegase a las dos de la mañana a la casa del hijo -tantas noches seguidas, caminando entre las callejuelas solitarias, expuesta al denuesto tal vez de algún facineroso noctámbulo, entre tanto frío con sus pobres bronquios enfermos... Y uno tiene miedo cuando sabe que están fuera y el hogar queda tan vacío porque se ha acostumbrado a hacerle caricias como a los chicos y las sigue con la mente por ahí y las ve caminar encorvaditas al lado de la pared, paso tras paso,

mirando adelante y ve que algunos se sacan el sombrero con reverencias, porque saben que esas ancianas apuradas así en la noche alta van a hacer alguna caridad a los menesterosos y suponen que es para algún desvalido que no tiene madre.

-Es cierto, Carlos, contestó la madre; para un desvalido que no tiene madre. Pero tú me has hecho seguir y eso no es digno.

-No. Yo te he seguido.

-¿Tú?

-Sí, por la acera de enfrente -con disimulo a media cuadra y te veía pasar debajo de los faroles y cuando tú sentías el estampido de mis pasos y te dabas vuelta, yo me escondía y me arrugaba en el vano de cualquier puerta para que creyeras que era el eco de los tuyos que golpeaba las casas de enfrente en el hondo silencio de la calle y porque yo no quería que tú supieras que había alguien que conocía tus obras de misericordia. Y después a la tarde, en mis horas de descanso -cuando ustedes salían, porque yo quiero que todos los míos salgan y estén alegres- yo me sentaba a pensar y a escribir al lado de los vidrios que dan al jardín, en mi aposento. Desde allí veía el manto de la hiedra que tapiza la pared, las rosas de los canteros y las puntas azules de las violetas, asomando entre la alfombra de su pardo follaje y no me sentía solo, sino que todos ustedes rodeaban mi escritorio. Ricardo enfrente, con su cara trigüeña, enjuta y brava, el ojo chispeante y oblicuo, el pelo echado hacia atrás descubriendo la frente amplia, orgulloso del padre trabajador y al lado la nena llena de alegría y de gracia, hermosa y vestida con el blanco peinador de seda, cerrado al cuello con una ancha cinta de faya cuyas extremidades rozaban mi cuaderno y Dolores a mi derecha, sonriendo y amando siempre. Así detrás de mí yo sentía, ¡oh mi madre! El crujido de un traje viejo, el aliento tibio y un montón de cabellos blancos que me tocaban la mejilla y veía aparecer una mano flaquita con la piel blanda y arrugada -una pobre mano de marfil con vetas azuladas, casi transparente, delicada y fina que tomaba mi mano armada de la pluma para guiarla sobre el cuaderno y yo tan contento bajo aquel celestial hechizo, yo dejaba que la mano arrugadita de marfil escribiese lo más divino- las lágrimas sublimes que caen como gotas de manantiales cristalinos desde las ternuras recónditas y dijera cómo late el corazón humano y cómo aletean las hebras de seda y oro del espíritu y yo seguía dejando que la mano escribiese lo más divino y echaba hacia atrás mi cabeza para saber quién era la viejita que estaba parada de tras de mí y para que me besara... ¿así ve? mi madre.

El médico hablaba lentamente con profunda tristeza. Tomó la cabeza de la madre y la plegó un poco hacia atrás. Entonces él se encontró con los labios cerca de su boca y siguió hablando lentamente: -y esa viejita era mi madre y yo echaba mi cabeza hacia atrás...

-¿Para que yo te besara? mi hijo, preguntó Catalina, enternecida.

-Sí, mi madre, y yo le pedía eso con palabra suplicante.

Catalina besó la frente de Carlos.

-Y así abrazados los dos, yo le preguntaba, siguió el médico, porque salía de noche - tantas noches con sus pobres bronquios enfermos. Entonces la tomó el hijo así de los brazos como hago contigo, la llevó despacio hasta el sillón de marroquí que está en el rincón del comedor.

Méndez sin dejarla la fue acercando al sillón mientras la madre le decía:

-Bueno, mi hijo, siéntese al lado mío y yo le voy a decir porqué la viejita sale de noche...

-Oh yo lo sé, mi madre. Tú ibas a visitar a Hersen.

-¿Lo conoces? Carlos, preguntó la anciana.

- III -

Hersen

-Mucho. Era un bohemio de galera de felpa y guante, uno de esos vagabundos que no tienen hogar, ni sueño. Toda la vida los buscan, mártires de la concepción perfecta para no encontrar sino la fonda y el sepulcro.

-Así era Carlos. Me mandó decir que estaba moribundo y solo y que no tenía madre. Entonces...

-Tú fuiste, interrumpió Carlos, porque sabías que por ahí escondidos y tristes ustedes tienen hijos, que no han conocido nunca y les abren los brazos porque hay algo de la divina caridad en el corazón de los ancianos. Era un alma cortés ese Hersen, una delicada y gallarda inteligencia. Yo lo he conocido mucho. Su mano era blanca y fina como la de una mujer y su corazón había muerto en el choque de todas las inercias. Era un contemplativo. Todavía me parece verlo sentado en el saloncito turco sobre un diván de terciopelo granate y en el suelo una piel de tigre enorme descansando sobre el edredón de una maravillosa alfombra. Veo una panoplia de armadura medieval y una cimitarra sarracena, bruñida como el sol, corva como una guadaña, que adornaba la pared, cubierta toda de una de esas maravillosas telas persas de abigarrados colores y dos pequeñas bibliotecas con incrustaciones de nácar llenas de libros pequeños, rectangulares de tapas nítidas y amarfiladas -admirables miniaturas de la tipografía que encerraban el alma de sus poetas...

-Enfermos, como él, interrumpió la anciana.

-Sí, mi madre, anacoretas como él, enfermos de la nostalgia de lo infinito, ¡idólatras de la belleza inmortal!

-Y estériles, Carlos, y desventurados. Yo he visto ese salón que tú has descrito y he leído en las acuarelas que estaban aquí y allá tiradas sobre la alfombra todas sus intuiciones de artista. He visto retratos de mujeres cuyas formas desnudas apenas se entreveían, envueltas en tules en medio de una atmósfera de ensueño y naturalezas muertas, grises, llenas de frío, exquisitas y tristes como su alma. Él ha pintado el mar...

-Sí, mi madre, exclamó el médico lleno de entusiasmo. Es el creador de la transparencia del agua verde, del movimiento de la ola y de sus calmas solemnes porque era un enamorado de la belleza universal. Conocía las fragancias salinas, el olor de los cercos primaverales, el olor húmedo del humus, el perfume de los pastos. Adoraba al cielo. Era un estático de sus auroras, de sus zenies y de sus crepúsculos. Pintaba la atmósfera en toda la maravilla de sus cambiantes, idolatraba al sol. Pero cuando hablaba de la noche donde las penumbras vagan indecisas entre la suave vislumbre de los astros y donde la belleza reina, eterna señora de los crepúsculos misteriosos que se esconden en su seno y que se tiende como un enigma sombrío sobre el silencio de la creación ¡oh! Entonces, toda su mente transfigurada, se iluminaba con los dolores del genio y pintaba sus noches quietas, deliciosas -las noches de las almas buenas- vagando por el Universo de confín a confín en la blanda hamaca del éter y los cielos serenos, volcando la curva azul, como la bóveda de un templo gigantesco, donde los astros vibran mística luz, como si fueran antorchas que cuidaran las criptas azules de todos los ángeles muertos. Pintaba las noches grises cuando la luna corre detrás de las cortinas cenicientas que se rasgan de trecho en trecho para que filtren sus rayos -las noches sin estrellas, ocultadas por la cerrazón húmeda de los campos, silenciosas como las quimeras que rozan apenas la mente de los creadores- las noches de los filósofos que escriben las brumas de la conciencia humana y de los soñadores que pintan penumbras, naturalezas esfumadas, relentes que hacen pensar en la apacible cuna del mar y vagas figuras de mujeres juveniles acostadas con los brazos detrás de la nuca, el ojo adormecido y abierto -entre la espuma de tules impalpables embriagadas del humo del narguile tirado sobre la alfombra. Después se hizo un incompleto. No conocía las tormentas; no sabía nada de cielos negros, ni de alturas sacudidas por el trueno y no vio nunca ese sombrío ataúd del mar en la noche borrascosa. No sabía de catástrofes en la Naturaleza, ni de hondas pasiones en el corazón. Estaba enamorado de los colores níveos, de las medias tintas, de la línea admirable de gracia y de elegancia, de la forma pulida y eximia y era un decadente de esos que construyen la urna para guardar las cenizas del Arte, gloriosa moribunda que va caminando hacia su sarcófago entre los acordes del último minué, lúgubre canturía que suena alrededor de los cadalsos ensangrentados. Yo te dije muchas veces: sea espontáneo si quiere ser grande. Olvide sus duquesas de cabellera empolvada, las fuentes de los jardines artificiosos, los arabescos de las regias mansiones, donde viven las larvas de la realeza, el estanque quieto y mefítico, donde nadan cisnes que ya no tienen alas y acuérdesse del torrente que salta de peñasco en peñasco, saturado de luz y de ozono y del águila que extiende las alas y rema en las alturas salvajes. Viva dentro de las vírgenes naturalezas de su tierra. Crea en las armonías del viento y de las aves que pueblan los espacios infinitos y ponga el oído sobre el pecho de la humanidad y narre como canta el corazón el himno de la vida. Viva con los hombres. Observe sus alegrías, las congojas y las esperanzas y cante. Crea en el arte sano, en el arte que tiene el músculo robusto y la sangre roja. No viva en el ensueño y no olvide que los pálidos están cerca del sepulcro y que pueden tal vez llevar lo exquisito en el arte hasta el feminismo, pero no serán nunca ni sacerdotes, ni apóstoles, ni genios, ni mártires. Yo le decía todo eso con

calor, fuertemente sincero, porque era Hersen un intelecto ideal; pero como muchos que viven del insomnio, o ebrios de alcohol, él vivía borracho de opio.

-Carlos, dijo Catalina con tristeza, Hersen ha muerto hace unas horas. No seas cruel con su memoria.

-¡Oh! Yo lo siento, mi madre, exclamó el médico, y he tenido estos días un profundo dolor de la mente por ese gentil caballero enfermo; pero yo digo la verdad. Lo he visto muchas noches, antes, cuando éramos amigos, recostado en su diván y fumando con su gran narguile a unos pasos, en pleno fantaseo, con el ojo extraviado en su delirante beatitud de idiota en medio de turbiones acres y yo le decía después, cuando ya medio despierto empezaba a escribir: no fume opio, Hersen. Vd. ve claro y siente hondo. ¿Por qué enferma su inteligencia? ¿Por qué rompe las fibras de su voluntad? ¿No ve que lo que Vd. escribe no es la verdad? ¿No ve que las escenas, los panoramas y las pasiones pierden su frescura, su virginidad y su ímpetu en la fantasmagoría enfermiza de su mente? Vd. está matando un gran espíritu, Hersen, le dije una noche. Entonces él colocó su mano elegante en mis manos ásperas de trabajador y lleno de cortesía afable y triste, me contestó:

-Déjeme seguir mi camino. No me arrebate al ensueño. Ya he nacido así. ¿Para qué quiere que yo sea sano y fuerte? He heredado el alma de mi madre; déjeme seguir mi camino. Le agradezco mucho y a pesar de sus palabras y de sus consejos, yo sigo enamorado de este arte enfermo, de la bruma, de las medias tintas y de la miniatura de marfil. Perdónele a mis pobres duquesas, a mis lagos muertos, a los cisnes que no tienen alas. Por lo demás, yo sé que eso del opio no es necesario; pero debo advertirle que cada uno se suicida a su manera.

Su palabra era lenta y tranquila, sus ojos claros y grandes. Él se había levantado y yo sentía el frío de su mano blanquísima. Era la última entrevista. Salí consternado y por un rato el espectro de la fatalidad me acompañó con su mueca glacial. Volví a mi casa. Dolores adivinó que yo sufría. Me abrazó y me besó en la frente y me arrastró hasta la estufa prendida. Sobre la alfombra jugaban mis hijos y en esa salita tibia, y cariñosa olvidé un rato a ese extraño personaje que me había conmovido tanto. Después lo encontré muchas veces, siempre solo con sus trajes elegantes y su mano enguantada. Era un vagabundo, que tenía una mansión fría y lúgubre y parecía con su mirada fija buscar algo siempre.

-Es cierto, interrumpió la madre. Buscaba una mujer y un hogar.

-Es raro, dijo el médico como si hablara consigo mismo, es muy raro eso.

-No los encontró nunca, seguía Catalina. Quería una mujer alma tan perfecta como la mujer forma; y eso no hay, Carlos. Entonces sucedió lo que debía; y a ti que has escudriñado la enfermedad de su mente de artista, yo te voy a revelar la enfermedad de su corazón de hombre.

-No he visto, Carlos, nada más tétrico. Cuando entré a su dormitorio hace noches, Hersen estaba tirado sobre su cama en una suave penumbra. Yo no supe de dónde salía la

luz. Buscaba por todas partes aquel extraño foco invisible que derramaba sobre los objetos una claridad casi mística y sobre mi cabeza, al fin como escondido en el vano de un cielo raso de madera gris, había un fanal brillante, cuyo fulgor se apagaba casi en la pantalla de seda azul que lo circuía todo. Por todas partes perfumes, como de rosas secas mezclados a los átomos de luz. Aparecía la cama en el centro, una alegre cama de roble tersa como el cristal, en cuya cabecera la mano de un artista había tallado un elegante cuerpo de mujer blando y dormido. Sobre la cama el dosel, y hacia abajo y adelante, echadas en arco, dos cortinas recogidas a los costados por un gracioso lazo de moaré negro. Sobre la mesa de noche, pequeñas estatuas de marfil y delicados bustos de marquesas luisquincenas con el nacimiento de los pechos al descubierto, paisajes en las paredes de naturalezas imaginadas en el ímpetu de algún delirio enfermizo, nítidas delicadísimas, filigranas de la línea y de la luz y grandes cuadros con mujeres desnudas cubiertas de brumas... y allá, en el fondo, sentada en un rincón inmóvil y mudo, un traje largo de terciopelo negro, flexible y cálido, con un gran cuello de encaje de Inglaterra. ¡Qué sensación de terror tuve, Carlos! ¡Todavía tiemblo! La efigie de una estatua de mármol completaba la persona fría cubierta por el vestido negro y se levantaba sobre los reflejos funerarios del terciopelo con toda su espléndida blancura. Era una efigie de muerta con la mejilla excavada en un hueco sombrío. Me acerqué bruscamente a su cama queriendo huir de aquella visión pavorosa y tropezaron mis ojos con el esqueleto de Hersen apoyado en el codo izquierdo. ¡Qué flacura, Dios mío! ¡Qué lívido semblante! Todo estaba como en la sombra y yo no veía sino las chispas del ojo enorme y abierto y cuando levanté mi chal de un sofá para retirarme, él le indicó la puerta a un sirviente que andaba por allí y me dijo con una voz llena de súplica:

-No, Catalina. No se vaya. Si yo hubiera pensado, le hubiera dicho a ella que se acostara de nuevo en su sarcófago. Espérese...

Tocó un resorte y sonó como una esquila de campana lejana, como si el ruido se hubiera hecho en un antro profundo. Entonces vi erguirse el traje de terciopelo con su rostro de estatua en la punta y descender sin hacer ruido, poco a poco, no sé dónde hasta que yo no vi más nada...

-Hersen, le dije con el cuerpo todo horripilado de miedo y balbuceando, permítame que me retire.

-Oh Catalina, exclamó incorporándose más, Vd. es la mensajera aquí de la caridad cristiana. No se vaya. Mire. Yo le pido perdón por ella, sollozando...

Se le caían las lágrimas.

-Sea como Vd. quiera, le contesté. Aquí estoy y me volví a sacar el chal y arrimé a su cama un sillón y al rato le dije: pero ¿por qué conserva usted, Hersen, esa estatua? Es un recuerdo que le hará mal siempre.

-Se acuerda, Catalina, me replicó con una voz que parecía un armonioso canto, ¿se acuerda cuando yo era niño?

-Sí, Hersen, contesté.

-¿Se acuerda cuando Vd. me besaba en los ojos y me acariciaba el cabello? No tenía madre. Había muerto a los diez y seis años y mi padre era el descendiente de una generación de bandidos -una fosca silueta de criminal, una tenebrosa alma de calavera... Yo estaba solo. Mi madre, al morir, había dejado sobre su mesa de noche la copa de oro en que ustedes guardan sus lágrimas. Esa fue mi herencia. Nací débil. Ella me legó su corazón. Entonces fui amigo de su hijo. Es un vigoroso, capaz de extremas resoluciones. Vd. lo salvó, Catalina. ¡Bendita sea! El hogar ha endulzado su mente acerba y si yo hubiera tenido una madre, no estaría aquí con la piel arrugada y el rostro lívido. Me enamoré del arte después y tuve la concepción de la belleza física ideal y busqué, mísero errabundo, un alma que fuera tan perfecta como ese símbolo de la hermosura que mi intelecto había creado y no la encontré. ¡Cuánto anduve! ¡Era un bohemio vagabundo en pos de la mujer ideal! Asistí a fiestas, a paseos, dí el brazo a muchas y salía de allí entristecido. Nada era suficiente. En este insaciable frenesí de lo perfecto que se había apoderado de todo mi ser, no encontré un alma. Vi el interés, vi la carne, la vanidad y el miedo de las soledades de un celibato perpetuo. Eso vi y entré otra vez huraño y melancólico en el seno del arte y escribí mucho, apurado y violento a todas horas, puliendo la frase, que salía bruñida a saltos de la pluma húmeda y negra. Tomé la paleta y el pincel. Me enamoré de la luz, del color y de la línea armoniosa que gira en la naturaleza circunscribiendo sus maravillosos contornos y me apercibí, a pesar de todo, que no había pintado la belleza inmortal. Vivía solo, Catalina.

-Cuánto habrá Vd. sufrido, Hersen, exclamé yo, tomándole una mano entre las mías, una mano helada de cadáver.

-Vivía solo, Catalina, repitió el enfermo con voz débil y como cascada.

-¡Oh entiendo, Hersen! Vd. ha sido un mártir. Fue un sediento de amor y de caridades y no encontró el manantial cristalino que lo aplacara. No fue transigente y no se acordó que la vida no sería necesaria si el alma fuera perfecta. Creyó un rato que la paz estaba en el arte y no se apercibió que el arte es más que nada dolor y no vio tampoco que no solamente la concepción debía ser deficiente, sino que la mano después haría más grande la imperfección.

-Eso es, gritó Hersen como transfigurado; eso es, ¡oh mi buena madre! Y me puso sus labios secos sobre el dorso de la mano. Dígale a Carlos que no se enoje porque la llamo así... Al fin soy un moribundo... ¡Cuánto me he acordado de él! ¡Cómo me lo imaginaba caballeresco y vigoroso dentro del mágico encanto del hogar embellecido por la persona amante de Dolores! Y al lado de sus hijos, orgulloso arquitecto de su obra, mientras yo estaba tan solo en mi casa y tenía tanto frío...

-¡Pobre Hersen! Dijo Carlos Méndez, abrazando a la madre. ¡Cuánta virtud perdida! Cuánta fuerza estéril.

-Mucho hay que perdonar, Carlos, a los que tienen tantas desolaciones.

-Sí, mi madre. Yo lo he querido siempre. Era una gentileza Hersen y ahora yo pido perdón a su memoria, porque fui alguna vez agresivo con él que me miraba con tristeza

entonces -en silencio y con una firmeza heroica resistió siempre. Ya tendría él también su alma mala, que lo arrastraba a la muerte.

-Yo no sé, Carlos. Él me dijo después que se había puesto tétrico. Poco a poco se fue retirando como si el conocimiento del corazón humano lo echara hacia su casa. Perdió la inspiración. Tenía el alma seca dentro de la desolación amarga. Quiso escribir y no pudo; quiso pintar y no pudo, y dentro de la satisfacción lúgubre de sentirse solo, pensé en morir... Un día echó opio entre las hebras de latakia con que había llenado el narguile y fumó. Desventurado, le dije cuando me narró esto -¿por qué cometió ese crimen?

-Fue muy poco el opio, Catalina; le aseguro, me contestó. Yo sabía que hubiera sido horrible en mucha dosis. Quería morir durmiendo, si era posible, sin incomodar a nadie, desaparecer en silencio, como un miserable a quien nadie hubiera visto nunca. Y me sucedió lo contrario. Experimenté una tranquilidad tan grande, un bienestar que parecía una beatitud celeste. Yo, Hersen, hundido en aquel letargo, amaba la vida, pero no quería dormir, no. El sueño me iba a arrebatarse las encantadoras visiones. El hombre era bueno, la mujer era excelsa. La naturaleza tenía el divino color y el perfume paradisíaco. El cielo era un diamante azul con aguas cristalinas, sereno, admirable de mansedumbre y los astros no conservaban, Catalina, esa, extraña fijeza que Vd. ve -esa siniestra fijeza- como cirios ¡eh! Así son, Catalina, cuando uno está despierto y a mí me parecían como plumas luminosas que iban y venían, aleteando entre las aguas del diamante azul sin ofender la retina -como seráficas claridades. Yo mando cerrar siempre las ventanas porque no puedo mirar esas pupilas de fuego de arriba, que me lastiman los ojos y me hacen arder la carne.

-Se siente mal, Hersen, le dije yo entonces, acercándome a la cama. ¿Quiere Vd. alguna cosa?

-No, Catalina, replicó enseguida; ahora no, después. Déjeme que le cuente. Yo veía las familias en el cielo -unas elegantes mundanas, cantando coros angelicales, con el labio rosado y casto- las mismas que yo había visto en vida, tiritándole la piel de sensaciones lujuriosas, pero sin brillantes porque no puedo soportar ese fulgor oblicuo, que me entra en el cerebro helado como un estilete. Ah, si hubieran tenido, se los arranco, Catalina, a zarpazos.

Yo sentí que algo frío me apretaba el corazón. Tenía miedo. Había comprendido que Hersen estaba loco. Me levanté para llamar al sirviente, pero él me tomó la mano y me dijo con dulzura:

-No tema. Nada brilla en este cuarto -lo mismo que allá arriba. Esas hetairas se movían en armónicas carolas, entre la melodía religiosa, llenas de placidez y una multitud de hombres les miraban la piel sin luz, mórbida y blanca y no tenían tristezas, Catalina, y se estrechaban la mano cariñosos y miraban sin deseos. Parece que muchos en vida no habían sido ladrones, ni desleales, ni ellas trépidas infames, ni ellos cultores de las divinidades deshonestas, ni tahures, ni truhanes, ni asesinos... porque también si yo hubiera visto el cañón de un revolver, con este que tengo aquí, ¿ve?

Hersen hizo un movimiento brusco. Sacó su brazo lívido y flaco, lleno de úlceras y abrió con violencia el cajón de la mesa de noche. Enseguida, retirándolo como si hubiera tocado un ascua, me gritó:

-Cierre, Catalina. Me quema el relámpago de níquel del revolver, ¡me quema los ojos!
¡Cierre! ¡Cierre!

Yo obedecí ya más tranquila y sentí orgullo de conservarme intrépida y varonil.

-Qué santa eres y qué grande mi madre, exclamó Carlos.

-Te aseguro, hijo, que estuve muy contenta del valor que me vino después, porque cuando a los gritos entró el sirviente de mal talante -un sirviente grosero, yo le indiqué la puerta con altivez y Hersen me estrechó la mano y me dijo:

-Gracias, Catalina. Ya ve, yo no tengo fuerza para echarlo... pero es muy canalla -y me pareció, Carlos, que una lágrima grande empañaba sus ojos.

-¿Sabe Vd. lo qué hace? -siguió al rato. Llega borracho aquí. En vano le pido que me alcance la jeringuita. Se ríe por todo el cuarto, no hace caso y se va. Muchas veces quiso impedirme que fumara, pero después ya era inútil. Sentía por la mañana como una brama intensa. Necesitaba eso y una vez que me escondió el narguile, me acometió una brutal locura y lo atropellé con todo el fuego homicida en los ojos. Soñaba con la boquilla de ámbar en la boca y miraba entre el humo de la pipa vagar las quimeras alegres. Todas las primaveras cruzaban llenas de frescos retoños, cuajadas de corolas nacientes. La luz difusa pintaba los colores virginales en la hoja y en los pétalos aromados y corría mi imaginación a través de fértiles alcores, húmedos del rocío de las noches tibias y estrelladas. Sentía el murmullo de mansos arroyos descendiendo de escarpa en escarpa y recogiendo en su camino átomos de ozono, hebras de luz y regueros de perfumes. Las hojas de la arboleda se hamacaban en el viento, cuchicheando las leyendas de la germinación y de los nidos trabados entre las ramas vibraba un armonioso gorjeo -como inefable lenguaje de un alegre cuento de amor y de fecundidad. Sentía el roce de las plumas y el ruido de los picos que se chocan para besarse, mientras el universo canta la oda eterna de la vida y me narra al oído las juguetonas canciones de la luz, el susurro alborozado de las brisas que me acarician la mejilla y se van, el himno de las nubes en la altura azul y las festivas cadencias que revelan el arcano lenguaje de la penumbra -el misterioso lenguaje con que describen los hombres las nieblas de los recuerdos, perdidos casi en desvanecidas lontananzas. Veía entre las sinfonías primaverales, figuras de mujeres casi diáfanas, suelta en el éter la cabellera rubia caminar con los ojos en éxtasis, vagas figuras en que se dibujaba la belleza inmortal. Así me nació de pues la idea de la estatua y como pude -entre la somnolencia del opio, medio despierto a veces, hundido en una especie de letargo luminoso, arrastrándome por el taller y mirando aquella procesión de ángeles, plasmé la creta y arrebaté para ella a cada una de mis visiones, un fragmento de la forma perfecta y así esculpí lo ideal y la llamé Necros -porque después cuando me despertaba abrazado de ella en un sobrehumano delirio, sentí que aquel mármol tenía un hielo que me horripilaba las carnes y vi que el cuerpo era rígido y que estaba tan pálido... tan pálido y los ojos empañados y había tal fúnebre abandono en toda la persona... y un día que se abrió la ventana de repente y un chorro de sol oblicuo se metió

como un facineroso y la cubrió de rayos, mi garganta estalló en un rugido de furor. No podía mirar aquella hornaza, donde fulguraba mi estatua, porque había visto claramente, Catalina, que estaba forjada con hebras muertas y contemplaba con horror aquel color de esfacelo -aquel color ceniza de la piel- y entonces huí, me azoté a los rincones... porque yo había esculpido la belleza muerta y el grito estridente que anuncia con su tañido de campana lúgubre, las catástrofes supremas saltaba por todas partes: ¡Necros! ¡Necros! Y ese grito me persiguió y yo corría con la piel erizada con siniestros saltos como un loco... ¡Necros! ¡Necros! ¡Catalina! ¡Viera Vd. qué tristeza! Estaba idiota. ¡Odiaba al Sol! ¡Lo maldije con las vociferaciones blasfemas! ¿Para qué el Sol? ¿para qué el Sol?

¡Yo veo lo que alumbra! ¡Ahí está una madre que ha perdido al hijo! ¡Maldito sea el Sol que ilumina el cajón de ébano y las coronas que cuelgan de cintas blancas! ¡Ese hombre que pasa por allí, Catalina, ha perdido su fortuna! ¡Maldito sea el Sol que ilumina los andrajos de los hijos miserables! Esa que vuela es un alma que ha nacido enferma -una desolada que llega a la tierra en demanda de paz... ¡Rueda, rueda, rueda y el Sol ilumina el luto de las almas hermanas que están enfermas como ella y clarea sus desventuras y le desgarrar el crespón en que venía envuelta, y la hace consciente! ¡Maldito sea!

-Hersen, le decía yo, tomándole una mano entre las mías, cálmese. Eso le hará mal.

No me hacía caso y seguía delirando.

-Mire, Catalina. Esos son desterrados. Han perdido la patria. Vea cómo están. No tienen carnes. La miseria se las ha comido. Mire. Están enfermos. ¡La nostalgia con sus lágrimas, con sus meditaciones sombrías, con la lenta crucifixión del recuerdo les contamina la virilidad y les amarga el espíritu y el Sol de esa tierra por donde caminan alegre el semblante de los demás y los panoramas de la comarca extraña! ¡Maldito sea! ¡Porque es la antorcha de las ruinas que están diciendo a gritos su historia de destrucción y de muerte, la antorcha de las soledades, donde no pisa planta humana y donde las fieras y los reptiles aglomeran enconos y ponzoñas, la que ilumina los destrozos de los ciclones de la naturaleza y la que muestra con sus dedos de fuego la desolación de los hogares deshonorados y se mece en el mar en calma balanceándose con los fragmentos de los barcos hechos pedazos en el naufragio! ¡Funeraria antorcha de las tragedias del mar! ¡Maldita seas!

¡Porque has flagelado el dorso de las primeras generaciones y sus desnudeces y alumbrado el rostro del hombre en fuga hacia la caverna, acosado por las fieras de la selva - cuando la palabra humana era el lúgubre aullido, cuando la familia no tenía conciencia, ni virtud, ni destino!

¡Tea de las vagabundas generaciones primitivas, yo canto para ti el himno del odio!

¡Se arrodillaron ellas! Era la plegaria.

¡El terror creó los salmos con que adoraron tu fulgor funerario!

Te llamaron: Padre y glorioso señor de los mundos y no vieron que eras el incendio, en que se podría toda la naturaleza. ¡No vieron el charco, el lodo verde, la hedionda pocilga, cuajada de músculos y de entrañas corrompidas, donde tú, Orbe ibas dejando los rayos contaminados y destruyendo las formas eximias para devorar el perfume y entregar vahos de sepulcros!...

A ti, ¡oh mefítico! ¡Este moribundo te odia! Oh no hubieras existido. ¡La sombra ocultara tal vez la historia del mundo! La pasión se habría desarrollado en la tiniebla; los apetitos y los crímenes del hombre-fiera habrían muerto en el vasto silencio frío del universo. ¡Ni amores, ni odios, ni batallas, ni madres sufrientes, ni cunas doloridas, ni camposantos! En cambio, ¡oh esclavócrata! Surcas el éter divino e iluminas la guerra y la barbarie de los vencedores de pueblos y la angustia de los dominados. Entre tus rayos escribe su poema de dolor la pasión escarnecida y la miseria que arrastra sus andrajos y sus úlceras en el tugurio triste. ¡En tu esplendor se contemplan todavía las humillaciones y el escarnio de la dignidad humana!

¡Césares, coronaos! ¡Porque el sol ha de iluminar el dorso de las multitudes que se encorvan! ¡No hubieras existido! No habría páginas entonces para la injusticia y para la tiranía, ni la demagogia hubiera ensangrentado los cadalsos, ¡ni las zahúrdas sucias de los presidios habrían encerrado espíritus excelsos!

Después, más tarde, cuando el hombre-instinto se transformó en hombre-sentimiento y cuando la familia fue creada, iluminaste el dolor de muchos hogares, donde se tiene hambre y frío, y entre tus rayos, gota a gota, se extenuaron más de una vez los pueblos y se perdieron las razas... ¡Y los hijos murieron! ¡Y las naciones contaminaron su honra! Y las madres se arrodillaron bajo las criptas pequeñas, y los hermanos de luto, inclinados sobre los féretros, besaron la frente anciana del padre!

¡Para eso has servido! ¡Para mostrar como han muerto los profetas de las nuevas ideas, para que el Gólgota fulgurase en tu incendio y vieran aquellas el acíbar que la ingratitud humana entrega a sus bienhechores y acompañaste la marcha de algunos hasta la muerte, mientras los más se retiran a perderse en el olvido, dolorosamente conscientes de haber hecho una obra estéril!...

Después, cuando el hombre intelecto dominó el Universo, ¡entre tus rayos se agigantaron todos los dolores de la mente! Había esclavos. Era necesario perecer para libertarlos. Los hombres dedicados por instinto al latrocinio, no respetaron ni confines, ni religión, ni idioma, ni tradiciones gloriosas. Se habían apoderado de territorios ajenos y ¡tú iluminabas la horrenda abominación!

Era el reinado de la fuerza. Los pensadores tuvieron la visión del bien y la fuerza sirvió para imponerlo y con sangre de los combates se escribió el respeto por la nacionalidad, la veneración por las creencias y fue santificado en el martirio el derecho de ser hombre y de tener patria. Triunfó la razón entonces. Por eso después, cuando ellos pensaron que las modificaciones se habían concluido, vieron surgir nuevos y pavorosos problemas. Vieron marchar a la humanidad tan despacio, retroceder tantas veces y se apercebieron que era un sendero que no se concluía nunca, y fatigados y melancólicos se retiraron sin fe y sin

esperanzas, sospechando que entrarían los hombres de nuevo en el período tenebroso del instinto como la fiera, para volver a empezar su interminable marcha, tan infinita como el tiempo, tan inconmensurable como el espacio. ¡Te hubieras apagado orbe! ¡Para no enseñar a los batalladores sentados sobre las ruinas de todo el Universo! ¡Para no iluminar el crepón que cubre tarde o temprano los ideales conquistados! ¡Para no acompañar el camino de los que cosechan en la lucha la ironía amarga y el escepticismo!

¡Oh supremos! ¡Ha llegado la hora de la paz! ¡El sol se ha extinguido! ¡La naturaleza transida de frío ha contraído su corteza con una cólera sorda! ¡Los astros tiritan dentro de la escarcha azul y las larvas de la humanidad yertas se han incrustado en el inmane alud! ¡Oh eterno silencio de la creación! Bienvenida sea esa lóbrega urna que guarda el intelecto estéril de los supremos -¡toda la historia humana y los ideales inertes! ¡Bienvenida! Con tal que arrancada de cuajo en el espasmo de la muerte, la urna no se fracture en lo infinito como un globo de vidrio y el choque no arranque chispas, para que nunca más se claree el osario y no resurja en la penumbra nadie nunca más, ni intelecto, ni ideales, ni sentimientos, ¡nunca más! ¡Nunca más! Porque es posible que algún átomo quede con vida y lo que ha sido creado en siete épocas no se anonade en un cuarto de hora de demencia iconoclasta...

Sólo tengo una tristeza, ¡oh silencio! ¡El genio ha muerto! ¡La belleza inmortal no tendrá apóstoles y la congoja de la creación y el loco ímpetu de la mente no arrebatarán a lo misterioso la forma eximia y la pasión! ¡Han muerto los que escribieron el corazón humano, los que mojaron el pincel en la clorofila y en el color de las flores y los que coronaron sus cuadros con el transparente azul de las alturas!

Han muerto los que auscultaron los ruidos de la naturaleza, las sinfonías de los mundos y los que, puestos de rodillas ante los gritos gigantescos de la creación, ¡los escribieron en notas excelsas! El eterno silencio de las cosas es el señor del universo muerto... ¡Honda quietud!... ¡Oh paz!

El delirio era horrible, Carlos. Los gritos de Hersen dominaban la noche. Entonces le dije:

-Le ruego que se calme, o quiere Vd. que yo me retire.

-No, Catalina, me contestó con terror. Quiero que me acaricie la frente. Écheme fresco con un abanico.

Yo obedecí.

-Le agradezco, replicó entonces. Ha hecho bien en interponerse entre yo y él.

-¿Pero quién? Hersen, pregunté.

-¿Pero que no ve ese orbe de fuego en el rincón? Ahí se ha metido. Es el sol. ¡Si viera! ¡Sus rayos son como puñales! ¡Me han herido los ojos! Destilo sangre, ¡mire! ¡Mire! Pero ¿por qué, Catalina, serán así tan agudos, tan urentes, tan como centellas esos rayos? No se

vaya, Catalina. Mire cómo asciende ese orbe de fuego. Tápeme la cara, y se echó las cobijas bruscamente sobre la cabeza y le oía gritar: la cajita, Dios bellaco, quiero la cajita, la morfina. ¡Dios bellaco! ¡La morfina!

Entonces yo me arrodillé a rezar. Hersen estrepitaba como un poseído y yo vi que quería levantarse y asomaba la cara descompuesta y tétrica fuera de las sábanas pero no tenía fuerzas y volvió a hundirse en la cama. Sentí que alguien me llamaba. Me di vuelta y vi al sirviente parado a unos pasos.

-¿Qué quiere Vd.? le dije. ¿Todavía viene a exasperarlo más?

-No, señora, disculpe. Es que yo creo que ha llegado el momento de alcanzarle la jeringuita.

-¿Qué es eso? pregunté asustada. ¿Qué dice Vd.?

-¿La morfina tal vez, mi madre, la morfina sería? interrumpió Méndez con gran emoción.

-Eso era, Carlos, replicó la anciana; eso era.

Le dije que se la alcanzara.

-Yo no, señora, contestó el criado con firmeza.

-¿Pero, por qué no?

-Porque me mataría, señora; porque se la niego el día entero y me odia y yo tengo que cumplir las órdenes del médico.

-Bueno. Démela, le repliqué enseguida y se la entregué a Hersen.

Entonces todo su rostro se tranquilizó. Fue como una ráfaga de alegría que cruzara por sus ojos y hasta lo lívido de su piel pareció sonrojarse. Era como una resurrección.

Sonrió y me dijo:

-¡Cuánto le agradezco, Catalina!

Enseguida se descubrió el pecho. ¡Qué horror, Carlos!

Tenía el cutis ulcerado, lleno de manchas, de moretones y de tumores y las costillas se le veían como de relieve. Oh, ese pobre tórax desgarrado, hijo mío y esa aguja que él introdujo con una avidez de hambriento toda dentro de la carne, sin un quejido con una voluptuosidad casi frenética. Estuvo un rato esperando. El bienestar no llegaba. Entonces me suplicó que le diera más.

-Yo la necesito, Catalina. ¡Deme más, mucho más! Usted no puede querer que este horrible sufrimiento siga.

Entonces miré al sirviente. Vi que movía la cabeza como si el médico le hubiera prohibido.

-No haga caso, Catalina, de ese malvado. ¡Deme más morfina, mucho más! Rugía Hersen exasperado.

Yo tomé la jeringuita, le saqué la aguja. Coloqué la punta de aquella en el líquido de la pequeña copa de cristal, tirando del émbolo. El tubito se llenó, yo volví a engastar la aguja.

-¿Y se la diste? interrumpió Méndez.

-Sí, Carlos. Tal vez hice mal, ¡no! Contestó asustada la madre. Dime, hijo mío, ¿hice mal?

-No, mi madre. De todos modos es un organismo perdido. Has hecho bien, replicó el médico. Tal vez lo han querido curar, disminuyendo gradualmente el veneno. La fatalidad entra mucho en esto. Lo que se cree un vicio, suele ser una herencia.

-Entonces la culpa se atenúa. ¿No es eso? Carlos.

Sí, se atenúa, contestó el médico.

Por eso será, que después que él se volvió a hincar y quedó más tranquilo, me dijo, acariciándome la mano:

-Oiga, Catalina. Acérquese. Ese, médico que me asiste salía con el sirviente un día de estos y yo le oí repetir muchas veces la palabra: vicio. Es como todos ese. No le ven a uno sino el vicio. No se le nombra por ahí sin que se acuerden que uno es borracho o morfinómano. La humanidad es muy superficial. No ve sino lo que le muestran. También Dios no habría cumplido con su deber si la hubiera hecho capaz de ser intérprete. Hizo demasiado con darle sentidos. ¿Para qué precisan los hombres la inteligencia? Para comer, para dormir, crecer y para mentir no se necesita más que instinto. Puede Vd. haber sido una afectuosa, tenido entusiasmos, haber ejercido la caridad, como ahora, pero Dios la libre haber sido madre de algún psicópata. ¡No tendrán en cuenta nunca lo primero, cuando la juzguen! Muchos me han dado consejos, pero ninguno al dárme los se olvidaba que yo era un fumador de opio. ¡El vicio! ¡Siempre el vicio! Eso es lo que saben, aunque uno haya sido un intrépido, un generoso, aunque haya tenido grimas hondas y tristezas intelectuales y aunque enamorado del arte haya el borracho dejado caer el pincel desfalleciente en la lucha de la forma hacia lo ideal e idólatra de la patria haya respetado su dinero y defendido su honra. ¡El vicio! Eso es lo que le ven a uno.

Yo noté que poco a poco su palabra se hacía más rara. De cuando en cuando decía: morfina... la alegría de la vida... ¡la virtud es silencio! Hasta que su respiración se hizo tranquila y se durmió. Me quedé sentada al lado de su cama y triste pensé en el gran dolor

que significa vivir solos. Me acordé de ti mucho y dije que no hay el derecho de quejarse de su suerte, porque siempre unos pasos más lejos hay quien es más desventurado que nosotros. Fuí muchos días seguidos a visitarlo y observé que solamente se ponía dichoso cuando le alcanzábamos la inyección. Una noche llovía a cántaros. Hersen dormía sonriendo y conversaba en un leve delirio. Era la alegre fantasmagoría de siempre y decía todas sus cosas en voz baja, como si estuviera rodeado de un coro de amigos. Oía música, los ecos lejanos de un vals, llenando el hemiciclo de un teatro y las alegres carcajadas de una mascarada danzando. Llovía a cántaros. Desde el cuarto alfombrado se oía el largo rumor sordo de la lluvia sacudiendo y rodando por el empedrado. Yo estaba sentada en un sillón cubierto de terciopelo granate. La música del agua era como un arrullo suavísimo en aquel silencio -como una melodía que convidara a la dulce paz del sueño. Me sentí, poco a poco como arrebatada fuera de mi ser moral- en un letargo casi celeste como si oyera la armonía de una orquesta de violoncelos. Probablemente dormía. Cuando abrí los párpados, Hersen me miraba con los ojos fijos. Me levanté asustada. Creía que estaba muerto. Él se sonrió tristemente y me dijo:

-No, Catalina. Todavía no. En estos días tal vez.

-No piense en eso, te contesté. Yo espero que se curará.

-Esto es perdido ya, me replicó enseguida.

¡Cómo llueve, Catalina! Qué felices serán ahora los que tengan un comedor tibio, con una chimenea grande, donde ardan troncos de sauce. Siento el cotorreo de los niños que juegan y corren por la casa. Yo he presentido el poema sublime del hogar que trabaja y crea... así sentada la familia alrededor de la mesa, donde la mujer cose y mira la frente limpia y serena del trabajador. Mi vida ha sido fría y desolada, porque el hombre necesita labios de carne que lo besen. Yo no tengo más que a ella; y me indicó la estatua que estaba sentada en su diván.

-¿Tiene miedo? Catalina, me preguntó.

-No, Hersen. No tengo miedo.

-Entonces le voy a pedir un favor, agregó enseguida. Quiero sentarme en ese sillón que está allí cerca de ella.

-No va a poder, Hersen, le contesté

-Si me alcanza la morfina, voy a poder, Catalina.

-No, Hersen, le dije. Esta noche no le doy más. Si quiere yo lo ayudaré.

Entonces, Carlos, yo lo envolví en una gran capa abrigada y de la cintura lo arrastré. Te digo que lo arrastré porque no podía caminar y no pesaba nada y casi desvanecido lo senté en el sillón.

-¿Qué hermosa es, Catalina? exclamó como delirando.

-Sí, Hersen, le contesté con una pena profunda. Es un admirable mármol. ¡Es la obra de un genio!

-¿Quién sabe, Catalina? me dijo moviendo la cabeza con desaliento. El genio crea y educa. Es una gran antorcha fulgurante el genio y un resplandor pavoroso a veces. ¿Quién sabe? Cuando yo la esculpí había muchos claroscuros en mi cabeza, más que en este aposento. ¡Es un mármol pálido! ¡No tiene sol! ¿Vd. no sabe quién es ella? Yo se lo voy a decir, porque a las madres que tienen tanta ternura como Vd. con los hijos pródigos de otras madres, no se les debe callar nada. Se llamaba Sergia. Era una vagabunda como yo, que se había azotado fuera de su casa para que le lastimaran por ahí, en cualquier parte, la piel de alabastro. En mis borracheras de opio le puse un sobrenombre. La llamé Necros. Así llamaban los Griegos a la belleza muerta. Era una flor funeraria, a quien la luz artificial, la luz de las noches insomnes había marchitado la corola, una vestal con la túnica blanca contaminada por el loco estrago. ¡Era una orgiaca! Cuando la vi una noche bajo la araña de mil luces, sentado en la butaca de terciopelo rojo de una platea, ella sintió como un letargo hondo, porque yo tenía en la mirada alguna siniestra fascinación y conocí que la ponzoña de todo mi cuerpo se derramaba hacia ella en largas hebras, como un vaho letal. ¡Nos escondimos por ahí! Y en esta brama que yo tenía del beso de alguna mujer, en este ímpetu sano de todo mi ser hacia la lógica de un hogar, que me salvara del naufragio eterno, me imaginé que aquello podía estar oculto, fuera de la mirada humana, fuera de la consagración de la virtud y no tardé en apercibirme que me había equivocado, que a ese templo no podía entrar el hombre, deslizándose como un ladrón a lo largo de las paredes de los edificios, escurriéndose por la portezuela entreabierta como una mentira, porque esos amores temen la luz y no conocen el sol que a raudales entran por las casas virtuosas. Pronto en el fondo de la copa vimos la hiel. El hastío llegó, tarde cuando ella ya sin vida, se durmió para siempre al lado de este cuerpo mío, una noche en que yo, borracho de opio, le había estrechado el cuello demasiado fuerte...

Hersen deliraba. Se había arrodillado con esfuerzo, apoyando su cuerpo descarnado sobre la butaca. ¡Oh, Dios mío, Carlos, qué horrible plegaria le oí entonces!

-No me cuente más, mi madre, dijo el médico. No quiero saber más nada de ese Hersen.

-Bueno, hijo mío. Toma. Este es el manuscrito de esa invocación que él me entregó para ti y me dijo: Catalina es para que él sepa que hay muchos que sufren.

Méndez se sentó al lado de la madre y en voz baja empezó a leer:

-¡Oh belleza! ¡Perfume del Erebo!

Yo adoro tu blanca
pupila de nácar, tus cándidos senos
las hebras sedosas del níveo cabello!...

-¡Fantasma y letargo que matas
las fibras del alma! ¡Yo admiro
tu blanca persona de muerta!

Invoco en la noche
que cubre mi casa y mi mente entenebra
los átomos que huyen!
¡Invoco tu rostro deforme oh pálida Nécos!
y adoro el putrúlagos
que hebra por hebra destruye tu cuerpo.
-Yo muero. Contigo el artista.
viajero cansado en la tierra
contempla sus carnes deshechas
y vuela demente contigo en el último
estertor de agonía;
¡huraño romero de tétricos soles
que hienden el éter!
-¡Te abraza el artista oh pálida Necros!
y adora este frío
crespón que te cubre, fúnebre belleza
y besa el cadáver,
¡la cripta siniestra, que guarda tu alma de muerta!
-¡Yo te amo belleza! ¡Delirio en las horas
que sufren y crean! ¡Martirio!
¡La pluma no tiene
ni ritmo, ni numen, ni gracia y la mano
no escribe la nota que suena en la mente!
-Te invoco ¡oh divina corola! ¡Oh flor del sepulcro!
oh plectro que cantas los ayes,
los besos, los cuentos
y el amor de las larvas dolientes
que vagan de noche narrando a los astros,
a los mirtos que adornan las tumbas
la historia del símbolo muerto
tu historia, ¡oh belleza, oh pálida Nécos!
-¡Oh enferma! Así rueden
en ronda infinita los siglos,
aroma o estacelo, cadáver o diosa
en tu ronda arrebatas al hombre.
Dominas la mente, quimera y deleite
¡oh eterna belleza! ¡Señora del Orbe!
-¡La idea, la luz, el sonido,
la línea y la estrofa te cantan hosanna!
Inclinan la frente a su paso,
y cantan los mundos, el tiempo, el espacio,
el Dios infinito y el hombre
tus himnos de gloria, ¡oh pálida!
¡Necros eterna belleza, señora del Orbe!!

Carlos Méndez se había acercado más a la madre para leer aquella robusta y extraña poesía dicha en voz baja y con gran temblor. El frío ha conseguido entretanto apoderarse

del comedor poco a poco a pesar de la luz del gas. No hay fuego en la estufa. Un montón de ceniza y algún trozo de carbón quemado que no se había desmenuzado todavía, yacen en el fondo. Una rama de sauce gruesa y áspera está tirada de través con la extremidad negra. Hay en el comedor un poco de olor a humo, quieto y suspendido en el ambiente, como una niebla diáfana. En la calle es la hora del silencio absoluto, mientras sobre sus cabezas el reloj arranca su tic-tac. Méndez había envuelto a la madre en su gran capa de paño y la había sentado en su sillón.

-Debía acostarse, mamá, dijo el médico después de un rato de silencio, tantas emociones y tanto frío le harán mucho mal.

-Poco me queda que decirte, Carlos, de este triste drama, contestó la madre. En ese momento la voz de Hersen era estridente y sofocada, mientras afuera chirriaba con prolongados mugidos el ventarrón. Las celosías del cuarto crujían sacudidas, y las gotas del agua redoblaban en la madera. De repente algunos relámpagos se entraban por las rendijas, reverberando bruscamente en el cuarto, el trueno se tendía disparando en sus brincos lejanos por las alturas, y un chaparrón más violento caía chapaleando en el charco del patio con chasquidos chillones. ¡Yo tuve miedo en ese momento, Carlos, de la lúgubre grandeza de Hersen! Arrodillado al lado de la estatua, la llamaba a gritos, pidiéndole que concediera una hora más de vida al moribundo, para sentir más tiempo en su seno, ya desgajado, su sepulcral hermosura. Había levantado su efigie hacia el techo, con las palapas juntas como en éxtasis. Era un espectro que movía todas las sombras de su cuerpo caquético, en el claroscuro de aquel cuarto de muerte. Tuve miedo de aquella demencia y llamé para que lo socorrieran. Vino el sirviente y apenas Hersen lo vio, levantó el puño amenazador y temerario.

-¡Morfina! ¡Dame morfina! Le gritó.

Yo le entregué entonces la jeringuita y él hundió la aguja brutalmente en su vientre. Poco a poco empezó a calmarse y al rato su cuerpo se dobló, acostado sobre la alfombra a los pies de Necros. El sirviente lo levantó de los hombros y yo de las piernas lo sostenía. No pesaba nada y lo acostamos. Me senté al lado de su cama y lo velé toda la noche y ahora, Carlos, vengo de allá. Hace rato que se ha ido para siempre. Un momento antes, ya con las extremidades frías y con una lívida sombra de muerte en el rostro, me tomó una mano y la acercó a sus labios. Estaban violáceos y casi yertos.

-Gracias, mi madre, dijo. ¡Pobre Hersen! Agregó al rato, ¡alma solitaria!

-¡Vd. quiere, Hersen, le dije yo, sollozando, besar a Jesús antes de morir! -y le enseñé el crucifijo.

Entonces él abrió los párpados. Dos grandes lágrimas se acumularon en sus ojos, resbalando por sus mejillas y con voz casi imperceptible, contestó:

-Jesús fue un precursor. Ha creado la gentileza del corazón. Por eso ha muerto; ¡pero no sabía que todo es silencio!...

Se interrumpía a cada rato, como si su espíritu se fuera yendo por fragmentos. Después quedó con los párpados abiertos y el ojo en una extraña fijeza y yo vi que el círculo de terciopelo negro de la pupila se fue agrandando hasta tocar la esclerótica. Me siguió mirando... Yo me incliné sobre su frente y lo besé. Había muerto...

- IV -

La casa no duerme

Un momento después entró Dolores, que llegaba del cuarto del hijo. Carlos y Catalina se acercaron a ella.

-Estén tranquilos, dijo Dolores. Está durmiendo. Hace mucho rato.

-Pero tú tienes frío, añadió el médico con cariño.

-Un poco, Carlos, y mamá mucho más que yo. Mira cómo tiembla -agregó Dolores, señalando a Catalina, que tuvo en ese momento un acceso de tos violento.

Los dos acompañaron a la anciana hasta su cuarto. Enseguida todo entró en la oscuridad y en el silencio, pero la casa no duerme. Está nerviosa dentro de su quieta y tétrica mancha de paralelepípedo. En los cuartos se sienten los pasos sobre la alfombra de los que se han ido a acostar, los crujidos de la ropa arrojada sobre las sillas y el tac tac del botín que cae sobre el piso. Enseguida rechinan con violencia los elásticos. El cuarto de Méndez ha quedado en la tiniebla. Busca el reposo para poder trabajar al día siguiente; pero el sueño no viene y él se da vuelta con violencia en la cama inútilmente. Una desazón inquieta lo aleja del descanso y cuando le parece que su respiración se ha hecho más lenta y que el mundo exterior se va desvaneciendo, cuando su mente ya entra en un blando ensueño de olvido, en una especie de agradable desmayo hacia las próximas sombras que traen consigo el bálsamo de la inconciencia, entonces todas las escenas de esa noche triste se agolpan a su memoria con la clara elocuencia de una desgarradora verdad, llena de siniestros presagios. Vuelve el desvelo y agita Méndez de un lado a otro su pobre cabeza dolorida sobre la almohada y busca de nuevo alguna posición de su cuerpo que le traiga sueño y trata de llevar su memoria hacia panoramas menos sombríos. ¡Es inútil! La casa está melancólica y no duerme y se sienten callados suspiros en el cuarto del médico y respiraciones agitadas. De repente suena un violento estrépito. Toda la cama se ha estremecido y entre el crujir estridente de los elásticos y el sacudimiento sordo del espaldar, se escucha el roce de una mano que resbala tanteando sobre el mármol de la mesa de noche -una mano que tropieza con una caja de fósforos. Se ha apoderado de ella... y un rato después hay un estallido, queda sobre su dorso una línea de fosforescencia y la luz triangular del fósforo prendido ha iluminado el cuarto... Méndez lo acerca al pabito negro de la vela. En su esplendor se ven los ojos enrojecidos del médico y la cara pálida en el doloroso insomnio. Un momento

antes, pensando en su hijo, había puesto los brazos en cruz sobre su pecho, como si abrazara su imagen y dos lágrimas silenciosas habían resbalado sobre su corazón... Empezó a leer. Creía que tal vez la alegría de la luz le daría serenidad y sueño. Ya había sentido antes el rumor sordo y lejano de la tos de la madre, que llegaba entonces hasta el más claro. Tampoco ella, la pobre anciana dormía. De cuando en cuando oía como gemidos, casi apagados y una cantidad de ruidos no definidos, que se producían dentro de su cuarto, en el patio, en la calle lejana, como ecos de sonidos a la distancia y agigantados en el silencio de la noche; el chasquido de una herradura sobre algún empedrado, el pesado rodar de una carreta, roces y crepitaciones en los zócalos y a veces como pasos blandos y cautelosos sobre la alfombra. Más tarde los primeros ecos de las madrugadas de los trabajadores llegaban desvanecidos a su oído, mezclado con la inquietud que él sentía en el aposento de Dolores, cuyo cuerpo no tenía reposo tampoco en aquel insomnio lleno de zozobras... De cuando en cuando se movía en la cama y a Méndez le parecía que algunas veces estallaban sollozos mal disimulados; -las lágrimas que suelen derramarse echándose sobre la cabeza las cobijas para estar infinitamente solos. Se levantó para escuchar más cerca y puso el oído cerca de la puerta. Pero entonces nada sintió... Había el silencio más profundo en el aposento. Se arrimó a los vidrios que daban al corredor. A través de la humedad pudo distinguir al patio que estaba en la sombra la mancha piramidal de las tinas y los troncos oscuros de los perales sin hojas. Pasó una mano sobre el vidrio mojada y vio mejor. Los primeros claroscuros del alba dividían aquí y allá la tiniebla y las líneas y los ángulos de los objetos aparecían. Entre las ramas rígidas de los perales empezaron a dibujarse intersticios y a través del cristal, un poco mojado, podía percibirse todavía en un cielo pardo la chispa de alguna solitaria estrella. Debía hacer mucho frío. A medida que la luz clareando las cosas, borraba lo informe, aparecía el patio cubierto de una sábana blanca. Era la helada que había caído esa noche a través de la atmósfera quieta y aglomerado sus granos cristalinos en todas partes, formando montoncitos en los ángulos y cuajando de briznas níveas las ramas de la arboleda. No se movía nada en el patio. Ni un hálito. En el silencio de afuera tal vez el frío seguía depositando sus hebras de escarcha, mientras del techo del comedor blanco también caían al suelo gotas de agua, salpicando aquí, allá y más allá la baldoza. Era la helada que empezaba a derretirse en el calor cariñoso de los primeros besos del sol, que no se veía todavía. En esto la calle se había llenado de rumores, que saltaban por todas partes, fugitivos unos constantes otros, graves los más. Era la ciudad que desperezaba sus músculos -la ciudad trabajadora que había dormido bien y se despertaba contenta y arrojaba sobre los empedrados las yantas bruñidas y desgastadas de sus carros a millares, el organismo robusto de sus lecheros al trote, el reboato largo y sordo de sus tramways, el silbato y los estampidos de la enorme mole de las locomotoras y de los trenes, mientras los obreros, con paso rápido, hacen sonar las veredas... Todo eso enjendraba una inarmónica sinfonía, un barullo de notas que llegaban al cuarto de Méndez ya esfumadas de sus asperezas, con sus tonos mezclados en un largo zumbido que era como la síntesis del lenguaje políglota, de toda la colmena, frenética de vida y de movimiento, al lado del canto estríduo de los gorriones que saltaban por el patio y del sonido seco y sordo de aquella tos lejana -esa tos que llenaba de terror y de frío el alma del médico al lado de los gemidos que venían del cuarto de Ricardo, sin cesar en toda la noche.

Así Méndez contemplaba entristecido, con una honda sensación de amargura, la blanca mortaja que la escarcha había tendido en el patio, cuando sintió claramente que una puerta se abría.

-¿Quién será? Tan temprano -pensó y vio aparecer una figura blanca debajo del corredor.

-¡Angélica! Exclamó el médico, ¡mi pobre hija!

Pero Angélica siguió su camino, acercándose a su cuarto, sin oírlo. Méndez retrocedió. No quería que ella lo viese. Entonces desde el fondo oscuro de la pieza, a través de aquel mismo vidrio que él había limpiado con la palma, pudo percibir su pálido semblante y sus ojos que miraban adentro. El médico no se movía, mientras la niña que no oyó ruidos y hundió en vano las pupilas en aquella oscuridad, cayó de rodillas sobre la baldosa y rezó un largo rato. Creyó que el padre durmiera y bendijo al Señor porque le había concedido reposo. El médico, en puntitas de pié, volvió a acercarse al vidrio, casi sin respirar, en medio del tumulto que agitó su corazón y vio entonces que la niña se deslizaba, sin hacer ruido, unos pasos más lejos y arribaba el oído a la puerta del dormitorio de Ricardo. Allí se arrodilló de nuevo a orar. Entonces Méndez se acordó de esas pisadas cautelosas que había sentido en la noche, como si alguna persona caminara sobre su alfombra, y comprendió que debía ser ella la nocturna viajera, con su frágil cuerpo en medio de aquella brutal helada. Tuvo un estremecimiento... La madre le había dicho: tú no sabes lo que pasa en tu casa... Sale con su batón de seda y cruza entre el frío de la media noche como un fantasma blanco... De repente la vio pasar al corredor de enfrente y acercarse al cuarto de Adela Paloche.

-¿Qué irá a hacer allí? se preguntó Méndez.

Adela abrió el cuarto. Estaba vestida con un hábito gris de paño burdo y su espléndida efigie sonriente saludó la llegada de Angélica. El médico distinguió muchas luces. Era el altarcito iluminado, en cuyas gradas las vio arrodillarse. Llegaba hasta él la melodía de un salmo suavísimo. Era una canturimonótona, algo que narraba tal vez alguna gran tristeza, la historia de alguna alma arrepentida en el sollozo y en la maceración penitente.

Carlos sintió como un bálsamo descender sobre su alma. Poco a poco se acercó a la cama... Un rato después había escondido su cara contra las almohadas. No quiso que nadie supiese que la ternura lo había vencido... Se durmió cuando el sol batía con su rayo de oro los vidrios húmedos marcados con regueros de rocío, en momentos en que Dolores llegaba despacio a sentarse a los pies de su cama para velarlo.

No había dormido... En silencio contempló el insomnio de Carlos, sin atreverse a llamarlo. No quería que él supiera que estaba despierta. Esas horas de la noche las pasó pensando en los veinte años que había vivido al lado de Méndez en esa vida solitaria suya al lado de los hijos, porque la profesión aleja al médico del hogar en casi todas las horas... Lo seguía con la mente por todas partes durante el día mientras aseaba la casa y vestía y educaba a sus niños enseñándoles a rezar... Yo lo esperaba con la sonrisa en los labios y la ternura en el corazón -siempre resignada y angelical aun en los momentos, en que el médico entraba huraño y siniestro con alguna turbulencia en el espíritu. Era su palabra amable y su corazón casto y bueno -la misma Dolores de otros tiempos, enamorada y humilde bajo la caricia de Carlos varonil siempre, dominada por aquel mirar bravío del

médico, contenta de aquella esclavitud llena de amor, y de gentileza, regalándole a veces las primeras flores del jardín- los jazmines que cubrían la ventana de su aposento. En los días yertos, cuando la escarcha cubre las veredas y cuaja las ramas de nieve blanca y pulverulenta -en las horas de la mañana aterida, cuando Carlos salía para tomar su coche, ella lo despedía desde la puerta del dormitorio, besándole la frente y corría enseguida al comedor, se arrodillaba al lado de la estufa y empezaba a prenderla ella misma para cuando él volviese y se retiraba después a mirar a los hijos dormidos y a escuchar todos los rumores de la calle; porque ella conocía de lejos el repiqueteo de las ruedas de aquel carruaje y lo distinguía entre el estruendo.

Se despertaban los niños después. La casa un momento silenciosa se llenaba de gritos. Los muchachos sentados en sus camitas, Angélica con sus muñecas y Ricardo con un tambor conversaban. Eran los diálogos de siempre; como iban a pasar el día y hablaban de los juegos y de las carreras por el gran patio de la casa.

Llegaba Dolores. Los niños se arrodillaban a rezar sus oraciones. Estaban alegres. Bendecían al Señor que los había cuidado en la noche y por un rato repetían las palabras de la madre, de rodillas también. Después la agitación del aseo; las sirvientas llevando encorvadas y sujetando del borde las bañaderas llenas de agua tibia; los niños desnudos con la piel fresca y tersa, zambullidos hasta el cuello, tiritando riendo y haciendo a manotones saltar el agua fuera sobre las alfombras, la algazara y los retos. Eran los gritos del hogar sano, que había dormido bien; las vibraciones de la infancia inquieta y vigorosa; el tripudio del cuerpo que crece; el vertiz de la sangre roja volcada con ímpetu para el prodigio de la nutrición. ¡Exuberancias, mejillas rosaditas y frescas, ojos azulados y serenos, argentinas carcajadas, diminutos fantasmas del hogar que van y vienen, corren y saltan! Los hijos de Dolores salían después en pleno sol, abrigaditos hasta el cuello, coqueteando la pequeña con las manos gorditas en el pequeño mango de pieles y bebiendo aire y luz Ricardo en la carrera loca. ¡La algazara invadía el patio. Es el bullicio que acompaña al canto de los gorriones y el saludo de la niñez a los rayos del sol y al cielo azul! Más tarde la yunta de oscuros se detiene bruscamente. La lanza del coche cimbra, tensas las cejaderas como cuerdas de violín; se estremece la capa, balanceándose suavemente. El lomo de los caballos humea. Está lleno de sudor y de espuma blanca. Dilatan las narices, resoplando; abren el grande ojo chispeante; mueven la oreja inquieta: escarban con la herradura el empedrado, de donde saltan chispas. Caen al suelo gotas de sudor en momentos en que se siente un portazo. Méndez llega.

Los niños corren a su encuentro. Ricardo lo abraza de las piernas, la niña del cuello de un salto, y el médico detenido en su marcha, saluda sonriendo a Dolores. Después el almuerzo frugal. Toda la familia sentada a la mesa, cubierta con el mantel blanquísimo y el comedor lleno de las fragantes emanaciones de la carne y de las legumbres hervidas, cubiertas de una nube de humo sabroso. Allí, los cuentos de la mañana y el diálogo infantil y bullicioso mientras suenan las mandíbulas y los dientes que rasgan el alimento húmedo de saliva y rico, y los chicos inquietos se agitan en sus sillas, a pesar de las miradas severas del padre que conversa. Luego las horas de la tarde, cuando el médico no salía, paseando del brazo por el jardín, viendo cómo crecían las plantas y cómo las corolas abrían sus pétalos llenos de esencias.

Recordaba entonces todos sus temores, cuando llegaba a saber que Carlos asistía enfermos contagiosos. Lo comprendía enseguida. Méndez cambiaba de traje y no se allegaba a ella a darle el beso de todos los días y hablaba con sus hijos de lejos sin dejar que se le acercaran. Y cuando alguna vez, olvidado el médico, estrechaba a las niños contra su corazón, ella leía en la palidez de su semblante y en el temblor de todo su cuerpo el miedo de que pudieran inficionarse, y admiraba todos los subterfugios y el admirable arte con que los tenía alejados y contentos. Ella misma lo seguía en esa batalla diaria. Lo veía sereno e intrépido. ¡Cómo lo amaba entonces!

Al fin él era un héroe, un modesto que ocultaba sus hazañas, un fuerte sin jactancias. Era su pasión y su orgullo. En todo tiempo, entre la lluvia y el viento, entre los fangales que el temporal produce, bajo el cielo gris -un cielo triste que tarda tanto a veces en nuestros inviernos en serenarse Méndez seguía su camino de trabajador, sin quejas estériles con ímpetu a veces, con nobles objetivos, como los vigorosos, que se yerguen de la sombra, para que sus hijos tuvieran lo que a él le faltó tal vez en los primeros pasos de su vida. Y después, ¡qué metamorfosis las de aquel gran espíritu!

Había sido un áspero y muchas veces él la había lastimado, a ella, que tenía un alma tan llena de dulce blandicie. Pero después, cuando contestaba con el silencio a sus palabras acres y lo envolvía en el esplendor de su mirar, suave y melancólico, todo el buen corazón de Carlos se revelaba en la palabra cariñosa. El hombre viejo volvía a veces, sin causa casi siempre, con sus rencores siniestros y turbulentos; pero ella encontraba el bálsamo para calmar sus heridas y cicatrizarlas. Concluyó por ser un amable y tuvo en su palabra todas las cortesías y en sus maneras todas las gentilezas. Era un hogar en marcha ese suyo. Había habido una transfiguración en todo ese tiempo. Menos el comedor roble, que conservaba siempre el color de la hoja mustia y seca, todos los muebles viejos habían desaparecido. El trabajo de Carlos y sus ahorros enriquecían la casa que reflejaba algo como un estallido de honesta alegría en los espejos, en las elegantes cortinas y en los mullidos alfombrados.

Todo estaba aseado, nítido y terso. La mano de Dolores se movía en la mañana, con el gran plumero cónico, de aquí para allá agachada a veces hasta el suelo o erguida con todo su alto cuerpo; sacudiendo el polvo de los intersticios entre las talladuras y los arabescos que adornaban las esbeltas columnas de los roperos.

Había una deliciosa tibieza en aquella casa. Los muebles eran tratados como personas. Se les tenía cariño. De cuando en cuando algún gran ramo de flores, cortadas del jardín, perfumaba las habitaciones con un encanto de lozana primavera. En los días sin viento, bajo el cielo hondo y azul del invierno, en esos raros días hermosos, todas las puertas de los dormitorios se abrían y el sol se entraba adentro con su gran relámpago de esplendor como un viejo amigo, lleno de salud, chisporroteando en los espejos, con las alegres sonrisas de soberano señor. Era el bienvenido ese cántico de resurrección. La envolvía a Dolores, sentada en su cuarto de vestir con la costura sobre su regazo, con la cabeza inclinada, como en un ensueño poblado de amorosas gentilezas, mientras los chicos apuraban sus juegos en el patio entre las argentinas carcajadas. Ella auscultaba los ruidos de la calle... Esperaba siempre.

A veces caía sobre ella la noche, despacio, con sus calladas penumbras. En el patio los perales desnudos se cubrían como de un crespón. Los canteros, donde la violeta crecía y la margarita abría su ramillete de flores amarillas, la sombra se tendía con su manto silencioso, mientras la yedra que cubría la pared -una frondosa y tupida yedra destacaba en la atmósfera su mancha negra.

Dolores, debajo del corredor sentada, esperaba siempre al lado de los hijos, de pie cerca de ella, con los bracitos sobre su regazo. Las notas del Ángelus de la capilla cercana llegaban hasta el patio con su queja amarga, como si rezaran la plegaria que hace pensar en la honda tristeza de los claroscuros que invaden toda la ciudad, mientras los ruidos huyen lejos y se desvanecen. ¡Era una paz tan grande la que entraba en ese patio! Por arriba el cielo oscuro brillaba de repente aquí y allá, las primeras estrellas que se asoman a mirar la púrpura vívida con que el sol se ha hundido en el occidente, mientras la Naturaleza sosegada y quietísima se acuesta en la noche, como una sultana soñolienta, cansada de entregar a la luz su hermosura para el amor fecundo y sublime. A esa hora dormitan los campos que circundan al suburbio, se sienten mugidos de animales que van llegando a las casas, se ven columnas de humo elevarse de las cocinas y de los fogones de los ranchos. En los arrabales los cercos de pita y sina-sina forman hileras oscuras y silenciosas. Los callejones semejan tétricas hondonadas. Los obreros, con el saco al hombro, vuelven a sus hogares, cansados del trabajo de todo el día, soñando con la cena que los espera, en medio de sus hijos. El olor de la comida que hierve en las ollas y que chirría en las sartenes, se tira a la calle, como deliciosa fragancia que llamara a los peones a la mesa, para satisfacer el hambre sano. Es la hora del letargo, en que parece que no debiera vibrar rumor ninguno para que el suburbio pudiera en silencio acostarse temprano. ¡Cuántas veces, Dolores, había pasado horas enteras esperando, allí sentada siempre debajo de aquel corredor! Se asomaba a la puerta. Veía iluminar se la calle por la luz escasa de los faroles y espiaba todos los repiqueteos lejanos, mirando con estremecimientos la luz de los coches que pasaban por las boca-calles. Entraba de nuevo hasta la hora de comer. Sentaba a los niños con lentitud haciendo tiempo, como si esperase que todavía Carlos pudiera llegar. Si no venía, la comida era triste, casi silenciosa. Pero a veces la detención brusca del coche hacía temblar los vidrios de la casa. El comedor se transformaba. Era una algazara de gritos de alegría, un raspar de sillas. Los chicos saltaban al patio corriendo y Carlos entraba poco rato después. Eran escasas las horas placenteras. Las más de las veces llegaba tarde y no podía comer con su familia... Cuántas veces ya en la noche alta, mientras todos dormían se sentía un brutal campanillazo. La casa temblaba por los golpes del llamador. Era un asustado que buscaba médico. Ella oía el crujir de la cama de Carlos y los roces de la ropa que él tomaba para vestirse. Después sentía el ligero rechinamiento de una llave y los pasos del médico que se perdían en la calle... Entonces Dolores se sentaba en la cama. Velaba el sueño de los niños que se habían quedado solos, temblando un poco entre el silencio profundo de la casa dormida. ¡Qué tristeza la suya! ¡Qué abatimiento! ¡Pobre Carlos, que tanto necesitaba dormir esa noche! Tal vez sufría en su camino pensando en los hijos y apuraba la marcha, a través del frío crudo. ¿Y si no volviera? ¡Quién sabe -en la soledad aquella- no fuera a padecer alguna desventura! Entonces Dolores se inclinaba sobre las camitas que aparecían en las medias tintas difundidas de la veladora desde la alfombra y besaba la frente de sus hijos, hasta que de nuevo sentía en la calle los pasos que se hacían más rumorosos y el golpe de la puerta al cerrarse... Después rechinaba la llave del dormitorio y Carlos entraba todo envuelto en su gran capa, y al acercarse a su cama, lo llamaba Dolores... para

estrecharlo contra su corazón, largo rato, ufano de aquel premio acurrucado en la gran cama tibia, donde calentaba sus músculos ateridos y donde el beso y el mórbido brazo de Dolores contraído alrededor de su cuello escribían la oda juvenil hasta que se quedaba dormido así cerca de ella, con la gran cabeza turbulenta abandonada sobre su pecho, al lado del corazón que le habría dicho en voz muy baja para que se durmiese pronto, con ese ritmo monótono y tierno, como una vaga y lejana música -unas historias misteriosas llenas de amor y de paz... Así iba recordando allí sentada Dolores todos los episodios de su vida.

- V -

Por los que sufren

Antes, muchas veces, había tenido miedo por Carlos y una noche, después de algunos días tristes en que él no decía una palabra, ella sintió ya muy tarde que estaba escribiendo. Se acercó a él toda temblorosa y le dijo:

-Carlos, son las dos de la mañana, ¿por qué no te acuestas?

-Ya, enseguida, contestó el médico. Concluyo de arreglar esto.

-¿Arreglar, qué? le preguntó ella.

-Me alegro que hayas venido, Dolores, contestó el médico con una aparente tranquilidad. Es bueno que vayas sabiendo cómo están nuestras cosas.

-¿Nuestras cosas? y ¿por qué?

-Por esto, Dolores -y el médico se sentó frente a ella, tomándole una mano entre las suyas; porque yo no viviré siempre, porque al fin se gasta el organismo de tanto trabajar y sufrir...

-¿Por qué sufres? Carlos. Dímelo. Si supieras todas las cosas que pienso yo, cuando te veo tan callado y triste.

-Yo no sufro.

-Has dicho esa palabra.

-¿Yo?

-Sí, tú.

-Yo hablaba de sufrimientos físicos, replicó el médico.

Dolores le miró profundamente en los ojos, y le dijo:

-Hace días que no eres el mismo. El trabajo te cansa. Nos miras a todos con un frío tan grande en los ojos, como si pensaras en otra cosa. Parece que tus hijos te fueran indiferentes y que ya no tuvieras hacia mí, ese amor tan grande y tan lleno de las ideas exquisitas de tu inteligencia, Yo tengo celos, Carlos, de tus silencios. ¿En qué piensas? ¿Con quién hablas? Ese corazón tuyo es mío y yo lo quiero en todos los momentos.

-Tienes razón, Dolores, contestó el médico estrechándole las manos con emoción. ¡Todas mis quimeras juntas no valen un solo rayo de luz de tu bondad! Yo te lo digo, Dolores, sinceramente. Eres un amable espíritu, un delicado ideal de mujer. Pero... añadió Carlos como titubeando -ya es así mi naturaleza y yo no puedo con ella.

-¿Quimeras? ¿Naturaleza? ¿yo no puedo con ella? pero, ¿por qué? repetía Dolores tan cerca del médico, que casi rozaba con sus labios el rostro de Carlos ¿por qué? Tú has trabajado. Eres rico. Tus hijos están sanos y te aman. Tu madre, gracias a Dios, vive y está vigorosa y mi alma no tiene más espejo que tus ojos y se alegra cuando ellos están alegres y se entristece, cuando ellos están tristes. Tu nombre ha salido del suburbio. Eres querido y respetado. Los amigos que te ven pasar, te saludan sonriendo. Quieren decirte que han leído tus libros y que los aplauden. Tú eres un glorioso.

Méndez movía la cabeza tristemente.

-No admito eso yo, replicaba Dolores enseguida; aquí estamos solos. Yo no ofendo a nadie con decírtelo. Si te hubieras servido de tu talento para el mal, como muchos, yo viviría sufriendo resignada. Pero tus libros enseñan la piedad por la desventura. ¡Son un grito formidable de amor y de caridad, para el que padece y de esperanza para el que ha delinquido! ¡Eres un glorioso y un bueno!

Dolores hablaba como transfigurada, con las mejillas sonrosadas y con los ojos húmedos de ternura y como el médico no contestara y la siguiera mirando con tristeza, agregó:

-Oh, ya sé lo que tú piensas. Tú no crees. Te ríes de lo que escribes, porque estás convencido que todo ha de morir. Te imaginas que tu vida y tus obras son estériles. No piensas que haya virtud en haber calentado con estufas y alfombras un hogar que has recibido desnudo -un hogar silencioso que hoy suena con alegrías en el canto de tus hijos. ¿No te ofenderás si yo te digo una cosa? Carlos.

-¡Oh! Dolores, exclamó el médico. Tú eres mi amable compañera.

-Entonces ¿no te ofenderás? interrumpió ella bruscamente, con una sonrisa en todo su rostro.

-No. Dime lo que tú quieras.

-Bueno, Carlos. Tú no crees en la bondad de los hombres. Eres un poco misántropo.

-Yo, ¿misántropo?

-¿Y cómo? Pero es porque no has vivido entre ellos.

-¿Y tú?

-Yo tampoco he vivido.

-¿Y entonces cómo sabes?

-¿Cómo sé? contestó Dolores. Te lo voy a decir.

-No necesito.

-¿Has adivinado?

-Yo las he oído.

-¿A quienes?

-Yo conozco el secreto, Dolores, de tus filosofías. Son tus diálogos con la señora Catalina Méndez. Ahí está todo. Me quieren y buscan por eso una explicación a lo que no les parece lógico. Pero si supieran que al fin todo esto en mí es tan natural; porque yo no tengo la culpa de no ser alegre siempre y después a pesar de mi vigor aparente...

El médico se interrumpió.

-¿Y a pesar de eso, qué? preguntó Dolores.

-Yo, siguió Carlos muy lentamente, soy un hombre con desalientos profundos. Mi madre lo sabe y mi cabeza no es sana, Dolores. Pienso muchas veces cosas injustas y mi espíritu se torna a menudo agresivo y tético, sin razón. Este es la causa de mis tristezas. Yo lucho y lucho, y si no me ayudaran, caería vencido. Si no te tuviera y si las camitas de mis hijos no estuvieran en ese dormitorio, para decirme: ¡adelante! ¿Quién sabe? Dolores. Me parece todo tan sin elocuencia y el mundo tan desolado y amargo. Y a pesar de todo, cuántas veces soy un estático en la contemplación de esta maravillosa naturaleza. Es curioso este contraste en mí. El cielo me parece de una magnificencia inefable. Cuánto daría para poder pintarlo así, con esa diafaneidad azul, tan llena de pureza. ¡Oh, si yo fuera poeta, Dolores! ¡Cómo cantaría esta fuerza gigantesca que se llama Naturaleza! ¡Qué armonías! ¡Cómo se mueven los mundos en el vértigo Universal! ¡Cómo brillan de noche, como para decir al hombre que la luz es eterna! Penetra la humedad de la tierra negra, donde estalla la germinación. Cruje la yema. La linfa corre a través de todos los capilares de la arboleda; la alegre linfa cuajada de ozono, de éteres y de perfumes. El sol saluda con sus rayos a la virgen madre y fecunda sus senos regurgitantes. ¡Oh, primaveras de la tierra negra! ¡Cómo cruza la vida con brusquedades pasionales, a través de todas tus moléculas, y cómo esplende el universo, acostado en el gran tálamo infinito, para que haya quien se

arrodille y crea, y para que sufran dolores de la mente los que sean capaces de la maravillosa concepción de las metamorfosis sublimes de los átomos. ¡Oh, esta conquista del genio humano, a quien llamamos fuerza! ¡Qué brutal ímpetu prodigioso y qué árcanos impenetrables! Qué dolor tan grande es no tener fe. Yo admiro la piedad cristiana, que le ha dado a Dios una mansión tan amplia y tan digna de su inmensidad. Cómo son felices los creyentes, ¿no es verdad, Dolores?

-Sí, Carlos. Trabajan y rezan, y aún en las desventuras encuentran la fuerza de la resignación. La fe es vigorosa y es ingenua.

Yo los respeto, Dolores. Mis labios no se han abierto jamás para la frase irónica. ¿Por qué nos hemos de atravesar nosotros, con guiño satánico, en el camino de los que creen en sus bellos ángeles celestes, vestidos con la túnica blanca, -en los ángeles castos, que caminan entre los astros y ofrecen ramos de lirios? ¡Para que conserven ellos hasta la muerte alguna hora en que puedan ser niños que no caiga una gota de hiel en el divino soliloquio de la plegaria! Yo los respeto, Dolores, y cuando veo a mis hijos, con las palmas juntas, rezar sus oraciones, yo pienso en esta religión tuya, que ha enseñado la caridad, que ha creado el hogar; en la grandeza de los mártires, en la virilidad de los apóstoles; y el Gólgota tiene para mí el funerario esplendor de la más inmane catástrofe que hayan contemplado los siglos y no significa otra cosa sino que el mayor enemigo de tu religión, Dolores, que toca los límites de lo divino, es la humanidad misma, que es amiga del ciénago. ¡Es la perversidad nativa, que ha impedido hasta ahora que la ley del bien, en todas sus manifestaciones, predicada por ese gran sentimental que se llamó Jesús, sea una verdad! ¡Y así tú ves, Dolores, cómo es de penosa la marcha del hombre a través de las edades! ¡Cada siglo tiene sus aberraciones brutales! La edad media inventó al feudatario. Su arquitectura fue el castillo enhiesto como un buitresanguinario sobre la roca más abrupta; su justicia la horca; su ley la punta de la espada, o el colmillo afilado de su maza de guerra, sin más derecho que su voluntad, sin más código que la tiranía. El Evangelio escrito en los viejos pergaminos, yacía escondido en las criptas de los monasterios sometidos y la fraternidad predicada por él, se había desvanecido entre los ecos lastimeros de aquellos lóbregos murallones. La ciudad era esclava y el labrador altivo era el abyecto siervo de una gleba que no era de él. Toda una época destruyó con el hierro la obra de Jesús. La ley del bien y del amor era una miserable larva -una vagabunda sin hogar y sin patria; una pordiosera, cubierta de harapos, mendiga de templos que se encaramaban algunas veces ellos también con ceño sombrío sobre la dignidad perdida de los hombres. Esto es lo que se ha callado. La mente humana se ha visto obligada a desentrañar de la sombra esas verdades. Ha sucedido lo de siempre.

Los gemidos de los pueblos que sufren raramente pasan a través de los siglos. Mueren donde se producen, sin que la pluma del escritor los recoja y sin que haya liras que se acuerden que el arte es misión. Romances, justas, torneos, juicios de Dios y serventesios, caballeros de hierro, castillos solitarios como el delito y viejos castellanos paseando fieramente por las vastas salas y alguna hermosa escuchando desde el ajimez la melancólica trova de algún errante cantor. Brumas, Dolores de una época que ha llegado hasta nosotros como un alegre símbolo de amor y de heroísmo y que sintetizó la barbarie, el imperio del hierro y donde la cruz profanó su ministerio, crucificando al miserable, ¡que arrastraba su cuerpo de esclavo y su alma de paria! ¿Dónde estaba, tu Jesús, entonces?, ¿dónde la

religión de amor y de fraternidad?, ¿dónde tu martirio? ¡Oh Dolores!, ¡no eran hermanos los hombres en ese tiempo, lo mismo que ahora!

¡No hemos cambiado mucho! ¡La humanidad, como ahora, se dividía entonces en víctimas y verdugos! Pero la historia no se escribe sino para los segundos. Yo siempre he pensado que es inútil sufrir y vivir resignados. Con eso no se convence a nadie, ni aún a los que tienen como ministerio decir la verdad y dar al César lo que es del César. ¡Qué cortesana suele ser la historia, Dolores! Los documentos que sirven para su elaboración, no se archivan sin el beneplácito de los que mandan y los monumentos que son a veces el punto de partida de la narración, no se erigen sin el consentimiento de los que mandan. Desde luego, está en el interés de ellos no archivar sino lo que les conviene y la historia que bebe en esas fuentes no es más que un miserable y burdo reflejo. Apenas si de cuando en cuando la leyenda que ha sintetizado el corazón de las muchedumbres arroja, sobre sus frías páginas, alguna palpitación generosa, enumera las congojas de los pueblos esclavos y alguna violenta tentativa de redención... ¡Oh, es muy raro encontrar eso! Toda ella está llena de la magnanimidad de los príncipes que siguieron al feudatario. Las cortes aparecen ocultando con su esplendor las miserias anónimas. Las empresas guerreras sirvieron para ahogar en sangre el ímpetu de la bestia humana que quiere la libertad y la gloria de la conquista, es decir, la gloria del delito era un pretexto para anonadar las virilidades nacionales en los momentos en que se erguían para pedir cuenta a los reyes de sus actos.

Son los ungidos del Señor. ¡Ay del que los toque!

No cometieron crímenes, ni esquilmaron pueblos, ni depredaron ciudades. Los campos fueron respetados. ¡Nunca pasó Atila por ellos y la yerba no se secó bajo la pezuña de ningún bridón de guerra! ¡El hogar no fue violado y las vírgenes se conservaron immaculadas! No se robó para que hubiese dinero para las orgías de las mansiones reales y las ergástulas no encerraron nunca prisioneros de estado. No hubieron castas. Todos tenían los mismos derechos y los historiadores que comían los mendrugos caídos de las ágapas de la realeza, escribían ditirambos. ¡A eso le llamaban historia! Los príncipes eran la virtud, y sus mujeres la castidad. La edad del oro, del arte, arrastró a los pies de los tronos sus andrajos de ramera. Fue servil. Toda su majestad nativa pereció en el fausto contaminado y la pluma que debió hundir su negro puñal en las páginas, misionera de la verdad, se hizo vasalla de la corruptela y manchó su nobleza para no cantar sino la gloria de los poderosos. ¡Olvidó lo que después supo la mente humana en esta insaciable sed de lo verdadero! Los hombres no eran hermanos.

¡Tu Jesús no estaba, Dolores, en la edad moderna! La ley del amor y de la caridad había muerto!

¡La filosofía legó la verdad asimismo a través de las páginas venales! Vio al hombre con sus pasiones detrás del escritor y al cortesano detrás del hombre! Como antes bajo el castillo del feudatario sacrílego la cabaña dolorosa del siervo, entonces, bajo los majestuosos intercolumnios del palacio de los reyes, vio extenderse y serpear toda una hilera de zaquizamíes inmundos. Los desheredados vivían sin pan, sin sol y sin ropas, mezclados, hacinados, cubierta a piel de mugre, el ambiente de porquería mefítica, animales destinados al ejército que guardaba el trono, sin derechos y sin hogar, sin que

ellos que habían leído el Evangelio, se inclinaron para levantar esas pobres almas desvalidas, desgajadas a puntapiés por los convencidos de su divino origen, mientras con ellos la nobleza, con todos los privilegios y sin ninguno de los deberes, se conducía como pésima copia de aquellos malísimos originales. ¡Tú ves, Dolores, cómo los hombres no eran, hermanos y el mayor enemigo de tu Jesús es la humanidad misma!

¡La filosofía ha explicado la razón de muchas asonadas, cubiertas de anatemas en la historia que se leen! Comprendió por qué los pueblos se precipitaban en masa hacia los hombres que prometían un culto más justo. Entendió a Lutero, a los Albigenses, a Calvino. Justificó Cromwell y a Guillermo d'Orange e inmortalizó a Arnaldo y a Giordano Bruno. Créeme, Dolores. Esos hombres no prometieron nada que fuera más sublime que los Evangelios y esas revoluciones no fueron religiosas sino humanas... La lucha no era contra Dios, sino contra el hombre. Allí están, Dolores, los libros síntesis. Allí está el príncipe de Maquiavelo que ha condensado el alma de esa época. La perversidad moral fue su característica, y yo pregunto después de esto, si en la edad moderna, estaba Jesús el bueno, el que amó a los niños, perdonó a Magdalena, el hombre Dios de cuyo corazón brotaron las más grandes compasiones...

Méndez hablaba con ímpetu. Sus ojos se agrandaban brillantes de pasión. Toda su persona vibraba como agitada en aquella afurada furia. Había algo de apóstol en aquel áspero ermitaño, cuya salvaje virilidad de iconoclasta aparecía gigantesca en el silencio de la noche en medio de la ardiente palabra y del airado gesto, y en aquella casa dormida sonaba su voz, dilatándose por los cuartos con estrépito y con extrañas tonalidades proféticas. Todo lo hubiera destruido él: el arte enfermo de villanía cobarde, la historia venal, todas las tiranías y las deshonras y un momento en que había callado, mirando hacia atrás las dos épocas que habían volteado como un vértigo por su cabeza, sintió que los labios de Dolores le besaban la frente, y vio que lo miraba sonriendo.

¿Estás contenta? preguntó al rato el médico.

-Sí, estoy.

-Yo sé por qué. Me has hecho hablar y no poco.

-Es cierto. Pero...

Dolores se interrumpió.

-¿Qué? Todavía hay peros.

-Una cosa me aflige, Carlos.

-Veamos ¿Qué cosa?

-Te exaltas mucho. Esos son tus insomnios. Esa es tu mala salud.

-¿Y qué he de hacer? Dolores. Si yo no soy sincero al lado tuyo y si no vierto en tu seno las cosas de mi corazón. Para eso están las cuatro paredes de la casa de uno. ¿Afuera? ¡oh Dios mío! Créeme. Los hombres perdonan fácilmente las culpas, pero los méritos y las cualidades con dificultad o nunca; para esto es necesario morir. Para la calle no hay nada que dé mejor resultado que una buena máscara de imbécil. Te acuerdas del pobre Paloche. Él predicaba en la plaza pública sus utopías. Lo apedrearon y dieron con él en el manicomio.

-Ya sé que uno debe ser siempre sincero. Pero Jesús el bueno, como dices tú, manda que los hombres se cuiden para la familia y para la patria.

-Pero no habíamos convenido, contestó sonriendo el médico, en que Jesús no estaba.

-Es una herejía tuya. Antes no sé. Ahora las cosas han cambiado mucho. El progreso ha conquistado muchos beneficios.

-¿El progreso? ¿beneficios? interrumpió Carlos. Ahí está. Tú hablas como mi madre. Eres una optimista. Son las utopías de siempre. Pero es mejor tenerlas porque la utopía es el resultado de un yo bueno. ¡El mundo marcha!

Pero ¿para dónde? ¡Ojalá marchara, Dolores, hacia Jesús!

Yo he visto en la historia del mundo todo un período silencioso, el que siguió a la muerte de los reyes soles. La decadencia empezó a desgajar la realeza y el trono de los príncipes a ser mordido por un verme tenaz que le corroía los cimientos. El arte que en la edad del oro había olvidado su deber de misionera, cultivó siquiera la estética y la contemplación de la belleza, satisfizo uno de los más grandes anhelos de la mente. El honor humano estaba perdido, pero vivía la gloria del intelecto y el fulgor de esas sublimes inspiraciones atravesó los siglos y sirvió después para la redención. Esos esclavos escribieron la Capilla Sixtina y la Transfiguración y el alma de Ferruccio, moribundo, entregó al futuro su fecunda savia. Esa época fue la madre del Cid y de Bossuet. Creó la patología mental en ese doloroso salmo que canta la peregrinación del ingenioso Hidalgo de la Mancha. Hubo en esa época un hombre Dios. Se llamó Schakespeare, el poeta del dolor humano, porque esa fue la época del alma-dolor. La libertad había muerto y con ella el hombre. Schakespeare escribió su corazón y lo entregó a los siglos que han pasado sobre él y se han arrodillado bajo la urna de oro que lo guarda, sin limar ninguna de sus aristas y sin quemar la púrpura de aquella víscera inmortal. ¡Hoy todavía se siente un religioso terror ante la inmensa larva de ese escritor de la verdad! Y cuando ellos murieron, la vida contaminada de los siervos y el putrúlagos de sus viviendas se fue encaramando hacia las alturas con su vaho de reptil. Habían sufrido mucho los hombres. La tortura había roto sus miembros; las cadenas habían ensangrentado sus muñecas. Los cadáveres tirados aquí y allá abrían su vientre podridos y agusanados en medio del sol. El arte se inficionó. El barroquismo fue su esfacelo. La virilidad de la edad del oro se trocó en un feminismo enervante y corrompido. Faltó el genio y el artificio se hizo señor de la inteligencia. Con el arte los príncipes. El señorío degeneró en un ridículo séquito de cobardías y de deshonras. Las meretrices fueron dueñas de las naciones y de la corte, donde era gobierno el vicio y

donde eran negocios de estado las discusiones bizantinas. ¡El arte le puso su marco decadente! La hipérbole y la hinchazón sustituyó a la verdad y a la quinta esencia. La moda cinchó hasta reventar las cinturas de las mujeres. Fue el reinado del afeite, de la peluca y de la espumilla. Los hombres de estado discutían el atrevimiento de los bultos marmóreos y el cinismo de las desnudeces procaces. El olor acre y enervante del harem Otomano contaminó el vigor de la raza caucásica. El derroche fue su sistema económico y la inconsciencia atropelló al orden. Sucedió lo que debía. En esa demencia con que toda una época iba resbalando hacia el abismo, la pobreza con su tétrica máscara, con el frío de los inviernos desnudos y la hediondez de las suciedades plebeyas empezó a rondar las mansiones arabescadas de los príncipes, que se hicieron pordioseros... Aquí como en todo recurrieron al artificio. En vez de la sobriedad y de la economía empapelaron a las naciones y la bancarrota concluyó de hundir a los extraviados.

Tu Jesús, no estaba, Dolores, en esta época. La ley de la virtud había muerto. Por ahí, vagando hambrienta y rabiosa la muchedumbre, auscultaba los ayes lascivos de las últimas orgías, en el silencio de la noche, en las ciudades sin luz donde restallaba la luminaria de las mansiones reales y aquel lúgubre esplendor iluminaba la mueca de los espectros harapientos, peregrinos esquivos como el crimen que hundían adentro la mirada torva. Entonces supieron que toda esa magnificencia era una afrenta ignominiosa y miraron sus carnes semidesnudas a través de los arameles de sus trajes, sintieron hambre, mientras oían el vocerío alegre de aquellos felices, embriagados de bacanal y de demencia. Un temblor sordo y hondo empezó a sacudir la entraña de la edad moderna. Sin hablarse casi a enormes distancias desde el pavimento de cada ciudad, desde las gargantas de todas las montañas, cada hombre adivinó el despeñadero en que se hundía un cielo y asistían los pueblos estupefactos al nacimiento de una nueva religión en que todos iban a ser hermanos. ¡No más pobreza! ¡No más frío! ¡No más hambre! ¡Las ergástulas iban a ser destruidas y el honor humano iba a tener su gloriosa vindicta! ¡Y mientras la plebe hecha feroz por las flagelaciones seculares afilaba en la sombra el puñal, los pensadores que se habían acercado a los príncipes vieron que toda aquella pompa y todo ese fausto deslumbrador estaba cubriendo el esqueleto de una institución moribunda! Apercebidos del error del diagnóstico empezaron a reírse fue una carcajada que cruzó al mundo entero y en esa risa sardónica, con una línea oscura y siniestra en la comisura de los labios, en ese inmortal sacudimiento de vientres y en medio del fragor del populacho -un instinto desnudo- sediento de sangre y bramoso de catástrofes, se desplomó el mundo moderno, acompañando con su estridente sinfonía, los funerales de un hombre síntesis del visionario que aglomeró en su obra la carcajada homérica y la mueca de Voltaire, mirando de soslayo la desaparición de aquellas gangrenas seculares ha tipificado el alma de la nueva era con sus anhelos de metamorfosis.

Ya ves, Dolores, cómo Jesús el bueno no estaba en ese tiempo, y la lucha no fue contra Dios, porque los innovadores no prometían nada más sublime que lo escrito en los Evangelios. ¡La batalla fue siempre contra la maldad humana!

-Pero tú, Carlos, contestó Dolores, te olvidas de los que obedecen para no acordarte sino de los que mandan. Si en estos estaba la ignominia, la virtud, el amor y la bondad sería el patrimonio de los otros. ¡No es posible que sea verdad todo lo que has dicho en ese horrible cuadro! La castidad ha sobrevivido y la religión es el consuelo de los desheredados sobre la tierra. ¡Tal vez sean los pobres los encargados de conservar la caridad y el amor divino!

-¿Los pobres? ¿los desheredados? contestó Carlos animándose. ¿Depositarios de la caridad y del amor divino? ¡Qué buena eres, Dolores! ¡Si tú supiera; el uso que hicieron de la libertad y del poderío! Fue una avalancha aquello, un inicuo y sangriento desborde. La revolución se azotó a la calle con sus espasmos homicidas. El pueblo se agazapó detrás de la barricada y la realza detrás del fuerte. Esa era la lucha. Poco a poco, entre el fragor de la fusilería y bajo el fuego de los cañones que hacían temblar a la ciudad entera -negras de humo y de pólvora las blusas hicieron pedazos las almenas, derribaron los puentes y se despeñaron adentro. Un horrendo estampido mezcla de ira y de bacanal, como si aquella barahúnda fuera la expresión de la necesidad del mal que agita a la colmena humana -una mezcla de ludibrio nefando y de meditaciones del delito, atropelló los paredones pardos de la Bastilla, descendió como un escalofrío escarpas abajo hasta las hondas cuevas sobre cuyo piso de barro gorgotea el sapo y silba el reptil para morder el pecho de los prisioneros de estado -larvas moribundas, con la piel térrea y el ojo atónito- arrebatados de allí en andas y arrojados entre los rayos de un sol, cuya tibieza ya no conocían, fulgurados por aquel bárbaro relámpago de la licencia como si fueran misérrimos inconscientes. ¡Y después qué escenas! Un nombre fue arrastrado de las mechas, en medio del populacho patibulario. Sacudido de aquí para allá, como una pelota, de grupo a grupo, en medio del insulto vil, entre las risotadas de escarnio, azotado y herido en el camino, tironeado, desgarrado, iba hendiendo lleno de sangre el macizo de la muchedumbre enfurecida que se hamacaba como un gran mar pavoroso de borrascas. Fue detenido y cuando mil garras iban a dilaniarlo, un cuchillo afilado pasó por su garganta implacable y frío. La sangre a borbotones saltó lejos para manchar las ropas de aquella horda salvaje y el pavimento, en medio del dilatado alarido, entre el fragoroso palmoteo de los que arrancaban, trozo a trozo, los miembros del caído -como hienas, con el rostro lleno de sudor y la boca de salivas. Ese hombre era el gobernador de la Bastilla, y tu Jesús, ¡oh, mi buena Dolores, no estaba en ese tiempo! ¡La ley de la caridad había muerto! Después gobernó el pueblo y con él hizo su triunfal entrada en las ciudades el Dios guillotina. ¡Muchas cabezas fueron tronchadas, algunas cubiertas de laureles, en la flor de los años, y divinos rostros juveniles de mujer cayeron a la huesa, inocentes como los ángeles celestes, tranquilas caminadoras hacia el cadalso, estáticas en sus últimas plegarias de mártires! ¡Oh, las vírgenes muertas, a quienes la revolución entregó la negra guadrupa del sepulcro, como velo nupcial! ¡Habían amado y murieron! ¡Novias dolorosas, castas enamoradas que inclinaban bajo el hacha la cabeza coronada de azahares!... mientras más lejos la brama de la matanza se enseñoreaba de la nación desventurada. Los hombres eran asesinados en tropel y como eso era lento, fueron sepultados vivos en el lecho de los ríos. Todo se deshonró; las tradiciones de gloria y la dignidad humana, y todavía cruzan como una cohorte espectral, en su marcha fúnebre y heroica, cantando las lúgubres peanes de los Marsellese, los Girondinos votados a la muerte y llevando con ellos al inmenso sarcófago la sensatez de la Francia. ¡El freno se había hecho pedazos con la desaparición de esos intelectuales! ¡Entonces pudo retozar la bestia llena de rugidos! Se dio al pillaje. Se hizo salteadora. ¡Incendió los pueblos y en medio de la hornaza a quema ropa fusiló a los hombres! ¡Los santuarios fueron profanados, derribadas las estatuas y despojadas de sus joyas y pedrerías! El hogar y la castidad fueron suprimidos y la revolución en su insaciable voracidad empezó a apretar y desgarrar entre sus colmillos a sus mismos corifeos. ¡No estaban preparados para la libertad! No la conocieron. Saltaron de la esclavitud a la licencia, y esa época que ha sido glorificada en libros y poemas, vista de lejos sin pasión y sin rencores, ¡representa la más salvaje

monomanía homicida que haya horrorizado a los siglos! Fue un contagio de sangre, un vértigo deletéreo que pretendió destruir el pasado sin conseguirlo, y mientras en las ciudades y en los campos se manchaban los altivos y generosos ideales que acompañan a la libertad, en la frontera peleando por la patria caían los soldados como buenos -creadores de nuevas glorias que sirvieron para el despotismo. Yo he pensado mucho en ese lustro de la historia y no me he dejado contaminar por la hojarasca lírica, que se preocupó de agigantar y justificar a esos hombres. Yo tengo un grave reproche que hacerle a esa revolución. Sacrificó a la mujer. No respetó al niño. No creyó en la virtud y en la inocencia. ¡No fue magnánima! No conoció al perdón. ¡Fue vulgar! ¡Los vencedores perdonan cuando son caballeros! Y después, Dolores, ella no ha creado, bajo el punto de vista del sentimiento, nada que fuera superior al Evangelio. Fue plagiaria. El principio aquel: la libertad de un hombre concluye donde empieza la libertad de otro hombre, es más o menos este otro, escrito en los libros sagrados: ama a tu prójimo como a ti mismo y no hagas a los demás lo que no quisieras que a ti te fuese hecho. ¡Fueron inferiores al ideal que pretendieron encarnar! ¡Por todas sus páginas se ve el artificio, la hinchazón oratoria, el gongorismo! Ni Mirabeau se salva. Parece que sus hombres apóstoles se preocuparan más de deslumbrar que de convencer. Hacen procesiones. Usan el símbolo a cada rato. ¡En sus congresos gritan, imprecán, apostrofan, ultrajan! ¡Necesitan el terror para su victoria! ¡Se persuaden de la necesidad del fausto y de la pompa! Usan vestimentas imposibles y frases cabalísticas. Se rodean de enigmas. Toman prosopopeyas sacerdotales y proféticas. Se creen semidioses y se preocupan sobre todo de superarse los unos a los otros con exhibicionismos extemporáneos. En suma, si uno disea un poco el cadáver, descubre enseguida el esqueleto inerte. Si hubieran sido capaces de la situación, habrían sido la guía. Sucedió lo contrario. Fueron arrebatados y hechos pedazos, a pesar de ellos mismos. Y después salieron de la tiranía limpia y aristocrática del salón, para caer en el despotismo plebeyo y sucio. No fundaron, porque no es posible que echen raíces hondas las innovaciones que contrarían las leyes naturales. El hogar existirá siempre. La propiedad y la religión, la virtud y las pasiones existirán siempre; porque son condiciones ineludibles de conservación personal. Esos hombres que conturbaron todo lo fundamental y que no respetaron las leyes naturales, crearon una revolución que debía morir.

¡Y la revolución murió sin fundar! Su corolario fue el Imperio. Prefirieron el taco de la bota al guante del cortesano. Para un pensador lo uno vale tanto como lo otro y lo peor es que después de tanta sangre y de tanto martirio, de tanta frase rimbombante y hueca y de falsa retórica no salieron del círculo vicioso. De una tiranía se desgajaron en otra y sobre ellos oh mi buena Dolores el Evangelio de tu Jesús enseña la piedad, la dulzura, la caridad del corazón, el amor a la patria, la santidad del hogar, el respeto del hombre hacia el hombre y funda una religión bajo cuyo palio de seda y oro viven tranquilos todavía por millones las criaturas sin que haya sido superado por ninguna concepción humana y sin que deje de encontrarse en sus páginas los gérmenes de todas las redenciones. Tú ves, mi buena Dolores, cómo Jesús no estaba en ese tiempo y cómo los hombres se encargan de vivir alejados del bien y me parece que es posible que sean iguales ante Dios y ante la ley, pero que seguramente en cualquier gremio que estén, son iguales ante los instintos. Lo que la nobleza y los reyes hicieron en muchos siglos, estos lo apuraron en pocos años. ¿Fue todo malo? No sé. Por ahí he leído que ha enseñado a los pueblos la libertad. A mí me ha parecido siempre que esta es una de las facetas del instinto. Se nace con ella y no necesita maestros y yo siempre he visto en todas las épocas, en una forma o en otra, la protesta

contra el vasallaje. Lo que ha enseñado claramente es que los reyes pueden morir en el cadalso, sin que Dios baje del cielo para salvarlos. Estableció de esta manera cierto nivel común a todos los hombres, influyendo por esta misma razón para que fueran más responsables. Y nada más. ¿Qué despertó el sentimiento de la independencia y de la nacionalidad? Precisamente estos son dos beneficios que no se decretan.

El primero ha existido siempre mucho antes que la revolución y en cuanto al segundo, no es posible hacerlo artificiosamente y con violencia. Es como una familia. Necesita recuerdos, glorias, y dolores, un idioma, una religión, tradiciones comunes, límites geográficos y se hace poco a poco sin sentir, fatalmente esa vigorosa síntesis que se llama nacionalidad, y en todas partes hacía mucho tiempo que se venía elaborando la nueva era. La revolución encontró en el alma de muchos pueblos los gérmenes de esos ideales. No fue creadora por consiguiente, después de haber sido sanguinaria. Ahí tienes Dolores hecho con toda sinceridad lo que yo pienso del uso que hicieron del poderío los desheredados. Es una lástima que uno tenga que ser demoleedor de ídolos; pero la razón fría y la severidad filosófica obligan a no ser transigentes. Si yo hubiera visto arquitectarse sobre ese montón de cadáveres algún gran edificio, y más sinceridad en esos hombres algún corolario que significara una gloria positiva de progreso, ya inclinaría la frente y casi disculpada los crímenes. Pero los hombres quedaron como antes. El derecho humano no adelantó. Las naciones que surgieron cuajaron con sangre las páginas de la resurrección. De buen grado o por amigable convenio, o por sentencia de árbitro, no sé que se haya entregado lo ajeno todavía. Y pretendieron ocultar la verdad con la pompa efímera de las glorias militares. Prisioneros, cañones rotos en la pelea, botín de guerra y banderas desgarradas: Con eso llenaron las ciudades sedientas de lo bueno y de lo verdadero sin convencerlas y yo por mi parte te digo que bajo el punto de vista de la virtud, el Evangelio es superior a Austerlitz y como obra de genio, Hamlet es superior a Rivoli y que han enseñado más caridad Bossuet y Manzoni, escritores cristianos, que todos los huecos declamadores para quienes la revolución y las armas fueron un pretexto de desenfreno y de lascivias inconfesables. Y a pesar de todos ellos, el tiempo de la diosa Razón no ha llegado todavía. Los hombres luchan como antes y si es cierto que empieza la libertad política no es por ellos, sino porque eso ya es fruto en sazón. ¿Y la igualdad y la fraternidad donde están? Si tú supieras, Dolores, cómo está de inquieto el mundo. Es pavorosa la desazón de los hombres en los momentos actuales. La necesidad de ser felices nos agita mucho más que antes y yo presiento un gran drama en que ha de precipitarse la humanidad muy pronto. Yo veo, Dolores, en todas las ciudades sus preludios. Los desheredados quieren de nuevo volver por el bienestar del hogar pobre; quieren alimentos, abrigo, aire y luz de sol. ¡La idea de la justicia se ha hecho más universal en la mente humana! Están cansados de los sucios mechinales de los conventillos, del trabajo rudo sin recompensa y sin esperanzas -ellos que ven crecer a sus hijos, viviendo apenas, escuálidos porque el pan suele no alcanzar, mal cubiertos porque el dinero que ganan no basta para darles trajes que les calienten las carnes en invierno. Y casi todos son buenos estos obreros que tienen familia y acarician y besan como nosotros a sus pobres criaturas macilentas. Saben también que a los chicos les gustan las muñecas y los juguetes y no se los pueden dar y cuando de noche contemplan a la compañera, remendando hasta tarde las ropitas que se han de poner al día siguiente; oh entonces, qué melancólica sombra no cubrirá el alma afectuosa de esos hombres, que en sus andanzas contemplan los trajes de terciopelo de las ricas, que tienen coches donde pasean con sus hijos tan rosados y alegres, tan llenos de salud y de abrigo. Redoblan sus esfuerzos

en el trabajo, gastan sus músculos y sus arterias, para poderles traer los domingos siquiera algo que pueda tenerlos contentos y hacerles amar la vida... ¡Cuántas veces lo intentan en vano! Los niños esperan al padre en la puerta a las doce, en el día de fiesta en que él ha trabajado para ganar medio jornal, porque les ha prometido alguna cosa linda, que ellos acariciaron toda la semana con la imaginación, y lo ven llegar con las manos vacías y con ceño torvo porque aquel dinero es necesario para comer. ¡Todo está tan caro! ¡Qué duro problema es la vida! Y así, mientras los chicos alborozados lo abrazan entre la risa ingenua y juguetona, él se sienta sombrío en un rincón del tugurio y contempla la tristeza de la casa abandonada. Sale afuera. Encuentra a los compañeros que vagan cada uno con la misma pena a cuestas y conversa con ellos. Hace muchos años que esto sucede. Yo los he visto sentados por ahí en los bancos de las plazas o alrededor de una mesa en los figones de las afueras, donde estudian su propia desventura y donde discuten los ardides de la resistencia y de la protesta. Y leen diarios, porque has de saber, Dolores, que tienen diarios. Allí se declama bastante. El lenguaje suele ser virulento, pero despojados de la forma casi siempre hiperbólica e incorrecta hay en el fondo de esas páginas un hondo sentimiento de justicia y la defensa del proletario es hoy en el mundo tan necesario como tener una religión. Ellos marchan, Dolores. Es preciso seguirlos para enseñarles el sendero. Si el Evangelio fuera ley aplicada, si todos nos convenciéramos que está en nuestro interés amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, el problema podría resolverse con facilidad. Pero como siempre el hombre se encarga de hacernos saber que Jesús no existe. Entonces queda empeñada la lucha.

De un lado la blusa, el delantal de cuero reseco, la llamarada de la fragua, el resoplido del fuelle en movimiento, el brazo robusto, sucio y negro armado de la tenaza que muerde el hierro ardiendo al blanco, mientras diez pesadas masas caen sobre el apoyado al yunque, y saltan a los costados largas chispas metálicas y del otro el dueño de la fábrica pálido sobre sus libros, inquieto y desazonado, más infeliz que ese obrero que le mira con odio y que se imagina que es ese sudor que está él derramando el que fecunda su fortuna, el que alimenta el lujo de su palacio y no sabe que mientras él duerme el hondo sueño sano del trabajador, el otro pasa muchas noches insomnes sin descanso de su cuerpo, sin alegrías de su alma. ¡Oh, pero ellos no comprenden eso Dolores!

Los ven andar en coche, ir al teatro, tener rasos y terciopelos y no se aperciben que estos son los que abrigan las más dolorosas melancolías del espíritu y sus más lóbregos desfallecimientos. Este es el problema, Dolores. ¿Dónde hay más desventura en el palacio o en el tugurio? ¿Dónde hay más terrores? ¿A quiénes aflige más el futuro? Yo he visto esto en mi vida de médico. Muchos pobres mueren, ricos pocos. El alcohol es el golpe siniestro que les rompe la urdimbre y los hijos suelen heredar la extenuación y la demencia. El exceso de trabajo mata. Es necesario disminuir sus horas y conservar esos hombres. La mala alimentación es la puerta abierta a la tuberculosis. Es necesario remunerar el trabajo. El hogar debe ser limpio. Debe tener aire y sol. El tugurio estrecho, el bajo zaquizamí y la bohardilla en cuyos huecos hay hediondecas de sótano y donde el frío penetra y hace tiritar a los hijos, son sepulcros prematuros, donde giran los átomos contaminados y los gérmenes mortales tripudian y se agigantan. ¡Fuera con ellos!

Es necesario remunerar el trabajo más de lo que se hace, para que no suceda aquí lo que en otros países he visto, para que sea posible el ahorro al obrero virtuoso y diligente, y que

todos los años deje en alguna parte guardados los cimientos de la tranquilidad para su vejez, porque esto es lo que más lo acongoja -el miedo de quedar pobre más tarde cuando ya no le sea posible trabajar. Y digo más, Dolores. Y esto reza para los buenos. Todos ellos desean a sus hijos una vida mejor. Sudan y ahorran para eso. Ellos saben lo que cuesta tolerar los vejámenes de los patrones, que han dormido mal. Sueñan sin comprenderlo bien con esa maravilla que es el saber, con el respeto que impone, con las facilidades para resolver por él tantos problemas que lo confunden y lo atemorizan y buscan en los hijos haciéndolos estudiar, el sostén y el amparo del hogar que forman con tanta labor y sacrificio. Hay mucha virtud, Dolores, en estos ásperos que trabajan de sol a sol... porque al lado de ellos crecen las hijas que asean la casa, lavan con las manos entre la escarcha y cosen el día entero para ayudarlos a ganar el pan -esas gentiles que suelen regar algún heliotropo, con que adornan su pecho los Domingos y que se arrodillan de noche sobre el ladrillo del piso en la luz escasa de una vela de sebo para rezar el rosario, mientras los hermanos sentados en las sillas de paja duermen y el obrero sudoroso las contempla y reza también para que sean así siempre castas y angélicas. Por eso trabaja para que la pobreza no abra su abismo sombrío, en cuyo fondo nada y se balancea el ciénago. ¡Es necesario respetar estos sentimientos y hacer posible estos votos de las almas honestas! ¡Si tu Jesús, Dolores, estuviera en el mundo, existiría la fraternidad cristiana! Entonces habría menos pobreza, menos deshonras y desesperaciones; los crímenes disminuirían y los odios salvajes que yo veo agigantarse en el obrero y el encono agudo y hondo que está agitando las clases, se trocaría tal vez en un razonable advenimiento de intereses que fuera la conciliación y la recíproca tolerancia. Supongo, agregaba el médico, sonriendo, que después de esto ya no me llamarás misántropo.

-Misántropo no, contestó Dolores, pero socialista entonces.

-Puede ser, dijo Carlos; pero sin pertenecer a ninguna logia. De afuera se ven mejor las cosas. No apruebo la conducta de algunos agitadores, que perturban la conciencia del obrero y que lo alejan del trabajo y del ahorro, creando en su espíritu débiles utopías peligrosas. Lo que yo he observado en estos suburbios no tiene objeción posible. Todo trabajador con virtud, forma su hogar y levanta después de poco tiempo, su alegre casita llena de sol. Las mujeres son diligentes: los niños van a la escuela. Son muchachos robustos y bravíos que crecen amando a la patria donde nacieron y que entregaron a la historia algún apellido ilustre. Esos heraldos de las sociedades europeas decrepitas, con el alma llena de enconos, no deben retoñar en esta tierra virginal y prometida. No se descuiden los obreros. Aquí está todo por hacer. Los que aconsejan el ocio y la rebelión no aman a su patria, alejan su progreso, dilatan indefinidamente su grandeza, porque la conquista en este país es de los trabajadores y de los buenos. El arado y el lazo han hecho siempre mucho más bien que las arengas fogosas de los tribunos a las muchedumbres revueltas. No creo en los oradores. Un hombre que suda al lado de una fragua, tiene mucho valor. El labriego que marcha detrás de su arado, haciendo pedazos al césped, tiene mucho valor. El que hace es superior al que dice y se llena mejor su misión cansándose en la faena, que entre los estrujones de una huelga. Yo pienso esto; otros tal vez lo contrario. La grandeza de esta tierra le pertenece a los trabajadores. Es un honor que no debieran olvidar, ni manchar nunca. Los que hacen esto son los perversos. Hay muchos también entre los obreros, Dolores. Yo los he conocido. Sé cómo viven. No trabajan sino cuando tienen hambre, y en medio de la familia harapienta entran tambaleándose borrachos con la chispa tétrica del crimen en los ojos. Son

indolentes. Viven del odio y de la envidia. No tienen moral, ni noción del honor, ni conocen la santidad de la familia, ni la virtud del ahorro. Juegan en las fondas con naipes mugrientos en medio de los ladrones a quienes la impunidad ha hecho cínicos. Alguna vez he entrado yo en esos cuchitriles en medio del humo hediondo y he visto un pueblo de degenerados torvos sobre las mesas negras de suciedad y empapados de alcoholes venenosos. He pasado sobre esos pisos húmedos de escupidas y de puchos, ocultando casi por el humo a turbiones con el oído herido por palabras soeces y he visto esas caras soñolientas, esas narices rojas y esas oscuras ojeras, enormes ventanas sombrías por donde el vicio y la miseria asoman su lóbrega máscara.

He sentido horror entonces por la naturaleza humana, que algunas veces se complace de vivir en la pocilga, entregada a osar como la bestia en la basura corrompida, puerca y malvada, moradora de las cuevas donde se aglomeran en las capitales, los poseídos del cinismo, los cultores de las lubricidades más nefandas, antros donde se ocultan muchos obreros con sus tristezas y sus vergüenzas, para sepultar a sus hogares entre las copas de caña y entre las meditaciones del delito.

¡Oh, cómo quiere uno al Sol, Dolores, entonces!

¡Cómo bendice la luz que inunda los patios, que se entra a los aposentos, cuajada de los perfumes del jardín, ebria de infinitos goces, entre el gorjeo de los pájaros que adornan con sus nidos la arboleda vestida! ¡Cómo hubiera rezado por ellos, si hubiera sabido rezar para que tu Jesús los salvara, arrojándolos bajo el cielo azul y purísimo entre las divinidades del honor y del trabajo!

Pero no es posible, Dolores. Todos no han de ser buenos.

Hay cierta garra fatal que, desde la cuna, enferma el alma de muchos y que hace que bajo el punto de vista de la maldad, se asemejen los hombres en todos los gremios. La encontrarás vestida de frac, fría y calculadora, disimulando bajo el correcto continente la meditación del delito o cubriendo bajo el traje de seda opulento la sensualidad perversa o las curiosidades pecaminosas... malos que no lo parecen, tahures tramposos con la mano cubierta con el guante lila, desleales que sonríen tramando la ruina ajena y deshonestas que van a misa, corazones tan perversos como los del plebeyo hosco de blusa sucia, lengua blasfema y ademán compadre que saltea, roba, juega, trampea y mata.

Y es por esto, por que el mal está en todos los gremios que la cuestión social no se arregla. La avidez de los hombres no tiene límites. Cuanto más tienen, más quieren y cuanto más ganan más quieren ganar. Eso es lo que se observa, aunque se perjudiquen los demás, ¿Qué importa eso?

Encontramos muy lógicos ser socorridos, pero ¿ayudar a los demás? Vamos por partes. Así yo he visto, Dolores, inauditas cobardías. Encontramos muy lógico que el vecino nos proteja si algún ladrón se cuele por los fondos de nuestra casa; pero si el desgraciado tiene difteria o cólera, ¡guay! ¡Anatema con él! ¡Antisepsia y aislamiento! Nada de amor, ni de caridad... ni una taza de caldo... mientras la vileza y el terror nos hace huir lejos, donde el contagio no nos agarre las carnes y donde la muerte no nos alcance con sus huesos fríos y

secos... aunque sea un hermano o una madre los moribundos. Esto sucede. Yo lo he visto en las epidemias, en que he asistido. Algunos generosos salvan en estos casos, abnegados y mártires, la dignidad humana. ¡Oh! ¡Esos son muy heroicos! Pero los más... ¡hum! ¡Doblemos la hoja!

Es esta cobardía y la avaricia sórdida y terca la que levanta la resistencia en las viejas sociedades, donde los obreros trabajan toda la vida sin ganar más que para comer, y mientras en esta tierra la cuestión social es un anatopismo, porque el obrero que ahorra se vuelve a su vez propietario, allá en Europa será tal vez eso como una nueva religión, un retoño crecido sobre la inmensa ruina de un mundo, que está por desaparecer, algo como una resurrección y la savia de una vida nueva que está esperando el sublime apostolado de algún genio, que se dé la mano a través de los siglos con el divino Jesús, para que triunfen juntos y esta vez sin la sombra del Gólgota y sin el corolario del doloroso martirologio. Estos son mis votos, Dolores, en el problema que todavía está en retoño.

No saben dónde van ni conocen los medios de lucha. Es como una intuición, como una esperanza que flotara en ese mundo envejecido; como si fuera un ideal abstracto, cuya forma tangible no se encuentra todavía. Por eso no hay acuerdo para la acción y se ven marchar a los hombres al tanteo, como ciegos, entre la sombra, en medio de ensayos que se frustran como cosas estériles. Sin embargo, la marea se va haciendo bravía y los crímenes que se cometen aquí y allá, son los signos precursores de la gran borrasca. Yo creo, Dolores, que si fuera posible que los hombres amaran un poco más al prójimo y si Jesús el bueno, pudiera ser escuchado en su lenguaje de amor y de fraternidad, el enigma se abriría dentro del gran sol de la verdad y esta esfinge que se irgue delante del siglo moribundo como un fantasma pavoroso, encontraría su solución en la quietud de la caridad recíproca y los ensayos de la nueva vida podrían ser leyes y código eterno. A eso vamos, me parece.

-Dios te oiga, Carlos, exclamó Dolores y ojalá podamos después estar más tranquilos.

-Yo creo que sí; pero tal vez no lo veamos nosotros, contestó el médico. A pesar de la maldad individual colectivamente marchamos. Hay muchos síntomas. Las guerras han disminuido. La gente sabe que ese crimen no resuelve las cosas que son del dominio de la razón. El arbitraje ya no parece una utopía. Los hombres se conocen mejor, porque las distancias son más cortas, y el delirio de las persecuciones que causa tanto daño a los pueblos, cuando están lejos, porque agiganta las afrentas y los peligros, se atenúa en el comercio frecuente de los hombres entre sí. Puede decirse que el mundo está agitado por un gran sentimiento de justicia y que tarde o temprano ha de llegar el triunfo de la Diosa Razón. Nosotros no lo veremos, porque hay mucho que arreglar y en todas partes; pero tal vez nuestro sufrir sirva para la felicidad de nuestros hijos. Solamente un sentimiento tengo, Dolores, agregó el médico en medio de la mayor emoción y es éste.

Méndez se acercó más, tomando una mano de Dolores entre las suyas y le dijo:

-Tú ves cómo yo creo en la caridad cristiana y cómo yo admiro a tu Jesús, y a pesar de eso, cuando yo me escudriño, encuentro que no tengo fe. Esto es un dolor. La fe es como la honra. El que la pierde una vez, no la encuentra más. Nunca debieran las madres alejar a sus hijos de sí, para encerrarles en el corazón esa llama sagrada. ¿No crees, tú, lo mismo?

-Sí, Carlos, contestó Dolores con tristeza. Yo estoy persuadida de eso, pero pienso también que la misericordia de Dios es infinita y que en su seno caben todos los arrepentimientos.

Te aseguro que tengo una gran pena, cuando Ricardo huye de nuestra casa tan sin razón.

Temo por su alma tan desazonada y tan incauta.

-¡Ah! ¡Ricardo! Exclamó el médico. ¡Ahí tienes! ¡Ves! Ese es el reproche que tengo que hacerte a tu Dios.

-¿Un reproche? Carlos.

-Sí, grave, ¡muy grave!

-Pero, ¿cómo? Yo no te entiendo.

-Yo era lo mismo que él, agregó Méndez, con ímpetu. Yo disparaba de mi casa para lastimar las horas de los que me querían.

Eso hace él. Tú los ves, Dolores. Él ha heredado la índole del padre, sus desórdenes y su indiferencia por la familia. Tiene una cabeza bárbara y desquiciada como yo a la edad de él. Ese es el reproche que tengo que hacerle a tu Dios. ¿Por qué le entrega a los hijos las deficiencias de los padres? Y al fin esto puede irritarlo a uno, mientras que las tristezas y los desalientos que yo le noto, me acongojan hasta las lágrimas.

¿Tú no te has fijado que Ricardo no tiene alegrías?

-No me había fijado. Me ha parecido Carlos un muchacho loco, como son casi todos.

-Ah bueno, replicó Méndez. Pero, entonces, ¿cómo se explica que a veces se queda pensativo y como estático tan largo rato? ¿Qué tienen que pensar los chicos? Han nacido para jugar y charlar. Nunca se ríe, ¿no has visto eso? Y cuando lo hace, se le conoce el esfuerzo. ¿Por qué su carcajada no es sonora, llena, espontánea y argentina como en todos los niños? Yo te aseguro que tiene alguna sombra en el corazón Ricardo.

- VI -

Ricardo Méndez

Fue entonces que ella empezó a fijarse. Era cierto. Aquel muchacho robusto, de melena revuelta y ojo bravo, se aislaba muchas veces sentándose solitario en un rincón cualquiera. Poco jugaba. Su pasión era irse de la casa y estar largas horas fuera de ella. Se le veía vagar por las calles más solas, como absorto, sin rumbo, metiéndose entre los callejones que dividen las quintas y volvía de noche para sentarse a la mesa sin decir palabra.

Tenía la tez tostada. El sol del suburbio le había calentado la epidermis en los días de verano cuando transforma a la atmósfera en una hornaza y acompañaba al pequeño vagabundo en su indolente camino sin que él se apercibiera del ardor de sus rayos. A veces volvía con la camisa ensangrentada. Había peleado, hasta caer al suelo sin fuerzas, resoplando sin un quejido con ese mutismo que no lo abandonaba nunca -como quiera- a pedradas o hundiéndose con los enemigos brutalmente los cortaplumas en el cuerpo. Entonces se encerraba en su cuarto, y cuando la madre le hacía reproches, él le pedía perdón con cariñosas dulzuras y moviendo la cabeza, como si no tuviera la culpa de lo que hacía. En el barrio te temían. Los muchachos se sentían avasallados por su fiera energía, por su fuerza muscular y por la rapidez para la acción. Nunca se retiraba a ver como no fueran muchos los enemigos. Pisoteado, con las ropas rajadas y el rostro violáceo de bofetadas, con los puños y con los escasos ladrillos que se encontraban en el camino, seguía el combate rodeado de los compañeros, animándolos con gritos de furor, siempre en la punta y donde había más peligro, aguijoneado por una bárbara furia de exterminio. Después, a pesar de esto, tenía una alma llena de bondad. Su dinero era para todos y en las rabonas frecuentes, se mezclaba sin orgullo con los traviosos del barrio. A los reproches y castigos del padre, contestaba huyendo y refugiándose en la casa de Paloche, al lado de Adela que ejercía sobre él, desde niño, una extraordinaria fascinación. Méndez no tenía fuerzas en presencia de ese muchacho. Hablaba más de una vez de su decisión de ponerlo en un colegio. Nunca lo había hecho. Una vez que le dijo eso, Ricardo no contestó y como lo repitiera amenazándolo, éste le contestó:

-No voy a poder quedarme.

-Yo haré que puedas, gritó Méndez.

El niño no habló, pero de su labio inferior, empezaron a caer gotas de sangre. Se había mordido con furor.

Una noche estaba él sentado debajo del corredor al lado de la madre. Había estado silencioso todo el día. Ella lo había besado con ternura en momentos en que le decía:

-Hoy no has estudiado la lección, Ricardo. Si viene tu papá, se va a enojar.

-Bueno, contestó el niño, si se enoja, yo haré la que él hizo una vez.

-¿Qué vas a hacer? preguntó Dolores.

-Romperme la cabeza de un tiro. Eso voy a hacer, replicó reciamente Ricardo.

Dolores sintió una pena profunda. Lloró en silencio mientras se retiraba a su dormitorio. La noche estaba toldada. Ni una estrella en el cielo. En la atmósfera, quieta y oscura del patio, cruzaba una manga de insectos con extraños zumbidos de terror. Suelen ser ellos los heraldos asustados de las tormentas, que se precipitan como locos y mueren aplastados contra las paredes en la furia de la carrera. Abajo, en el horizonte negro, se levantaban súbitas llamaradas como relámpagos de volcanes escondidos, frecuentes y fugitivas, como si fueran los resplandores de una batalla llena de enconos y de sangre. Ricardo siguió a la madre. En el cuarto de vestir la encontró arrodillada. Estaba rezando. Él le pidió perdón porque la había hecho sufrir y ella lo tomó entonces de la cabeza, le acarició la mejilla y lo perdonó besándole la frente. En eso entró Méndez y todo lo comprendió.

-No es nada, Carlos, dijo Dolores.

-Ricardo te ha hecho llorar.

-No.

-Ya lo veo claro, Dolores. Para qué me niegas y yo no puedo consentirle esa brutalidad.

La mano de Méndez se levantó airada para caer sobre la mejilla del hijo; pero Dolores se interpuso en momentos que Ricardo desaparecía.

Pasa por el zaguán entre la luz del farol, en medio de una nube de insectos y entra con ímpetu a la calle que está en la penumbra. La luz escasa de los faroles sucios de tierra se echa temblando sobre las veredas de ladrillo y sus esqueletos oscuros se mueven de aquí para allá con bruscos aletazos. Las paredes se irguen tenebrosas, formando las caras laterales del largo cajón de la calle y de trecho en trecho un chorro de luz vivísima se escapaba de algún negocio a iluminar las combas y las depresiones de las piedras mal engastadas en el camino, surcado por hondos hueyones que se hundían hasta la tierra. De cuando en cuando se ve venir una carreta cargada de verduras, cubiertas con una larga tela encerada y de lejos las bruscas oscilaciones, los vaivenes y las quebradas de toda su negra mole quedan señalados por los saltos de una pequeña luz roja que cuelga adelante. De repente, después de oírse el repiqueteo rumoroso y continuado de la rueda un rato, se siente como un violento fragor y se ve inclinarse pavorosa en una brusca cabeceada a la carreta, levantada enseguida por ese extraordinario vigor paciente del buey que sigue su lento camino. Ricardo marcha alejándose cada vez más afuera. Pasa al lado de los solares vacíos de las manzanas despobladas casi, cerca de las raras casas de dos piezas, dándose contra los alambrados cubiertos de sina sina, entre el aullar de los perros atados que sacuden a saltos los eslabones de la cadena. De cuando en cuando el graznido de una lechuza echaba su nota estridente a través del rumor de sus pasos en la calle solitaria, mientras los pájaros que se habían acurrucado entre las hojas, despiertos por el terror de la tormenta cercana vuelan por las ramas con violencia, mientras pasa al lado de él una larga mancha de paraísos y alcanza a divisar de lejos entre la sombra el renegrido obelisco de un monte de eucaliptos, enhiesto en medio de la obscuridad de la atmósfera. Sobre su cabeza el cielo vuelca su copa en la tiniebla, despedazada de repente por la llamarada larga y brusca de las centellas lejanas que

se abren paso a través de la cortina caliginosa. Ricardo no tiene miedo. En su frenesí de marchar, como borracho en esas bárbaras corazonadas que lo acometen de repente y lo hacen buscar el peligro como un deleite, no ve que la ciudad se ha quedado atrás muy lejos y que muestra en una larga extensión a miríadas las luces de sus faroles que se destacan como un gran esplendor en el horizonte. Desciende una rápida pendiente por un estrecho callejón bordeado de gruesas cepas de pitas, encajonado entre troncos de ombúes seculares que levantan la enorme copa, entre el sahumero del pastizal de las quintas, que arroja sus frescos olores de humus y las emanaciones acres de su brutal fecundidad. Desciende de escarpa en escarpa corriendo, solicitado por el vértigo del plano inclinado, cayendo y levantándose. Sus ropas se rasgaron. Él se toca una rodilla desnuda y en el fulgor en zigzag, de un relámpago, ve que sus manos se habían manchado con sangre. No importa. Adelante siempre, mientras el horizonte corrusca al frente y a los costados y el fuego se hace trizas con chisporroteos demoníacos. Llega a la llanura y sigue su marcha de fantasma loco. Está en los bañados por donde antes corría el Matanzas y donde se desencauza como un mar embravecido en las crecientes. La tiniebla era completa y los resplandores súbitos del horizonte iluminaban con siniestros fogonazos la planicie plomiza. El niño camina erguido hacia la tormenta, con ímpetu, como si llevara una dirección y un designio. La mano del padre en alto, cerca de su mejilla, lo agujonea en su carrera demente hacia el Matanzas, donde él sabe que los remances, en su vórtice violento, tuercen a los caballos para ahogarlos. Allí va él también. ¡Había hecho llorar a la madre y era necesario morir! Sigue derecho hundiendo los pies en el barro blanco y pegajoso del bañado, metiéndolos en los arroyuelos que corren en silencio por los declives, siempre adelante para buscar, en aquella tiniebla, un albardón de la ribera que él conocía. En lo alto la tormenta rompe el vasto silencio con gruñidos sordos, con resplandores y bufidos de vientos lejanos. Cada boquete que se abre en la negrura del cielo, muestra el morro pavoroso de las nubes en marcha, sacudidas súbitamente por los reboatos del trueno. El niño camina erguido hacia la batalla, sudoroso y jadeante, sin miedo como que sabía que todo iba a concluir pronto, hacia la batalla del sonido y de la luz, trabada unas cuadras más lejos cerca del río donde él iba a tirar su cuerpo. Estaba solo en medio de la noche. Las centellas estallan cerca, aquí, allá y más allá reventando en el aire sobre su cabeza con atronadores rimbombos, jinetes apurados en tropel en la macabra cabalgata por las alturas. Los fragores iban y venían como en ondulaciones, como a saltos, a través de las nubes y se les sentía morir lejanos, lejanos hacia la ciudad en un rezongo siniestro, mientras los nuevos truenos hendían de nuevo la atmósfera como vigorosos gigantes. En aquella soledad, donde no había ruido humano, pasando a veces cerca de algún rancho cerrado tan escasos en esa estepa, un aire frío penetra las carnes de Ricardo y las primeras gotas gruesas empiezan a golpear el piso. Un viento recio se desencadenó, mientras zumbidos extraños llegaban a su oído, chasquidos de pedradas en el suelo, golpes sobre su cabeza y en los relámpagos, ya escasos, vio que era una manga de granizo que iba saltando y rodando por el suelo.

-Mejor, gritó Ricardo, que me mate la piedra- y empezó a correr hacia el río con la cabeza desnuda, echada para atrás y la melena al viento como exasperado de que aquello no concluyera pronto, sin quejarse de la flagelación de todo su cuerpo por el granizo. De repente dio un grito y se tambaleó. De su frente herida empieza a caer sangre gota a gota que le calienta la mejilla mientras él no cesa su violenta carrera y la piedra sigue sobre su cabeza el horrible martilleo, y la sangre descende nublandole los ojos en aquel sendero tenebroso lleno de zanjas. Al rato empezó a temblar y a detenerse. Ya no tenía fuerzas, pero

el albardón está allí a cien varas y es necesario llegar. Detrás el río lo llama con su voz grave, con los lúgubres tonos que va desenvolviendo la corriente con sus fauces de reptil famélico preparadas para devorarlo, en momentos en que el relámpago platea con luz fulmínea las aguas rizadas en marcha y el granizo se desploma y lapida al pobre niño enloquecido, que camina trepidando en la lóbrega noche. Al pie de la pequeña colina no pudo más y cayó para seguir al rato arrastrándose por el pasto siempre haría el Matanzas que seguía llamándolo con su himno grave, ¡la voz del abismo que ofrece el deleite del silencio eterno! Después no supo más. Quedó su pequeño cuerpo tendido y mojado por los hilos de agua que descendían hacia el bañado y poco a poco lavaron la sangre que empapaba sus ropas y su rostro pálido quedó así para arriba como durmiendo, mirando al cielo con los párpados cerrados, tranquilo, como si escuchara las plegarias de los amorosos, que en la casa de anchos corredores invocaban la divina misericordia. Después él le contó a la madre la pesadilla de esa noche. Había muerto. Erguido sobre el albardón como un fantasma, arrullado por el canto del río que él veía correr a sus pies entre los relámpagos, se tiró cabeza abajo en pos de aquella trágica armonía lenta de las aguas. El río lo tomó entre sus brazos para besarlo por todas partes con sus labios húmedos y lo llevó lejos entre sus ondas, susurrándole al oído las melopeas de los que había muerto en su seno. Eran historias de niños vagabundos que tenían todavía la mejilla húmeda del beso materno y cuyo cuerpo había flotado un rato convulso en la superficie, para irse meciendo después blandamente y caer al fin a extenderse sobre su lecho de arena. Le contaban las aguas los aullidos de los padres, caminantes a lo largo de la desierta ribera que resonaba a lo lejos de llantos y de plegarias. Él se sentía arrastrado hacia abajo por la corriente que pasaba entre las costillas de las osamentas incrustadas en el fondo, un pueblo de cráneos con largas quijadas blancas, con la órbita hueca y vacía, esqueletos de caballos y carroñas de toros abogados en el remanse. Las aguas corrían chasqueando y silbando a través de los huesos sus notas ásperas, como si escribiesen los dolores y los chuchos de terror de las agonías violentas. Así un largo rato describía su cuerpo espirales en la carrera, metido en aquella sombra que ocultaba el osario, hasta que sintió como un fragor que conmoviera las entrañas de las aguas. Sobre su cabeza la lluvia se desploma a cántaros. El río empieza a bambolearse con ondulaciones de borrasca. El viento silba y muge en todas direcciones, sacudiendo la atmósfera e hincha el lomo del Matanzas, que empieza a crecer, a subirse por la ladera de la barranca, a encaramarse sobre las cumbres y a derramarse fuera de su cauce. Seguía lloviendo. Las aguas de atrás con ímpetus de torrente inundan el bañado siempre más arriba. Los ranchos caen derribados por las brutales violencias de la corriente; los eucaliptos se acuestan hechos pedazos nadando a lo lejos y los alambres y los postes arrancados de cuajo son lanzados a través de ese mar embravecido, sobre cuya superficie manotean los que van a ahogarse. Entre el estrépito de las aguas suenan los alaridos de los moribundos bajo el cielo color ceniza... y su cuerpo rueda en ese abismo vertiginoso que trepa y trepa cada vez más alto. Una que otra copa de ombú solamente como una hercúlea columna de hierro desafía erguida y temeraria el empuje del huracán y el taladro de la borrasca que lo rodea, le escarba frenética las raíces, le muerde el tronco y lo sacude con su pechada titánica... ¡Inútil! Queda allí como para que conste que es inmortal como la tierra que le presta su savia y que lo abriga en su entraña caliente y no doblará la cerviz ni a mano temeraria de hombre, ni al rayo de Dios que descendiera a incinerarlo, ni al ultraje de los tifones de la Naturaleza demente, vencida por su gigantesco vigor... Rueda la marejada llena de sucios espumarajos, levantada sobre los alcores que forman el valle de Matanzas y él siente que su cuerpo de muchacho es azotado entre las aguas revueltas y ve a lo lejos que

el río se entra por las calles de la ciudad a media rienda corcoveando con furores de exterminio. Raja las paredes que empiezan a cimbrar y a caer en pedazos y los techos se hunden con fragor en el estruendo. Donde había calles hay agua, sobre los techos hay agua y más arriba que las torres de las Iglesias truenan y rimbomba el Matanzas, hecho un océano pavoroso y en medio de su borrasca sobre los chorros que salpican las nubes un ejército muerto de criaturas humanas nadan con los rostros violáceos y el vientre hinchado, en grupos aquí y allá, abrazados los cadáveres rígidos, o solitarios como espectros, mecidos en aquella hamaca gigantesca.

Él vio que el río iba a llegar cerca de su casa y que su cabeza de reptil asomaba la garganta para engullirla, mientras en el medio del patio, la madre arrodillada con la cara estática rezaba por él. Dio un grito y sintió que su corazón se movía como una fiera en el tórax.

-¡A ella no! ¡A ella no! Sonaban sus palabras en la pesadilla siniestra.

¡Es mi madre! ¡Es mi madre! ¡Es mi madre!

Ricardo se despertó entonces. Era la madrugada. El aire estaba fresco y húmedo, el cielo puro y azul. Todo el bañado lleno a trechos de pequeños charcos refleja la imagen de la escasa arboleda y de una que otra nube blanca que se mece en la altura. Sobre la superficie del agua, un ligero tinte rosado anuncia al sol que detrás de una bruma, no muy espesa, deja ver su disco escarlata. Los rayos rotos en ese prisma inundan el firmamento con los matices en un iris maravilloso y se oyen gorjeos de pájaros alegres, bebiendo la luz y una fragancia de pastos mojados difunde su aroma por todas partes. Detrás de su cabeza herida que no podía levantar, el Matanzas seguía llamándolo todavía con su grave rezongo y más lejos, a sus pies, una multitud de arroyuelos murmuraban en su camino hacia los bajos. Aquí, allá, más allá y más lejos, en las hondonadas y sobre los collados, las ranas cantan pataleando en las charcas la oda de los paludes solitarios, el lúgubre salmo de las lagunas muertas, podridas de ciénago y de miasmas, mientras la niebla se eleva como un humo y flota y el sol de oriente la raja, la desmenuza en globos, en largas hebras y las disuelve en sus rayos para bañar luego a las aguas detenidas y quietas con su brillo de cristal.

Poco a poco, con los ojos abiertos y atónitos empezó a recordar. Quiso levantarse para trepar la cuesta y concluir de una vez, pero no tuvo fuerzas. Sus ropas estaban mojadas con sangre y su rostro sucio de barro y de grumos. Tenía delirio. Con los ojos abiertos, contemplaba inconsciente los bosques de eucaliptos que erguían en la loma su morro negro mientras bajo el cielo cruzaba una bandada de patos. Al lado de él, un viejo había traído agua en un balde y empezó a lavar sus heridas. Él no lo conoció. Era D. Manuel de Paloche que en sus exterminios homeopáticos, acertó a pasar por el barrio donde asistía algunos enfermos. En cuanto lo vio, dijo:

-Ya me lo esperaba. De tal palo, tal astilla. Primero el padre y ahora este pequeño mentecato... ¡Hum!

Fanático del antisepsia, desplegó toda su batería quirúrgica; vendas y algodón fenicados, agujas bruñidas, tela salicilada, yodoformo; en fin, Lister corregido y aumentado por este genial buscador de la panacea universal. Pretendió hacer suturas para serrarle a los microbios hasta la última rendija, pero el muchacho, en su delirio, se defendía a manotones. D. Manuel se enojó para vociferar, invocando al sabio Háneman, mientras el niño seguía moviendo la cabeza para que no le incomodaran. El furor de D. Manuel llegó al paroxismo, lo que se comprendió enseguida por su blasfemia favorita.

-¡Alópata! Apostrofaba D. Manuel, ¡microbio piógeno! Me va a impedir hacer la antisepsia y después de algunas tentativas, se contentó con ponerle sobre las heridas algodón fenicado y vendas, lo acostó delante de él sobre la cruz del tordillo blanco y lomas arriba, emprendió la marcha hacia la casa de Méndez al paso cansado y lento de su rocinante.

Muchas noches lo veló Dolores sentada al lado de su cama, escuchando el delirio de aquella alma enferma. No eran largas las horas silenciosas en aquel cuarto encerrado entre los claroscuros de la veladora, que apenas dejaban ver la blancura de los algodones, en medio del olor de ácido fénico y del yodoformo. La enfermedad duró mucho tiempo. Una erisipela mordió el borde de las heridas, inficionándolas. Su cara se hinchó. Era un monstruo de párpados abotagados y frente roja, una horrible efigie, que llenaba la casa de terror y de angustia. En el delirio apurado por el escozor de la erisipela, más de una vez quiso arrancarse la curación, pero Dolores lo tomaba de las manos, llena de caricias, hablándole con la palabra de las dulces ternuras, Por fin un día dijo Carlos y los médicos que estaba mejor, fue entonces que ella se hincó al lado de la cama con un bálsamo celestial en el corazón. La noche caía. Las campanas tocaban el Ángelus y la penumbra se iba entrando poco a poco al cuarto de Ricardo. Había una paz profunda que invitaba a la plegaria, mientras los ángeles de la noche iban pasando por aquel dormitorio, susurrando alabanzas. Deshojaban flores. Las corolas caían sobre la cabeza inclinada de aquella madre y las canciones eran como un vago ritmo, como una lejana música de amor y de piedad. La tiniebla había invadido el cuarto taciturno. Dolores de rodillas, sentada sobre sus talones, agobiada por el insomnio de tanta noche agitada, con el mentón tocando el pecho y las manos entrelazadas adelante, dormía. Era el ensueño, las alegres quimeras de un ciclo lejano, lleno de azul y de primaveras, donde sus hijos iban a tener la niñez eterna... para que fueran siempre así los chiquitos de su corazón, porque ella nunca le había faltado al Señor y el Señor le había dicho:

Sea contigo y con los tuyos la alegría paradisiaca. ¡Serían niños siempre y ella iba a sufrir todo para que así fuese! Y cuando se hubiera muerto y los lirios y las violetas crecieran sobre su sepulcro, el buen Dios de los cielos se iba a llevar consigo a sus chiquitos para que la visitaran en el viaje desconocido y le besaran la frente. Entonces le pediría al Señor que se los dejara, para acompañarlos entre los astros de oro, en los días gloriosos del firmamento... como antes sobre la tierra, cuidando que no tropezaran para que no fueran a mojar con sangre toda aquella divina magnificencia y el Señor no se enojara.

Después en la noche, le iba a pedir a los ángeles una maravillosa cuna de estrellas para mecerlos, porque sus niños no se podían dormir si ella no les cantaba, besándolos en los labios. Fue entonces que ella le contó al Señor que les había enseñado a rezar, palabra por palabra, todas las noches, cuando estaban sentados en sus camitas para dormirse, ¡hasta que aprendieron a conocerlo en esas oraciones, tan sencillas y tan divinas! Y le agradeció en el ensueño la misericordia que había derramado sobre su casa, como hechizada en aquella felicidad desconocida. Porque le parecía que arrodillada al pie del trono de Dios, un tabernáculo de oro en cuyas gradas se sentaban los serafines, le parecía que aquella mano llena de majestuosa bondad, se había posado sobre su cabeza para bendecirla y había oído de sus labios el lenguaje de las bienaventuranzas. Fue por eso que un poco más lejos, con sus niños sentados sobre las rodillas, con la cara iluminada de beatitud, estaba Carlos en la gloria del cielo, salvado, porque había sido en la vida un mártir melancólico. Entonces fue acercándose a él poco a poco, sin que la viera, embelesado como estaba en la contemplación de sus hijos y se apercibió que aquella arruga siniestra de la frente, había desaparecido y que las sombras de sus pupilas tenían reflejos tranquilos de la mansedumbre celeste. Se acercó a él sin hacer ruido, como aligerada de su persona, como si fuera un alma sola que se moviera con alas en pos del único amor suyo en la tierra, se sentó al lado de él y sin saber cómo los dos entonaron un salmo en voz baja cerca del oído de los niños para que lo aprendieran. Alabado sea el Dios de los buenos, decían, porque ve el dolor y lo premia; el Dios de los humildes, ¡bálsamo de la pobreza que sufre! ¡Entrega a los prados la yerba y ellos devuelven fragancias al cielo!

Los pájaros vuelan, cruzando el éter cristalino y gorjean... Bendicen la mano del Eterno que protege los nidos, mientras la Naturaleza entona la sinfonía heroica, donde tripudian todos los júbilos de la creación, el temblor infinito de los mundos que rezan arrodillados, ¡la eterna danza del orbe al rededor del gran Padre!

¡Oh Dios de nuestros hijos! ¡Las cunas rezan tus alabanzas! Los niños sienten el vago terror de tu inmensidad y en los hogares que trabajan, sufren y marchan, ¡eres el fantasma que conforta y el heraldo que guía hacia la eterna esperanza! ¡Salve! ¡Salve oh intransformable! ¡En tu seno duerme el tiempo y se cobija el espacio inquieto y desazonado! La humanidad enferma en el sendero áspero e inconsolable busca los pliegues de tu divino manto ¡oh virtud!... Y mientras ellos rezaban, los niños, también en voz baja, repetían: Padre nuestro que estás en los cielos, ¡sea tu nombre santificado!

Un beso la despertó. Ricardo la había estrechado entre sus brazos.

-Por Dios, Ricardo, dijo Dolores asustada, acuéstate.

-Yo te veía soñar, mi madre, contestó el hijo con ternura. Movías los labios, como si hablaras.

-Es cierto, replicó Dolores. Lo malo es que el despertar no es como el sueño.

-¿Por qué?

-Por nada, Ricardo, añadió la madre con tristeza.

-Ha de ser por mí que dices eso.

-Puede ser, Ricardo.

-Entonces me callaré la boca.

-¿Querías decirme algo? preguntó Dolores.

-Sí, mamá. Quería decirte que no te abandonaré más.

-¿Tú?

-Sí yo.

-¿Me prometes?

-Sí te prometo.

-Otras veces lo has hecho y has faltado, Ricardo. Bueno, contestó Dolores. Siéntate aquí y le indicó el borde de la cama.

Ricardo obedeció.

-Escúchame, siguió Dolores conmovida. Yo quisiera decirte muchas cosas; pero no tengo valor.

Todo lo que he sufrido no importa nada, puesto que el Dios de la misericordia se ha acordado de nosotros. Que él te bendiga, ¡Ricardo!

Estuvo mucho tiempo sin irse, estudiando. De sol a sol se le veía con el libro en la mano, mientras el alma de los escritores entra en su inteligencia y por la noche, en el silencio de la casa, cuando todos duermen, su cuarto queda con luz y de rato en rato se oye el aleteo de la página que él da vuelta. Su mente se abrió. Las pasiones escritas, las naturalezas cantadas y todo el ímpetu ingenuo y vigoroso de los grandes le entregaron sangre roja y generosa. Se enamoró del pasado. Sintió el encanto de las ruinas, donde el sosiego va narrando la tristeza de las soledades muertas; templos derruidos, que irguen todavía las columnas llenas de musgos y de insectos divididos medio a medio por el tiempo y la incuria; escombros arrojados aquí y allá entre la maleza rastrera, llenos de polvo y de culebras; ciudades enteras desaparecidas en la marcha iconoclasta de los siglos bajo las capas de humus; pueblos agitados ya desde entonces por el yo inquieto y melancólico,

perdidos dejando una gran raya negra en el tiempo sin luz y sin glorias; religiones fenecidas en el éxodo violento de la humanidad, ¡costumbres, heroísmos, lágrimas, batallas y sangre enterradas para siempre! Vio la lucha de las razas y sintió pasar por su cabeza, con rumor pavoroso, el estrépito frenético de la horda que tiene hambre, mientras los monumentos se bambolean en el incendio de las civilizaciones hechas pedazos. En el silencio de la media noche, leyendo el lúgubre drama donde está escrita la historia del dolor humano a través de las edades, él escucha el himno de los fragmentos dispersos todavía hoy sobre la tierra, el inquieto aleluya de las sombras que narran la pesadumbre de los espectros sentados sobre las ruinas, guardianes huraños de lo que fue su creación, para escribir a su inteligencia los días gloriosos en que vivieron.

Así asistió a las horas juveniles de las naciones, cuando todas ellas cantan ingenuos salmos, cuando los hombres desvalidos en el seno de la naturaleza salvaje, buscan a los hombres para protegerse. Vislumbró la familia primitiva, la cabaña rústica, el rebaño de vellón de seda y ubre preñada y en el recóndito seno de las más antiguas edades, la idea de Dios guiando a los pueblos pastores, poetas sublimes que huelen la yerba rica de las praderas y auscultan las armonías de los mundos. Sencillos creadores, sus versos tienen la frescura de las corolas nacientes, el verde húmedo de los pastos, las emanaciones del humus, cuajado de gérmenes, mientras la gran madre tierra satura de bálsamos, de aromas y de linfas inquietas su entraña caliente. Adoran al Sol. Se arrodillan bajo el infinito azul y elocuentes idólatras de las noches tachonadas de astros, interrogan al misterioso lenguaje del silencio inquieto de la naturaleza dormida. Sus estrofas tienen la alegría de la luz, la prodigalidad de los colores, el ímpetu lozano, las tristezas de las sombras y el estentóreo fragor de las tempestades. Ricardo leía, subyugado por la genial grandeza de los salmos, las horas enteras en su cuarto solitario y marchaba con los pueblos primitivos al azahar, sin meta, como si algo fatal lo precipitara al estudio de esos vigorosos peregrinos de la tierra desierta. Desde entonces, en esas lóbregas noches de la leyenda, él sentía tañer los nocturnos que escriben el poema de la inquietud humana, igual en todos los tiempos. ¡Oh! Ese descontento suyo, esa amarga cosa que no le dejaba reposo, la tenían también esos semidioses, ¡los gigantescos fantasmas dibujados en las brumas lejanas! Él los veía en aquella sombra sacudir las robustas espaldas, irritados contra el cielo que les entregaba la vida, llenos de voces coléricas en el alma tempestuosa y al través de algunas páginas en que las rimas serenas escriben el idilio, ¡él contemplaba las asperezas del dolor que estruja el espíritu, iluminando con tristes penumbras el eterno fin y la vanidad de todas las cosas! ¡Oh pobre corazón de quince años! Sonaban en su cabeza las estrofas de los himnos de guerra, los hombres contra los hombres, el héroe y el atleta, el vir de todos los tiempos exhibiendo en plena luz su alma temeraria, en pos del triunfo y del aplauso, aunque sean coronas de mirtos las que se arrojen sobre su cuerpo moribundo. ¿Qué importa? ¡Han pagado tributo a la inquietud humana los guerreros de todos los siglos y sobre las criptas que guardan sus cuerpos la gloria graba el epitafio bronceo! ¡Los héroes no mueren! ¡En todos los hogares conservan afectos! Ellos tuvieron sed de la inmortalidad y su recuerdo filtra como un gran rayo de luz a través de las épocas. ¡Es la apoteosis eterna! ¡Los futuros doblan la rodilla al lado de los sarcófagos gloriosos, porque han merecido bien de la dignidad y del honor! ¡Eso sentía Ricardo en sus lecturas! De cuando en cuando, en los pocos ratos de descanso, ¡la memoria de aquellas hazañas lo concitaba a imitarlas! Soñaba con pependencias, ¡con la cabeza perdida en las heroicas fantasmagorías! Después vio a los pueblos azotarse contra los pueblos y la victoria engrandecerlos y entonces pensó en su patria, en la bendita

comarca y la quiso con todo el ímpetu brutal del instinto, adherido a ella, disuelto entre todos los átomos de su naturaleza, como si fuera un fragmento de sus cordilleras, un trozo de su planicie, ¡y la quiso grande incontaminada! Así vivió mucho tiempo. La epopeya asombró su mente juvenil, esa majestuosa poesía de los ciclos, y cuando leía la historia, observaba el vértigo de hombres y naciones, lleno de bríos y de entusiasmos y asistía a las dolorosas decadencias con el alma triste. Así fue meditando poco a poco en los largos soliloquios, en esas interminables noches de sus inviernos tan solos, las razones de los acontecimientos humanos y veía que alguna fuerza fatal, un Dios ignoto los llevaba a las cumbres para arrastrarlas después laderas abajo hasta el abismo. Comprendió que había para ellos una niñez, una alegre y sana niñez llena de vigorosas ingenuidades y una juventud rica de savia, de audacias y de triunfos en que las naciones estaban dominadas por el ímpetu de la conquista, para hacerse grandes y cargar sobre sus dorsos musculosos y acumular poderío y riquezas, hasta que más no puedan y empiecen a desfallecer a tropezar en su marcha y a desgajarse llenos de luto, una por una, las glorias ya viejas, en deshonestos pingajos trocados... Entonces como para el hombre, había una vejez, en que tiritan las naciones de miedo y de frío, en que su piel se arruga y sus ojos pierden la vivacidad y donde cada año que pasa, van dejando en el sendero vacilante, alguna guija del monumento construido y van perdiendo alguna gloria, como los hombres los átomos de su cuerpo, hasta que la muerte las barre con su hoz formidable, como si fuera un campo contaminado de cieno y de podredumbre.

¡Ellas mueren como el hombre! ¡Hay osarios que van señalando su camino hacia el sepulcro! ¡En él se esfacelan! Pierden los ojos de donde mana el muermo y babea, gota a gota, con su espesa linfa sobre la mejilla que cuelga en pedazos húmeda y hedionda, y en cuyos huesos acomodan los gusanos sus preñeces fecundas. Como paren allí, para sustituirse a los órganos hidrópicos, corroídos por la gangrena, y pulular en esa cara azulada y monstruosa, ¡cubierta a trechos por el verde barniz del estiércol que segrega la muerte! ¡Hieden lejos las naciones desaparecidas! ¡Oh, dolor! ¡Oh, dolor! ¡Ricardo las saludaba al cerrar su libro, sobrecogido y asustado de esa erinnis fatal que las llevaba mal de su grado a concluir su cielo! ¡Adiós! ¡Adiós a vosotras, oh síntesis perdidas, cubiertas de cicuta y de polvo! ¡Todavía los escombros muertos son elocuentes! ¡Pueblan con sus quejidos lastimeros las vastas soledades, donde alguna vez, de rodillas, los creadores han escuchado el numen egregio! Allí quedan las ruinas solitarias bajo el Sol -lejos de la mirada humana-intercolumnios erguidos en medio de la luz -grandes arcos hechos pedazos que encorvan en el vacío la hoz de sus fragmentos, donde la yedra ha prendido con sus barbas tenaces, inscripciones borradas, cuyas estrofas se ha llevado el tiempo, esplendores de la inteligencia humana, reducidos a penumbras, allí están bajo el sol que calienta sus esqueletos. Ellos miran a los presentes con su ojo frío y sin pupilas -el lúgubre ojo muerto que horada las épocas y sigue contemplando a las que desaparecen. Así en la noche, bajo el rayo tenue de la luna, que acaricia con su blanda luz los esquirlas de los monumentos destruidos y que mitiga con su rocío el ardor del día caliente, aparecen como manchas negras levantadas entre los rayos de plata, en el hondo silencio, como la visión de un ensueño de amor y de gloria, como si hubieran sido construidos por una legión de titanes, para perpetuar así sobre la tierra el símbolo del heroísmo. ¡Adiós! El alma de Ricardo veía en los soliloquios, extendidos en sus sarcófagos a los gigantescos que habían sacudido al mundo con la palabra y la acción -dominadores terribles todavía con sus calaveras desnudas desde la tumba, y los encontraba pequeños al lado del heroísmo de las muchedumbres en

marcha. Por eso idolatraba las ruinas anónimas, porque eran la significación del esfuerzo común y la piedra miliaria hundida en el seno de la tierra como etapas imperecederas, porque el hombre tiene por más grande que sea en la historia, el alma de liliput y vive de prestado, como que las generaciones le entregan la emanación colectiva de su ser moral, y no le exigen a su soberbia sino el derecho a la muerte sublime. Por eso su cólera no tenía límite, cuando veía degenerar el señorío en tiranía y en corruptela la gentileza de las costumbres, y odiaba con loco rencor. Se entristeció entonces. La vida psicológica excesiva mataba su vigor moral y la contemplación del pasado le pareció la historia del porvenir. Pasó de la inconciencia de la niñez a las pesadumbres de la virilidad. Dolores lo vigilaba; y en los diálogos frecuentes sintió que el alma de su hijo era un desierto árido y desolado, sin luz de alegrías. Apenas si de cuando en cuando ella veía sobre su mesa de estudio alguna historia de amor, algún canto, de esos que cuentan las sensaciones profundas del idilio en medio de las vírgenes naturalezas, donde los pájaros gorjean y la luz juega y donde las brisas saturadas de aromas envuelven a los juveniles enamorados por ahí perdidos, bajo un patio de lianas azules como el cielo.

Leía Ricardo la leyenda eterna de la adolescencia, la melopea del Fénix que resurge con las nuevas generaciones, siempre la misma en todos los tiempos, distinta solamente en los galanes atavíos de ritmos nuevos y donde los siglos graban su índole en inmortales cadencias... Amores de zagalas extraviadas entre las gargantas de las montañas, mientras el rebaño pasta en la ladera y las vertientes manan aguas cristalinas en medio del estrépito del torrente, más rumoroso cuando el pastor arranca del pico más alto con las manos heridas en la roca la flor azul de las cumbres, que asoma su corola entre las grietas cubiertas de hielo. Y suenan entonces de sus alaridos de triunfo, las aristas de piedra, cuando él descende escarpas abajo con su gentil ofrenda para ella, que le sonrío desde el peñasco cubierto de espuma y de musgo donde está sentada al lado del torrente y al lado de él hasta que cae la noche y el humo de la chimenea de la cabaña lejana, anuncia la frugal comida y el olor de la yerba difunde su bálsamo, saludando al sol que trasmonta... Meditabundos de la noche que no les trae sueño pueblan las soledades con la cantinela melancólica que narra la pesadumbre del alma triste entre rayos de luna y vahos de campañas dormidas, mientras bala el rebaño y chispea la estrella y los murmullos innominados que tiene a esa hora la naturaleza en medio de la atmósfera llena de paz, giran como ecos dolientes como nocturnos de lirás escondidos.

Eran historias las que leía Ricardo de amores heroicos... Nobles doncellas de cabellera de oro acariciando la empuñadura de la espada de guerra, mirando la tez bravía del soldado que va a marchar en la madrugada de primavera, cuando la creación levanta el himno de la vida, para entregarlo a los astros que se borran en el espacio para bendecir el escapulario de seda que la novia coloca sobre el pecho del mancebo valeroso, arrodillado sobre el césped a sus pies, en momentos en que la plegaria extiende sus santos murmullos a perderse entre las sinfonías de la naturaleza. Porque después ella era la virgen solitaria que visitaba con la aurora el sitio de donde se despidieron y rezaba la misma plegaria, que parecía el susurro misterioso de una pasión que concluirá en el cielo, mientras más lejos la batalla arrecia con atronadores estruendos y él caía peleando por la patria y por ella que era delicioso ensueño. Caía con un agujero negro en el pecho que había partido al escapulario. Así después la bandera desgarrada, glorioso andrajo, manchado con sangre cubría su cuerpo rígido, armado de todas armas, como reverencia al adolescente heroico, mientras la dolorosa

protegía el rostro del muerto con la onda voluminosa de su cabellera de oro, para morir más tarde un átomo tras otro átomo como la flor del otoño mustio y helado...

Luego amores de artistas vagabundos armada la diestra de la paleta multicolor, soñadores que llevan a la bohardilla alguna elegante perdida, arrancada por la pasión a los dormitorios tibios de alfombras y de cortinajes para vivir con hambre y con frío, contemplando el cielo gris y la lluvia fina y monótona que moja los techos y las chimeneas erguidas bajo sus miradas detrás del vidrio húmedo y sucio, mientras el viento tuerce las gotas en el aire y muge a lo lejos con lúgubres lamentaciones... Porque después ella, en la noche escucha los pasos que retumban en la escalera -un paso ágil y una voz alegre que penetra en la alcoba sin luz, donde se siente al rato el estampido de un corcho de Champagne y beben el vino crepitante de espumas que calienta las vísceras mientras en el brasero oxidado, donde no había fuego hacía tiempo, arde el carbón y la bohardilla iluminada nuestras naturalezas y formas humanas desde los caballetes.

Allá, cerca del cielo, por donde cruza la golondrina en sus bruscas zambullidas en el aire diáfano solos y olvidados de todo sobre el bullicio de la ciudad enorme, escriben los dos la alegre novela de los que una vez tuvieron pan y fuego, llenas sus páginas de amor, de besos y de chispas de genio -gloriosos peregrinos que tienen la vida breve, hijos vagabundos de la ciudad que los ha encerrado en su pequeño nido más alto, cerca de los gorriones... más tarde, una noche que no tenían luz, abrazados de frío, contemplaban a lo lejos los esplendores de la ciudad festiva, pensando en las frívolas calaveradas nocturnas, en el carruaje descubierto por las afueras, como si fueran dueños del Universo. Los dos se miraron entonces y se rieron. Ella tenía un vestido de saraza, él una blusa raída... El cuarto estaba desnudo... Ninguna pintura. Todas habían desaparecido para comer. Entonces vieron que era necesario vender la cama. Ella lo estrechó convulsa contra su cuerpo y le dijo:

-La cama no.

-Está bueno, contestó él, la cama no...

Y sobre ella se entregaron de nuevo en el frenesí prepotente y ya para morir en una mañana azul, cantando las coplas traviesas de los pilluelos del arrabal, soñando ella con cintas de faya para adornar su cabellera rubia de moribunda, al lado del triunfo de su artista, cuyos ojos yertos miraban todavía las paredes desnudas, de donde colgaron sus cuadros, mientras la golondrina se zambulle en el éter naciente y la ciudad envía a la bohardilla su carcajada matutina.

Eran libros los que leía Ricardo, que escriben las leyendas del mar... -páginas saturadas de fragancias salinas, murmullos de olas que se quiebran en la playa, llenas de espumas y de crepitaciones; rayos de sol que atornasolan las aguas y cielos mansos y serenos curvos sobre el enigma misterioso que se cierne en la infinita soledad... Eran historias de marineros despedidos desde la playa y acompañados hasta perderse de vista por el pañuelo que ella agita sobre su cabeza, para retirarse después lentamente camino de su casita blanca, agazapada en la roca como una gaviota, desde cuyas ventanas contempla las velas que se hundan poco a poco en el horizonte. Así el marinero canta en el largo viaje las barcarolas donde se mece y llora el alma del mar adorado que humedece y perfuma, con el olor de las

algas, los cimientos de la casa paterna y salpica los vidrios de la novia solitaria que reza en la noche, como si fueran los ecos de aquel canto y el hálito del suspirar profundo del pecho generoso, embravecido en las borrascas y en el peligro temerario. ¡Oh, elegías del mar! ¡Marchas fúnebres de las olas que suenan eternamente sobre el sarcófago de los que han muerto en tu seno, y ritmos de las aguas que acompañan el lento y pavoroso balancearse del maderamen hecho pedazos en el naufragio! Porque la novia recuerda los paseos del brazo a lo largo de la playa, cuando la ola murmura, y la brisa, rica de sal y de frescuras, entona su alegre arpegio, y la gaviota revolotea y moja la punta de sus alas blancas, y cuando sentados sobre el escollo rojizo, cubierto de musgo y de mejillones, en voz baja, como una religiosa confesión, ante ese altar embalsamado del océano inmenso, hablaban de amor, mientras salta y chapotea el agua, entre las canaletas de las rompientes, y suena el beso que sella la eterna promesa...

Luego, cuando ella vio los fragmentos de las gavias del barco, llegar y llegar, en el viaje siniestro hasta la playa, sobre el peñasco más alto, llenó el aire mudo de canciones dementes y buscó el abismo que rugía y rebullía en la sirte, y después hubo paz para su pobre cabeza coronada de algas...

Así vivía Ricardo, siempre solo, siempre leyendo. Escuchaba el lamento de las baladas que escriben su estrofa de hielo entre el resbalar del trinco, sobre la estepa desierta, cuando la voz del invierno horripila y va cantando la odisea de los novios que se buscan en la noche, como fantasmas. Corren en la fría ceguera como dos urnas oscuras arrebatadas entre el aullar de los perros y el siniestro rugir del lobo que tiene hambre, sin encontrarse nunca sobre el mar de hielo, sin encontrarse nunca... Porque después, en medio de la noche, una aurora boreal despedazó al horizonte y reventaron colores, rayos prodigiosos, todas las maravillas del iris, un enorme diamante, donde se hubiera fracturado el sol. Fue entonces que sobre la planicie aquel yerto esplendor iluminó la negra manada famélica y las fauces rojas que iban, venían y giraban, acosando al trineo de la novia detenido.

¡Oh, el grito horrendo! ¡Ella muere! ¡Ella muere! ¡Naturaleza madrastra! ¡Dios del delito! ¡Maldita sean tus entrañas! ¡Oh, mis lebreles vuelen! ¡Ladran! ¡Chorrea sangre! ¡Este látigo mío tiene puntas de puñal! Veo su velo desgarrado... ¡La baba del animal empaña y emponzoña su blancura! Corre, raspa con chirrido infernal el trinco. ¡Dios del delito! Su garganta ha sido desgarrada de un zarpazo... mientras la soledad fragorea en la horrenda carrera muda y la hoja aguda de una espada parte el corazón de la bestia, que se desploma sobre la nieve cruenta. Después el caballero se arrodilló al lado de aquella gentil persona muerta, besó la frente fría de mármol, besó los labios fríos. La carga como a un niño el rostro apoyado sobre el hombro robusto y su cabellera negra, descendía en finísimas hebras, como flecos de terciopelo y marchó viviente solitario con ella siempre, describiendo una espiral negra en el hielo -mucho tiempo, hasta que viejo y perdido, cantaba en aquella landa estéril la sinfonía del amor que muere- abrazado con su esqueleto después, respirando su letal perfume, bajo el túmulo blanco de nieve...

Poco a poco empezó Ricardo a pensar que había algo de lúgubre en la pasión juvenil. El canto de la alondra matinal, extendida en el éter, tenía en su seno el fúnebre ritmo y los aromas de la pradera se iban con el alma de los novios muy lejos en el silencio... Sobre el sombrero de paja, adornado con un ramito de cerezas rojas, de donde cuelgan dos cintas

delgadas de moaré, el artista ha clavado una torcaza muerta; y el cuerpo gentil de la novia, vestido de bengalina gris-perla, se mueve en una naturaleza de ensueño, como en la penumbra de un inmenso sepulcro, donde los violonchelos sollozan el idilio moribundo.

-¿Quieres?

-¡Sí, yo quiero amor mío!

-Yo te rodeo con mi brazo la cintura y tú apoyas sobre mi corazón el divino rostro.

-Sí, amor mío, sobre tu corazón.

-¡Porque el Sol, oh divina! En su marcha, a través del azul, calentó nuestro sendero florido, ¡y la naturaleza abrió su enorme concha cristalina para que fuera la cuna del amor nuestro!

-¡Porque la brisa transformó en sonido el anhelo callado del alma y susurró en el Universo el eterno cántico!

-Entonces, ¡oh divina! Los hombres abandonaron la sonrisa irónica y abrieron paso a la pasión vencedora en la límpida mañana, cuando setiembre fecunda y florece, porque vieron que tus ojos eran azules y virginales, blanco tu rostro y suave, como un ala de ángel y majestuosa y alta tu persona como una marmórea diosa... Entonces dijeron: «esos que caminan son compañeros en la vida, ¡ay! ¡De ellos!»

-¿Y por qué? ¡Amor mío! Tú eres fuerte, tu alma es bravía. Yo tendré la sonrisa que te ayude a marchar y el beso que refresque tu mejilla. Esconderé en mi seno tu cabeza para que duermas y le diré a mi corazón que se calme, que no golpee tan fuerte para que su sonido sea como un arrullo, como un monótono susurro misterioso. Yo seré amable contigo, como ha sido con el compañero esta torcaza muerta que adorna mi sombrerito de paja. ¡Seré amorosa como una virgen! ¿Quieres?

-¡Si, oh divina! Pero es necesario marchar. Esa montaña nos cierra el paso. ¡La escarpa es abrupta! ¡Las guijas lastiman tu pie, las esquirlas tus manos! ¡Déjame amor mío! ¡No abandones el nido, no dejes a tus padres! ¡La vida tiene los dolores del Calvario!

-Estás triste. El amor te ha hecho tierno y generoso.

¡Quieres subir solo! ¡Si yo pudiera hacer contigo el milagro de la metempsicosis para recibir tus pesadumbres y entregarte mis alegrías!

-Vamos. Caminaremos costeano al torrente.

¿Ves? El Sol rompe sus rayos en el prisma de las aguas que saltan de peñasco en peñasco y los colores danzan en la luz maravillosa.

-Escucha. Ese rumor sordo que va descendiendo hacia el abismo -esos quejidos allá abajo son tal vez los ecos de alguna terrible historia de amor... Tengo miedo.

-¡No temas, oh divina! Aunque la cuesta es rápida. Yo no te soltaré la mano... Ya estamos cerca de la cumbre... Ese rumor sordo es el torrente agitado que busca la paz de su cauce tranquilo en la planicie la paz eterna que al fin buscan todas las cosas. Y después, oh divina, tú lo has dicho: el amor es un alegre cántico.

-Estás seguro, tú.

-Sí, estoy.

-Entonces miente la leyenda.

-Todavía te acuerdas...

-Sí. Ella decía con su vocecita de oro: no te fíes. El amor ama la guadrapa.

-No es cierto, ¡amor mío!

-Ama la urna, las flores del arrayan, y es hermano de la muerte.

-No es cierto. ¡Oh divina! El amor es alegre como la alondra, bullicioso como el torrente, adorable como la luz, armonioso, como las melopeas de a espesura.

Sigamos. La cumbre está allí.

-¡Entonces la leyenda mintió! Pero sucedió, te aviso, que yo tenía los ojos llenos de lágrimas ese día. Yo no quiero leer esos cuentos tétricos.

-¡Sí, oh divina!... La cumbre está cerca, donde la nieve endurecida forma una alfombra blanca.

Las nubes han descendido del cielo, cándidos cirrus que van y vienen flotando. Por aquí serpean los líquenes, mientras las rosas de la primavera del valle perfuman las laderas... Como esa primavera es el amor nuestro, lleno de frescos renuevos... Esta flor que tú ves que aparece entre las grietas del hielo no pierde su forma nunca, ni su color. Se llama...

-Ya lo sé. No me olvides. La sembró una novia abandonada que estaba loca y dice el cuento que se llamaba Elda y que por vez primera en la garganta de la montaña se oyó el sollozo de un violonchelo -así como un quejido de alma desgarrada, una grave melodía que parecía un coro de voces humanas llenas de piedad y de lágrimas. Era la historia del abandono, la historia de las almas llenas de soledad y de crucifixiones.

-Bueno. ¡Ese cuento es mentira!

-¡Yo tiemblo, amor mío! Tú me hablas con lenguaje irritado.

¿Qué son esas voces coléricas que suben del valle?

-Son mis hermanos. Son los que sufren. Es la tormenta del espíritu humano que revienta en truenos y relámpagos. Tú ves en medio de la bruma el esplendor fugitivo de las centellas... Huyamos... El reboato sordo sacude la entraña de granito... Tiembla el macizo de la montaña.

¡Ay! ¡Ay! Ya estamos en la cumbre... Un alud se ha desprendido y voltea desgajando la arboleda. ¿Ves aquella cabaña? Ha desaparecido tronchada por el turbión demoníaco.

¿Y tú? ¿y tú? ¡Oh divina! ¡Oh casta virgen!

-¡Si tú supieras, amor mío! Yo no deseo estar aquí... en esta altura, tan cerca de este sol siniestro. Yo amo el valle donde nací -la verde pradera- el céfiro suave que acaricia y el manantial que moja la yerba con su hilo cristalino. Allí en la penumbra, bajo la arboleda rica de hojas y flores, yo me adormecía, arrullada por el cantar de las aves en un ensueño poblado de alegres quimeras y de visiones místicas... Yo soy un alma dulcísima que ama, reza y llora porque el dueño de su corazón tiene la palabra acerba e irritada. Es cierto que tengo los pies lastimados. La piedra me ha llenado de heridas... pero yo te amo... Es cierto que el hielo de la cumbre ha ido penetrando mi cuerpo -todo frío, como una yerta persona donde no hubiera sangre -pero yo te amo- aunque mi mejilla parece de nieve y el color de mis dedos es violáceo... Yo soy Elda. He sembrado la flor de la montaña que no pierde su forma ni su frescura... Y este cierzo tan helado que amorata mis carnes... Huyamos porque tengo sueño y el que duerme se muere.

-¡Ay! ¡Ay! ¡Se ha quebrado en mis brazos la divina criatura! Su cabellera de oro roza la nieve y sus ojos tienen una fijeza -como un diamante negro- una fijeza callada y estos labios tan fríos, tan entreabiertos... porque ustedes ven que yo pongo aquí la mano sobre su corazón que late... late... estoy seguro... ¡Y si fueran mis arterias! ¡Oh! ¡Oh! Y sin embargo tu traje está tibio y te has abandonado, porque querías sentir el contacto de mi cuerpo. ¿Y si fueran mis manos que están tibias? ¡Elda! ¡Elda! oh divina. No contesta... ¡porque yo la llamo con un grito lastimero y largo! ¡Da! ¡Da! ¡Da!... ¡Tantas veces esa sílaba! ¡El eco! Es el eco, porque ella no ha cerrado su boca para decirme: amor mío y eso estoy seguro que no puede decirse sino así... Entonces estás dormida, pero este sueño tuyo que te ha enfriado tanto las manos, este sueño que no respira y después tanto abandono y tan lánguido enervamiento sobre este brazo derecho mío que te sostiene y esa pupila tuya -como un diamante negro- ¡tan muda, tan muda!... Y los que duermen cierran los párpados ¿y tú por qué no? ¿Acaso no quieres que yo te deje y me miras con esa fijeza oblicua? Y después yo he visto en el sueño la mejilla rosada y una beatitud celeste en el rostro y una serena cosa de santa en toda la persona... -pero no así Elda con esa mueca y ese color lívido y esos dedos verdosos. Y yo por qué estoy tan convulso mirándola y mi respiración se ha transformado casi en un estertor y esa palabra de amor tan llena de unción y de religiosa reverencia que yo usaba, se ha hecho como un rugido y me espeluzno todo pensando que me puede dar la tentación de besar esos labios doblados para afuera... Porque yo he visto bien: los dedos son verdosos como la piel cuando se pudre -como un esfacelo de su cuerpo que empezara y ya saben ustedes: ella ha muerto y lo que muere se gangrena... ¡Muerta!

¡Muerta! y ya ven el eco baila por aquí, por allá, más lejos: ¡Ta! ¡Ta! ¡Ta! ¡Dios del delito satánico! ¡Engendro contra-natura! Alma de los huecos podridos donde los trapos hieden llenos de lodo y de estiércol, pantano donde se cuaja y bulle toda la porquería humana, sátiro de las lagunas contaminadas, negras de matete y de osamentas, ¡yo te tiro con barro Dios satánico! ¡Has creado la belleza para que la muerte se apodere de ella y te escave las órbitas y te hunda la mejilla dentro de sus arcadas óseas de muda calavera! La has vestido con el traje de raso de las novias, el tul por encima -la filigrana de seda que cubre su efigie para que la grasa, que destila su cuerpo hinchado de putrefacción, la ensucie con su mancha amarillenta y el suelo infiltrado de miasmas y de líquidos mefíticos lo muerda y lo desgare y se lo trague en el vientre sarcófago... ¡Yo te tiro con barro vampiro! ¡Eres lascivo! Eliges la carne juvenil y fresca, la boca rosada que tiene olor de manzana, el perfume virginal y chupas las primicias y marchitas la corola húmeda y naciente átomo por átomo en la lúbrica saliva y después te pavoneas, dueño del mundo con tu gran vientre de Falstaff... Y se sentó Dios entonces a meditar como un jugador tramposo que marca con la uña los naipes y dijo: sea hecho el hombre a mi semejanza sucio y robusto y su compañera sea la mujer -la eximia forma- el polen y el cáliz y sea para ellos la luz, el ozono, el rocío, el azul infinito, el verde infinito y el amor sea el lazo de terciopelo negro que los una y yo después cuando lleguen a la punta del picacho helado los voy a envolver -sicario- dentro de la humedad oscura y fría del sepulcro. Por eso yo estoy loco y corro a tropezones con su cuerpo por las cumbres... ¡y corro loco! ¡Loco! A tropezones por las cumbres...

Este libro tenía el dorso abollado. Ricardo lo había sacudido contra la pared y cuando Dolores lo abrió, sus márgenes estaban llenos de anotaciones. Una decía:

-Este es un libro malvado. La blasfemia no educa. Azotarse contra Dios, significa lastimar el corazón de su propia madre que cree en él. Eso es vulgar. El que tal hace revela su prosapia.

Es mejor infringirse un castigo, para eso tiene uno su vida. Es mejor morir.

Todo eso estaba escrito con letra de Méndez. Eran sus pensamientos como aquellos habían sido sus libros. Hasta entonces Dolores en esos años en que Ricardo estudiaba, había adivinado su índole sombría, pero más tarde, cuando vio sobre el escritorio tirados de través a Hamlet y a Werther, comprendió la enfermedad del alma de su hijo y ya no tuvo paz y allí sentada al lado de la cama donde Méndez dormía, rehízo en su memoria todos aquellos recuerdos, que pasaban apurados por su inteligencia, mientras el sol filtraba a través de las rendijas dejadas por los postigos mal cerrados y la tos de Catalina con su sonido hueco y grave, seguía llegando hasta el cuarto a intervalos... ¡Cuántos años habían pasado en esas horas dentro de aquellas melancólicas remembranzas -horas agitadas en que ella vivía alrededor del cuarto de Ricardo! Y mientras el silencio la disponía otra vez a la cavilación del pasado, Carlos abrió los ojos, estuvo un momento indeciso y después dijo:

-¡Esta tos! ¡Esta tos! ¡Pobre mamá! ¿Ha tosido mucho? Dolores.

-Toda la mañana, Carlos, contestó la mujer.

-Vamos a verla, agregó el médico incorporándose.

- VII -

¡Nuestras madres!

Catalina se había sentado, un poco fatigada, al lado de su escritorio. Allí estuvo escribiendo, largo rato, en su libro de memorias. En esos papeles estaba grabada toda su alma de santa, porque de ella se pudo decir, en toda su vida, una sola frase: ¡amó la caridad! Uno por uno, estaban detallados los acontecimientos, que habían sacudido su ciudad natal, en veinte años; y a través de todas las turbulencias -entre el dolor y la sangre- su grande alma de madre, encontró siempre la dulzura, para calmar el extravío de las ocasiones, y su lenguaje fue de amor y de perdón. Había una como ella en cada casa, cuando las luchas civiles agigantaban la demencia humana -un alma exquisita puesta entre los hermanos que iban a pelear. Porque esa fue la vida nuestra mucho tiempo. De un lado, la tiranía, que es una puerca síntesis de la bestia que manda; y del otro, las guerras civiles, que son la protesta de los parias que obedece. Solamente las madres estuvieron, todo ese tiempo, dentro de la República, porque fueron la moderación en la violencia, el perdón en la crueldad, la venda en las heridas, la caridad en el odio. Y en este prurito de hacer heroísmo, que nos acomete de tiempo en tiempo, en esta entrega de la razón al instinto, los hijos de este suelo no han tenido reparo en desgarrar la entraña de la madre común, y en cubrir de luto a las ciudades y de desolaciones a los campos regados con sangre... Por esto, la marcha ha sido, así mismo, titubeante, y en la espiral que marca el ascenso, más de una vez el abismo ha estado cerca, donde ha podido morir la más hermosa de las naciones, mientras ellas, las viejitas encorvadas, cubiertas la cara de crespón y las espaldas del manto negro, curaban a los caídos en los hospitales y en las zahúrdas de los conventillos llevaban caldo y vino a los miserables. Así, cuando los hombres empobrecían la patria, en la lucha demente; cuando tenían frío en los cuartos desnudos, la alimentación era escasa y el hambre asomaba su escuálido espectro, las madres fueron la sensatez, el amor al trabajo, el lábaro de la resurrección. Catalina tuvo el dolor al lado suyo, como las demás. Su marido era un psicópata y su vida la consagró en la atenuación de la enfermedad acerba. Así, en todas las casas, las madres... y fuera, entregaron el vigor físico y el alma a la caridad. Esa es la síntesis, no discutida nunca, lo único que ha quedado en esta tierra, libre de infamia y de calumnias... -porque también, ¡ay del que arroje baldones sobre las canas inmaculadas...! Ese no sabe del sufrir silencioso de las madres, de la serena energía en la angustia y de la angélica resignación en los días sombríos. Ese es el ciego del libro sagrado, con ojo normal... Así viejitas, y temblorosas, en el silencio de la noche, se acercan a las camas de los hijos turbulentos, a pasitos breves, tanteando los muebles en la oscuridad, y ¡divinas mártires! Cierran contra sus senos la efigie oscura de los flagelados por las pasiones -esos bravíos que no tienen paz, juveniles misérrimos, impetuosos acariciadores del crimen; y así temblorosas cantan al oído de los hijos que ya tienen canas, los melancólicos cantares de las cunas, que hacen pensar en la inocencia -como cuando eran chicos ellos mismos y los ángeles celestes se asomaban del borde de la cuna a mirarlos dormir. Ella recibió una

noche, entre sus brazos, en medio de los relámpagos, el cuerpo herido del psicópata suicida y vio crecer a su lado el alma de Carlos, enfermo como el padre, taciturno como el padre, y fue la diosa casta del hogar solo. Cuidó sus memorias, arregló sus ropas, regó las plantas del patio; y de noche, en el silencio del comedor, con el niño dormido en las faldas, acariciaba su recuerdo, llamándole para que viera a su hijo y para mostrarle que todo había quedado como antes, como si él estuviera... -porque aquello fue desde entonces un santuario, donde se arrodillaba, como una vestal, para mantener prendido el fuego eternamente. Más tarde, cuando Carlos la abandonó, ella abrazada más fuerte de todos esos recuerdos, los vinculó a su persona y a su alma, como la yerba que se incrusta en la pared vieja, tapizada de musgo. Vivió así, como una dolorida, sin rezongos y sin quejas, prendiendo la estufa en invierno, como cuando ellos estaban y poniendo todas las noches la veladora a los pies de la cama vacía... y rezaba de rodillas el rosario, con el oído atento a los ruidos de afuera, por si Carlos venía... Entonces ella, que vio sufrir a los suyos, se enamoró del dolor de todos. ¡Lloró por los pobres, por la desventura y por la deshonra! Sintió el hielo de los sucuchos mal techados y vio caer en los catres de los chicos, gota a gota, la escarcha derretida de las noches de invierno, sobre los miembros casi desnudos y sobre el rostro de ellos que no duermen y tiritan. Su dinero sirvió para comprar frazadas, y silenciosa, como la bondad, entró en las casas donde se sentía hambre, donde los hijos abrazan las rodillas de la madre macilenta, pidiendo pan, para llevarles de comer. Nadie sabía esto. Generalmente, al caer la noche, envuelta en su negro rebozo, caminaba por las calles, entrando por las portezuelas desvencijadas en los tugurios miserables, donde besaban su mano benéfica. Después volvía para asistir a los que se acercaban a su puerta a pedir pan, vino y consuelos. Enseguida, cuando el estruendo de los combates en las revoluciones, hizo estallar en los vidrios de las casas extrañas sonoridades, y el estampido se precipitó en las calles como un himno de sangre y de muerte; muchos heridos eran recibidos en su casa, acostados en camas limpias y velados en las noches de delirio. Así conoció a Hersen; y una mañana fría de Junio, muy temprano, sobre la ciudad en brumas, por sus calles, llenas de lodo y de trincheras, corrió como un chucho el tronar de cañones, los chasquidos de la fusilería lejana, en medio del atropellarse de gentes, de alaridos y de soldados, y del sordo rodar de las baterías. Peleaban. Cada hombre de veinte años era un héroe. La meseta de los Corrales se llenó de sangre, de astillas, de miembros mutilados de agujeros de proyectiles, como marcas de granizo. Se bufaba, se rugía. Había quejidos y blasfemias. Las balas de cañón rompían el vientre de los caballos y las granadas despedazándose en el aire, desgarraban las vísceras de los soldados, mientras a lo lejos las líneas oscuras de los batallones, desfilaban entre relámpagos y truenos, en medio de una atronadora gritería de exterminio, y los trozos de césped se levantaban pulverizados en el aire caliginoso y mal oliente. Este caía aquí, aquel allá y se abrían surcos en la masa de los defensores, y unos tras otros se iban acostando en el suelo los heridos, bramando de dolor, mientras otros yacían muertos por todas partes, al lado de los fusiles o sobre las mochilas hechas pedazos... Los batallones avanzan bajo el fuego horroroso, entre el reventar de la metralla, en medio del fragor estentóreo y el bañado donde la espiral negra de los combatientes se desenrolla envolviendo a los vencidos, tiembla todo entre el rimbombo espantable. Las mismas banderas para los dos ejércitos enemigos y las mismas demencias y mientras después la declaración pomposa exclamaba que no había vencidos, ni vencedores, todos habían sido vasallos de los instintos y de la monomanía fratricida, inferiores a la razón y resolviendo sus problemas políticos por la guerra, como los salvajes, desnudos de moral como las tribus primitivas. La derrota vino. Los brutos la iniciaron. Los caballos en

el terror bárbaro de la matanza empezaron a huir en la carrera vertiginosa, peladas las ancas a balazos, relinchando de dolor y de miedo. Se derraman sobre la ciudad, como una horda, penetrando por todas sus calles y mostrando sus esqueletos sucios de barro y el grande ojo lánguido de hambre, al pasar cerca de las paredes, de donde los proyectiles arrancaban el reboque. Comprimidos dentro del cauce estrecho de casa a casa, hicieron más lenta su marcha y a millares empezaron al paso la lúgubre procesión que nunca concluía, apestados, moviendo tristemente la cabeza colgando, deslizándose al lado de las puertas cerradas, bajo las ventanas cerradas, como si aquella hubiera sido una ciudad desierta, donde la muerte hubiera impuesto silencio, más tarde, en los días que siguieron a aquel lúgubre desfile de colas aglutinadas de lodo, de panzas sucias de bosta y de hondos huecos de demacrados, muchos de ellos en la extenuación moribunda yacían sobre las piedras de la calle, de donde no levantaban más la cabeza, y ya muertos y abandonados allí, empezaron a hincharse y a reventar gusanos, estiércol, podredumbre y puercas emanaciones. Detrás venían los jóvenes soldados, armados con tacuaras, los chiripaes en colgajos, combatiendo todavía, los trajes desgarrados, sucios de sangre y de pólvora, imitando a los heroicos que caían muertos. Llevaban toda la pesadumbre de la derrota; pero la cobardía no manchó a ninguno de esos generosos, mientras los hospitales creados para esos tétricos momentos se llenaban de heridos y entre ellos Hersen y Carlos Méndez, traídos de los primeros, temerarios buscadores de la muerte, los dos caídos muy adelante de las líneas tendidas. Después sucedieron en los cuarteles cosas trágicas que no se conocen. La ciudad fue sitiada. Empezó el hambre. Una que otra bala suicida astilló el temporal de algunos jóvenes y los caballos que andaban por allí famélicos, fueron sometidos a juicio... Los más en carnes recibían la puñalada mortal en la carótida, para comerlos, mientras los otros casi muertos eran arrojados lejos a latigazos y caminaban por la ciudad consternada para morir después en alguna zanja sobre los líquidos verdosos y mefíticos. La ciudad se rindió. Entonces uno tras otro los batallones depositaron sus armas y guardaron las banderas que tenían el mismo color, el mismo sol y las mismas heridas de las que entraban desplegadas entre las dianas de regocijo y de triunfos, y después de todo, entre tanto dolor y tanta sangre, quedó el vacío como en el fondo de todas las cosas y el convencimiento de que los dos ejércitos habían lastimado el corazón de la madre tierra -igualmente heroicos, ¡igualmente fratricidas! Fue entonces que las madres regaron con lágrimas las heridas y se sentaron a los pies de las camas para no moverse y Catalina con ellas como una hermana de caridad, les sirvió pan, vino, abrigos y caldo rico y rezó allí arrodillada por los hermanos muertos, mientras velaba en la congoja más honda el sueño de sus hijos. ¡Pobres madres! La bandera es la misma; tiene el mismo color y el mismo sol y ¡¡ellos son hermanos igualmente heroicos, igualmente fratricidas!! Todavía esa vez se escribió el himno de la sangre, cuyas notas están formadas por el chasquido de la piel reventada por el puñal, por el gorgoteo bermejo de la carótida rota, por el quejido lúgubre del moribundo y el resoplar de las tripas abiertas. ¡Todavía esa vez se escribió en esta tierra el himno de la sangre! ¡Bien por los caranchos! ¡De cuando en cuando les preparamos un tendal de cadáveres para que hibernen!

¡Después ella había escrito en sus memorias otras épocas no menos nefastas! Así la lascivia del lujo invadió a la nación. ¡Palacios, carruajes, lacayos, banquetes y champagne! La tierra se convirtió en oro. No había dinero con qué pagarla. El trabajo desapareció y con

él el ahorro. Entonces se inventó el juego protegido por la ley. Los títulos y la especulación se hicieron señores de todo el pueblo. ¡Lo demás era ser tontos! Sudar detrás del arado y en los talleres era completamente infantil. ¡El país es rico y no debe crecer como los demás! Venga una emisión y una nueva sociedad anónima. Todo se agigantaba, pero no tanto como las imaginaciones megalómanas. El delirio de las grandezas conmovió a toda la sociedad. Cada uno gastaba más de lo que tenía. El harapo desapareció. Diagnosticar un pobre era obra de romanos. No había. Los teatros estaban llenos, los paseos llenos; las tiendas rebozaban de gente y los lupanares también y por todas partes reinaba un violento frenesí de gastar, de apurar el tiempo, y de aturdirse. Era un vértigo. Las acciones tenían premio antes de salir a la calle y se inventaban industrias que no existirían jamás y se vendían territorios imaginativos. El comercio se hizo una demencia. Todos jugaban y en medio del estruendo de la bacanal, cuando las notas eran más álgidas y la embriaguez más profunda, cuando todas las lujurias llegaban al espasmo, un día la gente empezó a mirarse las caras y a detenerse en los momentos en que casi todos estaban por dar el manotón para atrapar la riqueza. ¡Un mes más! ¡Todavía un mes! ¿Qué había sucedido? El escarabajo de oro encerrado en una esterlina empezó a dar saltos y a subir. Ya mucho antes la gente comprendía que aquel estado de cosas no era seguro. Había en toda esa balumba algo de artificioso y precario, y cuando se detenían a mediar el futuro, experimentaban una angustia secreta, algo como esos temblores que hacen presagiar un peligro lejano, ese miedo del pensamiento que tiene clarividencias. Pero el torrente así mismo los arrebató y eran atropellados y empujados por los ingenuos y los pillos.

No acertaban cómo se iba a producir la catástrofe y aun previéndola, no todos podían desenmarañar la madeja enredada y cuando el escarabajo de oro seguía subiendo la cuesta con cierta implacable fruición de homicida, por la ladera opuesta empezaron a desvencijarse sociedades, como si hubieran sido edificadas sobre un cangrejal, a desmoronarse títulos, acciones, cédulas, papel moneda, a quebrarse todo eso como burbujas de jabón. Entonces se levantó por todas partes un alarido feroz, un clamoreo pavoroso que estallaba dentro del pecho, sin tener gritos, al lado del corazón de cada uno que parecía estrujado por una manopla de hierro. ¡Un mes más! ¡Todavía un mes! ¡Cesaremos de ser locos! ¡Esa era la sensación callada y terrible! Estalló todo el brouhaha de un pueblo en derrota, el desorden, la fuga demente en todas direcciones, entre caídas y tropezones, la confusión revuelta de hombres, cosas, negocios, papeles, recriminaciones y vergüenzas. Fue el caos y recién entonces salieron de la tiniebla megalómana. Vieron. Debajo sombrea el abismo y en la sombra la miseria y la deshonra hacen rechinar los dientes. Se despeñan los hombres acosados por los desaciertos, por las deudas, por todos los excesos; una enorme cohorte de dorsos resbalando en fuga; de manos aferradas de las verrugas de piedra, de las escarpas maltrechas, manos heridas agarrando los escasos arbustos del precipicio para no desplomarse al fondo donde la miseria los esperaba con las fauces abiertas para devorarlos entre sus colmillos. El dolor que sobrevino fue sintético como la locura. Todos los días por mucho tiempo detonó secamente el cañón de níquel de un revólver y los suicidas amanecían rígidos debajo de un ombú o torcidos en las zanjas de los caminos. Esos eran los corolarios. No contentos con el derroche aquí, con las sedas y la orgía, con el olvido del trabajo, hubo un éxodo hacia París. Era necesario llevar allí sus vaciedades condecoradas y deslumbrar con la riqueza, siquiera sea a la servidumbre astuta que vivía inclinando la frente ante los nababs exóticos. Caminaron por los bulevares dentro del efímero brillo, mandarines de sainete, deshonraron a la patria bastante y muchos perdieron

la virilidad entre las ubres lascivas de las elegantes rameras. Todavía por algún tiempo resonaron los ecos de los festivales pagados con nuestros dineros; los bailes donde llegaban las afrodisíacas más hermosas, en tropel, ávidas de oro y de placeres, donde enredaban los tules transparentes de sus trajes en el vértigo de la danza lúbrica con el botín de charol, donde las parejas no tenían intervalos, incrustadas las pecheras en el escote jadeante, bailando a empujones en el choque de caderas y vientres. Eran los preludios de la borrachera final, convertidos todos en sátiros y bacantes, cuando las carcajadas saludaban en el claroscuro de los salones en la madrugada la caída sobre el dorso en los sofás mullidos de las sensuales vencidas por el vino y las emanaciones calientes del macho en celo, atropelladas, derribadas a lo indio, satisfecho el tendal de las parejas, en la embriaguez libidinosa. Fue entonces que se apercibieron de ellos y la sonrisa enigmática de la ciudad-cerebro, los bautizó con un epigrama. ¡Los llamó rastaquoeres! Y mucho de eso se pagó con los dineros del pobre trabajador. Estos ahorran aquí sobre el hambre, la sed y las ropas. El terror a la miseria, la compasión por los hijos había creado toda una generación de vigorosos, que sudaban de sol a sol una altiva cohorte de hombres, desdeñosos y fieramente votados al trabajo con las manos agrietadas de callos, el paso firme, inconscientes enamorados del progreso de nuestra tierra, constructores de ciudades, hermanos del buey que despedaza la tierra y cultiva con ellos los campos, pacientes y férreos como el espolón del arado. Eran los honestos que no se divierten nunca, ¡los sensatos que no conocen más festivales que los del hogar! Esos entregaron sus ahorros a los Bancos que un buen día cerraron sus puertas y la pobreza entonces se acercó a las casas con sus flacuras sucias y terrosas, el espanto del invierno sin frazadas, los niños sin pan y las desnudeces sin ropas. Una multitud rabiosa se aglomeraba en las calles, rondando con avidez famélica a esos edificios. Iban y venían vociferando, revueltos y agitados en el torbellino tumultuario con intención de derribar puertas y paredes para arrebatar lo que era de ellos, a millares, como quien sabe que tiene el deber instintivo de cuidar a sus cachorros, mientras en otras partes se apoderaba de muchos una sorda congoja, una callada y terrible sed de odios y de venganzas, cuando no eran lágrimas derramadas en silencio sobre las fortunas perdidas después sucedieron acontecimientos muy distintos. Los más se resignaron para agachar el dorso musculoso y trabajar con más violencia. Era necesario rehacer la patria y a raudales llenaron los surcos abiertos en la campaña con el sudor de sus carnes, orgullosos de tener fuerzas para volver a ser titanes y hacer estallar de la virgen tierra las glorias de la nueva patria juvenil y grande, mientras otros no olvidaron nunca la ganancia fácil, y no justificaron la orgía: Así en las sombras de la noche, sigilosos en los últimos cuartos de las casas, a puerta cerrada, trabaron la revolución (¡siempre lo mismo!) para resolver el problema pavoroso de una pobreza, de que todos eran culpables, pisotearon y escarnecieron con sangre de generosos, perdiéndose muchas almas heroicas a un gobierno, con cimientos de cartón, desgajado por la esterlina a cuatrocientos ya sin conexiones, deshecho como el pueblo por hambre, un gobierno muerto que se habría escondido sólo en la última cripta, sin que nadie lo empujara. Y como para probar que las guerras fratricidas nada resuelven, al día siguiente de la victoria la miseria desplomó sobre todos su manopla con más fuerza. El escarabajo se encaramó más todavía y una desolación honda se apoderó de muchos. ¡Dios les perdone! Dudaron de la inmortalidad de la tierra donde nacieron y algunos como Pedro, renegaron de ella. ¡Oh tristezas! Las casas quedaron desnudas. Poco a poco desaparecieron las alfombras, los bronce, los cuadros y los espejos. La usura los devoró. Las ropas se envejecieron. Tenían manchas de grasa en su trama deshilachada. No había joviales y en las salas lóbregas y vacías las telarañas tapizaban los rincones, tan silenciosos ya sin fiestas y

sin alegres reuniones. Los inviernos se hicieron muy fríos, sin estufas y sin troncos de sauce y la ciudad antes tan bulliciosa y tan frenética se tornó callada, casi sin vehículos, con muchas calles desiertas, llenas de harapientos apoyados a la pared con las manos extendidas. Las noches, brillantes de luz antes y saludadas en sus paseos por las multitudes que digieren bien, se volvieron tétricas. Cada uno se quedaba en su casa, agrupado alrededor de la familia entristecida y temprano las cuadras enteras cerraban sus puertas, para cuidar mejor la desventura y que no trascendiera el dolor y la miseria. ¡Muchos emigraron y otros invadieron el suburbio para esconder el hambre! ¡Hasta los animales sufrieron! Veíanse a menudo por las calles al trote perros sarnosos, suscitando asco, ulcerados y goteando pus, desparramar por el suelo los cajones de basura, sin encontrar una fibra de carne adherida a los huesos y revolver el hocico entre la tierra aceitosa de los patios y de las cocinas. En esa época muchos prevaricaron. Las trampas, las infidencias y los subterfugios comerciales fueron hábito tolerado. El comercio perdió su índole caballeresca y falsificó todo y a pesar de los artificios y de las ilusiones de una resurrección cercana, la pobreza siguió su marcha y la desesperación multiplicó los suicidios y creó un estado psicológico muy parecido al crimen. Descendieron a la conspiración y en este disgusto de todas las cosas, en medio de un escepticismo lúgubre, la prensa sierva de un loco delirio de persecuciones extravió su ecuanimidad y su clarividencia y se hizo apóstol del asesinato. Como en tiempos de Jerusalén alguien tenía la culpa de todas las desventuras. Era uno sólo y debía morir. Con facilidad olvidaron que habían gastado más de lo que tenían, que habían vivido sin trabajar en una batahola de cinco años; que todas las nociones de orden y de virtud estaban perdidas y que cada uno había salpicado con barro un girón de la vestimenta inmaculada de la honra. Se acostumbraron a la idea del homicidio como medio terapéutico. Muerto el perro se acabó la rabia y desaparecido el gran culpable la riqueza brotaría de nuevo con la opulencia de los manantiales. Eso era un axioma. Entonces el delirio colectivo encontró su brazo armado y un tiro de revólver lleno de orín, descerrajado por un Gavroche de trastienda, lastimó el dorso de uno de los hombres de estado más vigorosos. Tampoco aquello debió ser la verdad, a juzgar lo acontecido después. Hubo terror. Esa tarde mucha gente huyendo por la calle apresurada, se refugió en sus casas. Los cómplices eran numerosos, los que habían pensado que aquella muerte era necesaria y allí metidos algunos lamentaban que no se hubiera producido y los más temblaban de espanto. Temían la represalia, una matanza en media calle -la soldadesca desenfrenada buscando la carótida. Hubo un silencio profundo y reinó la consternación que sigue al delito. En esas épocas, caminando entre el luto y el hambre que siguieron su implacable camino, las madres reunidas en sociedades, multiplicaron sus dádivas. Iban de conventillo en conventillo, buscando pobres para vestir, hambrientos a quien saciar, niños a quien recoger y la caridad cristiana se arrodilló delante de los huérfanos para besarles la frente. Estos tuvieron un culto forvoroso y la niñez fue recogida, arrebatada al desamparo y a las soledades del hambre y del desamor, pobres pájaros con el nido deshecho, sucios y sin besos, viviendo al borde del abismo cerca de la deshonra o del crimen que despertaban de sus ensueños, entre los brazos de alguna anciana santa, con la cabeza llena de canas, inclinada sobre sus camitas. Ráfagas de caridad endulzaron las pasiones brutales, los acendrados odios de los hermanos, la brama de la revuelta, del desorden y la sed de sangre, mientras los tiranuelos caudillejos de bota y boleadoras, ridículas parodias, califas en la ciudad, de galera alta y levita cruzada, todavía lastimaban el honor de la República.

Pero mientras esto sucedía, un pueblo vecino se arrastraba de peñasco en peñasco para espiarnos. Asomado de los picachos cubiertos de nieve, veía morir gota a gota la savia de nuestra tierra, con una mueca de desprecio, como si fuéramos una raza inferior. Estábamos corrompidos y pensaron entonces que era fácil empresa, dominar a los enervados. Todo tenían preparado. Conocían nuestro territorio y habían sondado nuestros ríos en el más profundo sigilo, pero no tanto, que de cuando en cuando en algún banquete, el alcohol no se encargara de ser el revelador de la acechanza tenebrosa. Un escalofrío heló a casi todos. No era el miedo de la muerte, sino la vergüenza de una derrota posible, ¡la contaminación de todas las purezas, que eran recuerdo, culto y deber! Entonces hubo como un arrepentimiento universal, un abandono de odios, una entrada heroica de todos los hermanos abrazados al aposento de la gran madre enferma y sobre la colcha inmaculada, extendieron la mano abierta, pronunciando el juramento formidable ya sin reticencias, convencidos del peligro, sin las generosas ingenuidades, la incuria y el olvido que nos llevaron casi al borde de la ruina y del exterminio. ¡Penetraron hondamente el alma del pueblo vecino y comprendieron que era necesario ser más fuertes que ellos! Por eso el arado abrió la entraña de la tierra por leguas. Los pastos quedaron abajo y sobre ellos el humus mojado y caliente de gérmenes, hecho pedazos y pulverizados por el rastrillo, el humus ávido de parir, se cuajó de soles y de semillas. Un olor acre de aminios se esparció en toda la República y entre los besos lujuriosos de la germinación, ¡levantaron los trigales al cielo su tallo de oro y se llenaron los aires de mugidos y del grito estridente y doloroso de la procreación fecundísima y en los campos los hombres derramaban a raudales de sus frentes de trabajadores el sudor que sirvió para la resurrección! ¡Honor a ellos que han hecho siempre la grandeza común y que salvaron la patria esta vez también! Por eso Catalina quería tanto a los trabajadores y buscaba sus miserias, para ayudarlos sin tener noches ni descanso. Así había encontrado a Hersen y cuando volvió a su casa, sintió en medio de la noche, antes de llegar, un frío en el pecho, como si una manopla metálica le estuviera apretando. Tosió y un largo chucho le hizo dar diente con diente y al retirarse a su cuarto, le dolía el corazón y tenía fatiga. Estuvo mucho leyendo sus memorias, como si previera que iba a morir y no quisiera abandonar todo aquello sin besarlo antes. De cuando en cuando caían de entre aquellas páginas algunas flores secas ya sin perfumes y quebradizas que dejaban sobre las letras manchas amarillentas. Había palabras borradas e ininteligibles que recordaban todavía las lágrimas que habían empapado sus negros rasgos. Catalina leía y pensaba a veces acercando sus labios áridos de fiebre con los ojos húmedos a todas esas adoraciones. Estaba sola en su cuarto. Enfrente un crucifijo grande clavado en la pared parecía mirar con beatitud seráfica desde sus ojos inclinados a aquella alma moribunda y era un silencio interrumpido solamente por el aletear de la página y el ritmo de su respiración agitada. Tosía a intervalos. La luz de la vela de estearina se sacudía un rato y después alzaba de nuevo su cono amarillento. Hacía frío. Los vidrios estaban empañados, y todo aquel aposento sencillo y quieto, donde leía Catalina su pasado, era un santuario lleno del aroma celeste de un templo. Pasó un ramo de claveles secos entre dos páginas. Los miró sonriendo, algún regalo tal vez del tiempo viejo, lleno de amor y de juventud que ella había envuelto en un papel de seda. Lo tomó con su mano derecha para olerlo. ¡Quién sabe no creía así un poco delirante de fiebre que eran las flores lozanas, las frescas flores de antaño que ella regaba en sus macetas de barro! Besó las corolas secas y amorosamente colocólas de nuevo en su sitio. Después de un rato de lectura, apareció un retrato, al cual el tiempo había borrado, dejando aquí y allá manchas blanquecinas como de humedad. Era su compañero, cuyo recuerdo no había desaparecido nunca de su memoria. Lo miró como para

decirle que pronto volverían a besarse en el cielo y se acordó de aquel pobre corazón que había sentido latir tantas veces contra su pecho y se enterneció. Estaba tan solita esa noche y tan cerca de Dios, que esas lágrimas que cayeron de sus ojos sobre aquel retrato eran como un homenaje a quien tanto sufrió en la vida y una silenciosa plegaria, implorando el eterno perdón. Nadie, sino el Señor, síntesis de amor y de bondad, supo de ese coloquio sencillo entre aquella muda efigie de muerto y Catalina venerable mártir de su caridad - melancólico y viejo rosal que había aromado su sendero y que antes de secarse para siempre, lo embriagaba todavía con los átomos de su moribundo perfume. Su frente se fue poco a poco inclinando sobre aquel retrato. Su fatiga se calmó un poco, mientras el sueño descendía como bálsamo suavísimo sobre los ojos cerrados. Durmió un momento sin descansar porque la fiebre llenaba de visiones a su cabeza. Eran alegres panoramas, con melodías angelicales que hablaban el lenguaje de la resignación de los santos y le decían al oído que santa era ella, porque en la vida había aceptado sin quejas el sacrificio como un deber y le tendían los brazos abiertos como a una hermana que fuera a llegar pronto desarrollándose todo ese ensueño en medio de su espíritu tan tranquilo en el viaje del que ya no se vuelve como si fuera aquel un sendero apacible a recorrer, lleno de frescuras y de cielos serenos. Cuando despertó su mano estaba extendida en el cuaderno de memorias sobre una carta doblada con los bordes un poco ennegrecidos de tanto abrirla. Era de Carlos. Le escribía en su onomástico. Le mandaba un clavel que crujía ya seco en ese momento bajo sus dedos. La abrió para leerla de nuevo. Era un tierno saludo del hijo pródigo y le decía que Genaro le había traído ese clavel, que él regaba con amor, para que ella lo tuviera en el día de su santo. Entonces la anciana tomó aquella carta y cruzó los brazos contra su pecho y estaba tan solita en ese aposento en la noche silenciosa que solamente Dios sintió aquel ímpetu vigoroso de amor hacia el hijo único y los besos con que la humedecía. ¡Carlos se iba a quedar solo! Y cuando después ella quiso acostarse porque tenía frío y dolor en el pecho, se apercibió que le faltaban las fuerzas, que su cuerpo temblaba y que los brazos que ella apoyaba sobre la butaca para incorporarse, resbalaban sin vigor doblados sobre las muñecas. Entonces comprendió que ya no podría levantarse y esperó rezando el rosario con una tos áspera y seca, hasta la madrugada que entró también a su aposento con sus claridades vivaces, con los ruidos de la calle y el gorjeo de los gorriones del patio. Su cama de caoba maciza aparecía en la luz y ella al verla pensó en todas aquellas noches en que el ardor de la caridad la tenía despierta, en los huérfanos que había recogido y alimentaba, en los ancianos abandonados que recibían de sus manos el pan, y al ver colgada de la pared una litografía de su ciudad natal, que ella había visto crecer con el mismo cariño que para su hijo, se entristeció un poco pensando que en todas las casas había motivo para sufrir, ¡no fuera a suceder que alguna vez le faltara alimento a sus menesterosos y consuelo a sus doloridos! Y después desde un viejo nicho que empezó a reverberar con el día que iluminaba las joyas y los votos de plata la Virgen de Luján, su vieja compañera, la amiga de sus horas desiertas, y de sus dolores callados, la miraba también esa mañana con su pupila llena de dulce mansedumbre. Entonces se apercibió que no había estado sola esa noche y quiso arrodillarse para agradecerle a María y encomendarle a los que iban a quedar en aquella casa tan solos, cuando ella ya no estuviera. Se había olvidado que estaba enferma y no tenía fuerza. Tendió hacia ella sus dos manos temblorosas cuya piel de marfil opaca se arrugaba en el dorso llena de manchas pardas y pequeñas. No quiso llamar a nadie todavía para que la socorrieran, para que el sueño de sus hijos no fuera interrumpido. Entonces estuvo escuchando. Los ruidos matinales de la casa de anchos corredores tardaban en llegar. No se oía el crujir de las puertas que se abren, el

caminar de los sirvientes por los patios, ni los rumores del aseo que empieza, ni voces lejanas que anuncian que la familia ha despertado y se saluda de cuarto a cuarto. ¡Catalina bendijo entonces a la Virgen por el reposo y el sueño de sus hijos! Ella conocía las amargas de ese hogar, las tristezas de la mente de Carlos, y la bárbara y enferma cabeza del hijo y muchas veces había rezado por ellos al lado de esa deliciosa Angelina, una hermana de caridad ágil en sus veintidós años, ¡alegre como un rayo de sol!

-¡Oh duerman los queridos de mi corazón! ¡Duerman! Y que les llegue tarde la aurora, ¡oh queridos de mi corazón!, pensaba Catalina. ¡La viejita ya se va pronto a contar lejos los amenos cuentos con que entretenía las horas de vuestra niñez! Se acuerdan ¡Oh Carlos! ¡Oh mis queridos nietitos! ¡Mi regazo ha sido muchas veces la cuna blanda y mis cantares las nenias suavisimas que os traían un letargo celeste! ¡Porque Dios mío, así mismo tengo dolor y lágrimas cuando pienso que los voy a dejar! Y después en estas noches largas estarán sentados todos alrededor de la chimenea esperando que yo les diga los cuentos que tienen olor de hoja seca, y el aroma de las viejas cosas cuidadas y esperarán en vano que yo llegue envuelta en el largo rebozo de espumilla negra. No se apesadumbren ¡oh queridos de mi corazón! Yo he de andar por ahí cerca batiendo lentamente mi ala de muerta y les voy a hablar y tal vez así en el silencio suenan algunos cantos de esta mi voz apagada porque el corazón de los padres que se han ido hace ruido en el comedor de la vieja casa, cerca del oído de los hijos. Y cuando llegue la noche y estén durmiendo bajo los mosquiteros de tul en la frescura de los cuartos alfombrados con esteras, el sueño inquieto del verano mi ala de muerta será como un abanico, como una brisa suave y me sentaré a los pies de las camas a cuidarlos, como si fuese el Ángel de la Guarda. Yo los abrazo a todos en este amor de mi corazón, ¡oh mi querido hijo! ¡Oh Dolores! ¡Oh mis nietecitos que veo correr todavía por el patio y volar de un lado a otro como la ratona que gorjea y salta entre la madre selva, así chiquitos apenas levantados del suelo, adorables en el balbuceo incomprensible. ¡Adiós! Pronto se acabará todo, pero yo los voy a oír siempre en la eternidad del cielo y a Dios le voy a pedir derrame sobre vosotros su misericordia.

Estaba en estos pensamientos, cuando sintió que dos labios le besaban la frente. Abrió los ojos... Angélica se había sentado al lado de ella y le acariciaba las manos.

-Usted está enferma, abuelita, empezó la niña. Yo lo voy a despertar a papá para que la cure.

Catalina la miró sonriendo entre un golpe de tos que la fatigaba mucho. No pudo contestarle y movía la cabeza y le apretaba la mano para que no se fuera.

Al rato un esputo asomó a sus labios. Angélica los secó palideciendo. Su pañuelo de seda tenía una mancha bermeja. Era sangre.

-Aunque Vd. no quiera, continuó la niña toda temblorosa, yo lo voy a despertar a papá.

La anciana la llamó con la mano para que se acercara más y le dijo en voz muy baja:

-Yo estoy bien, Angélica. Los médicos necesitan dormir más que los otros. Sufren mucho. Déjalo. Además tengo que hablar contigo, porque en adelante tú vas a ser más necesaria todavía... Hay cosas que no conoces. Eres muy joven y cuando yo no esté más...

-¡Abuelita querida! Exclamó Angélica abrazándola.

-No te asustes, contestó la anciana con tranquilidad. Son cosas naturales. Ya estoy muy vieja. Mi corazón está cansado. Yo lo siento detenerse de repente para cobrar fuerzas. Hace ochenta años que late y otro tanto que sufre y ahora quiere reposo. Pero no te he dicho lo que deseaba, porque me has interrumpido. Cuando yo no esté, es necesario que cierres fuerte, fuerte a Carlos contra tu corazón y no lo sueltes más. Los hijos, Angélica, dominan a los padres más que la esposa y más que la madre. Temerá por ti y seguirá viviendo. Yo presiento alguna escena lúgubre todavía aquí. Ricardo está enfermo. Tiene diecisiete años y es un tético. Prométeme, Angélica, que no te irás mientras tu papá viva.

-Se lo prometo, abuelita, contestó con firmeza y dulzura la niña.

-Gracias, Angélica, replicó la anciana besándole la frente. Yo sé el sacrificio que vas a hacer. El buen Dios te lo tendrá en cuenta.

-No, contestó sonrojada la niña. Sacrificio no. Es mi deber. ¿Y por qué sacrificio? Al contrario. Y después papá la curará y yo no he de dejar que Vd. se vaya. ¿Y por qué quiere dejarnos?

Entonces Catalina tomó entre sus manos aquella cabeza juvenil y la mecía como si fuera una chica. Su voz se enterneció. Era como una melodía suavísima que viniera de lejos.

-¿Por qué sacrificio? me preguntas, le decía la anciana al oído. Tú tienes cerca tu ramo de azahares, frescos como tu cariño y lo vas a guardar en tu ropero en la pañuelera de raso todavía mucho tiempo tal vez, para que dure el ensueño y conservarás tu vestido de novia quién sabe hasta cuándo en la caja grande y me preguntas: ¿por qué sacrificio? Oh yo sé que en el alma de las hijas suele haber una hermana de caridad, así santa como tú, capaz de acompañar nuestro paso vacilante de viejos, porque hemos caminado tanto entre la desventura y luchado contra la tendencia natural de las cosas a perderse, pero también sé que las niñas no se pertenecen, que las espera el hogar nuevo y nítido, donde hay un vestíbulo adornado con helechos de fibra delicada y hoja exquisita y aromas primaverales, que rozan al pasar el traje de la novia blanco y largo y tiemblan y cuchichean. Y yo sé mucho también de las salitas pequeñas, adornadas con alfombras blandas en su color perla y donde hay una chimenea de bronce, con largas pinzas color de oro, salitas llenas de penumbras donde se sueña esperando en la tarde vestidas con el largo batón de seda y encajes, sentadas en la butaca de terciopelo. Yo sé mucho la historia de los diálogos de la noche entre la luz de los espejos cuando él descansa al lado nuestro y las miniaturas y los juguetes que adornan la sala sonríen, mientras el abanico de plumas blancas acaricia su rostro rebosando sobre nuestro pecho y la seda cruje y el corazón late cerca de su oído, conozco la elocuencia de los silencios prolongados y el encanto del brazo que rodea nuestra cintura en los paseos por la casa, cuando dejamos caer nuestra cabeza sobre su hombro y

abandonamos la persona como en una hamaca lenta y suave, solitarios los dos, hablando en voz baja como si tuviéramos miedo que se dispersara el encanto. Yo sé todo esto porque como tú, he soñado en mi tiempo la alegre vida de los veinte años, revoloteando como las aves en la libertad de los campos, en medio del éter, sobre la alfombra embalsamada de la pradera, con la intuición del temblor de los nidos en la poesía de las cunas... Lo malo que después el vuelo se hace aleteo y la verdad desnuda y fría nos trae pronto el desierto.

Catalina hablaba como en un subdelirio y al llegar aquí, pasó una sombra por su frente, mientras Angélica la abrazaba y le pedía que no conversara tanto. Catalina no pudo contestar. La tos le estrujaba el pecho con sus fieras remesones. De cuando en cuando un esputo de sangre manchaba su pañuelo. Entonces la niña le dijo muchas cosas, apurada con su adorable charla llena de ternura, sin detenerse, como si no quisiera que ella tuviese lugar para contestarle. Fue la confesora de sus turbaciones y el arcano mundo de ese amor que ella había ocultado tanto, estalló en una revelación llena de trepidaciones y de esperanzas. Y ella se iba a mejorar y después de rodillas le pediría su bendición y cuando hiciera frío como en esa noche, ya no la iban a dejar salir más. Estarían cerca de la estufa prendida todos y le iba a envolver los pies y las piernas en una manta rica y abrigada. Después le habló del padre con una emoción honda, de su talento y de su virtud y de sus horas tristes y lloró la niña evocando estos recuerdos, cuando sintió que los brazos de la anciana le estrechaban el cuello.

Así las encontró Méndez al entrar seguido de Dolores. Tenía Carlos cincuenta años. Era alto de estatura, de miembros enjutos, rígido andar y fisonomía recia. Su barba era gris y blanco casi su cabello. Entró con la frente contraída y arrugado y profundo el ceño. Los ojos grandes, un poco abovedados y castaños habían perdido su brillo y a pesar de eso, eran extraordinariamente elocuentes. De manso y dulce mirar, casi siempre entrecerraba sin sentir los párpados en la ternura para levantarlos y esconderlos dentro la órbita en la ira propulsando el globo blanco del ojo siniestro como una amenaza. Claros y llenos de esplendor los ojos en su entusiasmo, parecían de repente iluminarse en los ímpetus de su facundia avasalladora. Era incisivo y sencillo cuando hablaba con una gran sinceridad de expresión y de gesto. Aborrecía las perífrasis y las diluciones. Creía en la síntesis. Era su fuerza y solía abusar de ella. Su vida de médico llena de sacrificios, lo había hecho aún más sombrío en esa observación constante de los enfermos. El diagnóstico lo preocupaba hondamente y se tiraba a través de esa esfinge con todo su vigor intelectual hasta resolver sus problemas oscuros. Era un cultor de la buena ciencia y un honesto en su ejercicio y en medio del peligro, al lado de los más brutales contagios, tenía una estoica serenidad. Pero era hombre y el conocimiento de los demás y la impotencia que se presentaba a menudo en su camino y el estar convencido de las fuerzas terapéuticas del organismo y de la tendencia natural de muchas enfermedades a curarse espontáneamente, lo habían vuelto escéptico. Poco creía en los remedios y menos en la gratitud.

Y porque no es un héroe de novela, sino una persona de carne y hueso, un médico como casi todos, que ha vivido, observado y sufrido, llegó a los cincuenta años, sin creer en el conventillo, sin amar ya la caridad y sin encontrar poesía en la suciedad y en la pobreza,

por eso, porque era hombre y no pudo dejar de conocer en las excursiones de tantos años la homogeneidad de la naturaleza humana en todos los gremios. Había visto el delito y el vicio lo mismo en el palacio que en el tugurio y la maledicencia, la envidia y el odio. Entonces empezó a ser rechazado hacia su casa, a aislarse más y esa misantropía que lo había lastimado en la juventud a perder sus ímpetus y hacerse fría y profunda y amigo como era de la justicia, comprendió que sus hijos eran tan niños como los otros y con más derechos y que su cuerpo y su intelecto debían ser para ellos. Muchas cosas le había enseñado la vida. Había visto morir médicos, tronchados en flor juveniles y heroicos, con las arterias rotas a los treinta años, desgajados por el estudio, el cansancio y el insomnio y la difteria ahogar algunos con la podredumbre de sus placas o perecer acribillados por las pústulas hediondas de la viruela, al lado de enfermos desconocidos, sin tener el deber de morir por ellos.

Después las cunas sin padre y un hogar sin jefe, vagando a la ventura sostenido al principio por la conmiseración y olvidado poco tiempo después y la pobreza levantando la aldaba de la puerta de calle para anunciarse en la casa desierta y los hijos a medio vestir con la perspectiva del andrajo y considerados por los mismos que tanto le debían al padre, como animalitos de calidad inferior.

Eso lo había consternado. Dio bruscamente una media vuelta hacia su hogar, él que se había derrochado por todos y se encerró cada vez más en el egoísmo que quiere la grandeza y el bienestar de su familia. Se encontró vicio a los cuarenta y cinco años, canoso y contempló su cuerpo gastado en la lucha diaria, mientras los hijos eran chicos todavía y tuvo miedo de dejarlos en la pobreza. Esto lo salvó de la muerte, porque fue más profunda esa ternura que la monomanía suicida que le flagelaba el corazón de cuando en cuando y mientras la madre lo había estrechado entre sus brazos muchas veces para calmar sus desesperaciones y alejarlo del abismo, el hogar con sus cantos llenos de amable y melancólica poesía, lo enterneció, con las plegarias que rezaban los niños al acostarse, y con la mórbida sensación de los bracitos blancos que rodeaban su cuello de trabajador y el beso alegre de las bocas pequeñas que buscaban su mejilla tostada. Por eso había vivido y cuando comprendió, que a pesar de sus sacrificios, sus hijos heredaron un poco de su espíritu sombrío, volvió a caer en sus pesadumbres de siempre como si se tratase de una enfermedad crónica de su espíritu que se reagadeecía de cuando en cuando y concluyó por aperecerse que de aquello no curaría más. Se hizo un tranquilo y un estoico a la vez. Ya no luchó más y su vida se transformó en una resistencia pasiva sobre todo después que había con su trabajo constituido el porvenir de la familia.

Acostaron a Catalina y suavemente la colocaron con el dorso apoyado sobre un montón de almohadas. Así, un poco erguida y casi sentada en la cama, respiraba mejor. Los movimientos la habían fatigado mucho, tosía y esgarraba sangre. Carlos con el reloj y una mano colocada sobre el tórax de la madre, contó las respiraciones y tomando la muñeca, puso el dedo índice sobre una de las radiales. Sintió la arteria galopar a saltos, desapareciendo el pulso a veces como escondido en la rápida fuga. La sangre corría apurada pero sin energías, como si el corazón estuviera cansado. ¡Oh, lo que sufrió Carlos

en ese momento! Contó mucho tiempo como distraído. Esperaba que más tarde se ordenaría el pulso, creyendo que su observación fuera equivocada, pero la arritmia siguió su implacable y fúnebre aviso y la sangre huía más ligero todavía, como si la muerte empujara su melena roja. ¡Qué estrujón doloroso sintió en el pecho! Parecía que lo hubieran herido, como si un peso enorme le ciñera el tórax hasta unirlo con las vértebras. Creyó morir. Estuvo inconsciente un rato en medio de esa angustia, pálido como una cera y después de la desesperación horrenda, volvió como a la vida y encontró que su dedo no se había movido de la arteria, que seguía saltando desordenadamente. Nadie se apercibió en la penumbra como estaban, de ese drama silencioso de su aorta herida de muerte y pasó el ataque de angina como muchos otros que había tenido sin decir nada. Enseguida no tuvo valor para percutir el tórax. No quería producirle dolor a la madre y haciéndola sentar más, colocó el oído sobre sus espaldas... Auscultaba. Nadie se movía en el cuarto y era tal la quietud, que se sentían los crujidos de la bata de Catalina al resbalar en la fatiga. El aire entraba con su ritmo áspero en los pulmones como si se precipitara con violencia y más abajo adquiriría de repente una resonancia extraordinaria, como el soplo de un fuelle y se oían en lo hondo crepitaciones y crujidos por todas partes, como si reventaran a su paso burbujas líquidas a millares. Percutió entonces casi sin fuerzas en esos puntos y se produjo un sonido seco y sordo. Los dos pulmones estaban enfermos. Hizo recostar otra vez a la madre sobre las almohadas y puso el oído sobre el corazón. No lo sentía latir. Un escalofrío corrió como un relámpago por todo su cuerpo y levantó la cabeza para mirar a la madre y la encontró sonriendo.

-¿Muy grave, no, Carlos? preguntó Catalina.

-Enferma, sí mamá, contestó el médico; grave ¡no! Pero ahora no hables. Voy a concluir mi examen.

Inclinó otra vez la cabeza sobre el pecho de la madre. Sintió un aleteo adentro. No había tonos; el ritmo había desaparecido. El corazón hablaba en voz muy baja y deteniéndose a descansar a menudo y solamente el hijo escuchó sus últimos poemas. Creyó que estaba muy lejos y que por eso no oía bien. Hundió más la oreja para acercarse a él, pero el ruido no se hizo más claro. Siguió el murmullo de aquella pobre ala cansada, narrándole al hijo una melancólica y larga historia de amor de madre y le decía que ella había entregado a ese amor y a la caridad cristiana las fibras rojas desaparecidas y le habló de recuerdos que lo habían lastimado con sus gotas de lágrimas, de los estremecimientos y los terrores que lo habían envejecido. Ni un solo grito oyó Carlos adentro; ningún sonido de protesta, ¡ninguna queja amarga! Todo lo conversaba el corazón casi en silencio al oído del hijo, como si fuera una alma rota que volara tropezando en el pecho, resignada y dulcísima, con las suavidades moribundas de un ángel.

Estuvo Carlos un gran rato auscultando como olvidado del mundo con los ojos cerrados y esperó en vano que se reanimase la víscera, mientras la tristeza se apoderaba de él con su manopla implacable. Esperó en vano. El corazón siguió no más en aquella bruma lejana su serpentino resbalar de larva y guardó en su cripta purpúrea muchos misterios, muchas recónditas sensaciones de amor y de piedad, ¡pobre lira de carne, que se retiraba cada vez más lejos del mundo envejecida y triste, cantando siempre sus sordinas moribundas!

Cuando Carlos levantó la cabeza, sintió recién que entre sus cabellos estaba la mano de la madre y tomándola suavemente, dejola en reposo sobre las sábanas. La anciana dormía con un poco de fatiga pero con cierta placidez serena de santa, mientras el médico se retiraba al comedor con los brazos caídos, en un profundo desconsuelo. Allí se paró en el medio sin hablar como si estuviera leyendo en su corazón con los ojos fijos como atontado, y Angélica y Dolores que lo habían seguido, le acariciaban con palabras cariñosas. Méndez estrechó a la hija entre sus brazos con ímpetu. No podía casi hablar. Eran tiernas palabras las suyas...

-¡Hija de mi corazón!, ¡Oh Dolores! ¡Qué buenas son Vds.! -exclamaba el médico.

-¡Dios es la bondad infinita, papá querido! Él la ha de conservar para nosotros, contestó la niña besándolo, mientras Carlos repetía como un eco sus palabras y cuando abrió grandes los párpados para mirarla, sus ojos se habían llenado de lágrimas...

Los médicos amigos de Carlos la asistieron, turnándose para velarla. Ella había sido en alguna ocasión madre de cada uno de ellos. Se reunían a menudo y hacían consultas. A veces asistía Carlos, pero otras los dejaba solos para que pudieran deliberar con más libertad. Cuando salían, él preguntaba siempre: ¿Cómo está el corazón?

-Los remedios lo han reanimado un poco, le contestaban los amigos.

Carlos tenía entonces algunos momentos de alegría. Se acercaba a la cama de la madre y auscultaba. Era cierto. El corazón se había acercado más a su oído. Hablaba más claro pero eso no era la verdad... Se detenía a veces para tambalearse después cinco o seis pasos como un ebrio y seguir con contracciones incompletas que no llegaban hasta la muñeca, como si fuera un viejo titán abrumado por una carga superior a sus fuerzas, que él moviera, sin embargo, a pesar de todo. Y después silencio otra vez, ¡esa quietud siniestra de la víscera que se detiene! Se sentaba entonces Carlos a los pies de la cama y acariciaba la mano izquierda fría de la madre abandonada a lo largo del cuerpo.

-Yo estoy bien, Carlos, muy bien, decía Catalina a menudo.

-Sí, mamá, contestaba el médico apurado, como si quisiera ocultar una mentira, está mejor, muy mejor.

Cada noche uno de la familia la pasaba al lado de la cama. Cuando le tocó a Ricardo, ya tarde, en medio del silencio la anciana lo llamó para bendecirlo. Este se arrodilló y Catalina colocando la mano sobre su cabeza desgreñada lo bendijo. Después lo hizo sentar muy cerca de ella y en voz baja le recomendó que fuera paciente y tranquilo y sobre todo, que no abandonase nunca a la madre.

-Prometémelo, Ricardo, insistió Catalina. Nunca abandonarás a tu madre.

-Si, abuelita, le prometo, contestó el joven con gesto sombrío.

-Yo te puedo decir esto, mi nieto. ¡Las madres sufren mucho, cuando los hijos se van! La casa está llena de los recuerdos que ellos dejan. Ellas los ven y lloran, y todo el día piensan en los que están lejos. Tú sabes que quedan los libros por ahí, el dormitorio y un sitio del comedor vacío y por la noche, acostadas en el reposo se acuerdan, no duermen y los abrazan y besan, como si estuvieran cerca y la tierna memoria pudiese desde allí ser un amparo... ¡Y después el corazón de las madres es muy delicado y para los hijos no tiene más que notas exquisitas! ¿Por qué lo lastiman los hijos?

Catalina se detuvo, mientras Ricardo rompía en un violento sollozo y le empapaba las manos con lágrimas.

-No llore, mi nieto querido, seguía la anciana. ¡Sea fuerte, más fuerte que su pasión!

Ricardo tuvo un violento sacudimiento. No contestó nada, con la frente contraída y todo encogido en la silla, mientras Catalina le hablaba con acento suavísimo.

-Yo sé por qué lloras, le decía, acariciándole el cabello. Yo he sentido todas tus torturas y te he visto caminar agobiado bajo tu cruz y has pensado muchas veces que ese amor te mataría. ¿No es cierto, Ricardo?

El joven levantó los ojos y contestó bruscamente, sin desarrugar su ceño:

-Es cierto.

-Ya ves, Ricardo, cómo he adivinado, seguía con su serenidad de santa Catalina, porque así viejita como estoy, he leído mucho el libro de la adolescencia y he tenido mucha misericordia por los corazones atormentados y silenciosos que necesitan dulzuras y tiernas caricias para seguir viviendo. Entonces, hijo mío, no abandones a tu madre. Solamente en su seno encontrarás ternuras y piedad sincera. ¡Y además tu madre vale más que ella, Ricardo!

-¡Oh sí!, ¡Sí! -gritó el joven Ricardo, levantándose con ímpetu. Parecía un espectro.

Ella, ¿dice Vd.?, seguía casi con brutalidad. ¿Ella? ¡No vale nada ella! ¡Es cualquier cosa no más! ¡Pero me desgarras adentro! ¡Me saca sangre! Tengo un crespón... ¡Y después este yugo que no me deja alzar la cabeza y me ha hundido una marca en la nuca! ¡Oh yo lo he de quebrar sí! ¡La odio! ¡yo la odio! ¡Se ha apoderado de mí! ¡Se ha entrado con toda esa hermosura grande que tiene! ¡Yo soy un esclavo! ¡un gusano y un vil! ¡Y mi madre! ¡Oh mi madre! ¡Qué puro es este amor mío por ti!

No podía continuar. Los sollozos lo ahogaban. Arrodillado al lado de la cama, con la cabeza hundida entre los colchones, sofocaba sus lágrimas, mientras Catalina, colocando de nuevo las manos entre su alborotado cabello, le decía:

-¡Sea fuerte, hijo mío! ¡No olvide el ejemplo de su padre!

-¡Pobre papá! Murmuraba Ricardo. ¡Cuánto te he hecho sufrir!

-Pero de hoy en adelante ya no más, ¿no es verdad, Ricardo?

-¡Oh si yo tuviera fuerzas, abuelita! Pero me siento a veces como si viviera en un delirio hondo y no fuese varón, y me entierro cada vez más en este pensamiento oscuro. ¡Se me caen los brazos! Y ella es tan rígida, tan seca, tan sin alma, como una penitente. Vive macerándose, abuelita, ¿entiende? y arrodillada y rezando como en éxtasis.

Ricardo movía la frente con tristeza.

-Tú debes conservarte para tus padres. Eres muy joven. Empiezas a sufrir demasiado temprano. No te gastes y que Dios te bendiga, hijo mío.

-Yo le beso la mano, llorando, abuelita, exclamó el joven. Yo necesito si mucho, que Dios me bendiga, agregaba al rato como hablando consigo mismo, porque si no ¿quién sabe? y quiero que Vd. viva para todos nosotros.

La entrada de Méndez con el médico que venía a su visita de la media noche, interrumpió el diálogo. Ricardo se retiró a un sofá del rincón del dormitorio para que no lo viesen, mientras el médico observaba a la anciana y después hasta la madrugada no se movía del lado de la cama.

En la noche siguiente, el invierno cayó sobre la ciudad con la tristeza de una llovizna monótona.

Desde el dormitorio cerrado se oía apenas su murmullo sordo. Alguien murmuraba en el aposento de Catalina con un ritmo igual siempre. Adela Paloche, arrodillada con la frente en alto y los ojos estáticos, se había olvidado por sus plegarias de la pobre enferma. Así en la penumbra se entreveían las líneas correctas de su rostro embelesado en un seráfico arrobamiento. Catalina se sentía mal y la llamó varias veces, pero ella, arrebatada en sus místicas inconsciencias, no paraba mientes. Catalina se incorporó entonces; crujieron los elásticos de la cama y de nuevo cayó desplomada sobre las almohadas... El corazón se había detenido. Una palidez mortal cubre su rostro, mientras se le enfrían las extremidades y un sudor viscoso empapa su piel. Parecía muerta. Adela, asustada de aquel silencio, de su respiración fatigada, se apercibió de ella, acercándose con violencia y cuando iba a darse vuelta para llamarla, Catalina abrió los ojos y apretaba su mano para pedirle que no llamara a nadie.

-Déjalos dormir, Adela, seguía lentamente la anciana. Ya se pasó. Siéntate tú aquí.

La anciana indicó una silla que estaba al lado de su cama.

-Ahora, dijo al rato mirándola con dulzura. Te voy a pedir un servicio. No entres al convento todavía. No te vayas de esta casa.

-Pero yo tengo mi voto hecho y mi promesa a la Virgen y tengo que cumplirla, contestó Adela impasible y fría. Y después, agregaba al rato, hace tiempo que el mundo ha muerto para mí.

-Entonces, seguía Catalina, ¿tú querrás que yo me muera disgustada contigo? Porque tú te imaginas que estás sola y que no has despertado sensaciones y que nadie te sigue y estás equivocada. Puede ser que el mundo haya muerto para ti pero no tú para él.

Adela miró con extrañeza a la anciana y contestó:

-Yo no entiendo, misia Catalina, lo que me quiere decir.

-Ya sé. Tú estás con tu mente en un mundo especial. No ves la tierra y tienes para sus miserias todas las durezas. Si yo te dijera que hay quien te ama, te sigue y sufre como los mártires sufrían, tú te darías vuelta hacia el crucifijo y rezarías para que alguna vez el profano encontrara perdón en el seno de Dios, ¿no es eso?

-Yo tengo en el corazón, misia Catalina, una llama que me devora. Amo a Jesús. ¡Es el esposo mio! Lloro por su pasión. ¿Qué poco sufrimos nosotros al lado de esa cruz manchada con sangre, de su alma desconocida y lacerada? ¡Oh es muy poco ayunar para hacer penitencia, flagelarse con el cilicio y rezar horas enteras! ¡Oh si uno pudiera ofrecerle su vida material, entregarla para el martirio, para que las fieras le desgarrasen a uno trozo a trozo la carne y morir por la fe, cantando hosannas al Señor!

Catalina no contestó. Contemplaba esa criatura enajenada casi en sus ardores de catecúmena.

-Ojalá fuera como usted, misia Catalina, seguía Adela con ímpetu. Hubiera pasado las penas que usted ha pasado, para llegar hasta él purificada por las congojas, no sería lo que soy, una miserable sierva, una indigna de su omnipotente misericordia. Es por eso que yo envidio a los que sé que han padecido a los mártires que sufrieron todos los tormentos y a las Vírgenes que han muerto por la pureza. Y después, misia Catalina, yo necesito salvar a Clarisa y sacarla del purgatorio. Para esto tengo que hacer penitencia y rezar por su alma. Usted sabe que fue una pecadora y para redimirla, hoy no queda más que mi sufrir. ¡Ojalá me ayude la misericordia de Dios!

Adela quedó en silencio mientras en el patio se sentían pasos agitados y la anciana le decía con voz casi imperceptible:

-¿Sabes quién es ese?

-No, contestó Adela.

-Ricardo, agregó la anciana. Te ha visto salir y te ha seguido y ¿sabes tú por qué?

Catalina no pudo continuar. La fatiga la ahogaba cuando Méndez entró a verla. El pulso se había hecho frecuentísimo, casi incontable. Ya no esgarraba. Se sentía en la garganta el gorgoteo de las mucosidades, mientras sus manos empezaban a enfriarse. Dolores y Angélica entraron también al cuarto y se acercaron a besarla.

-Muchas gracias, le dijo la anciana a Dolores. ¡Eres una santa! ¡Me has ayudado a salvarlo!

El terror se apoderó de todos. Catalina se moría. En la casa se sintió un ir y venir de pasos apresurados, puertas que se abrían y al rato el tañido acompasado de una campana. Le traían el Viático. Catalina recibió la Hostia con el rostro iluminado y sonriente. Enseguida le pusieron la Extremaunción. Cuando el padre la descubrió, los pies estaban hinchados, violáceos y como una escarcha. Méndez vio eso y al médico que había llegado con extraordinaria ansiedad, le dijo:

-¡Se muere! ¡Se muere! ¡Hágala vivir!

El médico hundió repetidas veces la jeringa de Pravaz en la piel de la anciana y el pulso al rato pareció asomar un momento y en medio del silencio se oyeron sollozos mal reprimidos. Carlos Méndez había encorvado su cuerpo sobre la cama de la madre, sin dejar el pulso. En eso sintió que la mano de ella se posaba por última vez sobre su cabeza. Méndez la miró con los ojos llenos de lágrimas y recibió en el corazón las últimas palabras de la madre.

-¡Yo estoy bien! Articuló apenas la anciana, interrumpiéndose a cada rato. El hogar es la virtud... Es el poema que escriben las almas puras... ¡el camino que nos lleva al cielo!

-¡Oh mi madre! Gritó Carlos con la voz destrozada, mi madre querida!

La anciana pareció escuchar. Levantó las dos manos y Carlos colocó entre ellas sus mejillas. Ella lo besó en los labios y le dijo:

-¡Dios te bendiga!

En aquel cuarto había un silencio de muerte y mientras Catalina respiró, nadie se atrevía a moverse, ni a turbar aquel último coloquio. Los dos siguieron mirándose de cerca y se vio entonces que dos grandes lágrimas resbalaban por la mejilla de la anciana. Ya no respiraba. Carlos la tomó de los brazos y miró al médico.

-¿Un síncope? preguntó al rato con terror.

El médico puso el oído sobre el corazón y bajó enseguida la cabeza sobre su pecho.

-¿Ha muerto? agregó Carlos de nuevo con ímpetu.

El médico siguió en su actitud, sin contestar palabra, mientras Méndez la abrazaba, como si no quisiera que se fuera todavía, con el alma hecha pedazos por los sollozos. Un

rato después, todos lo rodearon, arrastrándolo hacia el comedor. Lloraban... ¡Catalina Méndez había muerto!

- VIII -

Adela Paloche

La casa quedó triste. Su puerta permanecía cerrada, colgando un negro crespón de su llamador. Poco se cuidaban de asearla y el jardín no se regó en mucho tiempo. La vida fue distinta desde entonces, preocupados como estaban de acompañar a Carlos. Angélica no se movía de su lado hasta muy tarde, cuando ya la media noche invitaba al reposo, y el padre más de una vez había dejado caer dormida la cabeza sobre su hombro. Ella le acariciaba el cabello y lo besaba, mientras Dolores de pie, detrás de las sillas donde estaban sentados, movía su abanico despacio, para que no despertara. A veces, la niña rendida inclinaba su cabeza sobre la del padre para dormirse y cuando desaparecía para su dormitorio, Dolores rezaba de rodillas, al lado de la cama, para velar el descanso de Carlos. Ricardo vino alguna vez también silencioso y tétrico. Se arrojaba con ímpetu en los brazos del padre y salía después con el ojo oblicuo y la melena alborotada... En vano buscaba reposo, y en su rostro pálido el insomnio había grabado su inquieta huella. A Méndez por mucho tiempo le pareció que Catalina no había muerto, que la iba a encontrar a cada paso y que sentía de lejos el roce de su traje y el ruido seco de aquella tos. Entraba a menudo al aposento de ella, conservado en la penumbra, como si hubiese sido un templo. Todo estaba como antes, con su mismo perfume de alhucema guardada en sus roperos y en el piso levantaba su tallo delgado y verde un viejo clavel. Méndez lo regaba todos los días con un gran vaso de agua cristalina y después ya no lloró... Era como un dolor de la mente ese suyo -como una idea fija, melancólica y dulce, como si estuviera meditando para su recuerdo en una religión nueva de su corazón... Se quedaba largo rato sentado en aquel claroscuro, en la misma butaca de ella y a veces sobre la cama recostaba su cabeza, en un largo diálogo mudo... Ya no lloró más. Aquel altar fue cuidado y quedó lo mismo que cuando ella vivía.

Solamente Adela se hizo invisible. Encerrada en su cuarto, dentro de su traje gris de estameña burda, vivía con Dios de rodillas... Era una hermosa mujer de rostro de mármol y ojos azules -una fría belleza soñadora del cenobio y enamorada de las rasgaduras del cilicio. Su mundo era el Calvario y su esposo era Jesús. No se oía en su cabeza más epitalamio que el aullido de la turba escarneciendo al crucificado y las palabras del Salvador; «aparta de mí el cáliz ¡oh Dios mío!» sonaban a cada rato en su mente, como un lúgubre y doloroso ritornelo. Ella pensó en aquel día funesto, cuando inclinaba desde la cruz su rostro de muerto, y vio el cielo oscuro e irritado y sintió tambalearse los mundos en las alturas y sacudirse con balanceos de terremoto la entraña de la tierra, porque ya no estaba Jesús, el ángel que predicaba el perdón, el divino Nazareno que alzaba hasta él a la mujer caída en el camino. Así ante sus ojos marcha Magdalena, una hetaira con rostro de mujer y melena blonda y leonina, alegre pecadora de piel lasciva que se arrodilla y llora de amor -una bacante que confiesa su culpa y dobla la cabeza arrepentida bajo aquella mano suavísima de misionero que le indica el sendero del cielo. Como ella, Clarisa, redimida por

sus oraciones y el ayuno y por los éxtasis paradisiacos que la arrebataban fuera de la tierra para arrastrarse con el cuerpo ulcerado en el empíreo entre la eterna gloria de los astros, aunque tuviera que llegar hasta allí, ella -como si no fuera sino una fea larva disecada por las maceraciones y el hambre. Así iba a seguir hasta la muerte Adela, para que Juan y Clarisa fueran perdonados. ¡Porque ella pensaba que era poco todavía esa penitencia! Tenía el sol que inundaba su cuarto, un largo tramo de jardín lleno de aromas, las bendiciones y el amparo de una familia santa y Jesús le mandaba en la noche, en el esplendor de sus frecuentes apariciones en aquel aposento suyo, le mandaba que se retirara del todo fuera del mundo para entregarse ferviente a él sólo. Entonces ella contemplaba el pecho del Nazareno con el corazón traspasado de un agudo puñal, y veía claramente que él estaba cerca de ella y la llamaba con voz dulcísima y sollozante. Una llamarada de amor y de caridad la hacía prosternarse con la frente hasta el suelo y se oían sus gritos de angustia y las palabras ardientes con que ella le prometía a Jesús que sería su sierva y que huiría de la tierra. Una noche sus gemidos llegaron hasta el dormitorio de Dolores. Esta entró bruscamente. Adela estaba de rodillas con los ojos extraviados como en una suprema desesperación. Deliraba. Dolores oyó que le decía a Jesús: ¡oh, amor mío! ¡Oh, esposo mío! ¡Tú me miras, porque tu esclava no te ha obedecido! ¡Perdón! ¡Perdón!

Y como Dolores tentara calmarla, ella le indicaba el rincón, fría de sudor y de miedo.

-Allí está levantando la mano amenazadora.

Dolores miró. El rincón estaba vacío. Era una alucinación. Al rato ve que Adela cae desmayada; como muerta y cuando Méndez llegaba, empezaron unas horribles convulsiones. Con la frente crispada, y espectral, la boca en una mueca satánica, empezó a dar saltos por el suelo, sacudiendo en desorden brazos y piernas, mientras los dedos de sus manos corrían rígidos y contracturados a su cuello. Ella busca con desesperación arrancarse el nudo que le comprime la garganta y la asfixia, mientras los ojos giran en la órbita, de aquí para allá, como péndulos vertiginosos y de su boca salen palabras ininteligibles como silbando. Un momento después arquea su cuerpo con extraordinaria violencia, con la cara tocando el suelo, mientras se apoyaba por otro lado sobre la punta de los pies. En vano Dolores y Carlos trataban de deprimir su vientre para sujetarla. Allí permaneció largo tiempo hasta que sus músculos se relajaron y quedó acostada, con las manos apretadas alrededor de la garganta. Se ahogaba. Desde el vientre había subido hasta sus fauces, una cosa brutal que ella quería desgarrar para no morir. Estaba lívida. De repente empiezan sus caderas un balanceo suave y rítmico de arriba abajo, una voluptuosa danza de bayadera afrodisíaca y sobre su cara aparecen los signos de un desenfrenado deleite, el labio sonriente y los párpados a medio cerrar como en un placer sobrehumano, y estallaban hondos suspiros, para terminar toda la brutal escena en una carcajada sonora y larga con notas estridentes, una carcajada que concluía por herir los oídos y que hacía mal, como un caquino demoníaco. Lloró después con el pecho lleno de sollozos y hablaba palabras apasionadas, conversando con las fantasmas que veían sus sentidos enloquecidos. Hablaba con Jesús, con ese amor suyo delirante, esa bruma de su alma mística, para llamarlo con tiernas palabras de sumisión. Después su llanto se hizo más rumoroso y volvía de cuando en cuando la carcajada de loca a mezclarse con las lágrimas en el pavoroso ataque. En el cuarto reinaba un profundo silencio. Dolores se había arrodillado para rezar, mientras

Méndez, con los brazos cruzados y el ceño torvo, contemplaba la escena y cuando Adela se hubo calmado, Dolores preguntó aterrorizada:

-¿Qué será? Carlos. ¡Se habrá vuelto loca, por Dios!

-No, Dolores. No te asustes, contestó el médico con serenidad. Es la histeria. La Iglesia se equivoca a veces. Canoniza a estas pobres psicópatas. ¡Qué familia desgraciada, Dolores! Juan perseguido, Clarisa erotómana y ésta buena como un ángel y hermosa como una estatua perfecta, tampoco se ha podido salvar. Es una mística. Eso es lo que hay, Dolores.

-Pero ella se quiere ir a un convento de todas maneras, agregó la mujer, como pidiendo la opinión del médico.

-Y debe irse y pronto, agregó Carlos con gesto sombrío. No quiero que la nena vea estas cosas. Yo he cumplido con D. Manuel mi promesa. Le he dado refugio y hospitalidad. Ahora que siga su destino.

Así Adela pasó su vida pensando en el sacrificio y soñando con el martirio. Puesta en la cama la ayuda Dolores a desnudarse. Se horrorizó. Toda su piel estaba llena de cicatrices, algunas recientes y oscuras y otras nacaradas y viejas, largas equimosis y manchas negras e hinchazones. Una que otra úlcera tenía abierta, húmeda y roja en las piernas. En esos días había sido acometida por una furia de flagelarse y el cilicio que estaba colgado al lado de su cama, tenía manchas de sangre, ese cilicio que solía agarrar en la noche, cuando todos dormían, arrodillada bajo el crucifijo y hacerlo silbar para herir sus carnes desnudas, hasta caer agobiada por el esfuerzo y dormir tirada sobre el piso. Solamente el rostro conserva su divina pureza de líneas. Sobre una frente de alabastro el marco de su cabellera negra, recogida atrás sobre la nuca, en un rodete largo, sostenido con una sencilla peineta. Los ojos eran rasgados y azules, con el dulce mirar de ese azul diáfano, que tiene dentro como una luz clara, abierta y serena, una espléndida ventana en la cripta oscura de su espíritu enfermo, cuya fría tenacidad escapaba a veces a dar a sus pupilas una extraña fijeza, como un reflejo severo y duro y debajo la nariz un poco larga y fina de la belleza griega, sobre la boca pequeña de labios rojos, sostenido el hermoso rostro por un cuello esbelto y redondo, inclinado un poco adelante, como quien quiere mirar lejos, fuera de la tierra dentro de algún etéreo ensueño, como su alma de adentro que vivía anhelante de torturas y de paraísos. Ella sabía toda la historia del martirologio cristiano, la osadía de los apóstoles en sus predicaciones sigilosas. La ley del amor y del perdón cruzaba como un bálsamo sobre la esclavitud de los desheredados de entonces, y el lenguaje de la virtud sonaba con vigorosas tonalidades entre las notas injuriosas de la orgía del poderoso. Decían que todos eran hermanos, igualmente hijos del Eterno y señalaron con el dedo a la mujer, manceba hasta entonces, para hacer de ella la amable y pensativa señora del hogar del hombre. Así creó la madre y la familia. En todas partes esos anacoretas que dormían sobre el duro suelo, que no tuvieron el cuerpo sino para la pelea con las sombras que cubrían la sociedad carcomida, en todas partes fueron cantadas las alabanzas del Señor, y el pueblo entristecido, el asno que marcha toda la vida sin poder sacudir sus órganos cargadas de pan amohosado, carne podrida y dolores, se detuvo atónito ante el lenguaje que enseñaba la mansedumbre y la caridad y se aferró a la cruz... Ellos decían que Dios era el amigo del pobre, el compañero

del sufrimiento que era todopoderoso e inmortal y entonces vieron el desierto, el abandono en que vivían y comprendieron que aquella religión era un apoyo en que debían descansar, el manantial que aplacaría la natural sed de mejoramiento, el bálsamo para la congoja, la divina frescura para la carne labrada por el trabajo y el espíritu exacerbado por la protesta impotente. Entonces los miserables acompañaron a los que suprimían al esclavo y a los que prometían una vida mejor, como premio a la virtud escarnecida. La piedad cristiana fue un lábaro y las huestes que lo siguieron, procedían en cohorte pidiendo a gritos el martirio por su fe y entonces empezó el triunfo, porque esa religión fue tan sencilla, que casi es la misma Naturaleza. Fue la verdad pura y absoluta. Fue civilizadora porque transformaba al instinto en inteligencia en sus predicaciones, al bruto en hombre. Entonces los catecúmenos comprendieron que el amor de madre, que es instintivo era un derecho, que la familia era un deber humano y una divina exigencia, que el cariño por la libertad que nace y crece hasta en la planta, dejaba de ser sensación para ser verdad demostrada por el raciocinio. Los primeros gérmenes de la caridad razonada por la patria, fueron arrojados al surco y esa cosa honda, esa insondable crucifixión que penetra todas las vísceras, porque uno muerde el humus y los pastos de la tierra y quiere su sabor y bebe los vientos que la sacuden, y quiere sus perfumes y sus gritos elocuentes y sabe de su aire diáfano, de su cielo divino, de sus tormentas gigantescas y de sus majestuosas calmas, todo eso salió de la sangre para ser esplendor intelectual, primera etapa hacia la patria celeste, que los esperaba purificados por la llama del martirio.

Así enseñó que los hombres eran hermanos, no solamente en el peligro, en las catástrofes y en el pánico que tienen el poder de acercarlos, sino en todos los momentos como una tranquila verdad mandada por la religión y aceptada por la inteligencia, siempre aun en medio de la paz y de la alegría. Enseñó el perdón y la caridad por los caídos, la benevolencia y la misericordia para los enemigos, como un corolario natural de la angélica bondad de sus doctrinas, que acumularon prosélitos convenciendo. Sucedió entonces que este fresco retoño el verbo -nació en el hueco podrido en que perecía el mundo antiguo y se alimentó de la fermentación de la ciénaga universal. Las raíces se hundieron en su entraña caliente por el incendio del esfacelo puerco y serpearon haciendo tambalear sus cimientos y empezó el edificio a grietarse y techos y paredes a inclinarse pavorosas. Los Dioses del templo pagano presintieron el desmoronamiento y para salvarse no buscaron la virtud y el trabajo, no recuperaron la honra, fueron lo que debían de ser: caducos. Cometieron crímenes, ¡nefando corolario de la barbarie! Los acosaron como a fieras hiriendo y matando, crueles refinados, sibaritas con pasiones de eunucos, usando monstruosas bestialidades de exterminio. Los obligaron a la fuga y a refugiarse en los largos sótanos, en el oscuro y húmedo dédalo de las catacumbas. Allí vivían, rezaban y morían. De cuando en cuando, arrancadas de la blanca vestimenta, las vírgenes eran arrojadas al circo, donde las fieras las desgarraban a zarpazos desparramando por la arena los miembros mutilados y sangrientos. Fallecieron muchas de rodillas con los brazos en cruz, la efigie levantada hacia el cielo, silenciosas con el alma en la oración. Hermanas de Jesús, votada su juventud a la fe, fueron heroicas en la resignación. Después Adela supo que sobre esa sangre y sobre esos cadáveres creció la Iglesia y fue conquistado el mundo.

Conocía la historia de los que se alejaban de la tierra para esconderse en el desierto, cenobitas de largas melenas, a medio vestir, macilentos de ayunos que arrodillados en la plegaria tendían los brazos abiertos en las soledades, donde llegaban saltando los ecos

lúgubres del rugir de los leones y con la carne seca por hambre y la piel lastimada por el cilicio perecían sonriendo. El cielo es de los que sufren, el regazo de Dios de los que aman. ¡Amemos y suframos! ¡La fe es un dolor, un melancólico verme lleno de fuego que me roe las entradas y me desgaja! No quiero sol, no quiero vida humana. Hazme padecer, ¡oh Jesús! ¡Apura mi muerte! ¡Aplaca esta sed de adoración! Toma mis labios. ¡Quiero saciarme de tu divino amor! Y mientras esto pensaba Adela, llega Jesús y al oído le dice en la noche alta:

-Todavía no. No has merecido el cielo. ¡No adoras tanto al señor que él quiera llevarte a su seno! Todavía tienes cariños sobre la tierra. Debe haber para los tuyos en el corazón un frío de sepulcro, una indiferencia triste y una loca desesperación, para arrancarlos de tu mente. Debes ser como ciega y como sorda, ¡sino el Señor no te llevará consigo!

Entonces Adela se prosternaba con la frente en el suelo y con el cilicio silbando flagelaba sus carnes desnudas. Le parecía que su cuarto era una estrecha celda y la casa un claustro, los ruidos externos ecos de piadosos De profundis y se sentía como rodeada por el silencio de los largos corredores vacíos, donde los esqueletos de las muertas, cubiertos de una mortaja blanca rechinaban plegarias para ir a esconderse de nuevo en los sepulcros abiertos y la acariciaban al pasar la mejilla riendo con las siniestras calaveras. Oía sus palabras. La llamaban hermana, invitándola a seguirlas. Eran las vírgenes que lejos de sus casas habían muerto en el martirio por la fe. Estaba condenada sino abandonaba la tierra, le decían. ¡Ven! ¡Entra con nosotras en este monasterio donde no se ama sino a Dios!

Entonces Adela era presa de horrible desesperación. Quería ser monja misionera para morir en cualquier parte o encerrarse en su celda y perecer gota a gota adorando al Señor. Después en la Iglesia, en el momento de la misa, bajo las místicas bóvedas en la penumbra, se arrodillaba largas horas del día a orar, mientras los gemidos del órgano llenaban la Iglesia, las dilatadas armonías impregnadas de piedad y de unción, historias del cielo, diálogos angelicales, purezas eucarísticas... Ella oía la música de los salmos, el temblor de la tiniebla sacudida por el espíritu de Dios, el tripudio de la luz, reventando en el caos vencedora gloriosa. Eran los cantares de los astros, el manso lenguaje del cielo azul, ¡el himno de triunfo del sol volteando su orbe fecundo por el espacio!

¡Toda la Naturaleza tiene sed del Dios infinito!

¡Hacia él se dirige, hacia su morada llena de esplendor! Para su gloria entrega sus galas y sus atavíos! ¡Se siente sola y tiene miedo del eterno sepulcro! ¡Entonces de rodillas todos sus átomos buscan el regazo divino para que los reciba y los cubra con su caridad inmortal! Ella oía el grito lastimero de las arrepentidas, la plegaria de Mágdala hecha de amor y de sollozos y escuchaba lejos el horrendo encono del pecado en derrota y en esa fantasmagoría, mezcla de plegarias y de visiones, el Nazareno descendía siempre con la cruz para arrodillarse a su lado y marcarla con su mirada celeste... Solamente ella no apuraba su viaje hacia el Eterno, ¡miserable pecadora! Entonces rezaba con más fervor con las manos juntas a la altura del pecho, extraviada y estática. Se acercaba al altar a recibir la Eucaristía y la invadía un hondo y dulcísimo deliquio... Cayó desmayada más de una vez en las raras actitudes de la catalepsia, permaneciendo mucho tiempo en la ausencia inconsciente.

- IX -

La tragedia

Una noche en que el dolor de la maceración le arrancaba asimismo gemidos tan brutal era, Ricardo que no había dormido se acercaba a su cuarto. Golpeó la puerta y sintiose adentro los ruidos de Adela al vestirse apresuradamente. Ricardo abre y pasa con ímpetu.

Una virgen de Dolores tenía una lamparita adelante y sobre una silla estaba acostado el crucifijo que rodó por el suelo en esta entrada brusca. Adela lo recoge y le besa los pies. Enseguida, indicando la salida, le dice con frialdad y energía:

-No sabía que era Vd. La niña Angélica suele venir a veces. Creía que era ella. Ahora le pido que se retire.

-Yo soy el que va a interrogar, agregó Ricardo bruscamente. ¿Con quién conversa Vd. de noche? ¿Por qué llora? ¿Por qué se lastima?

-Ni converso, contestó Adela sin conmoverse, ni lloro, ni me lastimo. Le repito que se retire.

-Conque no se lastima, siguió Ricardo con ímpetu, y esto ¿qué es?

Dio un salto y se apoderó del cilicio que colgaba de un clavo. Sus manos se mancharon de sangre.

-Mire, añadió Ricardo. ¡Esto es sangre! ¿Ve? Y Vd. me ha mentido, repitió como loco, ¿a mí?

-De mis actos no tengo quedar cuenta sino a Dios, dijo Adela separándolo a Ricardo para salir.

-¡No! No se va a ir. Me va a escuchar Vd. ¿Oye? Repitió el joven cerrándole el camino. Vd. hace mucho tiempo que me está ofendiendo.

-Puede ser; pero yo no me he apercibido. Si lo he hecho, le pido perdón, contestó Adela con tranquilidad.

-No es eso lo que quiero.

-¿Y qué debo hacer? Retírese. Voy a llamar sino.

-Vd. me ha tratado como a un niño siempre, Adela. Me ha besado muchas veces sin apercibirse que yo temblaba como un idiota bajo sus labios. Cuando yo disparaba de casa e iba a la suya, ¿Vd. recuerda? Que velaba mi sueño sentada al lado de mi cama y yo sentía de su cuerpo salir como un veneno que me torturaba y no me dejaba dormir. Y después me iba seguido por su memoria, acosado y herido, vagando como un duende por todas partes. ¿Pero Vd. qué se va a acordar? Agregaba con violencia. ¡Yo soy una criatura! ¡De balde he tirado mi cuerpo! Me he rajado las carnes entre las pitas y las ortigas. No duermo y como un demente enfurecido, he andado bramando por el suburbio tanto tiempo, porque yo no quería que Vd. me persiguiese con su cara de mármol tan implacable, tan cerca siempre... ¡Aquí!... ¡Aquí!... Y Ricardo se estrujaba el pecho. ¡Pero qué se va a acordar! Yo soy un niño. ¡Vd. no ha tenido reverencia ninguna por los dolores que ha producido! Decía el joven con voz estridente. ¿Qué le importa a Vd. todo? ¡Vd. ha ofendido gravemente mi crucifixión! ¡Váyase! ¡Váyase! Míreme de frente, le digo.

Ricardo estaba cerca de los ojos de Adela, con la cara oscura como un espectro.

-Sabe lo que tengo en las pupilas, seguía sin detenerse. Odio tengo, ¡odio bárbaro! ¡Yo la abomino! ¡Ojo por ojo! ¡Mi corazón hace tiempo que bebe hiel y mana sangre! A Vd. se lo digo que no quiere sino a Dios, ¡entiende! ¡Entiende!

Adela había caído de rodillas. Rezaba temblando.

-Eso es, siguió Ricardo, acercándose a su mejilla. Rece. Es lo que le importa. Y después váyase al convento. ¡Nadie la molestará allí! ¡Cuánto antes! Pero no olvide lo que le voy a contar. El otro día vi resbalar con furia el miriñaque de una locomotora. Yo pensé con qué placer me hubiera agarrado con su espolón y se me hubiera metido adentro del vientre, arrastrándome por el suelo con las carnes ensangrentadas y los huesos fracturados. Yo me sentía quebrar todo y quedar reducido a una aglomeración informe, ¡un pedazo de hedionda carnaza! Y corrí, se lo juro, para atropellarla y que me tumbase a morir entre las ruedas; ¡pero después me agarró mi madre! Entiende Vd., ¡mi madre! ¡Pero qué le importa todo esto si Vd. no tiene madre! ¿Para qué le cuento? Yo soy una criatura, un imbécil. Puede irse ahora; pero... allá en el convento, cuando esté sola, yo la voy a visitar en la noche, cuando ya esté seco y podrido en un sepulcro cualquiera para decirle que ha hecho bien en juntarse con Dios, y yo lo mismo en irme de una vez, ¡arrancándome de cuajo esta vida miserable!

Adela seguía rezando. Imploraba la misericordia de Dios. Alzó los ojos y se encontró con los del joven.

-Yo le pido perdón a Jesús del mal que hago, señor Ricardo, le dijo Adela. Soy su sierva e inclino la cabeza ante su justicia. Rezaré para que Vd. se acuerde siempre que la vida pertenece a Dios sólo.

Estaba serena y fuerte de nuevo, como si la plegaria le hubiese infundido vigor. En ese momento Angélica había abrazado a su hermano. Todo el cuerpo del joven cimbraba. Los ojos estaban secos y ardientes, las manos trémulas. Ella le decía al oído dulcísimas palabras. Le habló de la madre de lo que sufriría si supiera lo que había pasado esa noche. Su voz era una plegaria tan melodiosa que despertó un mundo de ternuras recónditas en el

corazón bueno del hermano. Esas iras del amor herido están muy cerca del sollozo... Poco a poco el joven se fue apaciguando y se retiró sin mirar a Adela, para su dormitorio...

Angélica no durmió ya. La tenía despierta el miedo a una catástrofe. De noche pasaba largas horas escuchando a lo lejos por si le llegaba algún extraño ruido.

Rezaba. Sobre su cabeza el reloj de la Iglesia daba la hora con su tañido melancólico. Salía al patio en la atmósfera helada de esas noches de invierno, bajo el cielo azul oscuro tan manso y divino. Se acercaba a las puertas de los dormitorios en la penumbra de los corredores, deslizándose sin hacer ruido a lo largo de las tinajas, ¡de donde se erguía el tallo seco de las calas!

Los ruidos eran pocos: el graznido de alguna lechuza, el gorjear metálico de la ratona en la yedra y algún carro que rodaba lejos pesadamente sobre el empedrado. En la madrugada aterida de frío la rendía muy tarde el sueño, un hondo sueño como un tranquilo bálsamo y al despertar, ya el sol alto, se encontraba con Dolores sentada a los pies de la cama. Casi siempre en el cuarto de Ricardo había luz y se sentía el rumor de alguien que pasara con agitación. Una noche la puerta que daba al corredor estaba sin llave. Angélica entró. Ricardo, sentado al lado de su escritorio, escribía en una profunda preocupación. La hermana lo besó. Entonces Ricardo la hizo sentar cerca de él casi con alegría.

-Te agradezco que hayas venido, le dijo con pasión.

Tengo el espíritu tan solo... tan solo que me da miedo.

-Es porque no duermes, contestó Angélica. Tú sabes que hace tanto mal no dormir.

-Es cierto. No duermo, repuso el joven, sobre cuya cara pasó como un relámpago una cosa brusca y dolorosa. No tengo sueño. Me parece que me voy a volver loco.

En la noche siguiente muy oscura, sacudida por el viento bajo el cielo por donde navegaban largas nubes hinchadas y negras, entre el crujido de alguna puerta mal cerrada, el zumbido de la arboleda torcida y los mugidos que cruzan el éter sin saberse lo que vibra para que se produzcan, ni lo que los agiganta, los aleja o los trae de nuevo con su nota iracunda, una noche así de esas que invitan a acostarse temprano en los dormitorios tan tibios y cariñosos, Angélica estaba leyendo en su cuarto de vestir. Ya era tarde. No tenía sueño. Leía... ¡Eran manuscritos del padre, historias exquisitas que él había escrito para ella, gentilezas y ternuras de ese pobre espíritu combatido! Lloraba sobre esas páginas, pensando en sus presentimientos mientras fuera seguían los rumores. De repente levantó la cabeza. Había oído claramente que empujaban su puerta y enseguida pasos que se alejaban hacia el cuarto de Ricardo. Abrió el postigo helado de terror y alcanzó a divisar una figura de mujer arrodillada, que se irguió enseguida viniendo hacia ella. La luz del gas que se azotaba, brillante desde su dormitorio al corredor la iluminó toda. Un rato después Dolores y Angélica abrazadas sollozaban...

-También tú, mamá, le decía la hija llevándola al aposento, con este frío, ¡Dios de mi corazón! Vení, yo te voy a abrigar, y le echó sobre los hombros al llegar un rebozo de lana gruesa.

-Sí, hija mía, contestó Dolores. Estoy asustada.

Mañana se va Adela y he leído en los ojos de Ricardo tantas cosas tétricas. Me pareció que entre sueños oía una discusión lejos y me levanté. Tu padre dormía. Salí al patio. No quise pasar por el dormitorio de él.

Las dos mujeres se miraron. Se habían enflaquecido mucho. El insomnio y la inquietud devoraban sus carnes y la contemplación del dolor de Carlos tan sin palabras y la honda melancolía de su corazón, eran causa de nuevas angustias. No lo dejaban, Carlos seguía teniendo su palabra tranquila y su espíritu de filósofo se mantenía despierto; pero la vivacidad estaba perdida y ese diálogo que él solía levantar y conservar en arrebatadoras alturas, caía languideciendo, como dormido por la congoja sorda de adentro. Se acabaron sus alegrías repentinas y rumorosas, que lo hacían parecer un niño a veces. La tristeza extendió sobre sus labios su pálida mortaja. Ya no se le vio sonreír. Cuando salía a su trabajo, volvía pronto a su casa. No la quería dejar sola... Una vez se encerró con Ricardo y conversó mucho con él. Nunca supo Dolores lo que habían hablado, pero tuvo miedo de la cara de Carlos, cuando salió del escritorio, donde había estado con el hijo. La abrazó a ella en silencio y le dijo tiernamente:

-Tú eres santa y fuerte ¡oh mi Dolores, mi buena compañera! ¡La vida no se ha concluido todavía! Tal vez vengan nuevas pruebas.

-¿Pero qué hay? Carlos, preguntó Dolores. Yo no temo. Dímelo. Yo haré lo que tú me pides, todos los sacrificios que quieras...

-No, Dolores. Tal vez son cosas mías no más. Pero te digo en verdad como ante Dios: no te abandonaré nunca... Yo vivo por mi madre y por ti... Ella ¡pobrecita! Ya se fue. Te prometo no acordarme sino de vivir...

A eso de las tres de la tarde debía irse Adela. Era un día hermoso, lleno de sol. El jardín estaba alegre como en la primavera. El aire diáfano y el cielo azul, un día tibio de esos que consuelan al organismo aterido. Los gorriones chillaban en la arboleda sin hojas, volando de rama en rama, esos soberbios señores de las huertas... Los cuartos llenos de luz, abiertos, se impregnan de los perfumes de afuera calientes del esplendor del sol. El comedor gorjea. Los canarios saludan apurando las inimitables armonías y a pesar de leticia de la creación toda, en la casa estaban tristes, e inquietos como cuando se tienen siniestros presagios. En el cuarto de Adela, en momentos en que Méndez entraba a la casa, se oyó un horrible grito de dolor. Ricardo hacía rato que estaba adentro. Había cerrado la puerta. Era un espectro. La luz bañaba su rostro cadavérico, una luz lívida y trémula. Los músculos de su cara

saeteaban bruscamente y de sus ojos sucios de insomnio y de demencia salía un fulgor oblicuo... Adela vestía su hábito del Carmen. Un manto blanco de merino rodeaba su marmórea efigie y caía blandamente sobre la pollera marrón sostenida por un cinturón de charol. Esa belleza suya de diosa inmortal, aparecía más celeste todavía en la natural emoción de una partida que no tendría retorno. Ella lo miró con sus grandes ojos azules sin reproches, llenos de una bondad divina.

-He venido a decirle, le gritó Ricardo avanzando impetuosamente hacia ella, que ¿por qué no se va de una vez? Ha completado su obra. ¡Me ha transformado en un galeote! He vivido años y años una eterna vida de martirio que no se acabará nunca, en una ergástula, llena de víboras que me han emponzoñado la sangre... Y a Vd. qué le importa, ¡infame Dios! Toda esta cabeza mía, donde pudieron haber hasta esplendores... Míreme, le repito, míreme.

El joven la aferró de una muñeca. Adela con los ojos levantados, rezaba sin hablar.

-¿Qué tiene que hacer el cielo aquí? Añadió Ricardo con violencia. ¡Escuche! ¡Escuche! Toda esta cabeza mía, le repito, la transformó Vd. en una cosa tonta y criminal; un imbécil de esos que viven de la misericordia, del mendrugo y de los puntapiés de los demás, una de esas basuras de piernas raquílicas y jorobas lascivas de la naturaleza monstruosa y este corazón mío que pudo tener ternuras hasta el llanto e intrepideces hasta el heroísmo en un albergue de cobardías inconfesables, un gusano, una porquería de hueco contaminado. Esa es su obra, ¡mística mentira! ¡Santa Teresa de cartón!

Ella bajó los ojos con una expresión de mártir dolorida en la mirada, mientras Ricardo apretaba la muñeca cada vez más.

-Y después, seguía el joven sin detenerse, como arrebatado, fuera de su ser moral, en plena demencia, y después yo me he arrastrado sin que Vd. supiera, a sus pies, he abrazado su recuerdo. Yo la había colocado fuera de lo humano, sobre lo infinito mismo, considerándola como un canto escrito por la pluma más divina, la síntesis de la belleza suprema. Oh Dios Eterno, y pude perder así mi altivez, emporcar esta víscera... esta víscera, ¿ve? ¡Toque! ¡Toque! -y acercaba a su pecho la muñeca tironeándola- ¡que me late adentro todavía, este colgajo de gangrena inmunda...!

Ricardo fue acometido por una furia brutal de gritos, de carrasperas y de sollozos que le agitaban el pecho, el estallido gigantesco que le iba arrebatar la razón.

-¡Arrodílese!, ¡rugía con voz ronca y sofocada, arrodílese! ¡Yo soy su Dios ahora! ¡Mi dolor ha sido más grande que todo su Calvario! Porque no va a tener premio nunca, ni consuelo, ni paraísos... Torció aquella pobre muñeca ferozmente. Adela dobla todo su cuerpo y cae de hinojos bajo la mirada canallesca y loca de Ricardo. En ese momento Méndez entraba. Oye el horrible clamor de adentro y ve a Dolores y a la hija que tentaban forzar la puerta. Un rodillazo violento tiró un batiente lejos, fracturando la cerradura. El médico entra y pone una mano sobre el hombro del hijo cerrándola como una tenaza.

-¡Miserable! dijo Carlos. ¡Con una mujer y violando la hospitalidad! ¡Puerco!

El joven se dio vuelta. Estaban los dos frente a frente. Parecía no conocerlo al principio, después le contestó. Sus palabras silbaron como un latigazo.

-Vd. ha hecho peor que yo. ¡Ha lastimado la muñeca de mi madre!

La mano de Méndez cayó brutalmente sobre la mejilla del hijo. Este retrocedió dos pasos para precipitarse sobre él, pero ya Dolores se había interpuesto. Entonces Ricardo se retira hacia su dormitorio corriendo. Angélica lo sigue, pero ve que enseguida los cañones oscuros de la pistola están en línea recta sobre la sien del hermano. Los gatillos caen chasqueando en medio de los clamores de la niña y cuando él los volvió a levantar, en su furia homicida, Angélica se echa sobre él y lo abraza. Caen de nuevo los gatillos con el mismo ruido siniestro y seco. La pistola no da fuego. No tiene balas. Ricardo apercebido la tira contra la pared y corre de nuevo, separando a su hermana, abre los roperos y busca... busca alguna cosa que él sabe que debe estar por allí y en medio de los trajes arrojados al suelo, forcejeando con Angélica que no lo ha abandonado, encuentra en el rincón más oscuro un puñal...

-Pobre mamá, Ricardo, le gritaba la niña al oído. ¡Se va a morir! ¡Se va a morir!

Pero el joven, con la melena resuelta, la mirada roja, pálido de muerte, ha puesto la punta sobre el corazón y en el momento que iba a hundirlo, Angélica lo desvía y el cuchillo entra asimismo, frío, agudo y hondo... Ricardo ha abierto los brazos y se ha desplomado, mientras la hermana, de rodillas, con la cabellera suelta y las manos entrelazadas adelante, los ojos en el cielo reza y la sangre como una baba roja, mancha el piso y las ropas del suicida... Entretanto Dolores llega, abraza el cuerpo del hijo con sollozos desgarradores que llenan las habitaciones y los patios, y Méndez con una luz siniestra en las pupilas, los ojos secos y la mirada áspera, se agacha para curarlo... Se estremeció. Ricardo parecía muerto.

Llegó un mes después el santo de Méndez que estaba enfermo. Su cuerpo se había enflaquecido y la piel blanda y ya sin vida, era blanca de mármol. Aquellos dolores del tórax que le trituraban los huesos, esa fría tenaza de adentro que de repente le torcía el esternón sobre las vértebras sofocándolo, habían recrudecido..... Eran inhumanos en sus zarpazos de fieras enloquecidas. La noche de los mártires empezó para él, con las tristezas del insomnio que el dolor mantiene, con el pobre cerebro que tiene sueño y no puede dormir. Lo velaban, y él en la congoja silenciosa, cuando trataba de ahogar el grito que le arrancaba así mismo la puñalada de la aorta enferma, sufría por Dolores -por esa serena sonrisa con que Dolores quería engañarlo, sentada siempre allí, al lado de ese cuerpo suyo que el sentía irse. Ese día el médico amigo le dijo a Carlos que Ricardo estaba mejor. Entonces se apoderó de su cabeza el sueño, pero intranquilo y lleno de lamentos y en esa vaga bruma del cerebro, a medio dormirse, sintió más de una vez que le besaban la frente y como si hubiera perfumes en su cuarto, la emanación deliciosa de flores recién cortadas... Tenía ensueños... Su alma de poeta extendía las alas en la penumbra y creaba -¡pobre lira sufriente, cuyas cuerdas estallarían muy pronto! Cantaba el poema divino del cielo sereno y

del azul purísimo y decía en voz muy baja sus palabras de adoración -un quejido triste de sus labios que apenas se movían, el misterioso susurro de una de las cuerdas al romperse... Enseguida la Naturaleza toda entregaba al moribundo la maravilla de sus colores, el encanto de sus bálsamos y oía el concierto de la fuerza universal en el estrépito prodigioso y fecundo y entonces abría los ojos turbios y vacilantes de sueño, porque quería ver donde iba a arrodillar su cuerpo, para llevar en el oído a la eternidad esos himnos, con el alma subyugada por tanta grandeza. Una mano suave le cerraba entonces los párpados y el enfermo durmiendo sonreía melancólicamente. Había visto pasar en pensativa cohorte todos sus pensamientos de filósofo y sus pesadumbres de apóstol y se le vio inclinar un poco la cabeza como para decirles: ¡adiós quimeras! ¡Oh espíritu humano, tan atormentado como este trabajador que va buscando la eterna sombra! Después, un poco más lejos, aglomerada y batiendo palmas toda su vida de médico -el hospital y el contagio y los salvados por su obra altiva y generosa. Entonces sus brazos se levantaron y se pusieron en cruz sobre el pecho y parecía querer llevar consigo todo ese bien...

Al rato su frente se contrajo y un oscuro surco le dividió el ceño... Entonces recordaba la lucha de su alma enferma, sus ímpetus y rugidos, sus desmayos y vacilaciones y así en los claroscuros del ensueño, sentía como una honda conmiseración por los desvalidos que no tienen la mente sana y se quitan la vida, corazones turbados y bondadosos, grabados por el estigma doloroso de los hereditarios... Sus labios se movieron y su rostro despejado y sereno reflejaba como una serenidad celeste. Parecía rezar. Se le oye recordar a la madre y llamarla: ¡Santa! Sonrió. Era porque les enseñaba a los compañeros de martirio aquella cabeza blanca de madre adorada que lo había acompañado y hecho triunfar, donde otros se habían desplomado, desgarrados por la melancólica crucifixión. Les indicaba el hogar cuyos cantos llenos de una seráfica sublimidad embelesaban su corazón dormido... las cunas en la penumbra donde durmieron sus hijos y cuyos cortinados parecían una mancha entre las vislumbres de la veladora colocada en el suelo. Allí de noche, cuando lloraban o cuando el hielo del invierno se entraba a los cuartos así mismo, él se acercaba a pasos cautelosos e inclinaba su cabeza en el hueco de las cortinas separadas, mientras Dolores al lado de él en voz baja, cantaba las suaves canciones en medio del silencio. Después temblaban los dos, cuando estaban enfermos los niños en esa dolorosa inquietud, en ese misterioso terror del peligro que se acerca y recordaba lo que sufrieron cuando Angélica tuvo difteria. Él se acostaba al lado de su camita, en un colchón tirado en el suelo y toda la noche tenía el oído atento de miedo que se asfixiara. No dormía. Esa respiración ronca y sofocada le latigueaba el cerebro y cuando a veces agotado perdía un rato la conciencia, la tos de la hija lo despertaba en sobresalto porque él tenía preparado el bisturí para abrirle la garganta si se llegaba a ahogar y ella no debía morir, mientras el padre durmiera. Una noche la garganta se le había cerrado. La niña hacía violentos esfuerzos. Tenía la cara azulada. Un sudor abundante cubría todo su rostro. Ya no respiraba.

Una violenta convulsión arrancó a Dolores un grito de terror y él entonces echó para abajo la cabeza de la hija y ya iba a entrarle el cuchillo en la tráquea, cuando la enferma abrió los ojos grandes y moribundos. Él escondió el bisturí en el hueco de la palma y en un acceso de tos brutal, se desprendió una membrana ancha y cenicienta. Desde ese momento respiró mejor... después la convalecencia lenta, siempre al lado de ella con el alma trémula de pesadumbre y de miedo, velando todas las noches sus largos sueños. Cuando más tarde sus mejillas se pusieron rosadas y los ojos castaños readquirieron el suave brillo ya sin

ojeras azuladas y mustias, el abrazo silencioso a Dolores que lo había acompañado en todas las horas, una ráfaga de alegría en el hogar y el propósito intrépido de seguir trabajando para ellos... En esa hora solemne, rodeado de su familia que él sentía respirar y moverse entre la tierna fantasmagoría que iba pasando, le parecía que caminaba por las alfombras de su casa sin hacer ruido y tropezaba a cada rato con los juguetes de sus hijos, olvidados por ahí en todas partes, impregnados del vivaz perfume... -porque él entonces se detenía a menudo a mirarlos mientras oía a lo lejos carcajadas argentinas, carreras precipitadas y los gritos agudos y recordaba que a veces sacaba su pañuelo y se escondía tapándose los ojos... Todas las gentilezas que habían usado con él venían esa noche a visitarlo. Su cuarto estaba lleno de flores. Es cierto que le revolvían los libros, que sus cuadernos estaban llenos de borrones, pero cuántas veces dos brazos pequeñitos y mórbidos habían rodeado su cuello y se habían sentido besos en su estudio tranquilo de escritor. Llegaban cerca de él sin que los sintiera, ensimismado en el hondo abismo de sus creaciones, para que su despertar le produjera un ramo de violetas caído con violencia sobre la página escrita, o el crujir del traje de Dolores, sentada enfrente, con la cabeza inclinada y la efigie sonriente de amor. Méndez dormía. Había inclinado el oído un poco hacia el comedor. Le pareció que la estufa estaba prendida, que oía la leña crepitar, silbar y gemir la llama dentro de la cuenca roja y él estaba sentado en el viejo comedor, mientras sus hijos apoyaban los brazos sobre sus rodillas...

Esperaban el cuento maravilloso, embelesados con los ojos en los del padre y recordaba también sus enojos fingidos y la mentira de sus retos, cuando los gritos se trocaban en estrépitos ensordecedores y alguno de ellos llegaba lloriqueando a su lado... Se despidió entonces de esos muebles que lo habían acompañado tantos años y bendijo el tic-tac del reloj sobre su cabeza. ¡Adiós compañeros! Mudos testigos de tantas horas placenteras, ¡del pensamiento y de las luchas del trabajador que se va! ¡Ha llegado la vejez temprano, frío corolario de los rudos tesones! ¡El organismo ha derrochado sus átomos para que mueran y el alma violenta ha secado la fuente cristalina! Así esa estufa caliente por muchos años el cuerpo aterido de los hijos, sin que el hierro se desgaste nunca, con esa misma lumbre, con el mismo sonido melancólico de sus llamas azuladas; para que ellos recuerden el rostro, del trabajador, sentado en las noches de invierno, envuelto en su capa de anacoreta, orgulloso de morir por ellos... De pronto cruzó por la cara del enfermo como una sombra de dolor. Él había asistido a la muerte paulatina de sus órganos, sin miedo y sin decir nada y de noche en la profunda quietud auscultaba los chasquidos del aneurisma y el remolino de la sangre a saltos en su cavidad llena de coágulos, intrépido como un estoico, como que sabía que su misión sobre la tierra había concluido. Cuando se disponía a descansar, a no moverse más de su casa, contemplando tranquilo, aunque no fuera más que por poco tiempo, su obra de veinte años, la vida le había deparado nuevas pruebas y el espectro de Ricardo con el puñal clavado en el pecho pasaba delante de su imaginación soñolienta... Él sabía que aquello era fatal, pero más de una vez había pensado que la Providencia apartaría mucho tiempo ese amargo cáliz. En ese momento despertó el médico. Un horrible dolor lo hizo quejarse un rato. Miró en rededor suyo... Angélica y Dolores estaban siempre allí al lado de él.

La noche había caído sobre la casa con un cielo negro sin estrellas. Seguía lloviendo. De adentro se sentía el murmullo del agua mientras desde el comedor entraba un aire tibio. La estufa prendida en su rincón de siempre chisporroteaba con juvenil alborozo. Méndez la miró desde su cama. Sonreía. Una vela de estearina iluminaba el aposento y desde la mesa de noche emanaba una exquisita fragancia. El enfermo estiró la mano... Era un cartucho de papel de seda lleno de jazmines. Alzó los ojos y viendo que la hija estaba cerca de él, le hizo seña para que se arrimara y le besó la frente.

-Tú me los trajiste, le dijo al rato con voz apenas perceptible. ¡Muchas gracias!

-Sí papá, contestó la niña. Hoy es el día de tu santo.

-¡Día triste! Murmuró el enfermo.

Enseguida se quedó callado. Le pareció oír un sollozo y en el silencio del cuarto como el crujir de un traje de seda. Buscó con la mirada. De rodillas, al lado opuesto cerca del borde de la cama estaba Dolores, que le preguntaba en ese momento si estaba mejor.

-Sí, mi Dolores, contestó el enfermo lentamente. He dormido y soñé tantas cosas hermosas y viajé contigo por unas tierras lejanas llenas de aromas y de poesía -¡tantos recuerdos!

Volvió la quietud a reinar en el dormitorio. La lluvia seguía afuera su monótono tamborileo. El reloj del comedor dio la hora, mientras Carlos abrió los ojos como para preguntar algo.

-Las ocho, Carlos, se apresuró a decir Dolores.

El médico movió la cabeza. No era eso lo que quería saber. Él había sentido caminar allí.

-Es Ricardo, contestó Dolores.

Méndez contrajo la frente en una arruga oscura; pero Angélica se había acercado a él con ímpetu, como temblando, con una intensa ternura en los ojos y con una profunda pasión, casi con lágrimas agregó:

-Quiere verte, papá, ¡quiere pedirte perdón!

Méndez movió la cabeza con tristeza y se llevó el pañuelo a la cara, y al rato sintió que Ricardo caía de rodillas y le besaba el dorso de la mano. Estaba pálido y flaco. Sus ojos eran más grandes y su persona parecía más alta. La mano de Méndez descendió suavemente sobre la cabeza del hijo.

-Yo te perdono, le dijo al rato, interrumpiéndose de cuando en cuando, como si le faltase la respiración. Yo te perdono, repitió. Ama a tu madre y cuida siempre a tu hermana. Cree en Dios. La Fe es una fuerza... Quiere a tu patria, y si alguna vez nuestros descuidos hacen

posible la guerra, entrégale a ella tu acción. Sé misericordioso con los caídos. Ayuda a tus semejantes en todo lo que puedas, y no olvides que la ingratitud es muchas veces el corolario de las buenas acciones.

Se interrumpió el enfermo. La fatiga y el dolor no lo dejaban hablar. Un momento después dijo:

-El conocimiento de este hecho me hizo misántropo y escéptico. Tú debes seguir siendo un benefactor sin esperar premio... por el bien mismo. Tu vida será de lucha, porque para eso nacemos, pero no olvides que los que se te atraviesen en el camino, tal vez defienden el pan de sus hijos. Sigue con tenacidad tranquila, sin odiar y sin rencores. Los hombres concluyen por inclinar la frente y sí de viva voz no te lo dicen, en el secreto de sus conciencias reconocerán tus merecimientos. En esta hora grave de mi vida, te voy a revelar un secreto. Tú has nacido enfermo del espíritu... y lo que te ha de salvar es el amor de tu madre, la preocupación de tu inteligencia y de tu cuerpo por el trabajo y más tarde el hogar que formes, y no olvides que el hastío desgaja y mata y que es el patrimonio de los que quieren torcer la lógica de la existencia.

La palabra de Méndez era solemne en su sencillez. Ricardo no hablaba. Había mojado la mano del padre con sus lágrimas.

-No llores, le dijo Carlos un momento después. Los hombres como tú tienen siempre el alma generosa y no se pierden. Yo te dejo una herencia de honor para que tú la perpetúes. En el día de mí santo, después, en los años que vienen, yo los veo a los tres sentados en el comedor con la estufa prendida...

Un ¡ay! doloroso se escapó del pecho de Carlos. La fatiga no lo dejaba hablar. Los hijos y Dolores se acercaron a él bruscamente, mientras un abanico se movía de arriba abajo cerca de sus labios. El enfermo seguía en voz muy baja, en un subdelirio.

-El comedor -allí están los dioses tutelares, se le oía decir a saltos al moribundo. Allí donde el poeta sueña -en el hogar adorado con luz de cunas llenas de alegrías y de sollozos, donde suenan las nenias en los claroscuros de las noches insomnes... al lado de la estufa, en el día de mi santo, habrá jazmines y violetas en el centro de mesa y las tres, así como ahora conversarán cerquita del padre que ya se ha ido y yo volveré para secarles las lágrimas con este pañuelo de seda y para agradecerles y seré como una larva que les acaricie la mejilla y me quedaré un largo rato sentado en mi sillón oyéndolos leer las cosas que yo he escrito, y tú, Angélica, ven...

La niña se acercó más. Méndez le acariciaba la mejilla.

-Esta es mi nena, seguía delirando el enfermo. Dulce compañerita... ¡Pobre Genaro! ¡Era un corazón!... Él te decía: ¡dulce compañerita! Después yo te compraba unas hermosas muñecas rubias y tú me enseñabas a rezar, y de noche te sentía llegar en puntitas de pie con tu batón blanco y te acercabas a mi cama para ver si yo dormía... ¡Pobre soñador! ¡Cuántas quimeras!... Y lo único que hay de cierto es el hogar y la amable y exquisita gracia de estas criaturas...

Estuvo callado un momento. Parecía dormido. En medio del silencio seguía la lluvia su canción monótona sobre la baldosa, dio un grito desgarrador enseguida y se llevó las manos al tórax.

-¡Ay! ¡Qué puñalada! Murmuró entre dientes. ¡Bárbaros!

Dolores lo besó en la frente y le avisó que allí estaba el médico. Este entró. Una inyección de morfina le calmó el dolor. Cuando aquel se hubo retirado, él la miraba a Dolores y le acariciaba las manos, y le decía que lo acompañara como hasta entonces.

-Ya sé que no te vas a ir, Dolores, exclamaba Méndez. Te digo no más porque tengo como apuro de decirte tantas cosas afectuosas de mi corazón; porque yo a veces he sido injusto y violento contigo, ¿no es verdad, Dolores?

-No. No has sido Carlos.

-Pero yo te he pedido perdón enseguida, espontáneamente, porque tenía un remordimiento, un desconsuelo grande de haberte ofendido, ¿no es cierto?

-Nunca me has ofendido, Carlos, replicó Dolores enternecida.

-Porque tú has perdonado siempre. Esa era tu vida. ¡Oh Dios de bondad infinita! Protégela después cuando estos ojos estén cerrados...

Los dos se besaron silenciosamente. Al rato el sueño de la morfina se apoderó de su cabeza. Ricardo se levantó para besar la mejilla del padre. Este abrió los ojos y le dijo:

-No llore, hijo mío. Yo le he perdonado. No lastime nunca más a su madre...

Después de esto volvió a caer vencido por el letargo. Le hicieron en el aposento el silencio absoluto. Carlos dormía respirando con dificultad. Afuera seguía la lluvia cayendo y de cuando en cuando una racha cruzaba el patio, haciendo zumbir la arboleda y crujir las puertas. No se oía en la calle ningún ruido y el tic-tac del péndulo llegaba hasta ellos claramente, mientras Angélica movía con suave vaivén el abanico y secaba el sudor que goteaba de la frente del enfermo. Algún sollozo mal reprimido estallaba de repente. Después de mucho tiempo, Carlos despertó. Parecía más tranquilo.

-Ya es tarde, empezó un momento después. Acuéstense.

-Van a ser las doce, papá, contestó la niña.

Yo estoy mejor... Siento llover. ¡Qué noche larga! ¿Ya rezaste, Angélica? preguntó enseguida.

-No, papá, contestó ésta. ¡Quieres que recemos contigo!

-Sí quiero.

Rezaron el rosario, arrodillados los tres al lado del padre. Este los escuchaba en silencio y cuando concluyeron, preguntó, quién estaba en el comedor. Había oído pasos.

-Es el Doctor.

-Están conversando, agregó Méndez. No está solo.

-Es el cura, agregó Angélica con timidez. Es tu amigo. Ha venido a visitarte.

-Hazlo entrar, Angélica. Sea el bienvenido en esta casa, replicó el enfermo.

-¡Papá querido! exclamó la niña sollozando.

-No llore, mi nena, dijo el médico. Yo quiero que ustedes vivan contentos...

Carlos y el sacerdote quedaron solos, mientras un nuevo dolor más agudo torturaba el pecho del enfermo.

-Ya ve, padre, empezó Carlos, estoy sufriendo. Hace dos años que llevo este martirio callado la boca. Este es el principio de mi confesión.

-A eso no vine precisamente, contestó el cura.

La amistad que le profesó y el culto por su virtud de toda la vida, me ha traído hasta acá. Lo he sabido siempre respetuoso de la Fe y nunca he oído palabras irónicas de sus labios cuando se trataba de la religión.

-Bienvenido, dijo el enfermo ya más calmado, ¡de todas maneras bienvenido! Lo que usted dice, padre, es cierto. Muchas veces viendo rezar a mis hijos, me he enternecido y me han parecido tan superiores a nosotros que nos arrastramos como pordioseros en la impotencia de la culpa, si culpa hay en no tener fe. ¿Ve usted, padre, cómo a pesar suyo sigo mi confusión? Este hombre que va a morir, que ha creído en la ciencia y practicado la virtud, que se ha arrojado como un apóstol en medio de los contagios, que ha visto el mal y ha tenido anatemas para estigmatizarlo, este hombre entristecido por los dolores de los demás, con el alma de un misionero, se ha encerrado muchas veces a solas con su corazón y allí lo ha buscado a Dios sin encontrarlo, y ha vivido inquieto, desazonado y enfermo de la nostalgia de su infinita majestad. Lo veía en todas partes sin poder convencerme, desparramado con sus átomos por todo el Universo, estallando lleno de luz en las concepciones de la inteligencia humana, pálidos reflejos, pero reflejos así mismo de su divina sabiduría... y a pesar de todo, este hombre, cuya mente ha caído de rodillas más de una vez ante el maravilloso espectáculo de la hermosura de la Naturaleza y tiene como una

brama que no lo deja vivir, este amigo suyo no tiene Fe y esto es pecado mortal que no se perdona.

Méndez parecía transfigurado. Hablaba como en un subdelirio y pronunció las últimas palabras con una expresión de tristeza en el rostro.

-¿Quién sabe? contestó el anciano sacerdote, tomando entre las suyas una mano del enfermo. ¿Quién sabe? Repitió. Eso es prejuizar. La Fe es la alegría, es la dicha segura de la posesión del cielo en lo futuro... ¡Más divino que esto es la congoja de no tenerla y el anhelo sobrehumano hacia ella! Oh esa pálida mano que tiembla en la sombra, buscando el supremo bien perdido, esa mano que es la plegaria de un afligido, cómo quiere Vd. que el Eterno la deje secarse en la brega y no la tome y no la acaricie. El cielo es del dolor; ¡está lleno de mártires! ¡Quién sabe si los alegres entrarán a él! ¿Por qué dice que no se perdona ese pecado mortal, del cual no tiene Vd. la culpa?

-Entonces ¿los que han sufrido, son superiores a los que han amado? preguntó el médico con voz grave y triste.

-Son superiores, contestó el sacerdote.

-Bueno, padre, acérquese a mí. No puedo hablar fuerte, replicó Carlos. Me vuelve la tortura bárbara del pecho. Escúcheme. Voy a seguir mi confesión. Yo soy un hombre. Este espíritu mío es una mancha negra. Las pasiones lo han dilaniado. He tenido odios y muchas veces he deseado el mal a los otros, sin razón casi siempre. He sido adolescente. Yo soy sincero, padre. He vivido entonces como todos mareado por la mujer carne, contaminado por la mujer orgía. Es cierto que después me puse a estudiar, pero ya llevaba en el organismo los gérmenes que se recogen en la vida corrompida y como no conocí en esa sociedad sombría a la virtud, no creí en ella... Me entró una melancolía profunda y ya antes, aún en medio de la bacanal, yo no estaba alegre. Tenía como una congoja sorda y me parecía que todo era un desierto inhospitalario... El corolario fue el suicidio... Yo no pretendo justificar todo esto; pero yo digo que sí, a la juventud se le quita el sol, el aire, la mujer, esa brama salvaje de la pasión que se desborda, se corre el riesgo de podrir al fruto antes que madure. Para ellos no es el claustro, ni el ascetismo. Las generaciones se harían raquílicas, mientras que en plena libertad, cuando los adolescentes pasan dentro del incendio, los que salvan su dintel, son los vigorosos del mañana, los capaces de todas las virilidades. Yo sé que algunos caen con las alas incineradas y el cuerpo muerto, plantas tronchadas en flor por el huracán y también sé que según el criterio cristiano, estos son pecados mortales. Si yo tuviera Fe, padre, yo aceptaría esto sin discusión, aunque a mí me ha parecido que las leyes naturales exigen para los jóvenes sol, aire, libertad y que sería violarlas practicar lo contrario... Estoy abriéndole mi espíritu, padre. Yo a esto le llamo confesarse.

-El señor es infinitamente bondadoso, contestó el sacerdote, y conoce el espíritu humano. Ha tenido siempre piedad por las almas atormentadas... Es la historia de Job, con el cuerpo lleno de úlceras, extendido sobre el putrúlogo del muladar, clamando contra la injusticia de Dios y salvado asimismo por su dolor...

-Eso es, padre, exclamó Méndez en medio de la emoción, ¡eso es! El dolor siempre, en todas partes, arañándole el corazón a uno, aún en medio de la orgía, un desconsuelo hondo, un fastidio de todo lo humano... Y después me casé y al lado de Dolores, divina de virtud y en medio de mis hijos, el espectro del suicidio a cada paso soplando sobre las alegrías y los entusiasmos con su hielo cadavérico. ¿A mí? ¿Por qué a mí solo? ¡Dios eterno!

-Porque los hombres, Doctor, que tienen tan excelsa mente como la suya, contestó el sacerdote, heredan de Dios la tristeza... Así son todos los pensadores. ¿Qué quiere Vd. hacerle? Ya son así. La protesta no cuadra y es inútil. Pero yo digo que no está solo Vd.; que tiene muchos hermanos, que yo he visto y he comprendido entonces aquel grito de los salmos, que parece una blasfemia: «mejor fuera no haber nacido de vientre de mujer». Y yo digo también que ese cúmulo de acíbar, que amarga la vida, constituye todo el sendero que conduce al cielo...

-Como no lo he conocido antes, padre. ¿Por qué nunca me hablaba Vd. de estas cosas? preguntó el médico, estrechándole la mano. Sus palabras consuelan.

-¡Cuántas veces lo he deseado, hijo mío! exclamó el sacerdote. Habríamos hablado mucho tal vez de lo que los dos observábamos en las casas en horas siempre solemnes. ¡Cuántas congojas que no se conocen! ¡Cuántos pobres, que luchan y mueren en la miseria sin nombres, sin ropas y sin epitafios! ¿Qué importa que ellos no recen? ¿Quién puede tomar en cuenta los gritos desesperados, para barruntar por ellos que perderán el cielo?

-Esa ha sido mi protesta siempre, padre, agregaba Méndez animándose. Dios no puede juzgar a todos con el mismo criterio... ¡Yo he visto muchas maldades que se arrodillan a orar! Las he visto en triunfo y la envidia, los rencores, la rapacidad ser la vida de muchos. ¿Qué importa que recen ellos? ¿Que los absuelvan y que reciban la Eucaristía? ¿Cuántas veces me he arrojado con toda mi fuerza contra esta necesidad del mal? He protestado y he levantado la mano contra el cielo que la tolera. Y viendo que las cosas ya son así y no es posible modificarlas, me he encerrado triste y lleno de desalientos, creyendo que todo era estéril, que la virtud era una cosa vana y que lo mejor era concluir de una vez... pero sufría acerbamente, pensando que los hechos se tiran sobre los ideales para escarnecerlos con su fría lógica. Entonces renegué muchas veces de ellos y renegué de Dios, a pesar de no tener Fe. Fui blasfemo y estos son pecados mortales que no se perdonan. Y después muchas veces fui malo con los míos. Ellos pagaron que eran inocentes, mientras las sombras de mi corazón hacían de mí un hiriente y un atrabiliario. ¡Pobre mi Dolores! ¡Oh mis hijos! Esta es mi confesión. ¡No me absuelva, padre! Déjeme; ¡pero a ellos no les diga que yo no he merecido el cielo! -Vd., es como los pobres, de que hablábamos, contestó el anciano con extrema dulzura. No ha tenido alegrías. Lo malo que ha hecho tal vez no le pertenece. En cambio su nombre está lleno de las bendiciones de muchos. Vd. ha sido un abnegado. Tal vez está enfermo por eso. Su hogar es un templo santificado por el trabajo y el deber. ¿No ha rezado? ¿Qué importa eso? Su mano benéfica de apóstol derramó bienes donde quiera que haya estado. No desespere. Yo sé que el profundo pesar por las injusticias lo ha hecho alguna vez blasfemo. Pero esos son gritos de las almas honestas y el buen Dios de los cielos perdona y olvida. Siga no teniendo fe; pero no olvide que Vd. está consagrado por el dolor de no tenerla, por el anhelo sobrehumano de su corazón hacia ella. No lo voy a absolver; pero sí yo lo bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... El sacerdote

pronuncia estas palabras, como si orase, arrodillado cerca de la cama de Méndez. Enseguida coloca al crucifijo sobre las rodillas del enfermo. Este lo empieza a mirar. Dos grandes lágrimas resbalaron en silencio por sus mejillas... Un rato después el enfermo empezó a toser y a escupir sangre.

-Ya empiezo a morir, padre, dijo Carlos con estoica serenidad. El aneurisma se ha roto en el bronquio.

En ese momento entraban todos. El médico hizo una inyección de ergotina...

-Es inútil, compañero, le dijo Méndez. Esto se va. Es mi pronóstico. Ya sabe que siempre ha sido bueno.

Volvió a toser. Una bocanada de sangre manchó la servilleta con que Dolores le secaba la boca. El enfermo palideció.

-Carlos, dijo Dolores, con voz sollozante. ¿Te sientes mal?

-Estoy mejor, contestó el médico lentamente. Ya no me duele. Pero ustedes no se vayan. Quiero mirarlos así y tenerlos cerca. Aprietame, Dolores, con tu mano tibia la mía. Mi nena, dijo después dirigiéndose a Angélica.

-¡Papá querido! Sollozó la niña.

-¿Te acuerdas de los pequeños poemas? Entonces la nena de mi corazón me tomó la mano y colocó sobre mi frente la punta del índice y del medio extendidos y dijo:

-En el nombre del Padre, papá y del Hijo, repitió Angélica.

-Y del Espíritu Santo, amén, contestó el médico.

Enseguida Carlos llamó a Ricardo y lo besó en la frente y en medio del profundo silencio, Ricardo se arrodilló y le dijo:

-Papá, ¡bendíceme! Yo voy a ser bueno.

-Dios te bendiga, hijo mío, contestó el moribundo.

Nadie habló en el cuarto por un rato. Se sentía el gorgoteo de la sangre en la garganta del médico.

Sus extremidades estaban frías y violáceas... Afuera la lluvia seguía cayendo monótona y continua y en el comedor la estufa resoplaba y el gas lo llenaba de esplendor... Dieron las tres de la mañana. Estaba la cama del enfermo rodeada de la familia y con muchos amigos que lo acompañaban, mientras el sacerdote le ponía la extremaunción. Carlos levantó un poco la cabeza, cuando el sonido de las horas y se dibujó en sus labios una sonrisa. Tal vez había oído los ruidos de la estufa y se había alegrado. El pulso se iba y su cuerpo se

enfriaba, poco a poco. Un sudor viscoso cubría sus manos. Parecía que hubiera querido hablar. Todos se acercaron y se le oyó murmurar con voz apenas inteligible:

-¡Oh mi Dolores! ¡Oh mi hogar! ¡No me olviden nunca hijos de mi corazón!...

Un violento vómito de sangre le cortó la palabra.

Quedó con los ojos fijos y abiertos y las pupilas dilatadas, mirando a Dolores... Tuvo un estertor y un poco de fatiga. Después hubo silencio. ¡Había muerto!...

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

